

# Lluvia Mortal



**D.J.57** José A. Ávila

LLUVIA MORTAL

J.A. ÁVILA

Reservados todos los derechos de la obra, debidamente registrada. Su plagio, total o parcial sin citar al autor, constituye un delito. El contenido de esta obra está protegido por la Ley.

# “ÍNDICE”

<u>1</u>	<u>UNAS DESGRACIADAS CONVIVENCIAS</u>
<u>2</u>	<u>LA CLÍNICA DE LOS HIJOS DESCONOCIDOS</u>
<u>3</u>	<u>ESPAÑA VA BIEN</u>
<u>4</u>	<u>EL POLICÍA DE SUEÑOS OSCUROS</u>
<u>5</u>	<u>MÓNICA</u>
<u>6</u>	<u>LADISLAO</u>
<u>7</u>	<u>REUNIÓN TC</u>
<u>8</u>	<u>EL LÍDER</u>
<u>9</u>	<u>EL VIAJE</u>
<u>10</u>	<u>LAURA SOL DEL VALLE</u>
<u>11</u>	<u>EL BARRIO DE ARRIBA</u>
<u>12</u>	<u>LA CONEJERA</u>
<u>13</u>	<u>EL BUITRE</u>
<u>14</u>	<u>EL TÍO ANDRÉS</u>
<u>15</u>	<u>LA DECISIÓN ESTÁ TOMADA</u>
<u>16</u>	<u>CONTRERAS</u>
<u>17</u>	<u>LA CONSEJERA</u>
<u>18</u>	<u>PREPARATIVOS</u>
<u>19</u>	<u>EL AEROPUERTO</u>
<u>20</u>	<u>AMIGOS HASTA LA MUERTE</u>

# 1

## UNAS DESGRACIADAS CONVIVENCIAS

Isidro casi atropelló el cuerpo que yacía al borde de la comarcal por la que circulaba en dirección al mercado de abastos. Llamó, presa de los nervios al número de urgencias, señaló lo que le pareció un atropello y huida posterior con triángulos, las luces de emergencia del coche encendidas, y solo entonces se aproximó a la pobre mujer que agonizaba. No sabía qué hacer. Acertó a acercar el oído a los labios que susurraban apenas... «el diablo barbudo», o algo semejante repetía la voz cada vez más débil. La médica de la ambulancia observó algunas lesiones que no parecían tener nada que ver con un accidente de circulación y así se lo hizo saber a los agentes de tráfico que informaron a sus superiores. La juez sospechó del grupo de policías desmadrados y requirió la presencia del teniente Ortega como oficial de mayor graduación entre aquella pandilla de presuntos delincuentes. Ortega, junto con ella, se ocupó de las primeras diligencias hasta que apareció el subsecretario Villar y convenció a la juez Salcedo de que dejara al margen de la investigación a la gente de las convivencias. Aceptó de mala gana, pero retuvo a los cariacontecidos policías ya un poco más serenos y despidió al teniente en espera de la llegada del grupo de investigación del puesto de la Guardia Civil más cercano.

Joxean Lizarralde, subcomisario de la policía autónoma vasca abandonó el interior de la casona y se apropió de una de las sillas, justo debajo del soportal. Depositó sobre la mesa la copa que rebosaba una mezcla oleosa de tónica y ginebra en la que flotaban apelonados dos cubitos de hielo y una cáscara de naranja. A las seis de la tarde comenzaba a hacer frío, pero él estaba sediento. Paseó la mirada en busca del horizonte que se ocultaba entre las luces destellantes del sol poniente.

En la casona rural todos eran policías de los diversos cuerpos de seguridad españoles. Estaban a mil doscientos metros sobre el nivel del mar y la sierra se

descomponía a esa altura en una sucesión de lomas onduladas alfombradas con un manto de pasto herboso salpicado por pequeños túmulos negruzcos que formaban las bostas del ganado. Ganado escaso por lo demás, del que solo se veían algunas vacas oscuras como la noche que de cuando en cuando dejaban de pastar, elevaban la testuz y lanzaban miradas aviesas, cargadas de malas intenciones. Restos de lo que fue pujante ganadería de toro bravo y que ahora Valentín Durán, el antes reputado criador de reses asesinas y volcánicas, abatido entre la melancolía y el recuerdo de corridas gloriosas que ya nunca volverían, había reconvertido en atracción semoviente de la finca rural turística.

El Ministerio de Interior les había reunido en una suerte de obligada convivencia. El propósito era reconducir un enfrentamiento entre policías nacionales y «*mossos de esquadra*» que había sido combustible durante un tiempo de cientos de tertulias televisivas. Incluso se habían producido amenazas de declaración de independencia catalana por parte del «*Honorable President*» a cuyas órdenes se había puesto de inmediato un coronel del ejército español dispuesto a comandar, eso sí, con el grado de general, las futuras fuerzas armadas de la nueva nación que quería emerger de entre los escombros de la monumental bronca nacional.

Ajeno, por aburrimiento sobrevenido, a los acontecimientos que habían dado lugar a su presencia en la montaña, Lizarralde se sorprendió una vez más de que sus ojos no tropezaran con los mazacotes de cemento y cristal que componían el paisaje urbano en el que trascurría su vida. Escuchó sobrecogido el silencio atronador que por contraste causaba la ausencia de autobuses, coches, motos, bocinas y cualesquiera de los otros bullicios que asaltaban a los sufridos habitantes de la ciudad.

Sumergido en el sosiego de aquel paraje, acompañado por los murmullos del suave airecillo del atardecer que barría la desolación montañosa, se le antojaba que los escándalos de la ciudad únicamente podían aguantarse gracias al empeño de generaciones anteriores que habían, por la inercia acumulada en el tiempo, convertido lo insoportable en costumbre. Le resultaba agradable que por el

contrario, pudiesen de nuevo escucharse aquellos ecos insinuantes y melancólicos, casi idénticos a los que en su ya lejana niñez, componían los suaves siseos del viento, los lamentos de la hojarasca arbórea o los mugidos de las vacas en el viejo caserío de Ibaibeltz.

Sorbía un trago de la bebida helada cuando el teniente Ortega de la Guardia Civil cerró la puerta de la casona. Se acercó al policía y de pie con las manos en los bolsillos dejó también vagar la mirada por el paisaje infinito, salpicado de cabezas de ganado y matorrales, tan dispersos unas como otros.

«Lizarralde había sido un verso suelto en aquella reunión descabellada que se había proyectado para tres semanas», pensaba Ortega. A regañadientes y obligados por la disciplina de los respectivos cuerpos policiales, los ocho participantes en aquel aquelarre de estupidez habían compartido actividades deportivas y reuniones psicodramáticas. De las primeras se había librado Lizarralde presentando sorprendentes informes médicos de última hora y de las segundas se había ausentado al menos en los aspectos más etéreos de la personalidad humana escudándose en un mutismo que sugería alguna perturbación mental más profunda.

La psicóloga, Dolores Madariaga, doctora en terapia conductual por una universidad de renombre, había sido elegida para investigar las motivaciones que parecían dar lugar a una creciente hostilidad entre los policías de los diferentes cuerpos nacionales. Era la única mujer en aquella reunión masculina y organizó el asunto mediante entrevistas individuales pautadas en formularios estereotipados. También utilizó un sistema de terapia de grupo que para que no se relacionara con perturbaciones mentales de ninguna clase bautizó como «puesta de experiencias en común».

Ocho individuos de no más de treinta y cinco años, salvo Lizarralde que rayaba los cincuenta y siete, con el cerebro a reventar de complicadas argumentaciones acerca de los respectivos hechos diferenciales, reunidos en círculo mientras la señora Madariaga tomaba apuntes, no auguraban nada bueno. Al menos Lizarralde así lo presintió, por lo que hizo lo posible por mantenerse

en silencio y al margen de las sucesivas broncas políticas que surgían en aquellas reuniones de pesadilla. Madariaga parecía mantener el tipo entre sonrisas de circunstancias y llamadas agónicas a la calma y al diálogo, pero Lizarralde en sus devaneos nocturnos, pues no dormía bien, escuchaba a diario desde el pasillo exterior la congoja en forma de llanto y pañuelo moquero. Se suspendieron las reuniones a la semana y el resto de la convivencia se dejó que trascurriera a la buena de Dios. Siete días más y todo acabaría.

El viernes de la segunda semana apareció el subsecretario don Enrique Villar de Gorostizábal. Vio a la Madariaga envejecida diez años en trece días, atisbó los rostros pétreos y los grupos separados y supo lo que tenía que hacer. Reunió los restos del naufragio convivencial que se manifestaba en los rostros oscuros y expresiones corporales siniestras y durante la comida del viernes pronunció un discurso «*orwelliano*» a los postres.

«La experiencia había sido un éxito. El trabajo de la doctora Madariaga pasaría a formar parte de los más reputados tratados de la psicología avanzada. Se entregarían en una ceremonia oficial en presencia del ministro de interior y de los consejeros autonómicos, las medallas y diplomas correspondientes y todo tendría un final feliz y maravilloso». Pero ni siquiera aquella animosa arenga de optimista biológico tuvo demasiado éxito. Contestaron, la ausencia de aplausos, las miradas perdidas entre platillos de café y los movimientos nerviosos de cucharillas danzarinas y tintineantes por lo que el subsecretario hizo algo que nunca debería haber hecho. Anunció con un gesto de complicidad una noche de juerga y la supresión de la última semana de convivencia. «La seguridad ciudadana requería de inmediato la presencia de aquellos extraordinarios policías». Sentenció.

Todos aplaudieron con entusiasmo y el subsecretario, nervioso, acabó llenando su copa de vino, cosa que tampoco debió hacer.

Ortega al lado de la mesa que ocupaba el policía, de pie con las manos en los bolsillos y Lizarralde, sentado, armado del «*gin-tonic*» y de un Montecristo humeante del número tres recordaron cada uno por su cuenta la partida de sus



compañeros el día anterior.

Observaron, casi desde la misma posición que ahora ocupaban, el abordaje de los dos todoterreno. Lo que no lograron quince días de convivencia forzada lo estaba consiguiendo la perspectiva de perderse de vista de una vez para siempre. Los agentes estaban contentos se daban golpecitos en la espalda y parloteaban alegres y confiados. Se dirigieron al pueblo, Villaserena del Valle, casi mil metros más abajo y de unos cinco mil habitantes. Lizarralde se volvió por una de esas misteriosas sensaciones que a veces asaltan a la gente y vio al subsecretario al lado de la puerta de acceso a la casona con una copa de vino en la mano y el rostro desfigurado en una expresión torva y retorcida. El político le lanzó una mirada asesina y se introdujo de nuevo en el hostal.

La alarma se produjo sobre las cuatro de la madrugada. Fue Valentín, el dueño de la casa rural quien avisó a Ortega. El teniente salió de estampida, si Lizarralde durmiera bien no se habría enterado, pero el sueño reparador se le escapaba noche tras noche y se desvanecía en los recuerdos de las andanzas en el caserío hasta que la nostalgia se le hacía insoportable y acababa por levantarse. Desde la ventana de la habitación vio como el guardia civil arrancaba el Seat Altea y se sumergía en la oscuridad desolada de la montaña. Luego, Valentín, asustado frente al mostrador y sosteniendo una copa de coñac entre las manos informó a Lizarralde. La chica había aparecido en una cuneta de la carretera, no era del pueblo y por los restos de ropa destrozada que llevaba casi podía deducirse con seguridad que era una prostituta contratada. ¿Cómo había tenido acceso a semejante información? Francisco Leonet, dueño del disco bar «Bahía» que solo trasnochaba los fines de semana y que había mantenido abierta la sala en deferencia a los probos funcionarios de seguridad, se lo había contado. Los acontecimientos de aquella noche los resumió Valentín en un relato nervioso.

El grupo de policías se había emborrachado al cabo de dos horas. Llantos, abrazos, insultos, amagos de pelea, reconciliaciones y abrazos de nuevo. Abandonaron el local sobre la una de la madrugada y se desperdigaron entre gritos y cánticos alborozados. Leonet aprovechó la fuga y cerró el

establecimiento con la rapidez necesaria para evitar el retorno de aquella manada de impresentables. Lo dejó todo para el día siguiente y corrió a su domicilio. La juez de guardia del juzgado de primera instancia e instrucción que casualmente tenía sede en la propia villa, Margarita Salcedo, cincuenta años bien llevados y cara de pocos amigos acompañada de dos nerviosos policías municipales, le sacó de la cama justo cuando acababa de acostarse. Le llevaron de nuevo al «Bahía» que presentaba un aspecto lamentable, sillas derrumbadas, cristales rotos, bebidas derramadas y pringosas habían quedado allí como mudos testigos de la juerga. La mujer le hizo algunas preguntas acerca de los clientes de aquella noche. Leonet contestó lo que sabía y recordaba. Al lado de la juez, Isidro le miraba con cara de susto y ganas de descargar toda la información que acumulaba. Un par de horas después, cuando Salcedo terminó de interrogarle, Isidro volvió en busca de su amigo que se encontraba atareado en la limpieza del disco bar visto que ya era imposible dormir, se apalancó con firmeza en la barra, pidió una cerveza y se lo contó.

El retorno de Ortega pilló a Lizarralde sentado como tenía por costumbre en el porche de la casona. Apenas se saludaron. Se acostaron casi al amanecer y ahora, al atardecer del sábado compartían, cada uno a su manera, el refugio bajo el alero del tejado. Lizarralde en la silla y a su lado de pie, Ortega permanecía absorto en sus pensamientos. A Lizarralde el guardia civil le producía la sensación de un resorte cargado de energía que a duras penas podía contenerse a sí mismo.

El teniente tendría unos treinta años, alto, nervudo, atlético, un producto de la Academia Militar de Zaragoza, un consistente ejemplar en la adecuada proporción de cerebro y músculo hijo del Cuerpo. Su padre, comandante a punto de retirarse y su abuelo que había llegado a ser sargento antes de la jubilación, veían en el descendiente la culminación de una historia familiar que no se entendía fuera de la institución armada. Un sentimiento de pertenencia y lealtad casi religioso que culminaba en la posibilidad, ahora sí cierta, de que un miembro de la familia; Daniel Ortega Simón, escalara por fin el peldaño que

faltaba para pasar de la clase de tropa y expectativa de ascenso limitada por el tiempo de servicio hasta el grado de comandante; a ese otro nivel de coronel y hasta de general que solo podía lograrse si se iniciaba la carrera en el Cuerpo con la edad adecuada y el grado de oficial.

Lizarralde retiró la mano con que se protegía del sol y bajó la cabeza. Sin siquiera mirar a Ortega, preguntó:

—¿Y la chica?

El teniente se balanceó sobre los talones y bajó la vista hasta la trabazón de tableros de madera que formaba la base del porche.

—Ha muerto —contestó apesadumbrado—. Estoy deseando que acaben estas convivencias, han sido una mala idea.

—En la historia de las malas ideas tendrán un lugar destacado, sin duda. —añadió Lizarralde.

—Están todos en el juzgado, la juez no les va a soltar así como así. El subsecretario se ha personado para apoyar a los compañeros.

—Saldrán pronto, no tienen nada que ver —dijo Lizarralde.

—No esté usted tan seguro, no se acuerdan de nada, la borrachera fue de escándalo. La cafetería o lo que sea ese antro ha sufrido daños considerables, en el estado en que se encontraban pudieron hacer cualquier cosa, solo usted, yo y el subsecretario no somos sospechosos, nos quedamos aquí charlando con Valentín.

—Pero Enrique Villar, nuestro flamante subsecretario abandonó la casona sobre las doce de la noche, una hora después de la marcha del grupo.

Ortega miró al subcomisario con un gesto de asombro. Se sentó en una de las sillas y se acercó a Lizarralde hasta casi tocarle.

—¿Qué está usted insinuando?

—No insinúo, estoy casi seguro de que el ilustre organizador de esta poca provechosa reunión, don Enrique Villar, tiene algo que ver en este desgraciado suceso.

—Ya..., y usted que no se ha movido de aquí, que se ha pasado todas las

convivencias sentado en esta silla alegando una hernia discal para no participar en ninguna de nuestras actividades mientras trasegaba un *gin-tonic* detrás de otro y que no ha visto a la chica, ni hablado con nadie, ha deducido que precisamente uno de los que tienen una coartada más sólida es, sin duda, el culpable. Ya me dirá como ha llegado a esa conclusión.

—Eso depende de qué tipo de policía sea usted.

Ortega arrastraba la memoria de algunos compañeros muertos y de otros lisiados de por vida. El policía autónomo no tenía nada que ver con aquello, se repetía una y otra vez, pero le resultaba difícil desenredar la madeja de la compleja trama social y política vasca. En realidad no odiaba a aquel policía que parecía sobre todo poco disciplinado, pero tampoco le caía bien. Contrajo el rostro en una mirada cargada de amenaza.

—Yo soy un policía como los demás y estoy seguro de que bastante mejor que usted.

—No me refiero a eso, me refiero a que es posible que usted prefiera asegurar su carrera en el Cuerpo a enfrentarse a un individuo muy bien situado en el poder político y le aseguro que además, muy peligroso. Tenemos que elegir entre la chica y nuestra posición, y yo me incluyo en este asunto, dicho de otra forma, la chica en un lado de la balanza y en el otro simplemente nos olvidamos de este desgraciado suceso y aquí no ha pasado nada. Y no me malentienda, no le estoy cuestionando a usted, yo soy tan miserable y cobarde como cualquiera, pero sé que ha sido él y eso me reconcome por dentro.

—La chica estaba destrozada, era una profesional contratada, pero algo no debió de ir bien. El tipo, quién haya sido, es una mala bestia. Golpes en el rostro, en los pechos, desgarros vaginales, anales; finalmente, la abandonó en la carretera como un fardo. Nadie merece morir de esa manera, si usted sabe algo, desembuche. —contestó Ortega.

—Valentín me ha contado algo acerca de un «diablo barbudo».

—Sí, es cierto. Le advertí a ese tal Isidro, el conductor que encontró el cuerpo que no hablara con nadie del caso, pero al parecer no ha podido contenerse, la

chica pronunció varias veces esas palabras.

—Hay gente que no soporta la bebida, mi abuelo hablaba de los diferentes tipos de borrachos, —contestó Lizarralde—. A unos, decía, el alcohol les transforma la sangre en sustancia de cordero y estos acaban nostálgicos, llorones, a otros por el contrario, la sangre se les vuelve alegre y cantarina y a la mayoría el exceso solo les produce confusión y dolor de cabeza. Pero a ciertos individuos la sangre se les transforma en sangre de león. Llegar a ese punto exacto requiere mucha bebida y el salvajismo se difumina en las nubes del abotargamiento cerebral, es mejor no acercarse a ellos y esperar a que se les pase la borrachera. Pero hay un caso especial, gente que a duras penas puede contener la bestia que lleva dentro y solo necesita un catalizador para que *Mister Hyde* abandone la guarida y salga a tomar el aire; unos tragos de alcohol y el equilibrio se rompe.

Ortega interrumpió la charla del policía vasco.

—Muy interesante su disertación, pero francamente, no sé a dónde quiere llegar... Es más, estoy casi seguro de que no va a llegar a ninguna parte.

Ironía, sarcasmo, eran los envoltorios de camuflaje. Lizarralde, en su aparente indiferencia estaba sometido a aquella triste faceta de su personalidad. Cualquier insinuación, cualquier gesto, podía penetrar hasta lo más recóndito de su cerebro con la fuerza de un ariete, no tenía defensas mentales. Percibió el odio del guardia civil y lo que le acompañaba, violencia a duras penas contenida que solo esperaba el momento oportuno para desatarse como una tormenta salvaje. Suspiró y afrontó la mirada del teniente. A lo largo de su vida había acabado acostumbrándose a enfrentar aquellas amenazas retrotrayéndose a algún interior oscuro y profundo, un lugar lejano en el que se guarecía ausente, a salvo, y del que solo emergía la impávida expresión de un robot. Los ojos de Lizarralde se volvieron inertes, oscuros, enfocaron el vacío, miraron sin ver. La voz surgió de nuevo, grave y aparentemente tranquila.

—Al comienzo de la cena de ayer el subsecretario rechazó el vino, solo bebió agua. Luego, a la vista de la colección de caretos que componían la alegre reunión y el inminente desplome de la Madariaga el gesto se le fue torciendo.

Creo que fue él quien tuvo esta brillante idea de las convivencias, casi seguro. Le imaginé delante del ministro de interior convenciéndole para organizarlas. El fracaso le habría golpeado directamente por lo que supongo que urdió una maniobra apresurada y arriesgada, acabar cuanto antes con esta maldita reunión, transformar el error cometido en acierto gracias al imaginativo y voluntarioso lenguaje político y salvar los muebles al precio que fuera. Después del discurso final comenzó a beber vino que no había tocado hasta ese momento y luego trasegó unas cuantas copas.

Ortega, permanecía en silencio. Había observado algo extraño en aquella mirada muerta de Lizarralde, una armadura de indiferencia que quizá ocultaba algo profundo y que de momento se le escapaba, no dijo nada y Lizarralde continuó.

—Media hora después de que nuestros compañeros hubieran partido se me ocurrió dar un paseo hasta esos matorrales que se ven justo enfrente, tenía ganas de orinar al aire libre; estaba en ello cuando sin que me diera cuenta tenía a mi lado al subsecretario haciendo exactamente lo mismo. Le miré sorprendido, observé una expresión salvaje como la de un animal, ¡puede usted creerme que ese sinvergüenza estaba comparando los tamaños respectivos!, por un momento no supe qué hacer, era una situación ridícula, pero el tipo seguía mirando con esa expresión tan rara. Luego se centró en su propio miembro y pronunció, al tiempo que retorció el semblante en una sonrisa siniestra estas palabras exactas «pequeño Satanás». Como si hablara con alguien distinto de sí mismo. Terminó y se alejó sin que pudieran apreciarse los más mínimos síntomas de borrachera, como si no hubiera ocurrido nada, mientras yo no salía de mi asombro.

A las doce de la noche el subsecretario abandonó la casona, cogió su coche y se alejó, creo que solo yo le vi. Usted y Valentín ocupan las habitaciones que dan a la fachada contraria y seguramente estarían durmiendo, volvió sobre las cuatro de la mañana y después le llamaron a usted, al poco de que usted se fuera volvió a aparecer en el exterior y estuvo conversando un buen rato a través del móvil. Entró de nuevo en el vehículo y volvió a marchar.

Lizarralde dejó de hablar, pero su mirada seguía clavada en el rostro de Ortega. El teniente se sentó al lado del policía, echó el cuerpo hacia atrás, se apoyó en el respaldo de la silla y absorbió una bocanada de aire que luego expulsó de golpe. El relato era interesante. Sin duda la actitud del subsecretario, si era verdad lo que decía el vasco, sospechosa. La relación entre el «diablo barbudo» y el «pequeño Satanás» no dejaba de ser curiosa, pero construir una acusación contra un político de aquel nivel requería algo más que las elucubraciones de un policía de comportamiento más propio de un perturbado mental que de alguien serio y responsable.

Ortega siguió absorto en sus pensamientos. Trataba de calibrar la exacta naturaleza del individuo que se sentaba al lado. Una calada al Montecristo inundó el aire de humo y del aroma del cigarro y Lizarralde continuó hablando, ahora con la mirada perdida de nuevo en el horizonte que comenzaba a oscurecer, en susurros apenas audibles.

—Muchas veces he pensado en las encrucijadas vitales, esos cruces de caminos que se nos presentan en la vida. Las elecciones que nos obligan adoptar y las consecuencias que se derivan de estas mismas decisiones. Me da la sensación de que todo el mundo vuelve de alguna manera a esos momentos de la vida en que su futuro se encarriló en una u otra dirección, algunos para recrearse en la satisfacción de la elección adecuada y otros para lamentarse una y otra vez del error cometido. Esto que le voy a contar ocurrió hace unos veinticinco años y le ruego que se sitúe en el tiempo: «yo-tenía entonces treinta y dos años, sería-el año 1984,-hacía tiempo que había terminado la mili,-y era uno de los policías autónomos de las primeras promociones. Por circunstancias de los nuevos cometidos que íbamos a asumir entablé una discreta relación con un sargento de tráfico, compañero de usted que ahora debe de estar ya jubilado. Él tendría por aquel entonces también sobre los treinta y pocos años, a nuestro subsecretario le calculo veinticuatro cuando tuvieron lugar aquellos acontecimientos. Fue en una carretera revirada y estrecha que sube a la sierra de Urbasa. A un guarda forestal le extrañó aquella caravana aparcada a unos metros de la calzada al abrigo de

una de las hayas que comparten la sierra con césped abundante y manadas de cerdos y vacas. Eran las diez de la mañana, la lluvia caía todavía con fuerza después de una noche de tormenta aparatosa y el guarda quizá percibió alguno de esos misteriosos efluvios que impregnan el ambiente con advertencias de tragedia; la caravana atrajo su atención y se acercó con cautela. El hombre resultó ser un joven norteamericano, alto, rubio, y en vida fuerte y musculoso. Cuando le encontró yacía junto a las ruedas delanteras del vehículo, un todoterreno clásico, casi desnudo excepto por un pantalón de deporte. La piel blanca, cerúlea, brillante por el agua de lluvia que golpeaba indiferente a la muerte el cuerpo inerte y luego corría hasta desvanecerse en la tierra encharcada. Del cráneo se veía la zona occipital, estaba reventado a golpes y mostraba a través de un boquete escalofriante la sanguinolenta masa cerebral en la que se incrustaban esquirlas de hueso y grano de arenisca. Habían hundido el rostro en el barro hasta casi la mitad de los pabellones auditivos, al lado, una piedra de tamaño considerable que no debería estar allí y que posteriormente se identificó como el arma del crimen. El guarda se apartó asustado y comenzó a manosear el intercomunicador, aturdido y nervioso. Mientras esperaba la llegada de refuerzos repasó afligido el escenario de aquel terrible suceso, observó unas manchas de barro en los escalones que daban acceso a la caravana. A pesar de sus reservas entró en ella pensando que tal vez alguien necesitara ayuda. Lo que vio allí le expulsó al exterior con la fuerza con que él mismo se vio obligado a deshacerse de lo que había comido en el desayuno. Algo de lo que en el interior había ocurrido me lo contó después su compañero. Les avisaron a él y a su pareja motorista, llegaron a bordo de las Sanglas y de inmediato se hicieron cargo de la situación. Los guardas forestales, que para entonces ya eran unos cuantos, les miraban con caras de asombro, lo que habían visto era imposible, no podía haber ocurrido en la España de aquel momento. La mujer, una joven y prometedora universitaria española estaba desnuda, bocabajo, sobre el sillón que hacía también las veces de cama, las mantas rezumaban sangre, orina, todos los productos que expulsa el miedo. Quien fuera había utilizado una navaja o algo



parecido y se había recreado a conciencia en el sufrimiento y en el dolor. Los brazos aparecían cubiertos de sangre semicoagulada que todavía goteaba sobre la tarima plastificada, cosidos a pequeñas cortaduras, más de cincuenta en cada uno, confirmó la autopsia más adelante. Y en el suelo, el compañero de usted lo distinguió con claridad a pesar de que el denso líquido rojo había formado un charco que casi cubría el mensaje. La mujer supo que no tenía salvación y con las últimas fuerzas de la vida que aún conservaba apartó el brazo del lugar donde el líquido sanguinolento formaba un charco y lo escribió: “el diablo barbudo”».

Un ramalazo de viento surgido en la ya casi oscuridad de la noche les golpeó y no pudieron evitar un estremecimiento, se habían convertido en dos sombras oscuras sentadas a cubierto de la luna y de las estrellas que iluminaban los lamentos y siseos del aire nocturno. Guardaron el silencio espeso de las conclusiones casi evidentes y de las consecuencias posibles de todo aquello.

Una nueva calada al cigarro consumido casi en su totalidad y un sorbo a la copa que ya solo era agua fría. El humo se disolvió invisible en la noche oscura. Solo quedaron los aromas del cigarro revoloteando alrededor de los dos hombres.

—¿Por qué su compañero me contó todos esto? Yo le caía tan mal como ahora le caigo a usted, en realidad caigo mal a casi todo el mundo, o casi todo el mundo me cae mal, el resultado es el mismo ¡qué más da! Seguro que fue por aquel par de jóvenes muertos y destrozados. Él, como usted y como yo era un policía, era su trabajo y los muertos le reclamaban que cumpliera con su obligación, pero él como usted y como yo y como tantos otros policías escurría el bulto, «obediencia debida, jerarquía policial, órdenes tajantes». El arte de irnos por las ramas está plagado de frases de justificación miserable, pero los muertos se nos aparecen todas las noches y nos reclaman algo tan simple como que cumplamos con nuestro trabajo, «para eso os pagan», dicen una y otra vez y si no, deberíamos habernos dedicado a otra cosa.

Su compañero, indignado ante aquel crimen incomprensible recorrió los alrededores a bordo de la moto seguido de la pareja. Encontraron la casa a unos

dos kilómetros de la caravana. Antes había sido una suerte de avanzadilla policial, vigilancia de caminos y cosas semejantes... y ocupaban la dicha casa, ¿a qué no se lo imagina?, ¡unas convivencias juveniles! Una veintena de jóvenes procedentes de un selecto colegio religioso. Al mando, unos prometedores y destacados estudiantes que se habían comprometido a liderar el grupo escogido entre los cachorros de lo que todavía quedaba del régimen y que se proponían heredar el poder eterno de los que siempre mandan. Sin embargo, los tiempos exigían nuevas estrategias de deriva y reconversión política que el flamante líder y organizador ya intuía a tan temprana edad. Pero al hijo de don, don y don «no sabe usted con quien está hablando...» se le cruzaron los cables. La piadosa reunión entre religiosa y política se inundó de líquido inflamable, una borrachera colectiva, mi teniente, los demás jóvenes cayeron en el sueño alcohólico, pero por lo visto, «*mister Hyde*» *salió* a dar una vuelta bajo la lluvia.

Su compañero, el sargento de tráfico, lo supo de inmediato. Aquel indeseable tenía sangre entre las uñas, estaba borracho y a la vez sereno, era él y no lo era al mismo tiempo, expelía maldad por todos los poros del cuerpo, la navaja pringosa de sangre la tenía en la mochila, la ropa húmeda y embarrada, las botas, todo le acusaba.

Los demás dormían la borrachera y el criminal sonreía para sorpresa del sargento y del otro motorista. ¿De qué se reía aquel idiota?, pronto lo averiguaron; se reía de ellos. En la casa había un teléfono de baquelita negra colgado de la pared. Sonó el aparato y al otro lado alguien preguntó por el «oficial al mando de la investigación». La voz se identificó: «no sabe usted con quién está hablando...», y «no sabe usted con quién está hablando» ya había sido puesto en antecedentes por la criatura, aquel prometedor joven. Se interrumpieron de inmediato las indagaciones en la antigua casa de guardas, buscaron un coche de matrícula misteriosa que algún no menos misterioso testigo decía haber visto circular de manera sospechosa a la escasa luz de la tormenta nocturna..., nunca encontraron nada. Pero el sargento recordaba el nombre impreso en el DNI. del joven: Enrique Villar de Gorostizábal.

Sé que es nuestro subsecretario, ha vuelto a la encrucijada de siempre, algún oscuro circuito cerebral que probablemente no controla le ha llevado a organizar otra vez unas malditas convivencias, las mismas que siempre se le van de las manos.

—Dios —Ortega suspiró con preocupación y se sumió en un silencio espeso. Asustado de lo que había escuchado.

La juez Salcedo tomó en consideración la denuncia de los dos policías y se apresuró a reunir la comitiva policial. Los guardias encargados del caso y los dos denunciantes partieron a bordo de dos vehículos todoterreno.

Enrique Villar de Gorostizábal se asomó a la ventana de la habitación en la casa rural. Eran las doce de la mañana del domingo, sobre las ocho había visto partir a aquel par de anormales, le habían lanzado miradas aceradas, cargadas de odio. Supo que no podía esperar nada bueno. Estaba desnudo. Acababa de ducharse. El espejo del armario ropero le devolvió la imagen de lo que él imaginó un cincuentón todavía en buena forma; allí estaba de nuevo, «el diablo barbudo» peculiar amigo con el que mantenía aquella relación tan íntima. Lánguido y perezoso le pareció que le sonreía mientras asomaba la nariz descomunal envuelta en el pelo ensortijado. No tenía que haber bebido, pero ahora no había remedio. Aquella noche, el león nocturno había vuelto a salir de caza, no había encontrado ninguna presa en el pueblo que le pareció vacío de vida, extrajo el móvil y llamó a uno de aquellos números que guardaba como oro en paño. En general él y su pequeño compañero de aventuras se divertían de vez en cuando de una manera casi sana y controlada, solo tenían que tener cuidado con la bebida. El alcohol soltaba al pequeño diablillo encerrado en su interior como Dios liberaba al Satán mayor en los tiempos del Apocalipsis.

Sabía que vendrían a por él, su padre ya estaba muy mayor para defenderle y luego abroncarle, pero tampoco estaba solo. Había mucho poder alrededor, negar las cosas solo empeoraría la situación. Indalecio González ya estaba sobre aviso. Abogado de la familia desde que tenía uso de razón, flamante y prestigioso penalista además. «Tranquilo Enrique, tú di que no recuerdas demasiado bien lo

que pasó, únicamente sueños borrosos que no sabes si son realidad o imaginación. El alcohol te afecta de una manera terrible, lo que encuentren en el coche o en tu persona puede tener una explicación lógica y si no ya la buscaremos, lo dejaremos para más adelante. De momento tú ni siquiera me has llamado, eso después, cuando para tu sorpresa de acusen de lo que sea que se le ocurra a la juez».

Don Enrique Villar de Gorostizábal pasó un año en prisión en espera de juicio. Le buscaron un acomodo agradable en un módulo especial de una cárcel de mujeres. Un alto cargo de la seguridad del Estado requería un tratamiento especial, no podía dejarse a merced de venganzas y resentimientos carcelarios. Se señaló fecha de juicio con jurado ya seleccionado. Indalecio González se ganó la minuta con justicia. Apabulló a todos los asistentes con una verborrea no exenta de sólidos conocimientos jurídicos, todo además aderezado con técnicas de retórica aprendidas y utilizadas con eficacia. Pero por encima de todo, inundó la sala de un..., al principio tenue perfume que con el paso de los días y de las vistas sucesivas se fue haciendo cada vez más consistente y mareante. No había forma de escapar de aquellas sugerencias que Indalecio dirigía con la precisión de misiles teledirigidos a los cerebros de todos y cada uno de los jurados.

—¿Habían encontrado semen del acusado en el cuerpo de la víctima? y qué podían esperar, era una prostituta, ¿desgarros anales?, pueden ustedes, si no la han hecho ya, darse una vuelta por las páginas porno de Internet. El sexo anal es tan corriente como el beso furtivo de no hace demasiados años. ¿Los golpes, magulladuras, cortes en el cuerpo de la víctima?..., ¿habían leído con detenimiento el informe del forense? Existía, era cierto, la posibilidad de que hubieran sido causadas por los arrebatos pasionales de Enrique Villar, ¿o tal vez no? Su representado no se acordaba. El alcohol era terrible para él. Quizá alguna otra persona, después de que el encuentro pactado hubiera terminado podría haber tenido la ocasión de causar aquellos daños a la pobre mujer.

—Pausa estratégica en el alegato.

—¡Un principio sagrado del derecho! —Bramó lleno de santa indignación...—

*¡in dubio pro reo!* —Nueva y admonitoria pausa durante la cual lanzaba miradas incendiarias a cada uno de los jurados.

Pero lo que desmontó las tesis del fiscal, por lo demás no demasiado interesado en la condena, fueron los dos testigos principales de la acusación. Indalecio González se aprovechó de la más que evidente permisividad de la juez y de las pocas y débiles tentativas del fiscal para que el juicio no se fuera por las ramas del cuestionamiento sistemático de los dos policías. El teniente Ortega quedó retratado como un hombre de acción poco reflexivo, un hiperactivo reconocido desde la juventud. Indalecio mencionó con habilidad y como de pasada, el tránsito de Ortega por la enseñanza secundaria. Un horror para profesores y compañeros, entonces, ¿cómo pudo reconducir el desastre de la escuela y convertir sus lastimosas calificaciones, incluido el aprobado raspado de la selectividad en los sobresalientes y matrículas de la academia que le preparó para su ingreso en Zaragoza?

—¿Qué tomaba usted, teniente, para tratar su «trastorno cerebral»? — Indalecio introdujo aquella frase con la habilidad y precisión de un neurocirujano, mientras la juez y las ayudantes de sala refugiaban mentes y rostros en los portátiles que parecían absorber toda su atención; la expresión de furia a duras penas contenida de Ortega no pudo evitar que confesara la verdad.

Una pastilla diaria, por un lado y terapia conductual por otro, habían conseguido el milagro.

Lizarralde no salió mejor librado.

—¿Puede decirnos qué hizo usted durante las convivencias?, ¿en qué actividad participó?, ¿cuáles fueron sus aportaciones en las reuniones de grupo que organizaba la doctora Madariaga? —preguntó el abogado.

—No podía participar en las actividades deportivas por mi edad, y también porque padezco una lesión lumbar recurrente como ya justifiqué en debida forma en su momento. En cuanto a mis aportaciones en aquellas reuniones fueron más bien escasas por la poca utilidad de las referidas reuniones. —Respondió con un deje de desprecio.

—Usted cuya formación académica no ha pasado de tercero de derecho, se considera capacitado para juzgar como inútiles las técnicas de psicología de grupo desarrolladas y aplicadas por la doctora Madariaga. Por cierto, título académico de doctora que la señora Madariaga ostenta después de presentar su tesis en la Universidad Complutense de Madrid y que obtuvo la calificación de «*Matrícula Cum laude*». —Aclarado este punto, el abogado volvió a preguntar —. ¿Sabe por qué le eligieron a usted para que participara en las convivencias? —abroncó con la voz pastosa que Indalecio González impostaba cuando le interesaba.

«Para joderme», pensó en contestar por un momento, pero de sus labios solo salió una frase anodina.

—Por mi experiencia de tantos años, supongo.

El interrogatorio se deslizó durante un tiempo impreciso y al final Lizarralde acabó retratado como un conspirador nato. El abogado llegó a compararle con el escritor intrigante del «Motín del Caine», un individuo atormentado, solitario, sin amigos, incapaz de relacionarse con sus compañeros que había dedicado los casi quince días que había durado la estancia en la casona de montaña a tramar alguna venganza oscura contra el organizador de aquellas convivencias. Luego había convencido a un teniente de acción más que de reflexión, a alguien que primero dispara y después apunta, para que le ayudara en aquella infame acusación contra su cliente. Culpable, sin duda. Culpable de haber contratado una prostituta bajo los efectos del alcohol que como ya habían aclarado durante el juicio causaba estragos en el pobre Enrique Villar. El cual había acabado bebiendo ante el desastre evidente en que se habían convertido las convivencias, en cuyo fracaso, un oficial de la «policía autónoma vasca», conocido manipulador, acompañado de un teniente de la guardia civil incapaz de controlarse como era debido, habían tenido tanto que ver.

Las conclusiones finales de don Indalecio incidieron en las vías de agua que había conseguido abrir en la estrategia de la acusación. Desvió la atención de las lesiones en la mujer que el forense finalmente no se había atrevido a afirmar ante

el jurado, apabullado por la agresividad del abogado, fueran debidos a los golpes propinados por alguna persona.

—¿Tal vez un atropello con fuga posterior? —Sugirió durante el interrogatorio don Indalecio—, muy improbable —contestó el forense—, improbable no es sinónimo de imposible. —Contrató el abogado con vehemencia surgida de los hábitos adquiridos a lo largo de decenas de juicios similares; el forense acabó asintiendo—, no, no es imposible.

«In dubio pro reo». Las dudas razonables, la presunción de inocencia, el aspecto ausente, desvalido y al borde del llanto de Enrique Villar convencieron al jurado.

El hasta hacía poco subsecretario abandonó la sala de justicia. Concedió una inmediata rueda de prensa. Proclamó sus pecados. Prostitutas sí, sexo duro tal vez, de eso no se acordaba, en todo caso debido al exceso de alcohol. Pero él no era un asesino. Rezaría por la pobre chica muerta y estaba dispuesto a dar toda clase de explicaciones a los atribulados padres, (nadie sabía dónde estaban, ni siquiera si existían), si ellos estaban dispuestos a atenderle. De momento se apartaba de la vida pública e iba a dedicar un tiempo a reflexionar y buscar un nuevo rumbo a su vida personal y política.

La prensa alborotó en todos los sentidos y direcciones. Ni Lizarralde, ni Ortega salieron bien librados, si bien, en un principio a Lizarralde el departamento nacionalista de Interior del Gobierno vasco pareció respaldarle.

«Había que premiar aquella valiente actuación ante un representante gubernamental del Estado opresor». Sin embargo, el tiempo devolvió las aguas a su cauce y los responsables políticos de la cosa policial en el gobierno autónomo cavilaron acerca de la exacta naturaleza de Lizarralde. «Un incordiante que ya había tenido problemas en el departamento de interior cuando intentó investigar determinadas denuncias acerca de chanchullos inmobiliarios de algún significado representante político».

De qué partido fuera no era relevante, todos pertenecían a la casta y todos más o menos podían ser el día de mañana sospechosos ante aquel energúmeno

difícilmente controlable que se saltaba a la torera cualquier disciplina. Además, estaba el carácter insólito, la tendencia a no relacionarse con nadie y a sumirse de cuando en cuando en extrañas y silenciosas cavilaciones. Por eso le enviaron a las convivencias, para «joder al Estado opresor», comentaron entre risas los que decidieron su presencia en el circo que había montado Villar.

El subcomisario era un secante, un elemento que convertía cualquier alegre reunión en un velatorio. Lo que luego se supo de aquellas convivencias y de su trágico final, llevó a los mandos de la policía autónoma a tratar con especial delicadeza el caso de Lizarralde. En realidad no podían hacer demasiado después de los halagos y las felicitaciones oficiales por lo que finalmente decidieron confinarle en una mesa con ordenador y ocuparle en unos cuantos trámites burocráticos que le encargaron con sonrisas beatíficas y palmaditas en la espalda. Luego, todo el mundo, incluido él mismo, comenzó a contar los días que faltaban para que alcanzara un merecido retiro y tanto quienes le habían sujetado a aquella mesa como el propio Lizarralde maldijeron la crisis y los retrasos en la jubilación que se habían aprobado no hacía demasiado tiempo.



## LA CLÍNICA DE LOS HIJOS DESCONOCIDOS

Tres años después:

—Es como si estuviéramos sentados sobre una de esas montañas de mierda que se han formado después de verter las basuras de decenas de años —Matías Almagro acarició la copa de coñac y se acomodó en el sillón. Dejó vagar la mirada por el interior del club Frontera, No había nadie más a aquella hora de la tarde, luego hizo un gesto de cansancio y entrecruzó las manos.

—¿Tan grave es? Quizá no sea para tanto —preguntó su interlocutor.

—Los inspectores del Banco de España llevan un mes revolviéndolo todo. Nos intervienen seguro, las acciones ya no valen nada, lo más probable es que tal como está la situación y con la presión de los medios, acaben liquidando el Desarrollo.

Indalecio González buscó en sus setenta años de presencia en este mundo y en sus casi cuarenta de experiencia como abogado alguno de los resquicios a través de los cuales casi siempre había conseguido sortear el enmarañado sistema legal español, pero tuvo que desistir. Estaba mayor y además él era penalista. Ocupaba un sillón en el «consejo de administración del Banco de Desarrollo» como justo premio a la brillante actuación en el caso del subsecretario Villar.

«No sabe usted con quién está hablando», el padre de Enrique Villar ya viejo y arrugado como un pergamino conservaba todavía en la época en que le situó en el banco aquella arrogancia natural que nacía de su esencia vital. Expulsaba petulancia como si de un manantial surgiera agua fangosa. Le había colocado en el «Desarrollo», un puesto cómodo a sus años, y bien remunerado. Y le había endosado también, quizá consciente a pesar de todo, de que su presencia en este mundo tenía fecha cercana de caducidad, bajo su directa responsabilidad, a su hijo. «Enrique solo tiene que tener cuidado con el alcohol, por lo demás es un excelente muchacho», le había dicho y dos meses después murió. «Un muchacho

de cincuenta años», pensó Indalecio en aquel momento, pero no dijo nada. Las extrañas relaciones entre aquel padre protector y el hijo, brillante por un lado y psicópata de libro por otro, no le preocupaban demasiado. El acomodo en el consejo en términos económicos era un chollo y él tenía una familia gastona, un caserón que mantener, unas relaciones sociales que requerían combustible económico. y a cambio solo se le pedía que echara un vistazo y lanzara alguna que otra advertencia al «exsubsecretario» que había quedado absuelto en el juicio, pero sobre el que al mismo tiempo se había impreso, indeleble y perpetua, la marca de Caín.

Enrique Villar había sido expulsado de la vida social. Las cosas no eran como hacía treinta y siete años, los periódicos, el grupo de presión feminista, no perdonaban fácilmente, no habían asumido el resultado del juicio y vigilaban expectantes el devenir de Enrique Villar. Sin el discreto puesto en el consejo del «Desarrollo» Enrique Villar no era nadie. Por eso su dimisión, un par de meses antes fue tan sorprendente, no atendió a razones. Durante tres años se había mostrado sumiso y obediente, consciente de su precaria situación después del caso de la prostituta muerta y con el riesgo añadido de que aquella vieja historia de la sierra de Urbasa volviera a aparecer por alguno de esos vericuetos que a veces se dan en el transcurrir del tiempo. Y de pronto: «rompe todas las ataduras económicas que le sostienen y se larga con viento fresco», pensó para sí mismo Indalecio. Aquellos argumentos se enredaron con las noticias que le había facilitado Almagro. «¿Podía haber alguna relación entre la dimisión de su protegido y la situación del Banco?». Iba a preguntar algo acerca de esa cuestión cuando Matías volvió a trasegar un trago de coñac, depositó la copa sobre la mesita circular y le miró con expresión atribulada.

—Ha sido esa maldita clínica de Damián Contreras. Eso es lo que nos va a llevar a la ruina. He tenido que emplearme a fondo, pero he conseguido hacerme una composición de lugar. —A continuación, Almagro comenzó a divagar.

—El «Desarrollo» era un buen banco, Indalecio. Un banco pequeño, pero serio. Riesgos, los justos y siempre con garantías más que suficientes. Hasta que

desembarcaron los políticos; cosa de treinta años más o menos, comenzaron a hablar de que los bancos solventes y bien gestionados deberían hacerse cargo de los que presentaban situaciones insostenibles. Nos abordaron con sutileza y buenas palabras y nos engañaron, Indalecio, nos engañaron como a chinos. Tú no estabas en el consejo en aquellos años, nosotros, los banqueros de siempre creímos nuestro deber pararles los pies. Les dijimos que en ningún caso íbamos a hacernos cargo de chiringuitos a punto de quebrar. «No, por supuesto que no», contestaron con caras de asombro, «ni por un momento hemos pensado cosa semejante, primero limpiaremos la morralla de esos bancos con dinero público; por supuesto los responsables del desaguado tendrán que dimitir, a continuación solo se trata de que alguno de nosotros pueda ocupar puestos en el consejo del banco saneado. Ya sabéis que un político tiene una vida útil de ocho años como mucho, somos como los futbolistas», se reían, «nosotros os ayudamos ahora y luego nos echáis una mano». A aquella historia la bautizamos en los medios como una oportunidad de crecimiento cuando en realidad fue por nuestra parte una rendición cobarde y sin condiciones, aunque también, por qué no decirlo, barruntamos unos más que notables mayores ingresos para todos nosotros. Pero al final, Indalecio, el aterrizaje de políticos que comenzó con cierta prudencia y decoro acabó en alud. Ahora tenemos incluso sindicalistas en el consejo, pero no afiliados a la sección sindical del banco, no, sino individuos que hasta hace unos años solo sabían de llaves inglesas y tenían las uñas negras de grasa y porquería. Es increíble.

Matías Almagro dejó caer la cabeza sobre el regazo, decaído. Indalecio le calculaba unos setenta y cinco años, pero en aquel momento parecía un anciano decrepito. El cabello, no mucho antes de un blanco brillante, ahora era de color ceniciento, tan mustio como el bigote que el hombre había descuidado y se desparramaba sin control, mordido en las puntas por..., «efecto de la tensión», pensó el abogado.

—El secreto de la pirámide. —Sonreía Almagro mientras hablaba cabizbajo para sí mismo. Volvió a alzar la mirada que a Indalecio le pareció vagaba perdida

por entre los rincones del local—. Las pirámides de Egipto y de Sudamérica que algunos vinculan a conocimientos secretos o civilizaciones extraterrestres son lo que parecen, nada más, un monumento a la lógica del poder. Una representación simbólica de la sociedad humana y de su organización, que por otro lado no tiene ningún misterio. Una base ancha de desheredados sin derechos ni propiedades que sostienen el edificio y sobre cuyos hombros cae el peso descomunal del entramado de poder y privilegios que se va elevando paulatinamente en forma de escalones en la jerarquía social. Peldaños que deben subirse con precaución y únicamente después de los controles necesarios para que el edificio no se desmorone. Pero estos últimos años todo el mundo ha querido trepar con rapidez y sin atenerse a las reglas que han garantizado la estabilidad social durante siglos. Nos quisieron echar de los lugares que por derecho nos corresponden en lo alto de la pirámide y ocupar nuestro lugar sin la más mínima preparación en estos delicados asuntos del dinero y del poder. Ahora nadie sostiene el tinglado y todo se desmorona. ¡Un tornero de segunda en el consejo del Desarrollo, Indalecio! Dios mío, ¿cómo es posible que hayamos llegado a esta situación?

Matías Almagro acompañó los comentarios con gestos de incredulidad y volvió a recoger la copa de coñac con mano temblorosa.

—Decías algo de Contreras. ¿Qué tiene que ver esa clínica con la situación del banco?, —preguntó Indalecio.

—Son estas barbaridades que ahora están tan en boga. Contreras, como ya sabrás, es ginecólogo, terminó la carrera a finales de los ochenta. Era entonces, por lo visto, un joven ambicioso, había estudiado en Londres o al menos hizo allí algunos cursos de especialización. Sobre 1978 nació, te acordarás supongo, la primera niña probeta. Yo no entiendo muy bien estas cosas, pero al parecer la unión entre el óvulo y el espermatozoide se consiguió en una placa de Petri y luego se introdujo en el útero de la madre. Contreras no lo dudó, el porvenir estaba en las técnicas de reproducción asistida. Volvió de Londres armado de la profunda convicción de que su futuro estaba en ese campo y sobre todo acompañado de la doctora Úrsula Bergman que por entonces tendría unos treinta

y cinco años. Un referente de genialidad femenina en el campo de la investigación aplicada a las nuevas técnicas de concepción humana. Contreras, a pesar de sus ínfulas, no pasaba de ser un ginecólogo del montón, pero la doctora Bergman era otra cosa, una de esas personas extraordinarias que surgen de vez en cuando en algún campo de la actividad científica. Nuestro doctor tenía, lo que se dice, buen carácter, era un tipo simpático y envolvente que consiguió instalarse en una consulta de alquiler y junto con la doctora sueca comenzaron a tener clientes a través de seguros privados. Por lo visto dieron con la tecla adecuada cuando encontraron un quiste casi microscópico en las entrañas de la señora de Álvarez de Valera. El tal Luis Alberto Álvarez de Valera era por entonces consejero delegado del Desarrollo. Hasta ese bendito momento para la pareja de ginecólogos, los padecimientos de Elisenda del Valle, cincuenta años, esposa de Luis Alberto, se habían atribuido a las supuestas histerias de la paciente, incrementadas por la menopausia y se habían tratado con la displicencia habitual en estos casos por la élite ginecológica de la ciudad. El quiste, localizado por la doctora Bergman, fotografiado por Contreras y aumentado cientos de veces en una placa ecográfica, se mostró por parte de la señora de Álvarez con aires de ofendido triunfo. Entre llantos y acusaciones se lo enseñó a los doctores de toda la vida y sobre todo y con especial interés se sometió la imagen a la consideración del marido que por mucho que hubiera mirado nunca habría sido capaz de distinguir el dichoso quiste si no hubiese estado señalado por un círculo hecho a bolígrafo. «¿Qué es lo que queríais, tú y tus amigotes de la clínica?». Parece que le espetó Elisenda en referencia al hospital privado que trataba los desarreglos de la señora a cambio de un considerable dispendio económico. «¿Estabais esperando que esto se convirtiera en un tumor maligno?, ¿quieres acabar conmigo, Luis Alberto?, ¿quieres tener vía libre para arreglarte sin disimulo con esa secretaria tan complaciente?». Y ese fue el hecho fundamental que determinó la conversión de una modesta consulta médica en la prestigiosa Clínica Contreras de Reproducción Asistida y de las estrechas relaciones que siempre ha mantenido con el Desarrollo. No en

vano la fortuna en el matrimonio Álvarez de Valera provenía de la rama Valle, es decir, de Elisenda. Y esas relaciones treinta años después se resumen en que tenemos un préstamo otorgado de doscientos millones de euros nada menos. Cantidad que ahora casi con toda seguridad y como resultado de un caso que se ha destapado o lo va a hacer en breve en los Estados Unidos se van a volver irrecuperables. Este asunto va a sellar el destino, la quiebra, la liquidación, la desaparición, llámalo como quieras, del Desarrollo.

Se hizo de nuevo el silencio. Matías Almagro descendió algún grado más, si eso era todavía posible en la depresión que le carcomía. La mirada impregnada de zozobra casi líquida se posó doliente en el rostro de su interlocutor. Indalecio permanecía sereno, pero cavilaba las consecuencias de la desaparición del Desarrollo; un considerable número de acciones de su propiedad invendibles y la pérdida de las remuneraciones como miembro del consejo de administración eran conclusiones evidentes. A sus años y con ahorros suficientes y diversificados esas desgracias económicas no le sumirían en la miseria, ni mucho menos, pero debería hacer algunos ajustes en los gastos que se obstinaba en mantener; club de golf para sus hijos, dos lanchones y los correspondientes amarres en Marbella para sus hijos, el club hípico que incluía caballos, cuadra y parafernalia necesaria para sus hijos... No es que sus hijos, un señor de casi cincuenta años con título de abogado inservible y que gestionaba un bar de copas bastante rentable y una señora de más de cuarenta sin título de ninguna clase que regentaba una tienda de moda en el centro de Madrid, no pudieran mantenerse con cierta dignidad. Pero lo cierto es que había sido blando con ellos. Cecilia, su esposa había intentado controlar la situación, pero él les había dejado hacer y sin darse cuenta soportaba una considerable proporción financiera de la clase de vida relajada y lujosa que ellos se habían acostumbrado a llevar. Eran solteros, incapaces de comprometerse en relaciones serias, y eso, en el momento presente no dejaba de ser una ventaja, pero si el Desarrollo y los beneficios desaparecían, algunos caprichos de sus vástagos deberían seguir el mismo camino.

Y además estaba ese otro asunto, ese resquemor oscuro que la charla patética

de Matías Almagro le estaba generando sin que todavía tuviera muy claro que pudiera producirse o que de alguna manera, si se producía pudiera evitarse. De hecho, algunos miembros de consejos de administración de otros bancos tan poco solventes como el Desarrollo ya habían desfilado, viejos, achacosos, barrigudos, mal peinados, con la corbata desastrada, atados por parejas, como bueyes ayuntados para que no pudieran disimular entre chaquetas enredadas la vergüenza de las esposas aceradas y brillantes. Le llamaban la pena del telediario. Todo el mundo tenía que ver que la justicia no se andaba con miramientos. Imaginarse a sí mismo de aquella guisa vergonzante en un futuro cercano le produjo un reflujo estomacal de lo más desagradable.

—¿Y que tienen que ver los Estados Unidos con nuestros problemas bancarios? Matías.

—Es increíble como se enredan las cosas y si no fuera trágico para nosotros, sería casi cómico. —Matías Almagro se animó un poco, enderezó el cuerpo que había ido derrumbándose a lo largo de toda la charla y se arrellanó contra el respaldo del sillón.

—Ya te he explicado como nació la Clínica Contreras. Con el apoyo de Elisenda Valle y el Desarrollo en un plazo de pocos años se convirtió en una reputada institución en el campo de la reproducción asistida. Lo que ahora te voy a relatar es información restringida.

Indalecio asintió en silencio, comprendía que si Matías le hacía partícipe de aquella información le pediría algo a cambio, algo que él ya comenzaba a intuir circularía por los andurriales del derecho penal. No le gustaban aquellas componendas ni los problemas que al parecer subyacían en la situación del Desarrollo. En otras circunstancias habría cortado aquel torrente de confianzas y se habría largado de inmediato, pero no podía quitarse de la cabeza la terrible imagen de su propia persona arrastrada por agentes de la Guardia Civil ante las cámaras de mil televisiones. Tragó otro inoportuno reflujo de bilis y se aprestó a digerir un poco más de aquella tarde de malas noticias.

—Sobre mediados los ochenta la Clínica Contreras comenzó a ser conocida

como institución de referencia en tratamientos de infertilidad. No me preguntes cosas técnicas acerca de los procesos necesarios porque no tengo ni idea, pero al parecer, según los informes que nos han llegado no era por aquel entonces procedimientos sencillos y además eran caros. La mujer debía permanecer en observación durante bastante tiempo. Se debían seguir determinados y complicados protocolos médicos y en el momento adecuado extraer los óvulos y colocarlos en las condiciones necesarias para que los espermatozoides de la pareja consiguieran la fecundación. Todo el procedimiento era tremendamente complicado, molesto para la paciente y además si el problema era del varón había que estimular y seleccionar estos espermatozoides. Según nuestros investigadores Indalecio, y ahora agárrate fuerte al sillón, nuestra pareja ideó una manera de facilitar y abaratar todos estos engorrosos manejos; la doctora Bergman prestó una y otra vez sus contrastados y fecundos óvulos y el doctor Contreras sus no menos eficaces espermatozoides. Naturalmente el personal de la clínica tuvo que participar en estas más que dudosas prácticas. Sea como fuere se mantuvo el secreto y no sabemos cuántos descendientes de Contreras y la Bergman pueblan el mundo en este momento, pero pueden ser bastantes.

—Un momento —interrumpió Indalecio González—. No comprendo que nexo unía a una extraordinaria científica, con un médico del montón.

Matías Almagro sonrió irónico.

—Indalecio. Eso mismo nos preguntamos nosotros, ¿por qué una doctora genial que podía haberse establecido en cualquier sitio, liga su destino vital y profesional a un médico no demasiado brillante y se aviene a participar en prácticas médicas tan arriesgadas?, la respuesta es solo una hipótesis que no podemos confirmar.

Y Matías se extendió en un prolijo relato. Según Almagro, el doctor Contreras poseía esa simpatía natural, ese encanto que encandilaba a las mujeres, era además en su juventud un hombre atractivo, delgado, de espesa melena oscura y piel tostada que por contraste con la apariencia lechosa y gélida de los varones nórdicos debió resultar irresistible para la doctora sueca. Sin embargo, la



Bergman mostró pronto un lado oscuro, un enmarañado sistema mental en el que cohabitaban la feminista radical junto con la mujer temperamental y volcánica y además de todo eso, posesiva y celosa patológica. Impuso sin dificultad sobre Contreras su tiránica inteligencia y el buen hombre, dúctil y poco combativo no dejó de apreciar las ventajas de un contrato casi diabólico que nunca pudo ni quiso romper. La genial Bergman se puso a su servicio en cuanto a sus aspiraciones de ascenso económico y social y él a cambio se sometió al peculiar enamoramiento de la doctora.

Bergman vivía sola en una zona residencial de la ciudad a la que Damián acudía con premura en cuanto ella le llamaba y desaparecía con igual rapidez en cuanto ella se hartaba de su presencia. Allí tenía al parecer un archivo personal donde detallaba todas y cada una de las peculiares actividades médicas que se llevaban a cabo en la clínica, listado de pacientes, procedencia, técnicas utilizadas, fechas, resultados, todo. Y además impreso por duplicado y tal vez triplicado, nada de archivos informáticos, sino carpetas a punto de reventar con información explosiva. Almagro interrumpió el relato. Se aseguró de que nadie estaba escuchando en el local. Prosiguió.

—Tal vez esa información formaba parte de la argolla con la que sujetaba a Contreras, vete a saber. Hace ahora unos meses, Indalecio, todo este asunto comenzó a inflamarse como un bidón cargado con desechos tóxicos que comienza a rezumar porquería. El asunto ocurrió en un hospital neoyorquino. Se presentan con una semana de diferencia dos pacientes varones de veinticuatro años. Estos relatan unos síntomas más que difusos de pérdida puntual de memoria por lo que ambos fueron remitidos, como digo con una semana de diferencia, a la consulta del doctor Samuel Anderson. El doctor despachó al primero de ellos recetándole pastillas relajantes y unos cuantos consejos acerca de la vida estresante que llevaba como corredor de bolsa. El buen doctor se quedó de piedra cuando a la semana apareció por la consulta el segundo paciente con los mismos síntomas. A pesar de la filiación distinta del primero y de que uno era oriundo del estado de Nebraska y el otro de Carolina del Norte el

parecido asombroso de ambos llamó la atención de la portentosa memoria del doctor Anderson; como además el doctor es un adicto lector y aficionado escritor de novela negra, puso algunos departamentos del hospital a investigar y llegó a una sorprendente conclusión. Aquellos individuos que ni siquiera se conocían entre ellos eran hermanos biológicos. Con excusas peregrinas solicitó quince días de vacaciones pendientes y se presentó en los domicilios de los padres de ambos pacientes. Los síntomas de sus hijos eran preocupantes les dijo de entrada, en general el Alzheimer se presenta a edades avanzadas, pero en algunos casos, los primeros indicios aparecían sobre los treinta años. Los padres de ambos, sin que supieran de la existencia unos de otros, acabaron confesando abrumados por las perspectivas que se cernían sobre sus vástagos.

Como tantos matrimonios jóvenes habían tenido dificultades para conseguir el embarazo. Las pruebas médicas fueron concluyentes, o se decidían por la adopción, o tendrían que someterse a las nuevas técnicas de ayuda a la concepción. Eran técnicas costosas que requerían además internamientos prolongados de las mujeres. Por alguno de esos misteriosos sistemas de transmisión de información oyeron hablar de la clínica Contreras y de sus revolucionarios y efectivos, aunque en extremo discretos, métodos. En el lote se incluían tres meses de agradables vacaciones en el norte de España. Una vez conseguido el embarazo, el seguimiento y control se llevó a término en los «EE. UU.». Sí que les extrañó a los padres de uno y al poco tiempo del otro descendiente, aquella mezcla sorprendente de piel blanquísima, ojos azules como el hielo ártico y pelo oscuro como el ébano que no casaba de ninguna manera con los rubicundos padres de Nebraska, ni con los más morenos descendientes de mexicanos emigrados de Carolina del Norte. Pero los niños eran inteligentes, destacaban en los deportes y como los estorninos que acaban criando a las crías del cuco, los matrimonios optaron por no hacer ni hacerse preguntas. Veinticuatro años después, el doctor Anderson les ponía delante la pasmosa consecuencia de aquellas vacaciones en la España del otro lado del océano.

Unos años antes, aquí mismo, en esta ciudad y en uno de los despachos de la clínica Contreras, la doctora Bergman estrellaba libros, derribaba estanterías y embestía con furia salvaje contra papeleras y cajones que acababan en el suelo. Luego se sentaba encogida sobre sí misma en una esquina del despacho y estallaba en un llanto histérico mientras acusaba a enfermeras y secretarias de haber urdido una miserable conspiración para ocultarle una serie de misteriosos archivos de los que nadie había oído hablar y que ahora no lograba encontrar. La doctora Bergman comenzaba a olvidar cosas y a sumirse en las tinieblas de esa maldita enfermedad, el Alzheimer empezaba a asomar su tenebrosa amenaza y en este momento ya es incapaz de valerse por sí misma. Está interna en una residencia especializada. Ahora el doctor Anderson está preparando una rueda de prensa explosiva en la que pondrá a disposición de la opinión pública y de la fiscalía sus hallazgos de sabueso aficionado y a partir de ese momento puede pasar cualquier cosa. Pero sea lo que sea que ocurra, la clínica se hundirá sin remisión en el descrédito más absoluto y arrastrará de paso al Desarrollo. Y nosotros, Indalecio, estamos en el Desarrollo. —Concluyó Matías.

Duró una décima de segundo, pero Indalecio apreció aquel cambio de expresión. Antes perruna, suplicante y abatida. Ahora, sin que el propio Almagro se diera cuenta, el velo que ocultaba la naturaleza real de aquel sujeto cayó y dejó al descubierto como en un fogonazo la silueta del odio, del rencor contenido, y también del miedo, de la vergüenza que Matías Almagro intuía estaba próxima y era casi inevitable.

Indalecio había permanecido en absoluto silencio. Años de ejercicio profesional le habían enseñado el valor de no decir palabra. Que hablasen los demás, que pusieran al descubierto debilidades que siempre acababan asomando en busca de la comprensión de un interlocutor que se alejaba y se sumía en una suerte de agujero negro que succionaba hasta los pensamientos más ocultos de sus interlocutores. También se había hecho experto en el arte del disimulo. Repantigado en el sillón con las manos entrecruzadas como un sacerdote que escucha la epístola mil veces repetida mientras observa impertérrito a la

feligresía, todo parecía serenidad en el abogado, pero en su interior la pregunta le corroía como un veneno ¿Qué pretendía Almagro con todas aquellas confidencias que al mismo tiempo portaban amenazas ignotas? Pero era importante no caer en el juego de su compañero de tertulia vespertina y aparentar la beatífica tranquilidad que no podría mantener demasiado tiempo si seguían produciéndose aquellos malditos gases estomacales. Hizo un esfuerzo y pospuso como si no le importara lo que ambos sabían era la cuestión clave de la reunión en el club Frontera.

—Dices que el Alzheimer temprano aparece con más de treinta años, y aquí estamos hablando de dos muchachos jóvenes de unos veinticuatro años.

—¡Qué más da la edad, Indalecio! —Almagro hizo un gesto de hastío—. Como te he dicho son estas barbaridades que se hacen ahora. Al parecer el Alzheimer temprano se transmite por la madre, pero ten en cuenta que en este caso se trata de concepciones extrauterinas en el laboratorio, fuera del seno materno. ¿No te sorprende?, no hace muchos años los representantes de la intelectualidad más avanzada, los que lo sabían todo se reían de los creyentes cuando surgía el tema del dogma católico de la concepción virginal. El hecho de que la Virgen María hubiera concebido a Jesucristo sin intervención del varón con ayuda del Espíritu Santo provocaba las sonrisas displicentes de los que estaban al tanto de la calle, pero han bastado treinta años para que el asunto deje de ser cosa de la Divinidad y mucho menos cosa de risa. Una madre puede gestar el hijo de su hija, es decir, su nieto, incluso puede gestar el hijo del marido muerto, ¿y los embriones congelados?, se pueden conservar durante años, no sé cuántos, pero puede que en el futuro no haya límite de tiempo para su viabilidad... Nunca lo haría, Dios me libre de semejante ocurrencia, someterme a este tratamiento, pero hipotéticamente al menos, bien podría ocurrir que una bisnieta mía se casara en el futuro con mi hijo conservado como embrión hasta el momento adecuado en algún termo ultracongelado y que a su vez podría ser hermano de su abuelo. Es tan delirante que es mejor no pensar en ello, pero todas estas cosas tan antinaturales no pueden traer nada bueno. Si en condiciones

de concepción tradicional el Alzheimer temprano heredado aparece sobre los treinta años, ¿qué puede ocurrir cuando la fecundación se produce en una placa de vidrio, fuera del seno materno y en una sala que a veces me recuerda una charcutería? Sea como sea es igual, la auditora del Banco que no hace mucho certificaba que un cubo con arena de la playa era un terreno de varios millones de euros de valor, ahora se anda con pies de plomo. Los inspectores del Banco de España van y vienen del Desarrollo a la Clínica Contreras y a la inversa. — Matías hizo una pausa en su relato para reanudarlo unos momentos después.

—Pero lo que nos importa son los archivos Indalecio. Al parecer la doctora Bergman en su desmemoria dejó algunos de esos archivos en las estanterías del despacho y aunque la mayor parte se han perdido nuestros detectives han conseguido sacarlos con disimulo de la clínica y luego estudiarlos de forma que han llegado a las conclusiones que ahora te he contado. Cuando Anderson haga públicos los hallazgos lo más probable es que alguien solicite el embargo preventivo del patrimonio de la clínica para hacer frente a posibles reclamaciones, con lo que, como ya te he dicho, el Desarrollo está sentenciado.

Eran las seis y media de la tarde cuando comenzaron a aparecer algunos socios del Frontera. Indalecio y Matías saludaron con la campechanía habitual, eludieron las preguntas comprometidas y abandonaron con prontitud el local. En el exterior llovía con la engañosa parsimonia de siempre. Se arrebujaaron en las gabardinas y en silencio se dirigieron al Paseo Nuevo. Mientras caminaban a la vera del pretil los embates del mar y el ventarrón marino apagaban los ecos de sus voces.

—Bueno, me hago una idea de la situación, pero no veo que podamos hacer nada para evitar lo que vaya a ocurrir.

Indalecio hizo aquella afirmación que equivalía a la pregunta que le había estado carcomiendo toda la tarde, ¿qué quería de él Matías? Almagro se asomó a la balaustrada metálica que seguía sin solución de continuidad al pretil. A aquella hora de la tarde grupos de paseantes, ciclistas, andarines solitarios y turistas despistados compartían el paseo al borde del mar con las bandadas de

gaviotas que volaban a merced del viento. Los dos hombres habían caminado con el paso lento y cansino de la vejez. El aire revolvió los cabellos blancos de Almagro y justo detrás Indalecio pensó que tal vez el viejo Matías estuviera acariciando la idea de dar el salto postrero que le libraría de la vergüenza y de la cárcel. También se le ocurrió que si Matías lo hiciera tal vez él le seguiría. Después de todo ya había vivido bastante, setenta años; en adelante solo atisbaba decrepitud e incapacidad creciente, pero Matías se volvió hacia él con un rictus de urgencia, era ese tipo de persona que tiene energía vital de sobra. El suicidio no era algo que pudiera ocurrírsele a Matías Almagro.

—Ese protegido tuyo, Villar, sabía algo —dijo Matías—. Es un superviviente nato. Creo que si tú hablas con él tal vez nos podría ayudar, al menos a los que siempre os hemos respaldado. Los demás miembros del consejo no querían que tú supieras nada, eres, y perdona que sea tan franco, un advenedizo, alguien al que Eustaquio Villar nos empotró en el Banco junto a su hijo. Como sabes, vuestra presencia jamás ha sido cuestionada, pero seamos francos, ni tú, ni Enrique, ni su padre habéis tenido ni de lejos la..., digamos, certificación económica que se requiere para estar en el Consejo, ni tampoco pertenecéis al malhadado gremio de políticos y sindicalistas del régimen vigente. Se os aguantaba gracias a nosotros, por una prevención, por una lejanísima posibilidad que se nos ocurría de vez en cuando a un grupo de viejos tardofranquistas, ¿y sí de nuevo, por alguna remotísima casualidad, retornaran los antiguos emblemas del yugo y las flechas, los cantos cara al sol y la bandera con el águila de San Juan en el centro? Tal vez sea una estupidez, una obsesión de viejos miedosos, o de carcamales nostálgicos que creen que después de todo no se vivía tan mal con el general, vete a saber, pero siempre os hemos apoyado y es justo que ahora hagáis algo por nosotros.

«Eso era», pensó Indalecio, aquellos cinco vejestorios del Consejo que nadie había conseguido remover les habían sostenido en contra de todos los intentos de acabar con su presencia en el banco. Él nunca entendió muy bien el porqué, pero tampoco le importaba demasiado, lo mismo que a su pupilo. El asunto consistía

en dejarse llevar y en votar siempre lo que aquel grupo de viejos les decían que votaran.

—No entiendo nada de lo que pretendes Matías —contestó sorprendido Indalecio—. Como tú dices, ni Enrique ni yo tenemos nivel económico, ¿qué puede hacer él?

—Tú eres un buen abogado Indalecio, pero ni por un momento debes pensar que tu ciencia jurídica libró a Enrique de la cárcel, a Enrique lo libró la Juez de la Audiencia Provincial y un jurado comprado. Familiares en mayor o menor grado de todos los miembros del jurado del caso de la prostituta muerta son ahora funcionarios de cierto nivel. Aquí los juicios no los ganan o los pierden los abogados, el asunto está en los jueces y en las influencias que puedan ejercerse sobre ellos. El viejo Eustaquio Villar la diñó con más de noventa años. Se dice que fue combatiente de la División Azul, un joven artista del degüello por aquel entonces, muy peligroso y franquista obsesivo. Al parecer y a pesar de la edad hizo algunas discretas visitas a jueces y fiscales que llevaban el caso de su hijo y que según se comenta en determinados corrillos nunca han vuelto a dormir como es debido. Habla con Enrique, es digno hijo de su padre, algo podrá hacer, estoy seguro.

El mar golpeó las rocas al fondo del muro de contención con la fuerza y el estruendo de un martillo pilón. Sintieron que el suelo se estremecía en una tenue palpitación nerviosa. El agua salada trepó en forma de gotas blanquecinas, como esquirlas de una explosión y las gaviotas se obstinaron en no moverse, sostenidas y mecidas en el aire por hilos invisibles, esperando que la furia de las olas y del viento se aplacara para poder avanzar a donde fuere que pretendieran acudir. Luego, Matías, mientras reanudaban el paseo, se colgó del brazo de Indalecio.

—Tienes que ayudarme, tenemos que hablar con Enrique Villar —le susurró al oído—. ¿Te imaginas?, a nuestra edad, vernos arrastrados como vulgares delincuentes a la vista de todo el país, a la vista de nuestros hijos, de nuestros nietos. Indalecio, tenemos que intentarlo al menos.

Indalecio González hizo un gesto de asentimiento. Los dos hombres continuaron caminando hacia lo alto del paseo, enfrentados al viento y al futuro cargado de negros presagios que les aguardaba.



### 3

#### ESPAÑA VA BIEN

El técnico de empleo hurgó en el archivador, a Sesma el tipo le pareció igual a los otros funcionarios del local, todos, hombres por un lado y mujeres por el otro, vestían de forma similar casi uniformados. El funcionario extrajo una carpeta y se entretuvo silencioso y preocupado en algún contenido oculto, no le miró ni por un momento y Sesma dejó de nuevo vagar su atención por el lugar y sus ocupantes. Le parecieron seres misteriosos que miraban absortos pantallas de ordenador. Enfrente de cada uno de aquellos personajes casi de teatro se sentaban como él mismo desgraciados caídos en el fantasmal abandono del paro. Ninguno de los funcionarios apartaba ni por un momento los ojos de aquellos artefactos electrónicos, de vez en cuando movían los labios, hacían preguntas que parecían lanzadas al vacío y sus interlocutores adelantaban ansiosos cuerpos y mentes. Los pobres parados prestaban la máxima y ansiosa atención y se esforzaban por acercarse a aquellas personas extrañas, inhumanos avatares cibernéticos que respondían displicentes y molestos a cualquier avance humano con retiradas aprendidas hacia el respaldo de sus carísimas sillas ergonómicas adquiridas a costa del erario.

—El caso es que usted ha rechazado un trabajo que se le ha ofrecido desde esta oficina.

Ladislao Sesma se volvió nervioso.

—Yo... —Titubeó—. Esperaba algo más acorde con mi formación, con mi experiencia laboral. He sido gerente de una agencia inmobiliaria y yo desearía esperar un poco más, no digo que tenga que ser el mismo trabajo, ni mucho menos..., incluso estaría dispuesto a aceptar un puesto de auxiliar administrativo si fuera necesario...

El técnico tendría unos treinta y cinco años, pelo negro y barba espesa a medio afeitarse, vestía camisa a cuadros desabotonada a la altura del cuello y a Ladislao

le pareció que emitía una sutil advertencia, un perfume de sindicalista militante. El hombre evitó la mirada suplicante de Sesma, llevó el bolígrafo a los labios y lo mordisqueó sin mucho sentido. Nuevamente se abstraigo en la pantalla del ordenador de la que Ladislao solo podía ver la parte trasera, blanca, surcada por cables y hendida por recovecos. Inerte, le negaba la misteriosa información que arrojaba al otro lado.

—A usted le quedan doce meses de prestación por desempleo, pero el Estado no puede hacerse cargo de este dispendio cuando se rechaza un trabajo considerado adecuado por el técnico. Ahora las cosas no son como antes, en este caso yo soy el técnico y es mi misión velar porque las ayudas lleguen a quién las necesita, el empleo que se le ha ofrecido está todavía disponible. En realidad ni siquiera tendría que haberle llamado, el rechazo significa la pérdida automática de la prestación, pero le doy la oportunidad de que reconsidere su decisión. En caso contrario me veré obligado a suspender de inmediato el ingreso mensual.

Sesma asintió sin pronunciar palabra. ¿Qué otra cosa podía hacer?, tenía que pagar el alquiler del piso y atender otras necesidades, tenía que sobrevivir.

La impresora vomitó unos formularios. En la mesa cercana, una de las funcionarias despachaba a una joven cariacontecida. La empleada que tendría unos cuarenta años respondió con desgana a la despedida de la chica y luego con cierta ansiedad hizo un gesto extraño que debía significar algo; Sesma sospechó que era un aviso a alguno de los bedeles que ocupaban la mesa de información «no me pases el siguiente», decía sin decir nada. La funcionaria recompuso el «fular» y se envolvió en un chaquetón, arrambló con un bolso de tamaño respetable y se entretuvo sonriente, charlando con alguno de sus compañeros. Dos más de aquellas trabajadoras, hasta entonces invisibles y escondidas entre los cachivaches informáticos convergieron en el vestíbulo de entrada. Las tres se incrustaron en silencio y con la cabeza gacha entre la cola de gente que esperaba a ser atendida, saludaron al guarda de seguridad y se perdieron en la calle gris y ventosa en busca del desayuno matutino.

Ladislao Sesma a quién sus amigos y conocidos llamaban Ladis buscó a

tientas el gorro del impermeable y lo manipuló para protegerse del chubasco que se abalanzaba sobre la ciudad desde hacía diez minutos. La ausencia de viento hacía soportable la lluvia, incluso le habría resultado agradable si no fuera por el traje impermeable que le envolvía de pies a cabeza. Suspiró y continuó con su trabajo. Desplazó el escobón en busca de la porquería que se desparramaba por la acera y con cierta habilidad la depositó en la pala y de allí la trasladó hasta el carro del que colgaban sacos de plástico a medio llenar.

El gorro de hule le taponaba la visión, volvió a echarlo hacia atrás, la lluvia rebotó con fuerza sobre su cabeza, le quedaba media calle y había adelantado el trabajo. Se refugió al lado de un escaparate, debajo de un balcón. Abrió la chaqueta y guardó los guantes de seguridad pringados de mierda en uno de los bolsillos. Extrajo un cigarrillo. Las volutas de humo se entremezclaron con los vapores acuosos del chaparrón, la calle asfaltada refulgía como un espejo oscuro al tenue resplandor de las farolas de bajo consumo. Los goterones de agua reventaban en pequeñas explosiones y el rumor de la lluvia, agradable y tranquilizador, solo se interrumpía de vez en cuando por el paso de algún vehículo que se arrastraba escandaloso sobre el asfalto. Ladislao dio una calada al cigarrillo, hacía unos diez años había conseguido dejar el vicio, pero los problemas de la agencia y el divorcio le habían llevado a recaer. Incluso la idea del suicidio le había rondado en un par de ocasiones, pero luego, como un luchador vencido, había claudicado. Hasta para suicidarse necesitaba algún tipo de energía vital de la que carecía. Abandonó fantasías, rencores, orgullos inútiles y recuperó el olvidado placer del humo del tabaco. Tampoco le importó demasiado imaginar aquella sustancia gaseosa portadora de promesas cancerosas revolviéndose de nuevo en sus pulmones, después de todo, ¿qué más daba!

Recordó a su mujer, a su propio abogado, un inútil de ojos revirados, a la abogada de su mujer, solterona, tortillera, pensó sin más pruebas que el odio que él mismo sentía, cargada de un rencor criminal hacia el género masculino, como un arma a punto de disparo. Revivió las reuniones agobiantes en torno a una mesa oscura en un despacho cerrado, sin ventanas. La mirada acusadora de su

exmujer. Recordó los vanos intentos de justificarse, de sostener sus reivindicaciones que inevitablemente provocaban el llanto lastimero y desarmante de Elvira. La retirada cobarde y avergonzada de su abogado y el ataque en tromba inmisericorde de Mónica Zulueta, especialista en divorcios y entrenada en el ataque verbal y psicológico con la eficacia de un «*pit-bull*» de combate. Con el tiempo llegó a comprender que la Zulueta planeaba una estrategia a largo plazo. Una estrategia de demolición que había tenido éxito, había que reconocerlo. Solo las cotizaciones como empleado de la agencia, antes de que se lanzara a la vorágine de los negocios, le habían permitido eludir la ruina absoluta y le habían dirigido a regañadientes al desempleo y de rebote a la limpieza nocturna. Al principio todo habían sido propuestas de la Zulueta para reuniones destinadas a la avenencia o en el peor de los casos a una separación amistosa. Y allí aparecía él, Ladislao, Ladis, casi en la ruina, pero embebido todavía de aquel pasado semiglorioso de vendedor de pisos y cobrador de suculentas comisiones. Un triunfador que planeó subirse al carro de la promoción inmobiliaria previo contacto con algún funcionario municipal que era muy amigo, eso le dijo al menos, del concejal de urbanismo.

«El asunto está en la recalificación, Ladislao», le explicó su contacto, «hay unos terrenos que están considerados rústicos en el plan general, pero que pueden convertirse en urbanizables, es necesario invertir por supuesto, pero a medio plazo el valor se multiplica de manera exponencial».

El préstamo bancario, los nervios del nuevo promotor, la necesidad de sostener un tren de vida más que oneroso, la hipoteca del adosado, el gimnasio de Elvira, el colegio de los hijos..., todo se fue haciendo oscuro en la vida de Ladis. Sin que se diera cuenta ya estaba descendiendo por el oscuro túnel de la desgracia. La crisis económica transformó la promoción en esqueleto con solo un par de pisos vendidos. Amenazas de embargo, llantos en casa, acusaciones de inutilidad, aviesas miradas de los hijos que veían peligrar ordenadores, vacaciones en estaciones de esquí, colegios de pago, relaciones de amistad. Le salvaron los intereses de su contacto en el ayuntamiento y alguna influencia del

concejal que recondujeron la amenaza de cataclismo económico; el esqueleto para el banco, el adosado también, el traspaso de la Promotora le reportó algún capital que solo llegaba para el alquiler de un piso en el extrarradio. Pero ya nada sería igual. En el gimnasio Elvira había exhibido su cuerpo, maduro, pero todavía atractivo a un joven emprendedor del mundo de la nueva economía. Por una feliz casualidad el joven vendió justo un poco antes de que «*Lheman Brothers*» asomase la negra cara al mundo occidental, una empresa que fabricaba generadores de energía fotovoltaica que había conseguido poner en marcha gracias a subvenciones.

Suspiró abrumado por los recuerdos y arrojó con rabia la colilla del cigarro. Lo demás era historia, Ladislao, Ladis para los amigos ya no tenía amigos, ya solo era Sesma el barrendero. Se volvió y el cristal del escaparate que mostraba camas y colchones. El espejo le devolvió una fantasmal silueta de hombre de la limpieza.

Volvió a colocarse los guantes y lanzó una mirada en busca de las porquerías del tramo que le quedaba por barrer, una hora más y habría acabado por aquel día.

Casi al final de la calle le esperaba la pequeña camioneta donde se desprendería de las bolsas de plástico llenas de basura. Cubrió algunos metros con rapidez y entonces se fijó en el brillo impreciso, un guiño apenas percibido. Debajo de la carrocería del Renault reverberaba juguetona, traviesa y sugerente aquella chispa insidiosa que había llamado su atención.

Una carpeta oscura con ribetes fosforescentes, la lluvia y sus brincos sobre el asfalto transportaban algunos restos de la luz de las farolas que chispeaba al contacto con la sustancia verdosa.

En determinadas escalas de la ubicación social la recogida de mierdas ajenas es una tentación, él mismo había tenido que resistirse más de una vez ante aquellas cosas despreciadas, enviadas al cementerio de los desechos y que parecían lamentarse de su situación. Seres inanimados con vida propia, «¿cómo es posible que estemos aquí?», parecían quejarse en el interior de los

contenedores, al contacto con el resto de mugre maloliente. Pero la carpeta de destellos saltarines era otra cosa, no era algo abandonado, sino, pensó Ladislao, algo perdido. De tamaño A4, oscura, de cuero, apreció casi con seguridad cuando deslizó la mano enguantada en la humedad adherida. Repleta de papeles, según le pareció al tacto, sin atreverse a abrirla en medio del diluvio. Con sello, también fosforescente, como comprobó cuando le dio la vuelta. LCNA, en letras grandes y al lado una figura incomprensible que querría sugerir algo relacionado con algún impulso primario del subconsciente, obra, casi seguro, de alguna avispada agencia de publicidad experta en la psicología profunda de las personas.

Miró al final de la calle con la carpeta entre sus manos, la envolvió en una bolsa de basura sin utilizar y la dejó caer en la plataforma del carro. Continuó su trabajo, acabó de barrer y depositó la carga en el remolque de la camioneta que conducía Serafín Delgado, sesenta y tres años tenía ya y se desvivía en el deseo de la cada vez más improbable de la jubilación anticipada.

Se saludaron e hicieron los comentarios de costumbre, Ladislao retrocedió luego con el carro libre del peso de la basura, cargado con artilugios de limpieza y buscó la pequeña escúter que utilizaba para acudir al trabajo. Depositó la carpeta en el baúl, junto al casco y el diario olvidado que le había dado la pobre Úrsula y se apresuró en llegar hasta el almacén donde los trabajadores guardaban ropas y utensilios de limpieza.

## EL POLICÍA DE SUEÑOS OSCUROS

José Antonio Lizarralde pulsó el botón de la cafetera Nespreso. El chivato verdoso comenzó a parpadear y él aprovechó para acercarse al lavabo. Recogió el agua en el recoveco de las manos y la estampó con energía sobre el rostro al tiempo que emitía aquellos escandalosos sonidos que recordaban gruñidos de algún animal y que tanto habían sorprendido a Silveria la primera vez que le vio lavarse de aquella forma tan extraña para ella. Berreando y expulsando el agua en todas direcciones como un surtidor desajustado. Era una fea costumbre, un tanto zafia, aprendida en los días helados de la niñez cuando él, impetuoso, arremetía con furia contra el agua, el frío y la intemperie del exterior de Ibaibeltz. Allí, más fuera que dentro, al abrigo del soportal combado que formaba el alero del tejado, el abuelo Satur había construido después de arduas cavilaciones algo que en aquellos tiempos pretendía ser una instalación higiénica. En realidad todo quedó en un recipiente de obra con forma cúbica a imitación de los lavaderos municipales, pero menos aparatoso que incluía un pequeño tobogán ondulado para restregar la ropa. El artilugio, alimentado por el agua de lluvia recogida en un depósito de uralita se remataba en un grifo de latón que comenzó a gotear en el mismo momento de su puesta en funcionamiento. El depósito se sostenía sobre una urdimbre de maderos labrados con tosquedad a fuerza de hachazos y todo el conjunto tuvo incluso inauguración oficial. Sobre este asunto recordaba José Antonio una tarde otoñal, gris y ventosa. Cerca del lavadero dispuso la abuela unas cuantas sillas y una mesa de madera de color blanco, tan cerúlea que parecía enferma. El abuelo Satur convocó entonces al vecindario masculino que habitaba unos cuantos caseríos diseminados a lo largo de una pista sinuosa y terrosa y que formaban el barrio de Zazpiturri. Este nombre, según recordaba parecía referirse a siete fuentes o manantiales de las

cuales él solo conocía una, cerca del riachuelo oscuro que serpenteaba alrededor del caserío y que le daba nombre.

Al barrio también se le conocía como el «barrio bendito», así, en sonoro castellano. Al parecer en tiempos anteriores al advenimiento del abuelo Satur, en Zazpiturri los conflictos por cualquier cosa eran constantes e incluso en algún momento perdido ya, gracias a Dios, en la memoria del tiempo había llegado a correr la sangre. Nadie sabía cómo, aunque ahora él, Joxean, desde la distancia de los casi sesenta años creía intuir algo, el abuelo Satur había conseguido serenar los ánimos revueltos de los vecinos e incluso someterlos a su férrea voluntad. Un asunto curioso este que había alimentado un respeto casi religioso en el pueblo hacia la figura patriarcal, profética, de Satur Sasturaín, el pacificador del «barrio bendito».

Alrededor de aquella obra hídrica los vecinos, serios y admirados al principio y aburridos al final, soportaron las prolijas explicaciones del abuelo que solo se interrumpía para permitir que la abuela distribuyera abundantes raciones de queso picante y duro como un ladrillo, vino peleón envasado en botella verdosa con tapón de plástico y ristras de chorizo que más parecían fosilizadas por el tiempo que llevaban danzando en el desván que curados como correspondía a fiambres de calidad.

Eran tiempos en que las mujeres se dedicaban a lo que entonces se conocía como «sus labores», concepto este que recordaba haber aprendido en el libro «Formación del Espíritu Nacional» que impartía con discurso vibrante don Manuel del Soto, maestro de la escuela del pueblo. Por eso su abuela aparecía en silencio provista de la intendencia necesaria y desaparecía de la misma forma, ante la mirada vigilante de Satur que solo reanudaba la pesadísima charla cuando tenía la seguridad de que la mujer se hallaba a distancia suficiente.

Con el tiempo, José Antonio fue capaz de entender que la inteligencia del abuelo para someter al vecindario a su voluntad no estaba en el diseño hídrico sino en el arte de extraer beneficio a semejante invento y a otros tan tontos como poco útiles.



«Hay que darse a valer». Afirmaba el abuelo en la intimidad de las conversaciones familiares, recurriendo con frecuencia a alguna de las muchas frases en castellano que conocía y que intercalaba en la retórica interminable de argumentos sustentada en una increíble capacidad para hablar sin consentir ni una mínima interrupción de ninguno de los presentes. Aquella verborrea euskérica, rociada de frases en castellano aprendidas en el servicio militar. «En la guerra de Maruecossss», apuntaba el abuelo para precisar. Había sumido al resto de la familia, singularmente a su padre y a él mismo, en un estado de ensimismamiento. El mutismo impuesto, eso sí, con proverbial simpatía por el abuelo materno había creado una subespecie de Lizarraldes, mustios, silentes, abúlicos, poco dados a la charla, cuyas formas de comunicación con el mundo exterior adoptaban las maneras más extrañas. Como cuando su padre se apalancaba en la barra del bar con la mano izquierda atascada en el bolsillo del pantalón al tiempo que la derecha y el resto del cuerpo hacían toda suerte de gestos crípticos que indicaban: «ponme medio bíter», a Manuel Arizkorreta que atento al lenguaje gestual al otro lado del mostrador, se apresuraba a poner uno entero; en la seguridad de que cualquier habitante de Ibaibeltz que no fuera Satur asentiría antes de atreverse a abrir la boca.

Hay que darse a valer, se repitió a sí mismo José Antonio, «Joxean», le llamaban desde la niñez y sonrió con tristeza mientras se secaba las manos.

—¿En qué piensas, mi amooooor?

Ya tenía a Silveria, desnuda, poderosa, enroscada alrededor; tanteaba con manos de uñas largas y rosadas el nudo del albornoz. De improviso se vio asaltado por el espejo del baño que le devolvió su propia y lamentable imagen. «Qué viejo estoy». El vientre distendido y el pene flácido; una excrecencia semisólida y flexible que manoseaban con habilidad de pianista consagrada los dedos inacabables de Silveria Céspedes.

Silveria se sobresaltó cuando enfocó con ojos juguetones y alegres el espejo. La expresión de infinita tristeza y abatimiento de Joxean la percibió como un golpe inesperado. Dejó de manipular a su compañero y le abrazó con fuerza a la

altura del pecho, luego se asomó con cautela por detrás de los hombros y posó la mano en el cabello espeso y desordenado del hombre, acercó el rostro y le besó en la mejilla.

—¿Qué te pasa mi amoor?, cuéntaselo a tu negrita.

Arrastró a Joxean hasta la cocina, le ayudó a sentarse como si cuidara a un inválido y se apresuró a servirle el café desnuda como estaba, enseguida se encerró en la habitación y volvió envuelta en una camiseta deportiva que utilizaba como camisón.

—No te preocupes mi amor, solo te queda un mes para la jubilación, todavía eres joven. Un hombre con sesenta años, hoy en día, Dios mío, si se cuida un poco tiene mucha vida por delante. Viviremos donde tú quieras, la pensión será más que suficiente para nosotros dos solos, incluso, si te parece podemos ir a vivir a tu caserío.

A Joxean se le contrajo el estómago. Había hablado más de la cuenta acerca del caserío. La imagen de su hermana Asun, con el pelo enhiesto apuntando a los cuatro puntos cardinales semejante al plumaje de una perdiz, mientras inspeccionaba a la pobre Silveria como si se tratara de algún ser extraterrestre, le asaltaba cada vez con mayor frecuencia. Su cuñado Severiano, nacido en Cáceres y en proceso profundo de metamorfosis nacionalista, tampoco auguraba nada bueno. Pero además estaba el barrio, un grupo de caseríos dispersos a lo largo del camino sin asfaltar que a los dos kilómetros se bifurcaba hasta acabar en Ibaibeltz. No había forma de llegar sin pasar a cámara lenta por Tokieder y luego Gure Ametsa y después por Landarbaso. Lizarralde imaginaba el trayecto una y mil veces y una y mil veces escuchaba el ladrido furioso de los perros chivatos y la aparición subsiguiente, justo en los lugares estratégicos donde la pista se retorció hasta casi parar el coche, de alguno de sus convecinos en forma de madres, padres, abuelos, hijos... Quién se ocupara del asunto era indiferente, pero nadie podía llegar a Ibaibeltz sin ser sometido a interrogatorio oficial por aquella policía de fronteras que ejercía su ministerio de forma altruista, con dedicación y entusiasmo.

—Sabes que yo me adapto a todo, mi amor, lo importante somos nosotros, nuestro amor y nuestro futuro juntos, yo puedo vivir contigo en el caserío del que tanto hablas y que tantos recuerdos te trae...

Lizarralde miró el reloj, todavía le quedaba media hora, pero abrió la puerta de salida. Silveria continuaba hablando.

—Que te vaya muy bien en el trabajo, mi amor, voy a prepararte una comida especial para que alegres esa cara tan triste que tienes, los lunes son terribles en este país, mi amor, anda dale un beso a tu negrita...

Le costó soltarse del abrazo sin parecer grosero. La mujer no había parado de hablar ni un solo momento, le había acompañado con su discurso perpetuo a la ducha, al dormitorio donde se había vestido asistido por Silveria y su perorata, al baño otra vez, donde había tenido que mear de espaldas a los arrumacos y a las prolijas argumentaciones que le sumían en aquel estado de letargo que le recordaba al que era capaz de inducir su abuelo. Y todo aquello, solo por conocido era soportable. Se introdujo en el ascensor y pulsó el botón con el número cero, Silveria continuó hablando; la voz fue perdiéndose como un mal sueño que se desvanece con desesperante lentitud.

Las huidas apresuradas y cobardes traen malas consecuencias, en el exterior le acechaba el temporal. El paraguas y el gorro impermeable habían quedado olvidados. Vaciló antes de enfrentarse a la lluvia y al viento. Silveria y otra insoportable plástica en forma de admonición le esperaban siete pisos más arriba. Decidió mojarse, se arrebujó el cuello de la gabardina y salió al exterior.

Mil metros de desagradable paseo y se encontraría en lo que él llamaba el búnker del sistema, un mastodóntico edificio gris oscuro con pocos cristales y estos, negruzcos como el crepúsculo.

En la quinta planta Xabier Uralde, encerrado en el despacho de hombre importante, con aviso impreso en la puerta de entrada: «Sr. Uralde. Comisario», repasaba cariacontecido el archivo que reposaba sobre la mesa.

Unas cuantas fotos desparramadas mostraban la imagen de la mujer muerta. Se la veía en decúbito supino, casi sepultada en una piscina de barro que las

copiosas lluvias de las últimas semanas habían formado al borde de una pista forestal. El cuerpo estaba embadurnado en el barro como si lo hubieran mecido en aquella sustancia pastosa de color marrón. Apenas podía verse entre troncos de pino dispuestos para la carga y transporte. El contratista y el chófer del camión habían descubierto el cadáver por casualidad. Martín Goñi, el empresario, tropezó en el claroscuro del amanecer, cayó como un sapo en un estanque y comenzó a jurar como un poseso mientras se lamentaba de su mala suerte por tener que dedicarse a semejante trabajo «inhumano». Insistió varias veces en esa frase el posterior testimonio de Eloy Crespo conductor del camión. Cuando se le pidió que explicara cuanto había visto y oído; elevó los ojos hacia el techo en busca de inspiración y se explayó en un relato monocorde, preciso y tan plagado de detalles que los oficiales de la policía autónoma intentaron al menos en dos ocasiones cortar para que se centrara en el momento del descubrimiento del cadáver. «Solo nos interesan los detalles precisos que ocurrieron cuando ustedes encontraron el cuerpo, no se vaya usted por las ramas».

Pero la memoria de Crespo era secuencial, necesitaba revivir toda la cadena temporal, un principio, un desarrollo y un final. El principio era el momento en que Martín había subido al camión y el desarrollo del relato exigía la necesaria y ordenada concatenación de recuerdos.

A cada interrupción, Eloy asentía, pero volvía al momento en que Martín Goñi subía al camión. Los oficiales, aburridos, optaron por dejar que el testigo contara lo que quisiera. No dejaba de llamar la atención que más que el cuerpo que se descubría al final del inacabable testimonio; aquella frase de Goñi «este trabajo es inhumano», se repitiera las tres veces que el contratista Martín la pronunció antes de propinar una furiosa y poco hábil patada al bulto que le derrumbó de nuevo sobre la sopa del lodazal. La sensación agria que le produjo el tropezón con lo que creyó que era algún saco olvidado silenció por fin el rosario de juramentos y al pobre Martín, a continuación, cuando manoseó curioso el cuerpo embarrado, casi le dio un infarto.

Costó que los oficiales encontraran el lugar, costó que el juez de guardia

apareciera acompañado de un agente judicial y del forense y para colmo comenzó a llover como si no lo hubiera hecho nunca. Se hizo lo que se pudo, dadas las circunstancias, pero la pista forestal tenía una pendiente más que considerable y todo se había convertido en un líquido marrón denso y gelatinoso. Cualquier huella de vehículo que hubiera transportado el cadáver, si eso había ocurrido, lo que era probable, la habría sepultado el peso del camión de Crespo. Por lo demás, el diluvio se ocupó en presencia de la apesadumbrada unidad científica de la policía en arrastrar delante de sus narices cualquier otra prueba que alguien hubiera dejado por descuido.

El informe que acompañaba las fotos y que ahora leía cariacontecido confirmaba al comisario Uralde lo que había temido casi desde el principio. Tres mujeres casi adolescentes, habían aparecido muertas recientemente en parecidas circunstancias en otras provincias de España.

Algún miembro del cuerpo autónomo había sugerido que esas cosas no pasaban en Euskadi, pero Uralde comenzó a temer que el asunto acabaría traspasando las fronteras de su jurisdicción y todo porque en el País Vasco llovía mucho. Eso le sugirió el apesadumbrado teniente Ortega de la Brigada de investigación criminal de la Guardia Civil.

«Sea quien sea, busca las tormentas, un profesional sin alma, Uralde, te lo digo yo. Mata con eficacia y con guantes. Siempre de la misma forma, descoyunta el cuello de la víctima y ya está, ni un rastro, no hay sangre, ni fornicación, no es un sádico ni un obseso. Es un criminal sin más. A continuación, transporta los cuerpos hasta algún vehículo, suponemos que un todoterreno y los cadáveres aparecen, cuando lo hacen, después de haber soportado un diluvio que el asesino parece haber previsto con la seguridad de un meteorólogo de telediario».

Uralde depositó el informe sobre la mesa, al lado de las fotografías de la mujer. Enfrente, el oficial López le ponía al corriente.

—Todavía no sabemos de quién se trata, estamos llamando a familiares directos de mujeres sobre las que hay denuncias recientes de desaparición. Si es

necesario cotejaremos el ADN, pero alguno la reconocerá, es casi seguro; según el forense tiene entre cuarenta y cincuenta años, murió hace un par de días.

Uralde asintió sin decir palabra. Sabía lo que vendría a continuación. Se identificaría el cadáver y se seguirían las pistas y testimonios corrientes, pero el teniente Ortega ya se lo había advertido, no hallarían nada, no habría testigos. Solo encontrarían parientes más o menos cercanos, todos desolados, incapaces de entender nada y todos en absoluto sospechosos, los que pudieran serlo tendrían coartadas indestructibles y la investigación acabaría en un callejón sin salida.

«Si te toca un asunto de estos, Javier, prepárate, además tú tienes una consejera de interior, el cabildo feminista te estrangulará».

Al otro lado de la mesa, el oficial López continuaba impertérrito el relato, pero Uralde había iniciado ya una de aquellas maniobras que tan útiles le habían resultado a lo largo de su carrera en el escalafón de la policía autónoma. Había identificado el asunto como lo que era, un marrón con fecha de caducidad. Si no conseguía resultados y la conversación de hacía un mes con Ortega hacía prever que no los iba a obtener, la consejera le fulminaría y pondría a cualquier otro u otra en su lugar. Su brillante carrera habría terminado a los cuarenta años. Una vez identificado el marrón, se imponía la única solución posible. El traspaso de la mercancía averiada a alguien que se hiciera cargo y que al mismo tiempo presentara dos ventajas complementarias. Si resolvía el caso, él, el comisario Uralde, sería el receptor de todos los parabienes, incluso posibles menciones honoríficas y alguna medalla tal vez, en técnicas sobre apropiación indebida de méritos ajenos no tenía rival. Si el incauto, por el contrario, no conseguía solucionarlo le aplicaría la misma astucia en sentido contrario, su carrera en el cuerpo se había basado siempre en aquella miserable habilidad de doble sentido. Era tan capaz de absorber méritos ajenos como de disolver los que se le escapaban en un mar de cuchicheos, mentiras y venenosos comentarios depositados con habilidad de serpiente del paraíso en los momentos y cerca de las personas adecuadas.

«Lirarralde, tiene que ser Lizarralde», pensó Uralde.

—¿López cree usted que Lizarralde podría hacerse cargo?, tengo gran confianza en ese hombre, aunque me temo que con la jubilación a las puertas, se niegue.

López intuyó una de las famosas maniobras evasivas de Uralde.

—Se hará cargo, estoy seguro.

—Es que yo ando muy atareado, tengo un montón de cosas pendientes, a Lizarralde todavía le queda un mes y bueno... ¿por qué está usted tan seguro? López.

—Hace ya año y medio que se ha encoñado y no se decide a pedir la jubilación.

—No sabía nada de eso, todo el mundo creía que era un soltero impenitente, o incluso algo peor.

—Usted mismo encargó que se le vigilara, ya sabe, después del incidente.

—Sí, tiene usted razón, ya no me acordaba. La verdad, es un hombre extraño, siempre tan silencioso, como recogido sobre sí mismo y claro después de aquella explosión de ira, aquí mismo, delante de todo el mundo... fue muy violento. El propio director general me advirtió acerca de tener un perturbado al mando de operaciones en marcha..., pero bueno, todos tenemos malos momentos, este trabajo es muy complicado. Hágale pasar en cuanto se presente.

—Pase, pase Lizarralde, no se quede ahí, por Dios, siéntese, ya tenía ganas de tener una charla de amigo con usted. He estado revisando su trayectoria en el Cuerpo..., impresionante, increíble, es usted un referente. La verdad, al darme cuenta de que su jubilación está próxima, no he podido sino preguntarme a mí mismo, ¿cómo es posible que nos desprendamos alegremente de tanta experiencia, de tanta sabiduría policial? Es un dispendio de inteligencia inasumible por una institución que se precie...

Lizarralde, al otro lado de la mesa extrajo un pañuelo del bolsillo y lo restregó sobre el cabello aplastado por el aguacero, a continuación lo acercó a la nariz y expulsó aire y alguna que otra sustancia con un escandaloso sonido parecido al

de una trompeta. Uralde interrumpió el discurso.

—En fin. Bueno. Dígame. ¿La decisión de jubilarse es definitiva?, ¿cabe la posibilidad de que podamos seguir contando con usted, con su habilidad más que conocida, con su experiencia...? —Fingió leer algún folio de los que se desperdigaban por la mesa—. Nada menos que de la primera promoción, Lizarralde, es usted historia viva. Vamos, con toda confianza, contéstemme.

—Uralde. Déjate de coñas. Nos conocemos desde hace tiempo, ¿qué te traes entre manos?

La cara de simpatía de Uralde se contrajo en una mueca de circunstancias.

—Es la mujer que ha aparecido en la pista forestal del Goierri. La verdad es que estoy agobiado de trabajo y necesito alguien de confianza, no puedo dejar este caso en manos de cualquiera.

Lizarralde se retrepó sobre el respaldo de la silla. «Un marrón, me quiere endiñar un marrón».

Uralde le sonrió apesadumbrado. «A ver si este memo se come el marrón», pensó. Intentó recomponer su famosa y beatífica sonrisa; los silencios de Lizarralde eran proverbiales, se preparó lo mejor que pudo para soportar uno de aquellos asaltos psicológicos del subcomisario en forma de mirada oscura, penetrante e interminable.

«Con tal de que se coma el marrón». Uralde inquieto, dejó vagar la mirada por la superficie de la mesa de trabajo. Reparó en el teléfono y deseó con fuerza que el artefacto se estremeciera en aquel sonido escandaloso que podría rescatarle de aquella tortura, pero el teléfono no iba a sonar, ni siquiera le hacía falta asomarse a la cristalera vetada por la cortina plastificada que había descuidado plegar. La manía de hacer presente su autoridad ante el contingente de seres sin importancia que compartían el espacio de la sala le estaba jugando una mala pasada, estaba seguro de que todos y cada uno de aquellos miserables subordinados estarían atentos a la escena que se desarrollaba en el cubículo de poder policial que ocupaba. Elevó, sin saber qué otra cosa hacer los ojos suplicantes y se topó con el rostro inexpresivo de Lizarralde. Hizo un esfuerzo para sostener la mirada



oscura como la noche, pero fue imposible. Restregó el cabello distribuido al cincuenta por ciento desde una raya trazada a cartabón en el centro del cráneo. Retorció el cuello sin alzar la vista para no tropezarse con la silenciosa expectación del otro lado del cristal y acabó aterrizando su atención en la papelería que ocupaba uno de los vértices del despacho.

«Pensamiento lateral. Dicen los psicólogos que Lizarralde tiene pensamiento lateral...»

—Está bien, me haré cargo, pásame toda la documentación.

Lizarralde abandonó el despacho cargado con el archivador AZ del caso y Uralde emitió un bufido de alivio, se acercó a la puerta que había quedado abierta y la cerró con parsimonia, el marrón se alejaba de él.

## 5

### MÓNICA

Desiderio Zulueta adelantó el rostro hacia la pequeña pantalla de televisión, el doctor Ibáñez levantó con delicadeza la sábana que cubría el cadáver. Solo lo suficiente, no quería que la familia viera los costurones con que había recosido el cuerpo de la mujer. El cabello amarillento aparecía húmedo, apelmazado y se recogía detrás de las orejas, dejaba ver el rostro inexpresivo y marmóreo de la muerte. A Desiderio el dolor le golpeó como un puñetazo en el vientre, se estremeció y expulsó un grito contenido. Acercó los labios temblorosos al monitor y lanzó un besó que se perdió entre las entrañas del televisor y que debía llegar hasta la mujer muerta. Unos momentos de desahogo y luego Ibáñez, fuera de la sala de autopsias, tuvo que sostenerle mientras daba unos pasos indecisos hasta una silla plastificada en un extremo de la estancia donde unos cuantos archivadores metálicos se apiñaban contra la pared. Al lado, Lizarralde, sentado en otra de las sillas había observado impertérrito toda aquella ceremonia de reconocimiento. El forense esperó que el subcomisario dijera algo. El silencio y aquella mirada oscura y extraviada en cualquier parte fueron la respuesta. Resignado hizo la pregunta que correspondía.

—Señor Zulueta. ¿Reconoce usted el cuerpo? —La pregunta debía hacerse con claridad y debía consignarse el reconocimiento por escrito, no cabían interpretaciones en aquel asunto, pero como siempre Lizarralde dejaba aquellos enojosos procedimientos para otros.

Le habían dicho que le avisarían, era un caso de asesinato y la autorización dependía del juez. Una vez obtenido el permiso judicial podría ocuparse del entierro. Ahora Desiderio se enfrentaba a la soledad de la noche iluminada a duras penas por las farolas del Paseo Nuevo. Se asomó al mirador y dejó que el rumor y los vientos del mar rompiente le acariciaran. Lloviznaba y el ventarrón

transportaba bulliciosas nubes de espuma blanca causadas por el oleaje que se condensaban en forma de blancos goterones salados que mojaban con la fuerza de un aguacero. Apenas recordaba lo que había ocurrido en la sala de autopsias. El policía se le había acercado y le había hecho algunas preguntas, un par de ellas le habían parecido sin mucho sentido. ¿qué tenía que ver la historia reciente de sus padres con la muerte de Mónica? Ni una palabra de pésame, pero todo eso, ¡qué importaba!, el policía indiferente y distante había expelido el perfume del cazador, buscaba al asesino de Mónica y eso le consolaba. Comenzó a llorar y el estruendo del oleaje envolvió el llanto convulso.

Yolanda Dopozo abrió los ojos desesperada, el sueño huía y ella se instalaba en la agitación nerviosa que la acompañaría el resto de la noche. El despertador digital emitía una luminosidad fantasmal y rojiza. Las tres de la madrugada, pensó que quizá debería haberse tomado una pastilla para dormir, pero ahora era tarde, tenía que levantarse temprano y acudir a la oficina. El estruendo del portero automático penetró en su cerebro como el sonido de una explosión atómica, saltó de la cama con el corazón a punto de colapso. Un nuevo timbrado a medio camino entre la habitación y el recibidor provocó un grito de pánico. Llevó las manos temblorosas a la boca mientras la bata acolchada se desparramaba en el suelo.

—Soy el subcomisario Lizarralde. Investigo la muerte de Mónica Zulueta. Tenemos que ir a la oficina de inmediato.

A punto de ahogarse, con el corazón batiendo como un martillo pilón y sin que estuviera muy convencida de que debía hacerlo, Yolanda pulsó el botón de apertura del portero automático. El motor del ascensor retumbó con estrépito en el silencio de la noche, bajó tres pisos y subió cuatro mientras ella, presa de los nervios, conseguía colocarse la bata. A continuación se acercó a la puerta de entrada.

Acercó el ojo, el otro lado de la mirilla le mostró la placa policial. Algún antiguo recuerdo de necesaria obediencia a la autoridad la obligó a abrir la puerta.

—Vamos, vístase, coja las llaves de la oficina de la señora Zulueta. No pierda el tiempo tenemos que revisar los archivos del bufete.

Lizarralde irrumpió como un ciclón y Yolanda, en silencio y con un gesto de espanto, solo acertó a ocultarse en la habitación. El policía aprovechó para inspeccionar el piso. Había más espacio que muebles y los que se veían eran funcionales y sin florituras. Todo estaba ordenado y olía a limpio. Una mujer solitaria y sin hombres que seguramente no soportaba la tapa del retrete salpicada de orines. Un par de fotos sobre el mueble del recibidor. Un niño rubio de unos diez años junto a la que debía ser la madre de unos treinta y cinco que se parecía a la dueña del piso. Al otro lado del mueble la foto de una niña algo menor de la mano de un hombre que no llegaría a los treinta, barrigón y también con cierto aire familiar. Dedicatorias y firmas en ambas. «A mi querida tía Yolanda en el día de...», Lizarralde suspicaz por costumbre, concluyó de inmediato ocultas intenciones en aquellas fotos. Los hermanos y sobrinos aguardaban el momento oportuno para lanzarse como buitres sobre las propiedades y cuentas bancarias de la tía, ya más allá de la mediana edad, gordita, feúcha y con vocación de soltería perpetua.

—Daremos un paseo. Total son un par de calles. No merece la pena mover el coche.

Yolanda se volvió hacia él con las llaves del vehículo en la mano. El hombre se alejaba por la acera sin mirar atrás. Llovía con desgana engañosa, abrió un pequeño paraguas plegable y aceleró el paso hasta situarse a la altura del policía que se protegía de la lluvia con una gabardina y un sombrero impermeable.

—¿No es un poco irregular esta situación? —preguntó Yolanda un tanto más calmada, con un hilo de voz.

Lizarralde detuvo el paseo y se encaró con la mujer.

—¿Por qué irregular? Ya le he enseñado mi placa, soy el encargado de esta investigación, aquí no hay nada raro.

—Ya, pero levantarme a estas horas y de esta manera. Me ha dado usted un susto de muerte.

—Bueno no hay que exagerar, se trata de hacer las cosas con rapidez, no podemos perder el tiempo.

Reanudaron la caminata. El teléfono móvil de Lizarralde se agitó en el interior de la gabardina.

—Ya está esta... —Hizo un gesto de hastío mientras acercaba el teléfono al oído.

—¡Mi amoor!

—¡Silveria! Ahora tengo trabajo no vuelvas a llamarme, duerme tranquila.

Cortó la comunicación y guardó el teléfono en la gabardina.

—¡Qué manera de tratar a su mujer!, cada día me alegro más de no haberme casado.

Yolanda casi corría detrás de las zancadas del hombre. El pánico de aquella irrupción nocturna estaba dando paso a un enfado progresivo. Lizarralde no contestó. Dos calles más y llegaron al portal donde una placa dorada anunciaba el despacho de la abogada.

—Déjeme las llaves. Yo abriré. Procure no tocar nada, mañana vendrán los de huellas, no encontrarán nada, pero es costumbre hacer esas estupideces que se ven en las películas.

El policía se enfundó unos guantes de látex, extrajo una linterna y enfocó el interior del bufete encendió la luz eléctrica y se dejó guiar por Yolanda. Se introdujeron en el despacho de la abogada, una mesa de madera bruñida de considerable tamaño soportaba una pantalla de ordenador plana de color oscuro, un teclado y un ratón, amén de carpetas, folios, códigos jurídicos, todo ello distribuido sin demasiado fundamento sobre la superficie. Los cables informáticos colgaban en un extremo, compactos y enredados, se perdían entre las patas de la mesa. Una librería repleta de volúmenes, vademécums jurídicos y al lado un par de archivadores metálicos que podían alcanzarse desde el puesto de la abogada. Lizarralde se adueñó del sillón de cuero marrón gastado por el uso. Tuvo cuidado en no tocar el ordenador y se centró en los archivadores metálicos, hizo algunas preguntas a Yolanda y siguiendo sus indicaciones

seleccionó los casos de hasta un par de años atrás. Ajustó la altura del sillón y comenzó a revisar las carpetas una por una. Leía cada una de las hojas con interés y las pasaba con sumo cuidado.

Yolanda observaba fascinada aquellas maniobras precisas y metódicas. Acercó una silla a la mesa y se situó al lado del hombre, casi podía tocarle. Mónica Zulueta no había sido una buena jefa. En vida fue obsesiva y despótica. Había soportado una considerable carga de desprecios y exigencias que la habían sumido en una semidepresión que solo sobrellevaba por necesidad económica. ¿Qué otro trabajo iba a encontrar a su edad?, cuando Desiderio le contó a través del teléfono, compungido y con voz temblorosa las terribles circunstancias de la muerte de su hermana, incluso había llorado asaltada por la emoción y la sorpresa. Aquel llanto tan sentido habría consolado a Desiderio, pensó más tarde Yolanda, «cuánto quería a mi hermana», había supuesto ella que habría pensado el hermano de la difunta. Pero luego, por terrible que pudiera parecer, se había sentido aliviada. La muerte de su jefa acabaría por fin con aquella tortura a que era sometida en la oficina del terror. Lo que en vida de Mónica la asustaba, el paro, el desempleo a los cincuenta y siete años, ahora, ante lo inevitable de la situación se había transformado como por efecto de una anestesia eficaz en una relativa calma que le permitía aceptar un destino no tan oscuro como antes se había obstinado en imaginar. Unos meses de subsidio y luego alguna de las fórmulas matemáticas que el gobierno de turno había habilitado para asegurar jubilaciones anticipadas con mensualidades de subsistencia. Además, ella tenía algunos ahorros y la disciplina necesaria para adaptarse a los previsibles más que escasos ingresos económicos. Si conseguía mantener a raya a hermanos y sobrinos el futuro se presentaba en forma de tranquilos paseos y agradables tertulias con sus amigas solteras.

La mujer preguntó en un susurro.

—¿Por qué solo los casos de dos años anteriores?

El policía cerró la carpeta que acababa de revisar, dejó caer los brazos sobre la mesa y se ladeó hasta encararse con la mujer. Yolanda todavía llevaba el abrigo

impermeable, tenía el cabello corto teñido con mechas amarillentas que conformaban un color incierto entre el blanquecino de las raíces, el oscuro natural y el rubio de peluquería, peinado en un volumen que necesitaba alguna laca para sostenerlo en su lugar. Los ojos eran oscuros, penetrantes, protegidos por gafas de cristales progresivos que corregían la presbicia. Rechoncha, más bien pequeña. Lizarralde, no obstante, no dejó de reconocer cierta viveza, algo similar a una inteligencia oculta en la expresión de Yolanda, inteligencia que seguramente había quedado sepultada por la vida que le había tocado en suerte.

—No creo que encuentre nada importante —contestó Lizarralde, también casi en silencio—. En este juego tenemos malas cartas y cuando te llega una mala mano, procede el descarte. Debemos eliminar algún marido furioso, y la furia, créame decae con el tiempo.

—En realidad, durante el último año, Mónica no atendió más de cinco divorcios, solo hubo algunas consultas sobre estas cuestiones, una mujer aterrada que al final renunció a seguir adelante y poco más. La crisis económica aleja incluso las ganas de follón matrimonial.

—Y esa situación —preguntó el hombre—. ¿Afectó mucho a la Zulueta?

—Siempre fue una mujer difícil, tenía un carácter endemoniado, pero este último año ha sido terrorífico, la muerte de su madre y quién sabe si algo más, la corroía por dentro y no la dejaba vivir. Yo lo achaqué a la situación del bufete. Ella trabajaba sola, y la verdad es que tenía cierto prestigio que había conseguido a lo largo de años de dedicación, pero cada vez aparecen más abogados que intentan abrirse camino a codazos. Son despachos nuevos con gente joven y decidida que en ocasiones han llegado a abordar en la calle a clientes que salían de aquí, algo increíble la verdad, pero al margen de eso yo creo que no tenía una mala situación económica aunque no lo puedo asegurar con certeza. Sus asuntos privados nunca los trataba conmigo, yo solo tenía acceso a la cuenta bancaria del negocio de la que cada cierto tiempo ella extraía algunas cantidades para los gastos corrientes y a fin de año dejaba en la cuenta un saldo mínimo con el que empezaba un nuevo ejercicio.

—Le voy a pedir un favor personal Yolanda, habrá visto que le estoy hablando en confianza, contándole cosas que ningún otro policía le contaría. Necesito fotocopias del expediente de esta carpeta y necesito sobre todo que usted no diga a nadie que he estado aquí. Mañana vendrán del departamento a tomar huellas y a hurgar en los archivos de Mónica, es el procedimiento habitual. Una mujer muerta con signos de violencia debe indicar necesariamente ataque machista, o dicho de otro modo, tal vez un marido resentido, maltratador y posiblemente fichado por algún caso similar.

—Pero usted no cree que sea un caso de maltrato.

—En absoluto. Me permitiré que no le cuente demasiados detalles acerca de la muerte de Mónica, solo le diré que hay otros casos parecidos, el asesino es un ejecutor, un profesional, casi con seguridad alguien que mata por encargo a cambio de dinero, o tal vez alguien que sigue órdenes.

—Lo que no entiendo es por qué usted quiere mantener el secreto de su actuación. Usted es compañero de los que van a venir mañana.

—¡Yolanda! Un ejecutor, bien sea por encargo, o que solo cumple órdenes, significa una organización y una organización es poder. Aunque cueste creerlo nosotros, la policía, somos sobre todo parte de un sistema, estamos al servicio del poder, no como muchos incautos suponen, al servicio del ciudadano, eso es mentira. Cualquier institución policial sostiene el régimen, sea este el que sea. En las alturas del régimen, créame, hay vasos comunicantes, individuos casi intocables, por eso necesito que usted no diga nada acerca de esta pequeña excursión nocturna.

—Entonces usted es un lobo solitario, un vengador, un personaje de tebeo.

—No exactamente, soy por encima de todo un tipo cabreado. Hace más de tres años que me mandaron a rellenar expedientes, me quitaron lo que más quería, mi trabajo. Soy un policía razonablemente eficaz, no un Hércules Poirot o un Sherlock Holmes, ni mucho menos, pero en su momento conseguí seguir el rastro a algunas organizaciones dedicadas al mercado de la droga y también tengo en mi haber la detención de un político relevante lo que en su momento



supuso un frenesí de parabienes, reconocimientos, felicitaciones, pero, lo que son las cosas, aquello acabó con mi carrera. El poder no necesita policías eficaces, prefiere individuos sumisos, rastreros, a los que no se les ocurra ni por casualidad apuntar a la cabeza de la bestia. Acabaron conmigo hace tres años, me redujeron a la absoluta inactividad. Expresiones de simpatía, argumentaciones prolijas acerca de lo que se esperaba de mí, un ascenso engañoso, quizá usted haya oído hablar de la famosa patada hacia arriba. Y luego, la peor de las humillaciones a que se puede someter a una persona, un salario a cambio de no hacer nada.

—¿Y ahora usted está investigando por su cuenta?

No, no. Este es un asunto peligroso que puede hacer rodar cabezas, en el mundo de las empresas y de las instituciones existe un individuo imprescindible aunque desconocido incluso para él mismo, quiero decir que el papel le puede tocar a cualquiera. Es el cabeza de turco el chivo expiatorio, llámele como quiera, alguien debe hacerse cargo del fracaso, de la culpa para a continuación acabar crucificado.

—Y usted se presenta voluntario para el papel de Nuestro Señor Jesucristo, permítame que no me lo crea.

Yolanda torció el rostro en un gesto de ironía.

—¿No se da cuenta?, por fin puedo trabajar. Estoy dispuesto a aceptar el riesgo, pero en la medida de lo posible seguiré mis propias normas, por eso estoy aquí esta noche.

Aquella explicación pareció conformar la curiosidad de la mujer. Asintió Yolanda, pero no pudo evitar que de inmediato apareciese una niebla de preocupación que se manifestó en un semblante turbado y compungido.

—Ese ejecutor, como usted dice..., bueno, me preocupa un poco, después de todo ha matado a mi jefa. Y yo, aunque no tengo mucho que ver en sus asuntos, ¿cree usted que puedo estar en peligro?, ya sé que es una tontería, pero soy aficionada a las novelas policíacas y a veces las secretarías saben cosas a las que no dan importancia y que interesan a los malos; usted se hace cargo...

La mujer sonrió a duras penas en un gesto forzado de complicidad mientras le miraba suplicante, como si esperara una absolución por algún pecado que acababa de confesar. Lizarralde le entregó la carpeta en silencio al tiempo que clavaba una mirada oscura y profunda en el rostro de la mujer.

—Es una posibilidad, sí, pero no creo que a ese individuo le interese nada de este despacho, ha tenido más de dos días para revisarlo y no se ven signos de que haya pasado por aquí, creo que puede estar usted tranquila.

La explicación no la convenció del todo. La muerte de Mónica, salvando el sobresalto inicial, le había producido un estado de laxitud casi beatífica que solo se alteraba cuando intentaba dormir, entonces el sueño se alejaba de ella como si una alerta lejana y misteriosa le advirtiera de ignotos peligros. Ahora, aquel policía medio loco, ni le aseguraba ni le negaba el riesgo que ella intuía y la molesta alarma de peligro nocturno amenazaba con acompañarla el resto del día.

Sin dejar de mirarla, el policía golpeó con suavidad la carpeta que ella sostenía sobre la falda.

Obedeció en silencio. Abandonó el despacho y se encaminó a un cuarto que había sido trastero y que ahora contenía una voluminosa fotocopiadora, tardó cinco minutos en copiar el informe.

Sentado, Lizarralde revolvió uno de los expedientes que ya había repasado y con disimulo extrajo una hoja que dobló con cuidado y escondió en el bolsillo de la chaqueta. Unos minutos después la mujer introdujo las copias en un sobre y se lo entregó. El policía lo retorció en un cilindro que sujetó con las gomas del escritorio, luego lo guardó en el interior de la gabardina.

—Vamos, la acompañaré hasta casa —le dijo.

Volvieron sobre sus pasos en silencio, cerca uno de la otra, Recorrieron las calles solitarias y mal iluminadas como si fueran una pareja mal avenida. La lluvia golpeaba melancólica la ciudad despoblada de la madrugada mientras ellos chapoteaban sobre el agua acumulada. Se despidieron en el portal de la mujer. Yolanda, desde el ventanal de la habitación vio alejarse a aquel hombre tan extraño. Inclina los hombros. Tal vez para protegerse de la lluvia. O quizá

porque cargaba con preocupaciones y cavilaciones propias de un policía. O tal vez lo hacía porque el peso de la vida se le había hecho sólido como a ella misma le ocurría ahora, cuando los recuerdos comenzaban a hacerse tan numerosos y presentes que parecían adherirse a su mente e incluso a su cuerpo como la hiedra que escala casonas antiguas y solitarias. Se acercó a la cocina, puso en marcha la cafetera y se preparó para no dormir y soportar un nuevo día cargado de policías y preguntas. Comenzaba a sentir un deseo compulsivo de que Mónica Zulueta y su recuerdo se alejaran cuanto antes de su vida.

Sentada, recogida sobre sí misma en el sillón de la sala de estar, la luz de la lámpara la iluminaba envuelta en una bata que dejaba ver los muslos. El pelo espeso, oscuro se descolgaba en una melena contenida en una coleta cuyo final, intuía Joxean, andaría cerca de la mitad de la espalda. El rostro contraído y los labios carnosos cerrados sobre sí mismos, en un mohín de niña enfadada y dolorida.

—¿Por qué me tratas así, Joxean? ¿Qué soy para ti? Te doy lo mejor de mí misma, me entrego sin condiciones, camino por esta casa con el miedo de que alguno de mis pasos te moleste, te recibo sea la hora que sea con cariño, te beso, te acaricio, te preparo el desayuno, la comida, te limpio la casa. Soy la mujer que ya no existe, la mujer que se somete al hombre, que está a su lado, en silencio, atenta a sus deseos, a sus caprichos y tú me tratas cada vez peor. Me muero de miedo cuando no vuelves a casa a la hora que corresponde, me reconcome la preocupación, te llamo y tú me contestas como si fuera tu enemiga.

Joxean suspiró impotente. Una bronca de pareja a las cinco de la mañana era algo que tenía que evitar como fuera. Silveria tenía aquel lado tumultuoso y caribeño, una tormentosa forma de expresarse en sus enfados que no atendía a los silenciosos códigos de comunicación que se estilaban en la ciudad costera. Una explosión de ira incontrolada podía dar lugar a destrucciones escandalosas. Ya había ocurrido una vez, sillas por los aires, un espejo roto en mil pedazos, aullidos incomprensibles y lo que luego él denominó para sus adentros, «el prendimiento», cuando incapaz de soportar aquel torrente de llanto, lamentos,

insultos, amenazas de suicidio, decidió abandonar el piso. La mujer se adhirió histérica a sus piernas y se superó a sí misma en el tono de sus gritos.

—¡No me dejes mi amor, no soporto volver a la soledad!

De lo que ocurrió después, Joxean solo tenía un vago recuerdo. Aunque sí era cierto que aquel fue, sin lugar a dudas, un polvo histórico. Enredado entre los muslos titánicos de la mujer, casi ahogado en un abrazo convulso y nervioso, envuelto el rostro en el besuqueo húmedo, los mocos del llanto y las lágrimas abundantes, solo le quedó el recurso de avenirse a dejarse hacer y distenderse medio desnudo en el único de sus miembros que conservaba cierta libertad de movimiento. Acertó por fin a introducir la llave en el trémulo candado que acabó liberándole de aquella presa mortal. El asunto fue fatigoso y visto desde la distancia del tiempo, más bien doliente que placentero, técnicamente casi podía considerarse una violación. Ahora, la visión de la mujer sentada dándole a la lengua sin pausa, lamentándose de su abandono, los ojos lacrimosos y mirándole con aquel aire de sufrimiento amenazante, no auguraba nada bueno. Había que evitar el escándalo como fuera. Se acercó y se arrodilló delante del sofá.

Estoy muy cansado, Silveria. He tenido un día horrible. Si he sido un poco grosero, perdóname, pero necesitaba concentrarme.

Luego dejó caer la cabeza en el regazo de la mujer. Silveria le acarició el cabello, aspiró el aire a intervalos, como si fuera llenando uno tras otro, compartimentos estancos y lo expulsó luego, entre sollozos, en un amoroso suspiro escalonado cargado de sonrisas de alivio y comprensión.

—Vamos mi amor.

Joxean se dejó conducir con mansedumbre a la habitación. Estaba cansado, pero cualquier cosa sería mejor que acabar con cardenales por todo el cuerpo.

## 6

### LADISLAO

La mañana del miércoles, Lizarralde encontró una abultada carpeta azul sobre la mesa de trabajo. Colgó la gabardina y se sentó con parsimonia. El oficial José Joaquín López se apresuró a ocupar el otro lado. Con un saludo de circunstancias López extrajo un legajo de papeles y se dispuso a informar. Habían registrado a conciencia el despacho de la abogada. La científica había recogido algunas huellas dactilares que parecían más grandes que las que correspondían a las dos mujeres que compartían el despacho. Revisaron los archivos de papel y repasaron el disco duro del ordenador a fondo. Tuvieron que recurrir a la secretaria, Yolanda Dopozo, que les proporcionó la clave de acceso que Mónica olvidaba por costumbre y que acabó en propiedad de la tal Yolanda, revisaron el correo electrónico. Mónica disponía de dos cuentas distintas, una en Google y otra en Yahoo, en ambas cuentas los correos solo podían rastrearse hasta un año antes, pues la abogada borraba en la propia página web todos los mensajes antiguos. Recibía gran cantidad de publicidad, sobre todo en el correo de Google. Al parecer, el de Yahoo lo había contratado con posterioridad y lo utilizaba en exclusiva para cuestiones relacionadas con el trabajo de despacho, casi no recibía publicidad en esa cuenta. Ese mismo día, si a Lizarralde le parecía bien, se ocuparían del ordenador de sobremesa que la mujer tenía, según les había informado Desiderio Zulueta, en el domicilio particular. El informe que reposaba en el interior de la carpeta azul resumía los correos electrónicos que podían ser interesantes para el caso, solo algunos de ellos podían considerarse personales y de estos habían seleccionado diez que les parecieron amenazantes. Eran anónimos, o firmados con seudónimos que hacían difícil la identificación. Todos sin excepción habían sido enviados desde locutorios públicos, pero López se inclinaba por no darles demasiada importancia.

—Sin embargo, este expediente si me parece significativo —indicó el oficial

—. Es de hace un año y algunos meses y se refiere a un divorcio que tramitó Mónica en representación de Elvira Rodríguez Santos, el marido se llama Ladislao Sesma y la separación pasó por momentos tormentosos. De hecho, si me ha llamado la atención este expediente es porque unos meses antes tuvimos que detener a este sujeto por una presunta agresión a su mujer. Él lo negó todo y Elvira Rodríguez solo presentaba un enrojecimiento en las mejillas, al parecer producto de un golpe con la mano abierta que le propinó Ladislao en un momento de exaltación. Le interrogamos durante una media hora y el hombre se derrumbó. Acabó llorando delante de una compañera, me pareció humillante, solidaridad masculina, supongo, daba pena. Poco después Elvira retiró la demanda y nosotros decidimos no tramitar la denuncia, quizá no hicimos lo correcto, pero el hombre nos pareció tan destruido que no merecía la pena.

López se interrumpió y esperó alguna reacción del subcomisario.

Lizarralde por el contrario se limitó a ojear por encima el expediente de Sesma.

—Un hombre que pierde los nervios en un momento de tensión no parece un maltratador o que sea especialmente violento, pero será mejor no pasarlo por alto. Habrá que investigar las andanzas de este individuo. Mantenme informado.

—De acuerdo, me pongo en marcha de inmediato —López recogió el expediente de Sesma y dejó el resto de la carpeta en la mesa del subcomisario.

El día anterior, Lizarralde no había aparecido por la comisaría. La naturaleza del caso y la anuencia tácita de Uralde le indujeron a suponer que le otorgaban algún permiso no escrito para deslizarse en sus investigaciones cerca de los límites de la indisciplina. Por el contrario, dedicó la mañana a recuperarse de la noche en vela y de los arrebatos sexuales de Silveria. La tarde plomiza la pasó en una de las cafeterías cercanas que habían proliferado a partir de la crisis. Todo el mundo intentaba sobrevivir en medio de la hecatombe. Como resultado ciertamente positivo, uno podía asentarse en una mesa discreta de cualquiera de aquellos locales y dedicar unas horas, por ejemplo en su caso, a repasar los expedientes consumiendo un par de cafés y sin la presencia, a veces atosigante,

de Silveria.

Lizarralde ojeó la carpeta que el oficial le había dejado encima de la mesa, era solo un ejercicio de abstracción, se sentía cansado, en realidad quería jubilarse cuanto antes y retirarse al caserío que se repartía en herencia a partes iguales entre él y Asun, pero su hermana y el cuñado le parecían incompatibles con Silveria. Ella, inocentemente hablaba a menudo de aquella vida futura en el paisaje plácido y silencioso de la Arcadia feliz que él relataba de vez en cuando. Silveria se había hecho su propia composición de lugar. Fantaseaba con alegres reuniones familiares que debían producirse, en sus delirios, en los atardeceres silentes y crepusculares. Al abrigo del soportal de Ibaibeltz, que solo conocía por las fotos que Joxean le mostraba. Contemplando el árbol gigantesco que se había apropiado desde tiempo inmemorial de un prado herboso, aterciopelado, extendido en un círculo de considerable dimensión frente a la entrada del caserío. En alguna ocasión la mujer le había mostrado su extrañeza acerca de la tardanza en acercarse al caserío, desplazamiento que él, por un motivo u otro, siempre posponía.

Pasó una más de aquellas hojas que sin las gafas que había olvidado ponerse, solo mostraban caracteres borrosos. Meditaba de nuevo acerca del complejo asunto de Silveria y de lo que significaba para él.

Necesitaba a aquella mujer de ébano surgida casi como por milagro en la decadencia de su vida física y al mismo tiempo temía mostrarla a sus amigos. Al comienzo de su relación, cuando la ansiedad sexual se imponía a toda precaución y ocultaba la realidad, había organizado un par de encuentros con otras parejas conocidas. Lo único que podía decir de aquellas reuniones es que no fueron ni agradables ni desagradables, sino que trascurrieron en la senda de los comentarios de compromiso. Preguntas a la pobre Silveria acerca de su aparición en lo que ella, pobre ingenua, se obstinaba en llamar «madre patria». Ignorante al principio de los complejos conflictos y contradicciones que aquejaban a una nación en proceso de disolución. No muy convencida después de vivir varios años en el país de acogida, de entender la lógica que subyacía en

aquellas identidades propias que solo se sostenían por contraste con la idea de España y de lo español. Así, según Silveria, «las personas solo pueden aspirar a una identidad negativa; no se definen por lo que son, sino por lo que no son, o incluso por lo que no quieren ser».

Silveria respondía en los primeros encuentros a aquellas preguntas llenas de curiosidad malsana, recordaba Joxean, contando con pelos y señales su origen humilde y los motivos de su presencia en España. Era colombiana, hija mestiza de una señora de ascendencia indígena y de un hombre de tez oscura, a su vez, también mestizo. La herencia genética determinó la aparición sobre la tierra de una mujer de belleza extraordinaria, las fuertes convicciones católicas de sus progenitores depositaron después sobre aquel producto biológico en forma de hembra imponente unas férreas creencias y unos no menos sólidos principios de comportamiento. Pasado el tiempo la guerrilla se aposentó cerca del poblado donde vivía la familia cuando el presidente Pastrana entregó a las FARC una parte del territorio de la nación. Aquello no fue del agrado de sus padres que decidieron gastarse lo que hiciera falta con tal de que su hija saliera del país y huyera de lo que ellos consideraban obra del mismo demonio, el comunismo. Pasaron algunos años en la preparación del viaje. Los ecos del desarrollo económico de la lejana madre patria y el idioma común, «así no tendrás que aprender inglés, hija mía, con lo difícil que es». Le dijeron a ella y les convenció a ellos, que por fin decidieron, rotos de dolor por una separación incierta que la chica viajara a Madrid en busca de un futuro mejor. También relataba en aquellas reuniones las vicisitudes posteriores que determinaron el traslado a San Sebastián, pero llegados a este punto del prolijo relato, las sonrisas comenzaban a volverse retorcidas y displicentes, «qué pesada es esta mujer» y los ecos de aquellos pensamientos silenciosos taladraban el cerebro de Joxean que no se atrevía a interrumpir el entusiasmo de Silveria por haber encontrado unos amigos tan simpáticos y distinguidos. Tuvo que espaciar los encuentros semiamistosos, tanto por necesidad, pues comenzaron a sucederse pretextos que por uno u otro motivo declinaban cenas y compromisos, como por su propio



orgullo.

Esa era la cuestión, Silveria y no otra, era la causa que había determinado su disposición a hacerse cargo del caso de la abogada. Había revestido el miedo ante un futuro que no sabía manejar con ropajes de decisión nerviosa, pretextos de entusiasmo por un trabajo recuperado y se había lanzado sin precaución alguna al abordaje nocturno de Yolanda Dopozo y al posterior asalto del despacho de la difunta Mónica Zulueta sin que supiera muy bien qué estaba haciendo. Se sentía desorientado, hacía ya años que se había aislado él mismo, o tal vez le habían aislado en la mesa que ocupaba y se había desentendido de las investigaciones y de sus técnicas. Un solo pensamiento había ocupado su mente, jubilarse cuanto antes y desaparecer del edificio grisáceo y desagradable que le recordaba una gigantesca y agobiante caja de zapatos. La irrupción de Silveria había trastocado todos los planes y decisiones, ahora navegaba en las aguas revueltas de la confusión.

Le asaltó en ese preciso momento la imagen terrible del cuerpo de Mónica abierto en canal sobre la mesa acerada del Anatómico. El posterior relato monocorde y aburrido del forense acerca de las sustancias halladas en el interior del estómago. La descripción precisa del contenido y apariencia de otras vísceras. Y por fin aquella espeluznante demostración de la causa de la muerte, cuando movió la cabeza de Mónica y él fue entonces consciente de que se adhería al resto del cuerpo solo por alguna oculta y débil madeja de músculos y la flácida piel del cuello. «Para los efectos, el hecho es que esta mujer ha sido, literalmente, guillotizada», sentenció el forense y a continuación mientras engullía un emparedado de jamón y queso, se extendió en las hipótesis y conclusiones que tenía por costumbre.

—Es un hombre, seguro. De fuerza considerable, extraordinaria incluso. Entrenado en el combate y en las formas de matar, tal vez un soldado, o quizá un luchador, no necesariamente profesional. Ya sabes, Lizarralde, que proliferan gimnasios de artes marciales orientales por doquier. Pero este tipo es algo más que un practicante de kárate o yudo o algo parecido, mucha gente fantasea con la

violencia, pero matar no es fácil y además hacerlo con la frialdad de este individuo indica que ya lo ha hecho antes. Es como uno de los matarifes de nuestra niñez, el entrenamiento y la repetición hacían que la muerte de corderos, cerdos y vacas se produjera con rapidez y eficacia. Este individuo, sigo, se acerca silencioso a la mujer. Esta no le oye, el hombre se sitúa a la espalda y desliza un brazo, probablemente el derecho hasta la barbilla. Un golpe de gran violencia, seco, poderoso y el cuello de la mujer se descoyunta hasta mirar de frente a su asesino y eso sin que el resto del cuerpo se mueva un milímetro de la posición que ocupa. Las esquirlas de los huesos cervicales rotos destrozan algunas venas del cuello, pero no la carótida, de ahí la tumefacción rosácea en este punto. —El forense acercó el dedo índice a una zona del cuello que presentaba un inquietante color entre verdoso y morado. Retiró la mano y continuó—. Si has visto «El exorcista», te acordarás de la escena espantosa en que la niña gira el cuello ciento ochenta grados. Es un truco de cine. Ese giro significa la muerte instantánea y eso es lo que le ha ocurrido a esta pobre mujer. El cuerpo está por lo demás intacto, solo se aprecia un pequeño hematoma apenas perceptible en la parte izquierda de la barbilla que es lo que me lleva a suponer que el asesino es diestro. A continuación la levanta, la introduce en algún vehículo y desaparece. Pero esto último amigo Lizarralde, son solo suposiciones y corresponden a tu jurisdicción. —El forense terminó el relato y engulló una porción del bocadillo.

Eso era lo importante. La muerte injusta de una persona, de una mujer a manos de un asesino salvaje. Había aceptado el trabajo por motivos personales, que ahora, en el recuerdo de la mujer destrozada se le antojaban miserables, debía arrostrar las consecuencias de su decisión, tenía que llegar hasta el fondo en aquel caso. Reincorporó el cuerpo hasta ese momento derrumbado sobre la mesa y los expedientes. Recuperó alguna energía perdida en el interior de su alma atormentada por dudas y miedos, a veces de difícil comprensión, incluso para él mismo. Extrajo las gafas de vista cansada y se enfrascó en la lectura cuidadosa de los folios envueltos en la carpeta de color azul. Allí estaba el

expediente fotocopiado que había estudiado con detenimiento el día anterior. Parecía un caso corriente. Un relato pormenorizado desde el punto de vista legal de una sucesión de antecedentes de hecho que habían motivado la decisión, al parecer de mutuo acuerdo de separarse. Un inventario de propiedades comunes y la posible adjudicación a la separada, amén de la custodia de los hijos menores. Un exhaustivo registro de las rentas particulares del matrimonio y el origen de las mismas. Y el relato de la avenencia a que habían llegado acerca de todas las cuestiones que en otros casos eran fuente de discusiones interminables. Parecía no haber nada raro y sin embargo le había llamado la atención un «anexo», un folio apenas escrito, pero bastante más blanco que los demás, como si por algún motivo se hubiera incrustado entre los formularios de aquel expediente con una antigüedad de años, recientemente; folio que él había ocultado sin que Yolanda Dopozo se hubiera apercebido de ello, folio acerca de cuya existencia ni siquiera la secretaria tendría noticia. Solo unas pocas líneas que indicaban algo así como una pregunta escrita a bolígrafo. «¿Es posible conseguir un análisis de ADN de MA?». Pero el análisis de ADN no parecía tener mucho sentido en aquella separación, solo se solicitaba cuando el progenitor dudaba de la paternidad biológica. De la lectura del expediente no se deducía que se hubiera suscitado duda semejante. Según las conclusiones que la abogada había resumido en un par de hojas, se había llegado a una avenencia razonable entre Mariano Alonso y Felisa Otaño. Entonces, ¿para qué un análisis de ADN? Tendría que investigar a aquel par de divorciados, y luego, en la misma cara del papel blanco un poco más abajo, una nota igualmente enigmática: «el periódico lo tiene el pueblecito navarro».

El golpecito en el hombro le sobresaltó y le retrotrajo de los recuerdos del día anterior.

—Si no le importa, querría hablar con usted.

Lizarralde suspiró, pero era inevitable, el comisario requería estar al corriente y él no podía oponerse. Uralde le condujo hasta el despacho, se sentó en el sillón e invitó al subcomisario a que ocupara la silla del otro lado de la mesa.

—Bueno, dígame, como ve usted la situación, están empezando a presionar desde arriba, los periódicos informan en primera plana de la muerte de la abogada. Era una mujer muy comprometida en asuntos sociales y luchadora incansable contra los malos tratos en pareja, exigen resultados.

Uralde sustituyó la sonrisa empalagosa por una expresión de preocupada autoridad y Lizarralde decidió seguir la corriente en el papel de subordinado respetuoso.

—Es un asunto complejo —contestó Lizarralde—. Aquí tengo un resumen de urgencia que ha confeccionado López. Le leo lo que hemos averiguado hasta el momento. Hoy estamos a miércoles, la última noticia que se tiene de la víctima es del viernes pasado. A eso de las cinco de la tarde abandonó el despacho, se despidió de su secretaria y se dirigió al aparcamiento donde guarda el vehículo, el de la plaza Cervantes. Las cámaras de salida lo confirman, pagaba un abono mensual que le daba derecho a entrar entre las ocho de la mañana y las ocho de la tarde, de lunes a viernes. Normalmente, recogía el coche entre las cinco y las ocho o incluso ocho y media, esas tres horas las dedicaba a tertulias con amigos y colegas de profesión. Pero el viernes salió sobre las cinco y media del aparcamiento, suponemos que en dirección a su domicilio. Vivía sola en un pequeño caserío que había comprado en las afueras de Oiartzun según se sube a Peñas de Aia, nadie la echó en falta hasta el lunes. Era una mujer muy celosa de su intimidad, no tenía relaciones de pareja conocidas, solo la acompañaba un pastor alemán, seguramente para su defensa. Como digo, el lunes la secretaria, notó la ausencia y comenzó a preocuparse, Mónica era una mujer obsesiva con el trabajo y muy puntual. Yolanda Dopozo se puso en contacto con el hermano de Mónica, Desiderio que se apresuró a acudir al caserío. El coche estaba en el garaje y el perro, frenético, encerrado en un pequeño retrete construido en la misma cochera. Pero de su hermana ni rastro, puso la denuncia y al poco apareció el cuerpo en la pista forestal. Debíó de morir entre el viernes y el sábado por la mañana. Poco más le puedo decir.

—Quizá las cámaras del aparcamiento confirmen si alguien la seguía —

sugirió Uralde.

—Estamos repasando todas las grabaciones, pero en mi opinión no vamos a encontrar nada. Se trata de un profesional, un cazador paciente que acecha a la víctima. La esperó en el propio caserío, de algún modo dominó al perro, esta gente sabe cómo entendérselas con los animales de guarda.

—¿Usted está al corriente de las otras muertes, supongo? —Inquirió Uralde.

—Sí, he leído el expediente que usted me entregó y también he tenido noticia por los periódicos, con Mónica Zulueta van cuatro en toda España. La lluvia y lo demás, sí, me llama la atención.

—Esas muertes se han sucedido a lo largo de este último año. No tenemos demasiado buenas relaciones con el resto policías del Estado, como ya sabe, pero he conseguido copia de los expedientes que se manejan fundamentalmente por la Guardia Civil, un tal teniente Ortega es mi contacto, que es el Cuerpo que lleva la investigación. Parte de todo esto ya lo tiene en la carpeta AZ que le entregué, pero alguna información complementaria podría estar en esta copia digital.

Lizarralde asintió en silencio y recogió el lápiz USB. —Está todo aquí. — insistió Uralde. El subcomisario guardó el artilugio en el interior de la chaqueta, se despidió y abandonó el despacho del comisario.

—Es una sensación que se me hace muy rara Joxean, no sé cómo explicarme, es, es... como un antirracismo racista. —Silveria le miró en busca de confirmación para tan curiosa contradicción. Estaba despatarrado, a su lado, inerte como una marsopa varada en la playa. La vida se le adivinaba por los resoplidos.

—Es increíble, como si hablara con la pared, ni me miras.

Lizarralde despegó la vista del programa nocturno de Nitro, a esa hora Ley y Orden buscaba al criminal violador de una inocente niña de dieciséis años. Había trabajado hasta tarde con los expedientes de la AZ y luego había revisado el «pendrive», ya se estaba haciendo una composición de lugar cuando por prudencia aprendida dejó de pensar en el caso. Obsesionarse era peligroso. Por el contrario, abstraerse, olvidarse de cualquier preocupación como preparación para

un sueño reparador, solía tener consecuencias positivas al día siguiente. Entonces, como por milagrosa intuición, se le ocurrían las mejores ideas. La cena había sido abundante y había trascurrido amenizada por treinta y cinco minutos de reloj de charla didáctica de su compañera. El discurso había versado sobre la importancia de la comunicación en la pareja y él había conseguido parecer interesado, cuando en realidad cavilaba la mejor forma de ausentarse hasta el sillón televisivo sin provocar un escándalo. Hubo algunos momentos delicados como cuando Silveria hizo un par de preguntas que resultaron ser retóricas y que para su alivio respondió ella misma. —Anda, mi amor, vete a la sala y descansa un poco que ahora voy yo. —Frase providencial al finalizar la cena que no se hizo repetir.

Medio narcotizado por la digestión, la intriga policíaca y los anuncios, apenas se había dado cuenta de que Silveria estaba sentada a su lado. Parlamentaba otra vez incansable y la voz cargada de melancólicas y bellísimas inflexiones sudamericanas se había unido en una cacofonía anestesiante al estruendo de los anuncios. Lo miraba enfadada y él se incorporó al tiempo que con cierto esfuerzo conseguía despegar la lengua acartonada del paladar, luego como un gato mimoso se acurrucó en el pecho de la mujer, maniobra esta que había dado buenos resultados en peligrosas y parecidas ocasiones anteriores.

—Lo que te decía es que a veces me siento rara, la gente me habla con gran simpatía, no puedo negarlo, pero tengo la impresión de que hay algo oculto en el interior de las personas, un recelo, un algo indefinido que me desconcierta. Tiene que ser la negritud Joxean, soy más negra que otra cosa y los negros cargamos con muchos siglos de desprecios y persecuciones. ¿No crees?

—Ahora llega vuestro momento, los blancos estamos de capa caída.

Lizarralde habló desde el mullido lugar que ocupaba apoyado en el seno derecho de la mujer, Silveria apenas entendió nada. La frase sonó pastosa como la charla de un beodo. Se levantó molesta.

—Bueno, me voy a la cama, tú sigue con tu televisión, es lo único que te interesa.

La súbita pérdida de apoyo le derrumbó a cámara lenta sobre el sofá y acabó por despertarle, dio unos pasos resignado hasta el ventanal de la sala. Abrió media hoja del mirador. Llovía de forma cadenciosa, acompasada. El suave golpeteo de las gotas de agua sonaba como un susurrante redoble de tambor que llamara a la tranquilidad. La calle oscura refulgía a la luz de las farolas por el agua acumulada y cada cierto tiempo llegaba el rumor profundo y lejano de las olas que rompían en la playa. Absorbió con deleite el aire húmedo y fresco, cerró los ojos, se arrepintió de los silencios y de las rastreras maniobras de evasión que utilizaba con Silveria. Era incapaz de mantener una conversación con su mujer, se consoló en el recuerdo del abuelo Satur y de la verborrea implacable que destilaba. Quizá esa fuera la razón. Se había acostumbrado a oír a los demás sin escuchar nada de lo que hablaban. El suyo era el mundo silencioso y oscuro de un interior cavernoso e insondable, un mundo paralelo a una realidad plena de discursos y sermones ajenos que se le hacía insoportable. El abuelo Satur le había obligado a escapar del tostón repetido dejando vagar su imaginación a la intemperie del silencio y eso había acabado aislándole. Se sintió más sereno. Había identificado al culpable. Algún día se lo contaría a Silveria. En las series de televisión aprovechaban la sensiblería gazmoña de los televidentes mostrando hombres recios como robles, mientras lloraban a moco tendido por culpa del tío, abuelo, padre, vecino, maltratador. Tendría que ensayar alguna meritoria actuación dramática y sorprendente: «mi abuelo no me dejaba hablar y ahora me he convertido en un semimudo condicionado», le diría entre espasmos lacrimosos en cualquier momento a Silveria, a continuación la idea le pareció estúpida y la desechó sin más. El sonido desagradable del petardeo de la moto de pequeña cilindrada le sacó de sus meditaciones. Volvió en sí y cerró la ventana.

El escúter acababa de pasar el túnel del Antiguo, luego se desvió a la derecha y enfiló el ramal de la subida a Igueldo. Ladislao Sesma lo iba a intentar una vez más, esta vez de noche. Quería encontrar la entrada a Ilun-Etxea. Conducía con precaución, el asfalto mojado era peligroso para la moto. El pequeño velocímetro le indicaba los kilómetros que debía recorrer. Las gotas de lluvia

que impactaban contra el visor transparente del casco se escurrían gracias al aire que producía la velocidad del vehículo. Calculó que ya eran más de nueve los kilómetros recorridos cuando los faros del coche se reflejaron en el pequeño retrovisor y le distrajeron de sus conjeturas acumulando a continuación varios kilómetros que no pudo controlar. Disminuyó la velocidad y se arrimó al borde derecho de la calzada, el vehículo que le seguía mantuvo la distancia. Sesma comenzó a ponerse nervioso, la carretera era estrecha y se revolvía en una sucesión de curvas pronunciadas, miró de nuevo el indicador, no faltaba mucho para llegar, concluyó sin llegar a convencerse del todo. Decidió parar en un recodo que dibujaba un pequeño terreno abierto al lado de la calzada unos metros más adelante. Indicó la maniobra con el intermitente derecho y aparcó la moto en el espacio de terreno semicircular, al borde del asfalto. El caballete se hundió unos centímetros en un lecho herboso rezumante de agua, el vehículo que le seguía le sobrepasó, era una furgoneta blanca, le pareció un modelo antiguo de Renault, tal vez una Exprés. Sesma buscó en el cofre de la moto. Palpó en la oscuridad y sintió el libro negro rodeado por una goma. «El diario», recordó. Pensó en deshacerse de él de una vez para siempre, «incomprensible regalo de una loca», lo tuvo en la mano y buscó alguna de las papeleras municipales diseminadas por la ciudad. No vio ninguna y las recién adquiridas manías de hombre de la limpieza le obligaron a seguir rebuscando sin desprenderse de la libreta negra. Extrajo el cartapacio de cuero y devolvió la *moleskine* a su lugar en el cofre, encima de las fotocopias que por precaución había hecho del contenido de la carpeta que había encontrado en la cuneta de desagüe. En aquel momento no fue algo que pareciera importante. La dejó en una esquina de la cocina cerca de los fuegos vitrocerámicos para que terminara de secarse. La carpeta, en un par de comidas y desayunos descontrolados, acabó sepultada en un túmulo de platos, vasos, cazuelas, sartenes, cubiertos sucios que acumulaba hasta que la inestable pirámide de suciedad comenzaba a oscilar y tenía que trasladarla al lavavajillas. Olvidó que la había encontrado y cuando recordó el hallazgo, olvidó dónde la había dejado. La desenterró por casualidad cuando no



le quedó más remedio que poner un poco de orden en el caos de la cocina. Tuvo que frotar a fondo para hacer saltar grasas y líquidos solidificados que se habían incrustado en las tapas. Luego, mientras el lavavajillas hacía lo que podía, se sentó en el sofá de tres plazas y de desgastado color verduzco que había rescatado del abandono al lado de un contenedor de la basura. Descorrió la cremallera y el interior le mostró unas hojas de bordes retorcidos, pegados y amarillentos por la humedad y el secado posterior, unos diez folios. El primero mostraba una simple frase impresa en letra grande que ocupaba casi toda la hoja. «LA CASA DEL NUEVO RENACER». Consiguió despegar esta hoja de la segunda reduciendo los destrozos a los bordes.

«LA CASA DONDE EL HOMBRE VENCIDO, DESTRUIDO, SIN VIDA, ENCUENTRA EL SENTIDO DE LO QUE LE OCURRE».

Fue descubriendo el resto de las hojas un tanto decepcionado. Le pareció propaganda sin mucho sentido de alguna de las sectas que estaban tomando el relevo a la religión católica. Quedaban dos hojas. La primera de ellas abandonaba las soflamas publicitarias, le pareció algún formulario de adhesión que requería firma al final. Daba una calurosa bienvenida a un tal Emilio Monzón Cuevas, le hacía sabedor del gran privilegio que se le concedía y se le hacían algunas advertencias finales que a Sesma le parecieron preocupantes. «El acceso a LA CASA DEL NUEVO RENACER es un privilegio, un alto honor que solo se otorga tras una cuidadosa evaluación de los candidatos. La firma de este formulario activa automáticamente la llave que da acceso a LA CASA. Para la efectiva puesta en marcha de la llave debe firmarse con claridad sin extraer este folio de la carpeta y en el espacio reservado para ello. Si por cualquier circunstancia el candidato seleccionado decidiera no continuar adelante, deberá devolver esta carpeta de la misma forma en que se le ha entregado. Una vez firmado el formulario el contrato es vinculante y vitalicio. Las consecuencias del incumplimiento son las que el candidato ya conoce. La llave de acceso debe guardarse con absoluta diligencia, la pérdida de la misma debe comunicarse sin dilación y da lugar a las sanciones sobre las que el candidato ya está advertido».

Sesma se fijó en la firma. Legible, con el nombre y los dos apellidos al completo y una rúbrica que partía desde el final de la última letra hasta el principio de la «E» mayúscula donde acababa porque en algún sitio tenía que acabar. Los trazos eran poco seguros y las letras aparecían impresas a presión, con saña, como la firma de un niño o de un analfabeto que apenas sabe escribir. Por algún motivo aquello le inquietó.

Separó con infinito cuidado el formulario de la última hoja y lo que vio en ella le produjo un palpito de sorpresa. Una foto no muy definida, resultado de la reproducción en apaisado de un archivo digital. La imagen de la construcción recordaba una casa torre y ocupaba casi toda la página, las paredes construidas de mampostería mostraban un color herrumbroso, el portón de acceso de madera labrada tenía un tamaño desmesurado, cuatro ventanas que por comparación con la fachada, más parecían ventanucos, circundaban la puerta. El tejado, achaparrado, a cuatro aguas, distribuido en dos trapecios alargados sobre la fachada principal y la opuesta y dos triángulos de menores dimensiones en las caras laterales. Los ventanucos incrustados en las paredes pétreas, sólidas, casi seguro anchurosas por el grosor que se adivinaba. Parecían haberse construido más para observar desde un interior que se presumía sombrío que para dejar pasar la luz. El entorno que rodeaba el caserón se diluía en las tintas humedecidas de la impresora. A pesar de ello se adivinaba un bosque tupido de árboles de hoja abigarrada que cubría todo el espacio y solo dejaba lugar a un camino cuyo comienzo no podía verse y que terminaba en una explanada que podría utilizarse como aparcamiento. El suelo de color amarillento y de sustancia terrosa, llegaba hasta la entrada del caserón a cuyos lados hacían guardia dos pinos oscuros de la altura de un hombre anclados en el interior de macetones.

Mientras repasaba la foto recordó a la mujer cuyo nombre había olvidado y a la que en su momento, sería alrededor de año y medio años antes, calculó entre sesenta y setenta años. Delicada, delgadísima, de palidez traslúcida. Entró en la oficina en los tiempos en que la agencia parecía ir bien, el matrimonio se sostenía todavía entre las inercias de lo soportable por conocido y la hecatombe

que se produjo poco tiempo después no podía preverse de ninguna manera. La recordaba mientras abría con dificultad la puerta de la oficina que daba a la calle peatonal cuando él ya se disponía a echar el cierre. Era una tarde noche otoñal y ventosa. Las rachas de aire habían limpiado la calle de paseantes y por un momento pensó que su visitante, tan delicada que parecía iba a desmoronarse, solo se refugiaba del temporal. Hablaba con voz débil y trémula, en susurros educados, suplicantes. Le mostró las fotos de una casa que ya entonces le pareció más cavernosa que otra cosa. El exterior de la casona le produjo una sensación de tristeza. La hiedra parasitaba una parte considerable de la estructura y si no se actuaba con rapidez acabaría devorándola por completo. Las imágenes del interior que le enseñaba con manos temblorosas y una mueca a medio camino entre la sonrisa y el llanto mostraban paredes de color amarillento y abundancia de madera bruñida y oscurísima que conformaba la tarima, la escalera, los muebles. Esa misma madera casi azabache absorbía el flash con que se habían hecho las fotos como si todo el interior tuviera alguna malsana tendencia a hundirse en el abismo de la oscuridad y solo a regañadientes tolerara aquella irrupción de luz. La mujer quería venderla, tenía prisa por desprenderse de ella. Necesitaba el dinero porque tenía que irse sin dilación, «un asunto familiar», le dijo. Le pidió una tasación de urgencia, más adelante le mostraría la casa con detalle, pero necesitaba saber el precio aproximado. Él, un poco asombrado por la premura y aturdido por la expresión asustada casi hasta el pánico de la posible clienta, hizo un cálculo de lo que un inmueble semejante podía valer en el mercado y le restó una más que respetable proporción debida a la sensación de desagrado que sin duda produciría en cualquier comprador potencial. Tal vez seiscientos mil euros, calculó, por las dimensiones de la casona y la ubicación que ella le dio. En la carretera de San Sebastián a Orio, pasando por Igueldo. Y una referencia de los kilómetros a recorrer desde la ciudad hasta encontrar el sendero que conducía al edificio. Si bien a la hora de indicar la dirección fue incapaz de precisar el sitio exacto, cosa que él atribuyó a los nervios de una mujer débil de carácter o asustada, pero eso, en aquel

momento le pareció un problema menor. Semejante mansión, aunque no recordaba haberla visto en sus frecuentes viajes por el recorrido indicado hasta llegar a la playa de Orio, estaba seguro de que sería bien visible para alguien que la buscara con la atención necesaria.

No, ella no usaba esas cosas, le dijo, refiriéndose al número de móvil que él le pidió para mantener el contacto, «yo le llamaré por teléfono, uno negro que tengo en la casa colgado de la pared y que tiene un disco con números», le precisó. Y él le dio su tarjeta en la que subrayó su nombre y el teléfono de contacto. Cuando fue capaz de reaccionar ya era tarde, se había ido y ni siquiera le había preguntado el nombre, ni le había pedido escrituras o copias, ni había sido capaz de hacerle firmar el contrato de representación. Todas sus mañas de vendedor avezado habían quedado sepultadas por algún ignoto poder de sugestión del que solo fue consciente cuando la mujer se hubo ausentado. No volvió a saber de ella y nunca fue capaz de encontrar aquella extraña casona.

Ahora, en la oscuridad de la noche lluviosa se disponía a intentarlo por tercera y última vez. En dos ocasiones anteriores la había buscado sin éxito. Según el folleto o contrato o lo que aquella carpeta peculiar fuera, a la Casa del Nuevo Renacer se accedía por un sendero del cual, calculaba, tenía que estar muy cerca. En ambas ocasiones había sido incapaz de dar con el acceso que debía consistir en un claro entre el bosque tupido al borde de la calzada, pero era complicado pasear de día por una carretera estrecha con abundante circulación. Las noches de los días libres las pasaba en vela con los biorritmos destrozados por el trabajo nocturno. Esa noche en concreto, en la soledad del piso, en la desesperante espera del sueño, pensó en convertir la inevitable vigilia que barruntaba en algo útil, ya que el día lo perdería durmiendo.

Elevó el visor del casco, se llevó consigo la carpeta y una linterna provista de pilas nuevas. Comenzó a caminar por el borde izquierdo, cuesta arriba. Calculó unos doscientos o trescientos metros hasta el kilómetro exacto que indicaba la dirección. Había pasado por allí en la moto las dos veces anteriores, pero tenía la sensación de que algún detalle se le había escapado. La velocidad y la

preocupación por el tráfico le habían impedido sin duda encontrar el camino. Ahora pasearía con calma, sin prisas, no había circulación y el silencio de la noche solo roto por el suave crepitar de la lluvia le avisaría con tiempo de la aproximación de cualquier vehículo. Tenía que estar cerca, se insistió a sí mismo. La linterna iluminaba la ladera de la montaña sumergida en el matorral y en la tupida vegetación arbórea compuesta de pinos, robles con ramas entrelazadas que se elevaban por encima de otros árboles frutales y todo ello sobre una tupida telaraña de maleza. Le pareció imposible que allí hubiera un acceso a ningún lugar. Sorprendido, entre el tamborileo de la lluvia, escuchó un pitido que se repetía a intervalos cada vez más cortos, intrigado, miró a su alrededor, pero no vio nada que pudiera producir aquella señal. Un momento después el sonido le recordó alguno de esos cuentos que se regalan a los niños con una melodía grabada que comienza cuando se abre el libro, sin pensarlo extrajo la carpeta que llevaba en el interior del ropaje para la lluvia. El sello fosforescente que había hecho que la encontrara, enmarcaba ahora una tenue luz fluctuante. Un latido luminoso que surgía del interior de la carpeta. Con un pañuelo frotó sobre el ribete para secar las gotas de lluvia, el cuero acolchado cedió como lo había hecho también en ocasiones anteriores a la suave presión, pero ahora, de inmediato, a su lado, el propio monte comenzó a moverse. El corazón le dio un vuelco, era la misma noche, la casi total oscuridad rota solo por el óvalo escaso de luz de la linterna, la que se estremecía en un suave estertor de goznes chirriantes. Tragó saliva, sintió las arremetidas del corazón palpitante. Se estaba abriendo una suerte de portón revestido por un camuflaje vegetal que hacía imposible ver algo diferente al resto de la espesura. Cuando el movimiento cesó la linterna iluminó un sendero por el que podría circular un coche y que se difuminaba unos metros más allá en la creciente oscuridad. El miedo le atenazaba, probó a pulsar de nuevo el sello de la carpeta. El portón vegetal inició un movimiento contrario, se estaba cerrando. Pulsó otra vez. La masa arbórea se detuvo y un momento después volvió a abrirse. Sesma se tranquilizó un tanto. Si entraba en el sendero él no iba a cerrar el acceso, desde

luego, pero si por casualidad se cerraba por medio de algún automatismo, podría abrirlo pulsado la llave electrónica del cartapacio. Intranquilo, pero decidido a encontrar Ilun Etxea, traspasó el umbral que delimitaba aquella puerta ciclópea y se internó con infinita precaución en el camino.

El hombrecillo había aparcado la furgoneta unos cientos de metros más arriba del lugar dónde había visto pararse la moto. Envuelto en una gabardina y protegido por un paraguas había conseguido acercarse al hombre que caminaba por el otro lado de la carretera sin que este se diera cuenta. Las rayas fosforescentes del traje impermeable de motorista y la luz de la linterna le habían permitido tenerle controlado. Observó el sorprendente movimiento del monte. Sus ojos, protegidos por las gafas de aumento, se abrieron asombrados como los de un búho y el hueso hioides comenzó uno de aquellos movimientos oscilantes que acompañaban sus alarmas. Se acercó con precaución al acceso abierto en medio de la fronda, traspasó una raya imaginaria y se encontró en el interior del sendero al otro lado de la carretera. El motorista se perdía ya en la oscuridad. El portón comenzó el lento movimiento de retorno. La noche se hizo agobiante. La lluvia y algún goterón desprendido de las hojas de los árboles componían un siniestro toque de tambor, por un momento pensó en cerrar el paraguas, pero todo el bosque resonaba al unísono bajo el fragor del temporal y los ecos que rebotaban sobre la tela de la sombrilla no se escucharían mucho más allá de donde él estaba. El hombrecillo rebuscó en el bolsillo de la gabardina, una pequeña linterna iluminó el portón tan singular. Había sido revestido a conciencia con ramajes que superaban en mucho la altura de la estructura que parecía metálica de forma que era prácticamente una prolongación de la vegetación que le circundaba. Un trabajo cuidadoso y lo que era más significativo, necesitaba de mantenimiento, alguien se ocupaba de conservar el ocultamiento en perfecto estado. Luego comenzó a caminar por el borde del sendero al abrigo de los árboles gigantescos cuyas ramas parecían saltar en busca de las que venían del otro lado de la pista y componían de esa forma una suerte de túnel vegetal. Avanzó arrimado a las malezas abundantes que se contenían a

duras penas en los límites del bosque mientras que algunas de ellas descontroladas invadían amenazadoras, parte del espacio que correspondía al camino. Las zarzas del soto le raspaban el rostro, las manos, se agarraban a la ropa mientras avanzaba, pero prefería aquello a quedar expuesto a cualquier sorpresa en mitad de la calle que recorría.

En el interior de la casona, en una de las estancias a la que se accedía a través de una puerta de las varias que se ubicaban en el recibidor de entrada. Justo al lado derecho de la escalera que ascendía tres pisos; cinco hombres vestidos con un hábito negro que solo descubría los rostros, se situaban enfrente unos de otros, sentados a lo largo de la mesa de gruesa madera. El sexto al que conocían como el vidente ocupaba la parte estrecha de la mesa rectangular y también vestía el mismo hábito, parecido a una sotana tradicional. Tendría unos sesenta años. Nada en él llamaba la atención. No era demasiado alto, ni bajo, pero sí regordete, se le adivinaba un abdomen prominente a través de la sotana, el cabello ondulado comenzaba a clarear, los ojos castaños, las pupilas dilatadas y las manos, pequeñas y rechonchas se apoyaban trémulas en la mesa. Clavó la mirada en cada uno de aquellos hombres, parecían dormidos, tenían las manos encima del tablero y las espaldas erguidas se sostenían con firmeza contra el respaldo de las sillas. El sacerdote de lo que parecía un culto extraño les había llevado a un estado de vacío mental, todos los pensamientos, todos los deseos, todos los sentimientos habían sido expulsados con la habilidad de un predicador profético, como el paso previo con que siempre empezaba las sesiones de condicionamiento. No era hipnosis y la relajación era voluntaria, pero estaba seguro de que el grupo ya había llegado a ese grado de concentración que permitía la absoluta asimilación del discurso que se proponía pronunciar.

Aspiró dos veces, cerró los ojos y se dejó invadir por el espíritu. La voz se hizo profunda, áspera, como si la pronunciara algún ser distinto de sí mismo. Habló de la inspiración que sintió cuando vio por primera vez a uno de los miembros de aquel cenáculo. Destruído, abandonado, solo, sucio, al amparo de un portal en lo más profundo de la noche. Lo vio moverse, buscar postura en el

colchón de adoquines, tantear en la desesperación del frío intenso en demanda del calor miserable de la manta de sucísimo cartón. Percibió el olor repugnante del alcohol derramado en aquel espacio de inmundicia. No mucho antes, él, que despreciaba a aquellas personas, habría continuado el paseo nocturno, eran culpables de su propia situación, vagos genéticos, incapaces de una mínima energía, caídos en desgracia por su propio esfuerzo en no esforzarse. Iba a pasar de largo como tantas veces cuando repentinamente fue consciente de que nunca antes se había detenido ni por un momento a pensar en aquellas personas que cada vez en mayor número abarrotaban las ciudades. Formaban parte de un paisaje deprimente, pero tan presente e inevitable como el mismo mobiliario urbano. Eran el precio en seres humanos que había que pagar por una crisis sin precedentes en el mundo occidental. Y entonces, en aquel mínimo instante en que por una vez aquellos seres caídos en el abismo, en el agujero negro del que no existía salida posible atrajeron su atención, sintió el espíritu. Algo sutil y poderoso a la vez se apoderó de él. Se deslizó como una serpiente sinuosa que reptaba por la columna vertebral desde la base de la misma hasta ese lugar cerebral misterioso que hasta entonces desconocía que existiera. Y todo aquello estalló en un momento de duración indeterminada, momento que pudo luego, asombrado, sentir que no había durado más allá de la milmillonésima parte de un milisegundo y que también había sido eterno, sin fin. Supo que el tiempo no existía, era una convención, una trampa cerebral para orientarse en el mundo de lo físico, mundo de lo físico, continuaba su relato el hombre de la voz profunda y rasgada, que es más engañoso de lo que nadie puede siquiera imaginar. Lo que existe, lo que importa, lo que es fuerte por sí, es el espíritu. Y el sacerdote siguió con el sermón, discurso que pronunciaba con los ojos semicerrados, sin necesidad de leer ni una sola vez, como si lo supiera de memoria o como si alguien se lo estuviera dictando. Tuvo la sensación de que ni siquiera lo pronunciaba él mismo, solo fluía de algún lugar recóndito de su mente sin que fuera capaz, ni quisiera tampoco controlarlo. De pie, se balanceaba con movimientos apenas perceptibles, sudaba copiosamente, mantenía las manos



apoyadas con fuerza sobre el borde de la mesa. El resto de los asistentes, sentados, con los ojos cerrados, asentían, se dejaban invadir por aquella voz que parecía el resultado de la mezcla de voces distintas. Voz que sonaba a cristales rotos, que penetraba en sus cerebros con la fuerza de un ciclón, que se aposentaba en ellos y se apoderaba de sus mentes. —Porque..., —dijo el sacerdote en un estertor de furia, en un grito de angustia, elevando por fin su rostro y mirando algún lugar impreciso—. ¡El espíritu es la palabra, y la palabra es el espíritu!

Se derrumbó sobre la silla, agotado, pálido, jadeaba en busca de aire, goterones de sudor se escurrían a través del rostro congestionado. Ocultó las manos temblorosas entre los pliegues del hábito negro que le envolvía y quedó allí desvalido, inerte ante los hombres que iban despertando a la vida como si volvieran de un estado catatónico. Se miraban unos a otros con expresiones de sorpresa. Volvían de un sueño y no sabían qué había pasado ni qué hacían allí.

El sendero discurría a lo largo de unos mil metros. Se retorció en curvas poco pronunciadas, ahora a la izquierda, luego a la derecha, después se revolvía en un semicírculo que circunvalaba la espesura del bosque y luego parecía volver al punto de arranque para terminar por fin frente al caserón que mostraba cuatro ventanucos débilmente iluminados. A Sesma le parecieron los ojos de algún ser misterioso y amenazador. En aquel momento pensó en dar la vuelta y olvidarse de la casa, pero había en todo aquello un interés que no podía ocultarse a sí mismo. Un leve resquicio de esperanza insensata alimentada por la propia desesperación. Si la mujer viviera, si estuviera precisamente allí, en la casa a aquella hora intempestiva, tal vez pudiera verla, hablar con ella. «¿Quién más iba a vivir en aquella casa?», se animaba a sí mismo. Si pudiera recuperar el antiguo encargo, si aquella mujer tan frágil, todavía se acordara de él, si fuera lo suficientemente dócil. Tal vez podría intermediar en la venta. Los precios de los inmuebles habían subido de nuevo, sobre todo las fincas que otorgaban prestigio, que rezumaban poder por todas las esquinas, se valoraban a precio de oro. Mientras caminaba por el sendero había hecho cálculos de extensiones que por la

oscuridad no podían ser precisos, pero que podían alcanzar varios miles de metros cuadrados de terreno privado. La entrada arbórea era una sofisticada obra de ingeniería y todo aquello puesto en el mercado muy bien pudiera venderse en dos o tres millones de euros. Las comisiones podrían elevarse a sesenta mil euros y si aquella mujer tan singular, fuera al mismo tiempo tan manejable como él se imaginaba, podría sacarle bastante más de lo que era habitual en una comisión corriente. El riesgo merecía la pena. Abandonar la escoba, olvidarse del traje de hule, de las rayas fosforescentes que decían eran por su seguridad, pero que él sabía que estaban allí para llamar la atención, para que todo el mundo pudiera verle, pudiera reconocerle, Sesma el barrendero. Olvidarse de los malos olores, de las noches en vela recogiendo porquerías ajenas. Todo aquello requería un pequeño capital con el que arrancar de nuevo. Su mujer y aquella abogada furiosa le habían dejado en la ruina. El exiguo salario desaparecía mensualmente en el alquiler de la pocilga en la que vivía, en la alimentación y en poco más, un préstamo bancario era imposible, la mugre perpetua le acechaba. Se decidió por fin, se arriesgaría, había algo inquietante en la casona y en la manera en que permanecía oculta, pero se dijo a sí mismo que solo eran imaginaciones. Si le sorprendían merodeando, se excusaría argumentando lo difícil que le había resultado dar con la casa, recurriría a sus antiguas mañas de charlatán envolvente, les entregaría la carpeta y con un poco de suerte incluso se lo agradecerían. Su autoestima estaba por los suelos y ya la sola visión de alguno de sus antiguos conocidos, el miedo de que pudieran verle arrastrar el carro de la basura le causaba ansiedad y nerviosismo incontrolables. Pero la misma oscuridad y soledad de la noche que le envolvía. La propia irrealidad de su presencia en aquel lugar, como si se tratara de un sueño, habían llenado algo de su, un poco antes, vacío depósito de audacia. No retrocedería ahora. Se acercó al portón, no encontró ningún timbre, una aldaba en forma de mano aferraba una esfera de metal. Miró las ventanas que vistas de cerca mostraban un más que respetable tamaño. Parecían revestidas por alguna casi sólida y desvaída pintura amarillenta, pero no, solo era luz exangüe que intentaba escapar de alguna

prisión, luz sin fuerza para iluminar algo más allá de los ventanales. Sintió un escalofrío. Se decidió, golpearía el aldabón. Su mano acudía ya a la otra mano metálica cuando observó la finísima rendija por la que se filtraba un hilo de claridad. Empujó el portón, sonó un crujido de goznes oxidados, un gemido que la lluvia que de pronto le pareció maravillosa se ocupó de disolver en sus propios fragores.

El vestíbulo interior tenía forma irregular. En el lateral derecho según se entraba, una escalera de madera ascendía dos o tal vez tres pisos. Al fondo, anclado en la pared se veía un cuadro de tamaño considerable, una pintura oscurecida por el tiempo. Si alguien se acercara lo suficiente podría apreciar la figura severa de un hombre del que solo se distinguía el rostro cerúleo enmarcado por un cabello abundante, ondulado, de color gris que sin solución de continuidad enlazaba con un mostacho ceniciento. Vestía un traje oscuro cuyas formas se difuminaban en las sombras del cuadro. Del techo colgaba una araña de grandes dimensiones con al menos dos docenas de lamparillas encendidas y otras tantas que estaban fundidas. A pesar de la aparatosidad del candelabro, la luz que desprendían las pequeñas luminarias, de por sí débiles, se absorbía por el polvo acumulado alrededor de los cientos de cristales que colgaban como pequeños frutos de un árbol exótico. Resultado de aquello era una iluminación pobre que se extendía a duras penas en una suerte de esfera amarillenta alrededor de lámpara que parecía a punto de implosionar sobre sí misma. Al resto de la estancia solo llegaban los restos de la escasez lumínica que la sumergían en sombras tenebrosas. Se quitó el casco. La puerta del lado de la escalera comenzaba a abrirse.

Emilio Monzón despertaba de aquel estado muy distinto del sueño. Se había sentido en otro lugar, un lugar que no podía describir ni comprender, un lugar oscuro y luminoso a la vez, como si la luz pudiera ser también negra y en las tinieblas, a pesar de todo, pudiera verse. Y allí meciéndose en el vacío, como si se balanceara en la suavidad de una inmaterial hamaca tropical, había visto, sentido más que oído, las arremetidas del sacerdote. Ahora no recordaba nada de

lo que aquel hombre había dicho porque en el lugar en el que había estado, las palabras, los sonidos no existían, eran algo así como imágenes vívidas semejantes a seres poderosos que caminaban junto a él, que se incrustaban en él. Vio de refilón a sus compañeros que comenzaban a moverse con lentitud como si se resistieran a reincorporarse a la vida y él mismo tenía esa sensación. Le inundó un sentimiento de pena profunda, llevaba solo unos días en el grupo y ya se sentía parte de él, le habían rescatado de aquel estado miserable, de la cárcel, donde había acabado después de una pelea de borracho que apenas recordaba. El sacerdote del que en aquel momento no conocía el nombre, pagó la fianza y se ocupó del juicio. De inmediato había pasado a formar parte del grupo, había sido probado y demostrado que tenía lo que en las conversaciones en la casona se definía una y otra vez como espíritu, fuerza interior. Una fuerza debilitada cuando fue redimido, casi a punto de desaparecer. El vidente había hablado con él largamente, repasaron la vida que le había tocado en suerte, su historia de hombre de fuerza y de trabajo, de luchador genético siempre dispuesto a la pelea y que finalmente le había llevado a convertirse en boxeador profesional. Los brutales entrenamientos y las no menos brutales peleas sobre el cuadrilátero, la disputa del campeonato del peso medio. Pero el matrimonio con aquella mujer, con Gema, que apareció en la vorágine de un disco bar al que acudió después de la aplastante victoria con bolsa de varios miles de euros cuando derrotó a Óliver Simpson gracias a una contra demoledora. Allí. En el disco bar. La belleza morena de Gema, la simpatía contagiosa que más tarde se reveló tan falsa, le asaltó en la euforia del vencedor arrogante y le atrapó con la engañosa sutileza de una tela de araña compuesta de perfume, falsas sonrisas, tetas enhiestas, arrumacos juguetones, lametones húmedos y gorgoritos de satisfacción sexual. El matrimonio no empezó mal, pero fue cada vez peor. Para cuando quiso darse cuenta, y de eso solo fue consciente mucho después; ya en el caserón y gracias a las explicaciones del vidente, era un guiñapo, un hombre patético y sin voluntad desahuciado de la que había sido su propia casa y de la vida por mecanismos legales que a él se le habían escapado, pues todos sus cálculos se limitaban a

astucias acerca de movimientos y técnicas de boxeadores contrincantes. Ahora sentía algo que no era felicidad, pero se le parecía. Formaba parte de un grupo. ¡No!; se sobresaltó, ¡todavía no! Había perdido la carpeta y si no la recuperaba en un plazo corto sería expulsado de la casa, volvería a la intemperie, al embrutecimiento progresivo, al tabaco sin medida, al vino peleón. El sacerdote le había hablado con claridad, había comprometido la seguridad de todos y aquello tendría consecuencias. Le asaltó la furia, una furia que nunca había sentido antes, que había permanecido oculta en su interior, una sombra que anida en el fondo de todos los seres humanos. Ahora lo sabía, esa cólera era algo que había que dejar salir, le había dicho el sacerdote. La rabia le inundaba, se apoderaba de él. ¿Quién le había robado la carpeta? Su rostro se descompuso en una mueca irracional, cerró la mano crispada por la tensión sobre el cajón que le correspondía en aquel altar de ceremonias. Agarró la daga. La empuñó con fuerza.

Guiado por algún instinto misterioso se dirigió a la puerta, los demás no habían abandonado todavía el estado de estupor y el sacerdote permanecía desmadejado e incapaz en la silla. Allí estaba, en la estancia contigua. El ladrón llevaba la carpeta con total descaro, Sesma le descubrió un momento después, desorbitó los ojos por la sorpresa. Le pareció un cura, pero la expresión de salvajismo le previno de inmediato. Retrocedió con la boca abierta, se dio la vuelta y con el rabllo del ojo atisbó el brillo del puñal. El corazón inició un latir frenético, se lanzó a la carrera despavorido. Arrojó el casco hacia atrás en un vano intento de frenar a su perseguidor. Salió al exterior.

El hombrecillo apagó la linterna y se arrimó todavía más a la espesura. Vio al motorista correr y al hombre del hábito que saltó sobre él profiriendo alaridos. El motorista cayó y comenzó a gritar en demanda de auxilio. Gritos de angustia, de socorro, de terror, que se ahogaron luego, después de que el puñal entrara y saliera del cuerpo inerme, tantas veces que fue incapaz de contarlas. En un estertor de agonía, con los pulmones inundados de sangre, elevó brazo en un último intento de defensa o tal vez en una postrera e inútil petición de clemencia.

Con la boca abierta y el rostro demudado por el espanto, vio luego como el cura, o lo que fuera, recogía una carpeta y propinaba una patada al cuerpo desmadejado. Salieron del interior de la casona otros hombres también con hábito y él paralizó todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. Solo se permitía respirar, angustiado por el ruido que aquello pudiera hacer, mientras daba gracias al Creador por el rumor de la lluvia que aplastaba el sonido del aliento y el golpeteo del corazón desbocado, dio gracias una y mil veces por aquel diluvio que se deslizaba sobre el rostro como una catarata. Los hombres, en silencio, esperaron a que apareciera un coche que vino desde detrás de la casona, levantaron el cadáver y lo introdujeron en el maletero, luego todos retornaron al interior. Pensó con rapidez. Tenía una oportunidad. Volvió por donde había venido. Miró hacia atrás, en una de las ventanas se perfilaba una silueta imprecisa, femenina, le pareció desde la distancia. Se sintió observado, pero era imposible, la luz de la ventana era tan débil que no se expandía más allá de un par de metros. Se volvió y dejó de pensar en la mujer. Se habría lanzado a la carrera si pudiese ver algo más que un poco de pista que iluminaba la linterna. Caminó con toda la rapidez que le permitía la noche. Mientras se acercaba al portón de entrada, escuchó el ruido del motor. Acurrucó el cuerpo tembloroso en un lado de la entrada metálica. Se incrustó entre las zarzas, los pinchos como pequeñas garras curvadas le rasgaron el rostro y las manos desnudas. Permaneció inmóvil, la compuerta comenzó a abrirse. El vehículo salió. El portón retornaba lentamente. Esperó. Rezó para que el coche se hubiera ido y se coló por el resquicio en el último momento. La carretera solitaria, el rumor del motor que se alejaba le tranquilizó. Tragó saliva y comenzó a caminar en busca de la furgoneta.

**REUNIÓN TC**

Uralde presidía la reunión, el oficial López se sentó a su lado en uno de los bordes estrechos de la mesa ovalada. Dos policías más, un joven de unos veinticinco años y una mujer de unos treinta, ocupaban otros dos asientos. Tenían carpetas, vasos y pequeños botellines de agua delante de cada uno de ellos. Había un asiento libre enfrente del cual se situaba el correspondiente botellín de plástico, vaso vacío, folios en blanco y un bolígrafo con el emblema del cuerpo. Permanecían en silencio, Uralde no disimulaba el mal humor que la tardanza del subcomisario le producía. Lizarralde traspasó en aquel momento la puerta plastificada con el rótulo, «Sala de reuniones» pegado a la altura de los ojos. No dijo nada, esperó un momento sin decidirse a ocupar la silla libre. Uralde con una media sonrisa le indicó el lugar. Se sentó, metió las manos en los bolsillos y se retorció en una postura de niño malcriado, dando media espalda al comisario, mirando hacia su compañera de asiento, la oficial Mikaela Urtasun.

Esa mañana Lizarralde se encontraba especialmente decaído. Lo que él llamaba «el careto», expresión de disgusto que Silveria manejaba con la precisión y el efecto demoledor de un misil de crucero le había asaltado mientras desayunaba. Silveria se había sentado enfrente y le había mirado con espantosa fijeza. «El careto» mañanero en su versión de ataque doliente podía tener diversas e imaginativas variantes. Aquel día se había elaborado mediante la adecuada proporción de expresión furiosa y sutiles caídas faciales que sugerían sufrimiento y desolación. El desayuno, un martirio. La huida posterior, como tantas antes, vergonzante y cobarde. No pudo evitar una última mirada antes de cerrar la puerta de salida y el terrorífico «careto» que en silencio pareció hablarle: —¿Qué me estás haciendo? Criminal. —Salió de estampida y el angustioso sentimiento de culpabilidad no había dejado de carcomerle hasta ese momento.

En cuanto Lizarralde ocupó su lugar, Uralde comenzó a la liturgia que desarrollaba para aquellos encuentros.

—Bueno será mejor que empecemos esta reunión TC, como ya saben ustedes en qué consiste pasaremos de inmediato a poner en común conocimientos e ideas; López, pónganos en antecedentes por favor.

Lizarralde, suspiró escandaloso y resignado.

Todos se volvieron hacia él, pero se limitó a servirse con parsimonia un vaso de agua. Su cerebro doliente bajó un grado más, si eso era posible, en la escala de la desolación. «Una reunión TC. Dios mío, cómo era posible tanta estupidez», pensaba, «Todo el mundo debía saber, al menos él lo sabía con seguridad, que Uralde era un analfabeto funcional. Le había observado durante tanto tiempo desde el rencoroso exilio en la mesa a la que le habían expulsado para que elaborara informes inútiles que no tenía duda, Uralde no leía. El misterio solo radicaba en si en realidad no sabía leer o era tan vago que el único esfuerzo literario que hacía se reducía a ensuciar todos los documentos habidos y por haber con su firma empalagosa. Por eso convocaba aquellas reuniones TC. En principio, las reuniones TC eran una buena idea, pero en las manos de Uralde una “tormenta de cerebros” se convertía en una repugnante representación teatral que tenía por único objetivo suplir aquella pasmosa incapacidad lectora».

López se vio forzado a iniciar una somera exposición del caso sobre el que luego se suponía que los presentes aportarían las más peregrinas ideas con la finalidad de elaborar alguna teoría viable que pudiese conducir a la detención del criminal.

—La primera víctima se llamaba Adelaida González Rivas, diecinueve años, estudiaba el último curso de bachillerato, era hija de una secretaria de juzgado por oposición actualmente en excedencia. En el momento de la muerte de su hija, Francisca Rivas tiene sesenta y dos años y regenta un negocio bastante rentable de diseño y decoración en Palencia. Está separada y vive con un compañero o pareja, un licenciado en fisiología del deporte que se dedicaba y se dedica todavía, parece, al masaje deportivo. Se denunció la desaparición de



Adelaida el día uno de febrero. Se fijó por el forense la fecha aproximada de la muerte el once de febrero de 2011, si bien el cuerpo apareció unos días después. Casi sumergido en el barrizal de una pista de tierra que conducía a una de los cientos de iglesias románicas que existen en la provincia, a unos kilómetros de la capital. Como parece pauta de estos homicidios la aparición del cadáver coincidió con un temporal de tormenta y lluvia que azotó intermitentemente la zona durante unos cuatro o cinco días seguidos. La investigación policial no consiguió aclarar el crimen. Se estableció como causa de la muerte: «desnucamiento por torsión manual, causado por la aplicación de una fuerza brutal y repentina», según informe de la necropsia. El equipo policial desechó como sospechosos después de una investigación concienzuda tanto a la pareja de su madre como a los familiares cercanos y también al padre biológico, un profesor de instituto que tenía una coartada perfecta y cuya única actividad física consistía en dar paseos desde su casa hasta la cafetería de al lado. Ya se menciona en los informes que el autor del crimen debe ser alguien, seguramente un varón, de una extraordinaria fuerza física y además entrenado en alguna técnica de combate. El teniente Ortega de la Guardia Civil se inclina en sus conclusiones hacia la idea de un militar o exmilitar de élite que haya pertenecido a los cuerpos especiales del ejército tal vez. Gente a la que se entrena en la supervivencia extrema, o dicho de otro modo, gente que sabe matar con rapidez, eficacia y en silencio. Investigaron a algunos sospechosos que respondían a este perfil, pero no pudieron relacionarlos con el crimen de ninguna manera.

López hizo una pausa para beber un sorbo de agua. Lizarralde seguía abatido por la mirada de Silveria.

¿Qué le había hecho él? Se había medio dormido en el sofá y luego como tenía por costumbre, no la había prestado demasiada atención, pero eso era normal, había ocurrido otras veces. Empezaba a sospechar que Silveria se estaba desequilibrando. La voz de López que reanudaba el relato le distrajo de sus pensamientos.

—Dos jóvenes más han sido asesinadas durante este año, como las

circunstancias han sido siempre las mismas y el resultado de las investigaciones que en todo momento dirigió el teniente Ortega, ha sido nulo, me limitaré a nombrar las víctimas y los lugares donde han aparecido.

Inmaculada Sánchez Calvo, diecinueve años recién cumplidos en el momento de la muerte, es la segunda chica asesinada en orden cronológico. Sus restos aparecieron un mes después, marzo de 2011, del descubrimiento del cuerpo de Adelaida González en una pista boscosa que se internaba en un pinar de la provincia de Soria, en la sierra de Cameros. El cadáver lo encontró un guarda forestal. Presentaba un grave estado de deterioro con signos evidentes de haber sido atacado por la fauna salvaje, zorros, cuervos, etc., fijan la fecha de la muerte unas dos semanas antes de la aparición del cuerpo. El hallazgo coincide con tormentas de abundante lluvia. La autopsia confirmó el conocido motivo de la muerte. La madre de Inmaculada, Enriqueta Calvo, separada, tiene ahora cincuenta y siete años, empresaria de éxito, regenta con acierto una agencia de transporte.

María Elena Vicente Gil, apareció muerta un mes después de Inmaculada. En la misma zona, pero en el lado riojano, murió, según la autopsia, un par de días antes de la aparición del cuerpo en medio del temporal siempre presente. Encontraron el cadáver unos montañeros. Las circunstancias personales se repiten una y otra vez, María Elena tenía dieciocho años en el momento de la muerte, su madre Eulalia Vicente Gil cincuenta y cinco. Madre soltera, no se conoce el padre de María Elena, Eulalia es dueña de dos bares de copas en Logroño capital, mujer de éxito económico, solitaria y al parecer según el informe policial, escarmentada por tormentosas relaciones anteriores con hombres, convive ahora con otra mujer algo más joven.

Y luego, hace dos días, aparece Mónica Zulueta, sin embargo, las diferencias son evidentes y las coincidencias preocupantes. De hecho, lo que relaciona estas cuatro muertes es lo que podemos llamar el «modus operandi». La desgraciada técnica de matar parece la misma en todos los casos, pero Mónica Zulueta no presenta las características recurrentes de las otras víctimas, jóvenes aquellas,

mujer madura esta. Por el contrario, responde más al perfil de las madres, pues se trata de una mujer independiente y cierto éxito en su actividad profesional.

López volvió a hacer una pausa mientras rellenaba el vaso de agua. Todos los presentes guardaban un silencio sepulcral. El relato, un resumen de urgencia, no había sido muy preciso en detalles. A pesar de ello la imagen de las cuatro mujeres, asesinadas de forma mecánica, casi aséptica, ejecuciones sumarias, frías y sobre todo inteligentes proyectaban una inquietante sensación sobre los asistentes a la reunión; se enfrentaban a algo desconocido. Aquel no era un caso de maltrato, ni de violencia machista, era algo más, algo que no había podido ser resuelto por una policía de eficacia probada y que se arrastraba desde hacía tiempo en las noticias nacionales. López lanzó una mirada a sus compañeros y retomó la palabra.

—En resumen, las víctimas han sido todas mujeres, tres de ellas muy jóvenes y la cuarta, cuya muerte es la que precisamente por situación geográfica nos corresponde investigar, es de mediana edad y más parece coincidir por su trayectoria profesional y vital con las madres de las víctimas que con las propias asesinadas. Las madres son todas, y era, en el caso de Mónica, mujeres hechas a sí mismas que han alcanzado una posición a fuerza de trabajo y sacrificio personal, dos de ellas separadas y la tercera madre soltera. Los informes de Ortega hablan en dos de los casos de divorcios más o menos tormentosos, pero dentro de lo que podríamos llamar cauces civilizados. Es relevante que los maridos separados guardan un profundo resentimiento a las antiguas parejas. El profesor de instituto sigue con su trabajo y abomina del género femenino en general, inicia relaciones que no duran más de un par de semanas y cuando no tiene otro remedio se desfoga en los anuncios por palabras. El otro, un constructor de cierto éxito, ha vuelto a casarse y parece razonablemente satisfecho en la actualidad, lo que no evita que se refiera a su primera mujer en los términos más ofensivos, Ortega, después de investigarlos a fondo los descartó como posibles sospechosos.

—Bien, ¿alguien tiene alguna idea?

Uralde hizo la pregunta y Lizarralde extrajo sus propias conclusiones. «Ya está, ahora comienza el proceso de succión, cualquier cosa que se diga Uralde la considerará de su propiedad, permanecerá en silencio mientras absorbe hasta la última gota de conocimiento, de experiencia, de inteligencia que aparezca alrededor de esta mesa».

—Es algo organizado. —Mikaela Urtasun, jugueteaba emborronando folios, hacía dibujos sin sentido con el bolígrafo, abstraída y al mismo tiempo que hablaba no podía dejar de pensar en aquellas mujeres destruidas y luego abandonadas como sacos de basura. Las falsas seguridades de la sociedad moderna desbordadas por una inteligencia criminal.

—Tiene que ser un grupo. —Continuó—. Un grupo con grandes posibilidades económicas y de organización. Tienen que haber seleccionado con antelación a cada una de las víctimas y luego deben de haber hecho un seguimiento. Y por último, el asunto de las tormentas indica que en todos los casos han esperado el momento oportuno en que se desata el temporal para asaltarlas en algún lugar solitario, matarlas e introducirlas en el maletero de un coche para a continuación lanzarlas al barro.

López hizo un gesto silencioso de asentimiento.

—Es un asunto muy complicado, parece que hay una pequeña pauta de tiempo y espacio. —Todos miraron al oficial más joven, Arkaitz Behobide que hablaba en ese momento—. Por lo que sabemos todo comienza en Palencia hace un año más o menos cuando aparece el primer cuerpo, luego en Soria, Logroño después, y por fin y de momento aquí, en Guipúzcoa, todo dependerá de lo que ocurra a partir de ahora.

Uralde frunció el ceño.

—Quiero decir. —Continuó Behobide—. Que si no se producen más homicidios podremos llegar a la conclusión de que el objetivo, por algún motivo que desconocemos, podría ser solo una de las mujeres y el resto se han producido para ocultar ese mismo objetivo.

—O también que estamos en presencia de una banda de degenerados que

castiga a mujeres que se han rebelado contra sus maridos. —La oficial Urtasun hizo el comentario con un deje de recriminación en su voz.

—Que es lo que tal vez quieren que creamos para ocultar su auténtico objetivo. —insistió Behobide.

—Parece evidente que se trata de una organización, sea esta de la naturaleza que sea, y tenga los objetivos que tenga, más o menos compleja o más o menos poderosa. La pregunta ahora es ¿cómo podemos acercarnos o siquiera tener una remota idea acerca de la forma abordar el caso?, ¿por dónde empezamos?

López lanzó la pregunta crucial a todos los presentes y todos permanecieron en silencio. Un momento después las miradas se dirigieron a Lizarralde.

—Sesma ¿qué sabéis de Sesma?, —hizo la pregunta con la voz apagada, casi en silencio y sin moverse de aquella posición tan peculiar que había adoptado desde el comienzo de la reunión.

López, en un primer momento, no supo qué contestar. —Bueno, un divorcio dentro de los parámetros normales en estos casos, no parece tener más relevancia.

—La secuencia temporal que ha dicho Arkaitz, vamos a situarnos en el tiempo. ¿Cuándo tuvo lugar la primera muerte?

López, revolvió sus papeles.

—La primera víctima, Adelaida González, encontraron el cuerpo el once de febrero.

—¿Y el proceso de divorcio de Sesma tuvo lugar? —preguntó Lizarralde.

López se entretuvo de nuevo en su carpeta.

—Comenzó a mediados de octubre del año anterior y se prolongó hasta bien entrado diciembre, fue entonces cuando el matrimonio firmó el acuerdo de separación en el despacho de Zulueta.

—Y poco más de un mes después comienzan a aparecer mujeres asesinadas. —concluyó con sorpresa Behobide.

Se hizo el silencio, Uralde miró expectante a Lizarralde. Sospechaba que el subcomisario tenía alguna idea y Lizarralde, consciente de la atención se

carcomía por dentro. Aquel aspirador de pensamientos ajenos le provocaba náuseas, era la otra cara de su abuelo, el incansable sermoneador frente al repugnante gran extractor. Uno aplanaba a cualquiera que se pusiera a imprudente distancia de su palabrería implacable y el otro ejecutaba la silenciosa estrategia de la serpiente e hipnotiza al pájaro que presa del encanto se acerca inconsciente a las fauces de la mentira sinuosa.

—Perdona, Joxean, pero esa relación entre una cosa y otra parece cogida por los pelos. —dijo Mikaela

El tuteo no dejó de asombrar a Uralde. No podía imaginar que el subcomisario, un evidente negado para el trato social, tuviera tanta confianza con la Urtasun.

Lizarralde sopesó la idea de poner en conocimiento del grupo que según le había informado Desiderio Zulueta. La madre, Herminia Sagranz, a la sazón viuda de Remigio Zulueta, había muerto atropellada en enero de ese mismo año en las afueras de Palencia. Ciudad en la que había nacido y a la que siempre había querido volver, una vez sus hijos fueran independientes y Remigio, su marido, la dejara. Remigio no la había dejado por lo que Herminia hubo de esperar al fallecimiento del esposo que se produjo seis años antes de la muerte de la mujer y que coincidió con su jubilación, en resumen, que vivía en Palencia desde 2005. Lizarralde no quiso enredar demasiado preguntando a Desiderio acerca de las circunstancias exactas del accidente, bastante tenía ya el pobre hombre, pensó, para encima asaltarle con sospechas, casi seguro infundadas sobre el atropello de la madre. Dejó correr el asunto, pero a la vista del informe de López y de sus propias investigaciones no dejaba de sorprenderle lo que Arkaitz había denominado secuencia temporal. Sesma y sus líos de septiembre a diciembre, Herminia, la madre de Mónica muere en accidente en enero y en Palencia y el primer homicidio se produce al mes siguiente y también en Palencia. Tal vez solo coincidencias y el papel de Sesma en el asunto, cogido por los pelos como insinuaba Urtasun, pero aquel instinto policial que siempre había tenido le decía que era un comienzo sobre el que construir una historia

coherente. Historia que el teniente Ortega no había podido entrever porque había cimentado su investigación en orden temporal lógico siguiendo la aparición de los cadáveres, mientras que ellos, los presentes en la mesa construían el argumento desde el aparente final hasta el posible principio.

—Bueno, es casi seguro que una cosa no esté relacionada con la otra, pero yo hablé con el hermano de Mónica Zulueta y al parecer la madre de ambos era de Palencia lugar en el que la mujer murió atropellada, precisamente en enero, es decir, un mes después de que el proceso de divorcio de Sesma finalizara.

Uralde se revolvió inquieto, siempre le había fascinado aquella misteriosa capacidad de Lizarralde para encontrar pistas y establecer relaciones desde las perspectivas más inverosímiles. A nadie se le hubiera ocurrido interrogar al hermano de Mónica acerca de la madre. La policía siempre basaba sus investigaciones en hechos objetivos, en datos verificables, o al menos eso era lo pensaba el común de los mortales por influencia de las series de televisión norteamericanas, pero había un lado oscuro que en muchas ocasiones pasaba inadvertido. La eficacia policial dependía de que la opinión pública considerara que la policía era eficaz y ese razonamiento circular a primera vista no era sino una estupidez, pero de él se deducía una consecuencia inquietante: había que detener al culpable como fuera. En general, cuando el crimen era pasional, el delincuente andaba cerca de la víctima. Un familiar, un amigo y lo primero que hacía la policía era identificar al sospechoso lo que no solía ser especialmente difícil, pues era cuestión de experiencia. Un gesto fuera de lugar, la fuga de una mirada titubeante hacia donde no debía dirigirse, inconscientes movimientos corporales. Cualquier persona corriente ante la severa presencia de la autoridad revestida con apabullantes uniformes y en lugar desconocido, una comisaría, por ejemplo, a la que se le conduce con engaños, es víctima del desamparo, del miedo y sin darse cuenta se traiciona a sí misma. Luego se buscan las pruebas que casan con el designado para cargarse con el mochuelo, no siempre es así, pero en general el proceso es similar. Uralde sabía que en ocasiones el presunto culpable no lo es tanto o no lo es con claridad, pero es entonces cuando aparece

el gran pecado de la burocracia policial; hay que cerrar el caso como sea. Precisamente de eso depende la percepción ciudadana de la eficacia policial que se pone de manifiesto cuando anualmente el consejero de interior convoca a los periodistas para leer el informe de casos cerrados y resueltos. Todo envuelto en el maremágnum de estadísticas que demuestran ante los incrédulos asistentes que a pesar de que las cárceles están cada vez más llenas y de que las denuncias por delitos aumentan de forma exponencial, en realidad la seguridad ciudadana está cada vez más garantizada gracias, se sugiere con una sonrisa, a su acertada gestión y en porcentajes deducibles de los diagramas que el consejero proyecta en transparencias de colorines. Casos resueltos como coches producidos por unidad de tiempo, eso es lo que se busca, ¿cuántos inocentes había en ese momento entre rejas?, no era eso algo que preocupara a Uralde y estaba seguro de que no serían muchos. Él en realidad acariciaba con ansiedad la posibilidad de que en el caso de la Zulueta apareciera un sospechoso que pudiera ser detenido en el momento oportuno y el momento oportuno sería aquel en que habiendo transcurrido un tiempo prudencial desde la última muerte pudiera suponerse que el asesino, fuera quien fuera, ya no iba a actuar de nuevo. Sesma podía ser un buen candidato, después de todo lo había mentado Lizarralde el especialista en pensamiento lateral. Luego podría construirse la historia adecuada y si fuera necesario se harían casar algunas pruebas. Pero había un problema, el tiempo. Detener a Sesma o señalarlo de alguna forma como sospechoso y que luego apareciera otra víctima sería demoledor para su carrera. Esperar el tiempo necesario para que el asunto se cociese como era debido, a fuego lento, tampoco era una opción con la consejera de interior y todo el cabildo feminista presionando con furor agobiante sobre sus pobres espaldas. No le quedaba más remedio que confiar en Lizarralde y por supuesto, justificar ante quien fuera la decisión de ponerle al frente de la investigación alabando las virtudes de un policía injustamente olvidado por motivos que a él se le escapaban, bla bla bla. Luego, si el asunto se encaminaba hacia su solución, él se percataría de inmediato a través de aquellas reuniones TC que pensaba convocar



con la frecuencia precisa. A partir de ese momento solo tendría que zascandilear ante las personas adecuadas derramando con sutileza ensayados discursos que hablarían de su férrea y precisa actuación en el caso y mencionaría como de pasada las evidentes torpezas de Lizarralde que él se había visto obligado a corregir. Si por otro lado, a medio plazo la resolución del crimen se revelaba imposible, tendría que buscar algún pretexto para apartarse definitivamente y dejar caer el peso del fracaso sobre Lizarralde, López y todo el equipo investigador. Todavía disponía de un pequeño margen de tiempo y dejaría la maniobra de evasión para más adelante.

Lizarralde calló de nuevo. López volvió a repasar, pues no había nada más que hacer que volver una y otra vez sobre lo ya conocido, lo que sabían acerca de la muerte de Zulueta, el supuesto asalto en el caserío donde vivía y la total ausencia de rastros. La conclusión fue evidente y desasosegante para todos. No tenían ni la más mínima idea, ni se atrevían a elaborar siquiera una teoría sobre la que construir un argumento verosímil. Solo tenían una mujer muerta, ejecutada sin motivo aparente con la astuta y silenciosa violencia necesaria que casi por casualidad coincidía en el procedimiento criminal y en los detalles que acompañaban el suceso con otros tres homicidios ocurridos durante el año en diferentes partes de España. Todos no resueltos, Uralde se agarró como a un clavo ardiendo a las elucubraciones de Lizarralde.

—Podemos establecer dos líneas de investigación, una aquí sobre Sesma, y si a ustedes les parece bien, enviaríamos a alguien hasta Palencia. Por supuesto no podemos actuar allí de forma oficial y creo que tampoco conviene alertar a los cuerpos estatales, todos sabemos que no existen muy buenas relaciones. Sería un viaje turístico sin más. Creo que López y Arkaitz podrían seguir la pista de Sesma y Lizarralde y Mikaela podrían desplazarse hasta Palencia a ver si allí sale algo.

Mikaela no pudo evitar un gesto de terror. Un viaje más o menos turístico con el subcomisario taciturno y atormentado podía ser mortal.

—No será necesario que Mikaela me acompañe. Iré yo solo, no es ni puede ser

una investigación oficial y no necesitaré a nadie, en realidad no creo que haya mucho que averiguar allí.

El comentario del subcomisario devolvió el color al rostro de Mikaela, pero los motivos de Lizarralde para rechazar la compañía femenina se sostenían en el presentimiento, más bien, en la seguridad absoluta de que Silveria acabaría enterándose de quién le acompañaba en la excursión. Él podría argumentar asuntos de trabajo y también era evidente para cualquiera que un hombre de su edad no se iba a enredar con una mujer mucho más joven, pero Silveria era celosa como un volcán apagado en espera de algún motivo real o imaginado para pasar a la actividad más explosiva. Era mejor su propia y solitaria solución. Uralde, por otro lado, prefería distribuir el trabajo por parejas y pensó en sugerir la compañía de Arkaitz para Lizarralde, pero lo pensó mejor. López estaba ya acostumbrado a trabajar con sus compañeros y el subcomisario llevaba años apartado de todo el mundo, apalancado en la mesa rumiando casi con seguridad resentimientos y pensamientos que él presentía de lo más tenebroso, era un desagradable y huraño lobo solitario. Uralde llegó a la conclusión de que los reputados, laterales y seguro que complicados circuitos cerebrales de Lizarralde funcionarían mejor en ausencia de compañía.

—Está bien, después de todo, lo de Palencia parece una casualidad más que otra cosa. Vaya usted Lizarralde y a ver qué averigua, López le mantendrá informado de lo que ocurra con Sesma. Daré orden para que le proporcionen una tarjeta Visa que deberá usted manejar con comedimiento y al final del viaje rellene el formulario de gastos y dietas, llévese el coche particular y se le abonará el kilometraje. Hoy es jueves, dentro de una semana como mucho tendremos una nueva reunión TC, Estoy seguro de que habremos avanzado en la resolución del caso.

La última parrafada de Uralde sonó a urgencia, el tiempo apremiaba y el comisario ponía fecha para resolver el crimen.

Eran las dos de la tarde cuando Lizarralde abandonó el edificio. El tiempo lluvioso del día anterior había dejado paso a un ventarrón molesto, el mismo

vendaval que mil metros más arriba empujaba con furia los espesos nubarrones hacia el este, se inclinó y se enfrentó al temporal. Mientras caminaba hacia la casa caviló acerca de dos reuniones, una inevitable y la otra necesaria, primero debería explicar a Silveria el viaje a Palencia y luego pensaba aprovechar la tarde para sonsacar a Desiderio Zulueta acerca de su madre y su vida en aquella ciudad.

## 8

### EL LÍDER

Margarita Doreste, sentada frente al ordenador repasó una vez más la agenda de don Javier Ormazábal. El hombre para el que trabajaba había dejado el jueves en blanco, no era algo que le sorprendiese. Ormazábal llevaba una vida cómoda después de todo, escribía artículos de opinión y respondía a las entrevistas que le solicitaban en función de la tendencia política de los periódicos y emisoras de radio. No le gustaban los enfrentamientos y cada vez le gustaba menos asistir a programas televisivos y radiofónicos. Según le había manifestado en alguna ocasión, los debates terminaban convirtiéndose en discusiones barriobajeras donde la razón se le atribuía mediante aquellos infumables recuentos de votos de oyentes o televidentes al más escandaloso de los asistentes. Se situaba a sí mismo por encima de aquellas vulgaridades. Margot sentía cierta admiración por su jefe, era distante y altanero y sin duda tenía un elevado concepto de sí mismo, pero no era despótico ni demasiado exigente. Si bien, tenía que reconocer que últimamente las inquietudes de Ormazábal parecían cada vez más lejanas y etéreas. Llevaba trabajando como secretaria desde hacía unos diez años, cuando los ahorros de una tía solterona permitieron al terapeuta abrir el gabinete de psicología clínica. Los comienzos fueron complicados y Margot pasó semanas enteras entretenida en gestiones publicitarias que apenas conseguían algún paciente, paciente que por lo general y sin que nadie supiera muy bien por qué, después de unas cuantas sesiones de terapia ya no volvía.

Fue para ella algo inexplicable que de la noche a la mañana comenzaran a acudir ejecutivos de cierto nivel a la consulta. Ella no lo sabía, pero todo se debió a Adolfo Fontela que por aquel entonces, haría ya unos tres años, ocupaba un cargo ejecutivo en una reputada empresa de construcción de máquina herramienta avanzada situada en la cuenca del Urola.

Fontela tendría unos cincuenta y pocos años, gastaba un perímetro torácico

más que respetable con el que tenía la costumbre de invadir los espacios personales de quien se pusiera por delante. Alto, el cabello entrecano, ondulado, mandíbula cuadrada y prominente que intervenía más de lo debido en las conversaciones de su dueño y emitía siseos húmedos que se formaban sin que él se diera cuenta entre los músculos parietales y los espacios intermolares.

Aprovechaba los suaves atardeceres de la ciudad para mantenerse en forma y corría unos cuantos kilómetros diarios, embebido de sí mismo. Envuelto en prendas deportivas de marca, se cruzaba casi a diario con el psicólogo que a aquellas horas abandonaba con cara de funeral, un día sí y otro también, el poco rentable gabinete. Al trote sostenido, el ejecutivo desviaba intencionadamente, o al menos así se lo parecía a Ormazábal, la mirada poderosa del triunfador y la posaba con expresión de desprecio en aquel individuo regordete, no muy alto, cara y porte de derrotado social; con el que coincidía con precisión malévola en el momento en que cerraba la puerta del edificio de oficinas y se incorporaba al tráfico peatonal.

Fue una tarde de un martes otoñal, Margot había abandonado el despacho y Ormazábal, más decaído que de costumbre mataba el tiempo, por hacer algo, para pasear después el resentimiento acumulado en el anonimato de la semioscuridad, por las calles mal iluminadas. El toque del timbre le rescató de lóbregos pensamientos. En la puerta, sorprendentemente, Fontela, trajeado y con expresión de disgusto requirió sus servicios profesionales, no se hizo de rogar y entre frases zalameras le invitó a pasar. Lo sentó en un sillón orejero que destinaba a los pacientes y él ocupó el otro lado de una mesa escritorio de cristal oscuro.

A Fontela le costó sincerarse, aquel martes había sido para él un día nefasto. El viento favorable que le había acompañado toda la vida, de pronto había cambiado de dirección. La familia propietaria de la empresa había urdido a sus espaldas un baile de acciones y accionistas y la mañana le había sorprendido con su despacho ocupado por un joven ejecutivo con cara de pedernal traído quién sabía de dónde. ¡Qué vergüenza, qué humillación!, aquel joven no tendría más

de veintiocho años, parecía más alto de lo que era por la extrema delgadez, moreno como un árabe, con acento del sur. Mientras él estaba a punto de desmayarse avergonzado, «el niño», así lo llamó entre siseos de rabia, le explicó la nueva situación. Le hizo mirar un folio tamaño DIN A3 en el que se dibujaban una serie de cuadriláteros y flechas que se entrelazaban. «Usted, antes estaba aquí», le dijo (Fontela exageraba en su relato el acento andaluz), mientras señalaba el rectángulo central desde el que había dirigido durante más de diez años la empresa. «Ahora yo estoy aquí». Insistió con cara de póker mientras apuntaba con un dedo sarmentoso el mismo rectángulo. «Usted, de ahora en adelante ocupará este puesto en el organigrama de la empresa», y entonces señaló un cubículo rotulado en su interior con el miserable mensaje de «Adjunto a la jefa de personal». Y la jefa de personal, una joven de veintisiete años, delgada como un junco, plana como una tabla, pelo abundante, pajizo, rizado, tormentoso y expandido como si le hubiera explotado una bomba en el cráneo era Kañi Chamorro; a la que él mismo había contratado para cumplir con la cuota femenina en los puestos directivos que los tiempos exigían empotrándola en aquel rectángulo inútil desde el que ahora partía una flecha en siniestra dirección descendente que terminaba justo en su nueva ubicación.

Abandonó sin habla el despacho a punto de caerse por la impresión, mientras a sus espaldas escuchaba una voz que le pareció se regodeaba en su desgracia, «tómese el día libre para que vaya haciéndose a la nueva situación».

Fontela terminó el relato y se replegó sobre sí mismo como un ejército en retirada. Un silencio pesado se apoderó del gabinete y una bruma llena de malas ideas descendió sobre el cerebro de Ormazábal. Hasta aquel preciso momento sus pautas terapéuticas habían seguido el manual aprendido en los libros de psicología, los sufrimientos psíquicos requerían el consuelo balsámico que suponía el conocimiento y acatamiento de la realidad. Había que adaptarse, aceptarse e integrarse con mansedumbre en el entorno social. Calmar los miedos, sosegar los odios, conocer las propias capacidades, admitir las limitaciones y aceptarse a uno mismo. Aprender a quererse y a querer a los demás. Interactuar

como fuera con los convecinos y si hacía falta con el pescadero o el carnicero de la esquina a pesar de que la conversación pudiera ser pueril, e incluso insoportable. Pero aquellas técnicas de apaciguamiento solo habían conseguido expresiones de doliente consentimiento en los pacientes, y luego sin excepción, abandono de la terapia. Y allí, en presencia del atribulado Fontela, Ormazábal se sorprendió a sí mismo. Sin que fuera muy consciente de cómo, por fin tenía delante la solución al problema de la fuga de clientes del gabinete. Después de todo, él solo había sido capaz de administrarles el doble sacramento de la rendición y la sumisión y eso era algo que todos los que acudían a la cita semanal ya sabían de antemano. Agachar el lomo y recibir la ración correspondiente de educados improperios y diplomáticos desprecios, garantizaba la aprobación social. La integración era un éxito a cambio de la propia disolución en el mar del anonimato, ¿para qué necesitaban más sesiones de terapia?

Adivinó Ormazábal en la figura doliente de Fontela las pautas del proceso conocido. Primero una resistencia feroz a la nueva y desgraciada situación, una efervescencia incontrolada de planes de venganza a cada cual más irreal e imposible de llevar a cabo. Desde querellas judiciales a ataques físicos que acababan en la febril imaginación de los humillados con el cuerpo del enemigo troceado en porciones de sangrienta y justa reparación. A saber qué se le había pasado por la cabeza a Fontela a lo largo de aquel día que debía de haber sido terrorífico, pero luego, con el tiempo, todo el mundo hacía cálculos acerca de lo que tenía y de lo que podía perder tanto en el terreno económico como en el social. Y en eso él, como guía por el nuevo territorio de la derrota les indicaba el camino que llevaba inevitablemente a la aceptación y, claro, no había otro remedio a la tristeza convenientemente disfrazada de falsa alegría. A Fontela le aguardaba un largo camino hasta ese nuevo estado de infelicidad y debilidad social que se manifestaría a los familiares y amigos en forma de... «Qué tranquilidad, ahora estoy mucho mejor que antes, dónde vas a parar, tengo por fin tiempo para mí mismo y mis aficiones... que tenía un tanto descuidadas».

A Ormazábal no le costó imaginar al gerente expulsado en aquella patética circunstancia y completó el cuadro general con la imaginada presencia de la esposa que resentida por el nuevo estado del marido y valiéndose de alguna que otra pulla añadiría el merecido castigo con artera mala intención a la genérica confesión de las nuevas aficiones y debilidades. «Ahora Adolfo pinta»..., y apostillaría con pérfida sonrisa, «a la acuarela que es muy difícil» introduciendo un poco más la insoportable vara de castigo en la doliente espalda del nuevo y derrotado Fontela.

Y por eso Ormazábal decidió variar la estrategia de terapia.

—¿Qué tiene usted que perder?, —preguntó para sorpresa del paciente—. Me refiero a cuál es su situación familiar y económica.

El despacho estaba poco iluminado, una lámpara de caperuza verdosa proyectaba una luz amarillenta sobre la mesa de Ormazábal, Fontela, hundido en el sillón era una sombra entre las demás de la habitación, suspiró y posó una mirada perdida en el ventanal que mostraba los claroscuros del crepúsculo.

—No estoy casado... —Le costaba hablar, él no era hombre de confesiones vergonzosas, a Adolfo Fontela por principio todo le iba bien en la vida, bueno, hasta esa maldita mañana. Volvió a suspirar, después de todo, pensó, él mismo se había metido en la boca del lobo, tendría que abrir su alma a aquel psicólogo al que el día anterior todavía consideraba un despreciable humanoide.

—Nunca he sentido la necesidad, prefiero la libertad, vivo solo en una unifamiliar de un barrio residencial, tengo una señora contratada por horas que me hace la comida y limpia la casa. En cuanto a mi situación económica, es algo mejor que desahogada, no hay problema por ese lado, es la humillación, el desprecio lo que me ha traído aquí. Estoy dispuesto a lo que haga falta con tal de recuperar lo que me pertenece.

—En ese caso. —La voz de Ormazábal llegó ronca, oscura como su propia silueta, difuminada por la escasa luz de la lámpara—. ¿Por qué no planteamos su situación en la empresa como una guerra?, usted ha sufrido un ataque por sorpresa, una agresión injustificada, le han expulsado de su territorio, un



territorio laboral, si se quiere, pero... ¿qué otra cosa tiene un hombre en la actualidad?, el trabajo. Sin él no es nada.

El desempleo que sigue al despido o la simple reubicación laboral que supone la pérdida de la anterior situación laboral puede ser un ataque con consecuencias tan físicas como el tajo de una espada. Quisiera saber cuántos suicidios se deben a esta causa. Sin trabajo el hombre es un paria, un desecho social, pasa a formar parte del gremio de los más desgraciados de entre los hombres y tenga usted presente que me refiero a los varones. Las mujeres tienen más posibilidades de sobrevivir en los tiempos convulsos que vivimos, lloran, patalean, incendian el móvil, se confiesan entre ellas, no obstante, aguantan, no sucumben. Pero nosotros... los varones, no nos tenemos más que a nosotros mismos, estamos tan solos que no nos damos cuenta. Usted es un hombre poderoso, le he visto corretear y lanzar esa clase de mirada que hunde a cualquiera que se pone por delante, pero ahora está a punto de caer derrotado, un par de semanas en su nuevo puesto y acabará por convertirse en un espectro de usted mismo. Por el contrario, yo le propongo apostar todo lo que usted tiene, todo lo que usted es, a un solo número.

Y Fontela, aceptó. El resto de rabia y veneno que todavía le quedaba, el caudal de resentimiento y deseos de venganza lo agitó convenientemente aconsejado por Ormazábal; y Fontela, cargado de combustible asesino se incorporó al nuevo e inútil despacho en la empresa de toda la vida. Pero el hombre que al día siguiente de ser relegado apareció por la factoría de máquina herramienta avanzada era algo distinto al Fontela que se había conocido por aquellos pagos hasta ese momento. La voz de alarma la dio Kañi Chamorro que acudió al nuevo gerente, Francisco de Dios Villegas con mueca de niña desvalida al borde del llanto apenas contenido.

—, ¡Jo!, Fontela no hace nada de lo que le digo, además está muy raro. No habla. Tiene una mirada espantosa, parece loco, se pasa el día mirándome con esa cara, me quiere hacer daño...—y Kañi acabó llorando de pie, en presencia de «el niño».

El niño ya lo había advertido, era mejor el despido fulminante, pero la familia propietaria había firmado en su momento una de aquellas miserables cláusulas blindadas. El dispendio sería soportable para la empresa, pero era tradicional la tacañería de la clase empresarial, gastaban dinero si hacía falta, pero siempre esperaban obtener algo a cambio. Deshacerse de Fontela costaba un riñón y la familia pensaba que antes de incrustar semejante precedente en comportamientos aprendidos a lo largo de un par de generaciones, algo podría hacerse para aprovechar el talento del antiguo gerente.

Lo que como solución del problema propuso «el niño» aquel joven doctor en económicas, pasmo de la clase empresarial nacional que había devuelto a los números negros nada menos que a lo que quedaba de Renfe después de haberse leído en tres días «La Rebelión de Atlas», algo que había sido muy comentado en los mentideros económicos de la nación; fue una imaginativa alternativa al costoso despido por cuenta de la empresa. Sin decirlo con claridad había disertado en un discurso cantinflesco, en presencia de la silenciosa familia acerca de lo que, entre las brumas de la prolija y sureña perorata, les pareció a estos un más que aceptable subterfugio que en un par de meses prometía la renuncia voluntaria de Fontela a precio de saldo. La degradación, el oprobio, el desprecio, sin escrúpulos.

Pero ahora Kañi le traía malas noticias. Fontela se estaba volviendo loco, o sea, descontrolado, y eso era algo, quizá lo único que al niño le daba miedo. Por eso tomó dos decisiones de inmediato.

Se acercó a la temblequeante joven y le pasó el brazo por el hombro en un gesto de protección que Kañi agradeció con un largo..., pertinaz..., y cadencioso suspiro que acabó en el pañuelo moquero. El acercamiento físico que no solía prodigar, por supuesto no era gratuito. El niño no perdía el tiempo, no se trataba de que Kañi no fuera demasiado atractiva, pero era una mujer y él quería saber, palpar, degustar, añadir a su nutrida colección de mujeres seducidas aquel curioso saco de huesos. Se deshizo de ella entre arrumacos y la promesa de una cena de desagravio, luego convocó a la familia a una reunión acerca de su futuro

al frente de la factoría, allí les expondría la situación. Él, el salvador de Renfe podía haber elegido cualquier otra empresa a la que dirigir. Si había escogido aquella pequeña industria era por un empeño personal, quería construir una cabecera internacional, pero no podía trabajar con la presencia de un demente acechando a sus espaldas. Costara lo que costara Fontela debía dejar la empresa.

Propuso un discreto cenáculo en el propio domicilio familiar, le atraía conocer la guarida del poder, pero la idea se rechazó de inmediato, los jefes cavilaban en otras direcciones. En cuanto pudieran obtener el beneficio que se le suponía a la privilegiada mente de «el niño» pensaban deshacerse de él de forma similar a como ahora prescindían de Fontela.

Ormazábal y su pupilo habían previsto para ese momento algunos movimientos del enemigo y estaban razonablemente preparados. El exgerente rebosaba testosterona, incluso había comprado un saco de boxeo que había colgado en una habitación de su casa y a la que había pegado el careto fotografiado en 3D del prodigio empresarial del momento. La idea de machacarle la nariz estaba dejando de ser un mal pensamiento.

La reunión tuvo lugar un mes después de la defenestración y Fontela, que solía pasar horas muertas asomado a los ventanales de los pasillos de administración, adivinó el momento exacto en que había de producirse. Conocía bien el ganado estabulado en aquel edificio. Hubo, muy de mañana, algunos corrillos sospechosos en el aparcamiento reservado a la élite dirigente que vestía el tradicional uniforme de mando, traje y corbata. También se acercaron a donde normalmente no deberían miembros del gremio de jerarquías diversas de la empresa. Grupo siniestro que tan bien conocía acerca del cual nadie podía nunca estar seguro de a qué se dedicaba en realidad, si bien a él le habían resultado útiles. Les consideraba una suerte de espantamoscas. Correvediles siempre dispuestos a trajinar con información, de arriba abajo y de abajo arriba, de un lado a otro. A Fontela no le caían bien, pero había acabado aceptando su presencia como el lobo al que vigilan los buitres, siempre iban a estar allí. Una especie con instinto asesino de supervivencia con la que era mejor no meterse.

Ahora la bandada de carroñeros ya comenzaba a planear nerviosa. Ponían caras de preocupación, llevaban papeles de un sitio a otro y volvían una y otra vez a acercarse a los despachos. Circulaban nerviosos por los pasillos por dónde, y eso era ya, a las nueve de la mañana un hecho cierto, iban a desfilan algunos de los miembros de la poderosa familia.

Unos meses antes se habrían derretido de gusto en presencia de Fontela, pero ahora pasaban a su lado en aquel pasadizo interminable haciendo como si no le vieran. Una sensación amarga se unió a la ya considerable cantidad de malos sentimientos que él ya tenía y que Ormazábal se había encargado de que no se fueran por la alcantarilla del desánimo. A las nueve y media el Seat Altea aparcó al lado justo de la puerta acristalada. Conducía Dalmacio Laskurain, su padre Salustiano, segunda generación de los Laskurain empresarios, casi saltó al asfalto del aparcamiento. Se produjo de inmediato un revoloteo nervioso en todos los departamentos del edificio. Fontela imaginó una efervescencia de esperanzas y deseos casi sexuales de contacto con el gran hombre, con los grandes hombres. Él, por el contrario, se deslizó al interior de su despacho, una oficina acristalada sometida a teórica vigilancia desde el cubículo contiguo de la jefa.

Kaño observó la entrada de Fontela y presa del terror se ocultó como pudo frente a la pantalla del ordenador. El anterior gerente se sentó en el sillón giratorio y compuso aquel gesto retorcido que le había enseñado Ormazábal. La mirada de los locos, le había dicho el psicólogo, compuesta de una ensayada discordancia entre la dirección que tomaba la cabeza y el retorcido enfoque de los ojos. Giró de frente hacia al cristal de la Chamorro y esperó. A los dos minutos Kaño no soportaba la tensión, asomó con precaución y disimulo el rostro por un lateral del ordenador, enredó con la cabeza gacha entre algunos papeles, pero no pudo más, levantó la vista y abrió la boca por la sorpresa. No se atrevió a gritar, allí estaba, pudo ver la expresión descompuesta del hombre dispuesto a todo, y además Fíntela jugueteaba con un cuchillo enorme, un cuchillo de monte le pareció, volvió a ocultarse tras el ordenador mientras contraía el rostro para no

llorar.

A Salustiano el baile de gerentes no le había gustado demasiado. La empresa no iba mal y Fontela siempre había mantenido una progresión en la tecnología y en los beneficios que no era desdeñable en los tiempos que corrían. «Si algo funciona, no lo toques» era su lema, pero el hijo se había casado y quería tomar alguna que otra decisión que demostrara al padre que ya estaba preparado para sustituirle. Salustiano recorrió los pasillos del edificio sin saludar a nadie. Escogió las escaleras en lugar del ascensor para subir al segundo piso desde el que se dirigía la empresa, el hijo le siguió con cara de preocupación.

Se sentaron en las dos sillas que el niño les había preparado al otro lado de la mesa de despacho. «Ya lo había advertido yo» pensó que sería una frase adecuada de saludo, pero el rostro pétreo de Salustiano y la figura oscura de Dalmacio que no dejaba entrever nada más allá de obediencia perruna a lo que su padre dijera, le aconsejaron comenzar con un saludo de circunstancias.

—Bueno, ¿qué pasa con Fontela? —preguntó sin preámbulos el viejo.

El niño accionó el intercomunicador y pidió a Chamorro que se presentara en el despacho.

—Es la jefa de personal. —aclaró, nervioso trastabillando más de lo acostumbrado con el acento sureño.

Kaïni llegó con el rostro desencajado y buscó, a punto de derrumbarse algo que el gerente no había previsto para ella. La presencia silenciosa del viejo despedía algún efluvio misterioso que llenaba la estancia con una tensión que se estaba haciendo sólida, gelatinosa, por fin descubrió una silla metálica en una esquina de la oficina. La arrastró como pudo y se sentó sin que nadie la invitara a hacerlo, se le cayeron algunos papeles y consiguió recogerlos roja de vergüenza. Todos siguieron en silencio las maniobras de la jefa de personal. En aquel momento la puerta del despacho se abrió, dejando pasar una suave corriente de aire caliente desde el pasillo. El gerente abrió los ojos asombrado, los Laskurain se volvieron curiosos, Kaïni emitió un lastimoso quejido de sorpresa y sin que pudiera evitarlo se tapó la boca abierta con la mano.

Fontela no miró a ninguno de los presentes, la camisa desbordaba uno de los faldones, llevaba la corbata desanudada, la mirada perdida, el periódico doblado bajo el brazo, la empuñadura del cuchillo de monte asomaba por uno de los bolsillos traseros del pantalón. Caminó con lentitud acompañando los pasos con una leve oscilación que al viejo le recordó el paso chulesco de un torero, se perdió en una puerta lateral del que había sido su despacho durante años. Se escucharon los sonidos corrientes de un hombre que se alivia en el baño.

El gerente descolgó el teléfono para llamar a la seguridad del edificio, pero el viejo le lanzó una mirada asesina. Volvió a dejar el teléfono en su lugar y esperaron en silencio. La cisterna del retrete anunció el final de la cuenta atrás. Fontela abandonó el baño. Todavía peleaba con la cremallera de la bragueta, el periódico apenas se sostenía entre el brazo y el costado, por fin hizo ese gesto enérgico con el que un hombre termina de encerrar su virilidad. A continuación se tocó los huevos con descaro delante de la Chamorro, que seguía las extrañas maniobras de Fontela con la boca abierta, para terminar de acomodarlos en su justo lugar en la entrepierna. Caminó con parsimonia y paso, de nuevo, torero, hacia la salida y el periódico se deslizó hasta el suelo sin que pareciera darse cuenta. Esperaron pasmados un tiempo indeterminado hasta que un movimiento de Kañi rompió aquella suerte de hechizo que les tenía fascinados. La chica miraba con los ojos desorbitados la página abierta que se mostraba desde el suelo. Los papeles que sostenía a duras penas sobre las piernas se deslizaron y ella dejó estos y recogió el periódico con cara de pánico. Leyó con un hilo de voz:

«Harry Ferguson ocupaba un puesto directivo en una fábrica de aparatos de calefacción y aire acondicionado en algún lugar del norte de Inglaterra que Chamorro no pudo identificar, le habían despedido por sorpresa a los cincuenta años. Acumulaba algunas deudas y tenía un par de hijos que estaban estudiando en Oxford. La indemnización no cubrió ni la cuarta parte de los problemas económicos que soportaban la existencia de hombre importante. En medio año la vida de Ferguson se fue al desastre, la mujer le abandonó y los hijos tuvieron que

dejar la universidad. A él solo le quedó la desesperación, se volvió loco, eso decía el periódico, aunque entre líneas podía deducirse que fue un loco muy previsor. Apareció en el edificio en el que había trabajado con uniforme de mensajero, el único empleo que había podido conseguir. Conocía las costumbres del personal de seguridad que vigilaba la entrada al edificio. Esperó el momento adecuado, cuando los guardas se relevaban a media mañana y se contaban las tonterías que tenían por costumbre, aprovechó el tiempo muerto y se deslizó con un paquete alargado hasta la planta de dirección. Como él ya sabía que ocurriría, ningún habitante de aquel lugar de privilegio se molestó en reparar en aquel ser casi inexistente, trasparente, un simple mensajero. Tuvo tiempo y tranquilidad para deslizarse en el baño y desenvolver el envío. Un arma de guerra que había conseguido en el mercado negro, un kalashnikov dotado de un cargador enorme y curvado que Ferguson había aprendido a manejar en el bajo insonorizado del chalé sótano que había rehabilitado para los devaneos musicales de uno de los vástagos. Le quedaban unos meses antes del desahucio y los aprovechó a conciencia. Murieron doce personas en aquel despacho y aquel suceso había ocurrido un par de días antes de que el periódico que ahora leían boquiabiertos todos los habitantes del despacho en el que se encontraban, lo contara».

Los Laskurain cruzaron una mirada de complicidad. Pidieron al gerente que abandonara por un momento el despacho. Nadie supo nunca qué se dijeron, pero un par de horas después la situación volvió a cambiar de manera drástica. Fontela retornó a ocupar el puesto anterior. El niño no esperó a recibir indemnización alguna. Hubo comentarios en la prensa económica, pero en general se habló de un problema entre los miembros de la familia propietaria de la empresa. Un mes después todo volvió a la normalidad. Fontela pasó de la categoría de paciente de Ormazábal a la de amigo. La terapia había sido un éxito, el caso Fontela y su milagrosa recuperación para el mundo de los negocios circuló como un vendaval entre los mentideros económicos de la provincia y su cotización como psicólogo de ejecutivos agresivos subió como la espuma.

Entretenida en la rutina de costumbre y mientras repasaba la agenda que le

esperaba a Ormazábal la semana siguiente Margot supuso que aquel día Ormazábal no acudiría al despacho.

—Buenos días Margot.

—Buenos días —respondió sorprendida.

Ormazábal traspasó sin detenerse los dominios de la secretaria. Le seguía aquel hombre de aspecto bestial que Margot ya conocía de alguna ocasional visita anterior. Vestía de forma desgarrada un traje gris con la chaqueta ladeada y una corbata oscura que casi estrangulaba el cuello monstruoso con un nudo horrible. Era una cabeza más alto que Ormazábal, tendría unos cuarenta años, el cabello negro y abundante, el rostro no sería desagradable si no fuera por la expresión feroz y la curiosa tendencia a mirar hacia abajo, daba la impresión de que el cuello excesivamente musculado estaba atrofiado, sujeto a la fuerza entre los hombros que serían de considerable anchura si no fuera porque a la altura de los deltoides se doblaban hacia adelante. El individuo caminaba unos pasos detrás de Ormazábal con la cabeza por delante, como un cabestro y ni por un momento ladeó la mirada para posarla sobre la secretaria. Si la vio no lo manifestó de ninguna manera y Margot se sintió como las otras veces que le había visto circular por el gabinete, inquieta por algún motivo que no podía identificar con precisión.

Ormazábal abrió la puerta del despacho particular y como si de pronto hubiera recordado algo, paró en seco. El hombre que le seguía casi le atropella.

—Margot, tómese el día libre, mañana concretaremos la agenda pendiente.

La secretaria murmuró a duras penas alguna frase de gratitud. No era agradable que la expulsaran de esa manera, si bien por otro lado se sintió aliviada por alejarse de aquella especie de homínido de difícil clasificación «Dios mío, con qué gente se reúne últimamente este hombre», pensó preocupada mientras se envolvía en el abrigo, recogía el bolso, el paraguas y abandonaba la oficina.

Ormazábal ocupó el mullido sillón ergonómico y se dirigió a su acompañante.

—Siéntate Sebastián —ordenó—. ¿Y bien?



—Ya está don Javier, se ha hecho sin mayor problema, teníamos dos incineraciones programadas para hoy. Hemos introducido el cuerpo de ese hombre en el ataúd, Ladislao Sesma se llamaba según la documentación que lo ha acompañado en el viaje final. Lo hemos tapado con el fondo falso y hemos colocado encima el cadáver que correspondía, nos hemos esmerado en hacer desaparecer cualquier resto sólido de los esqueletos. Ya sabe usted que el primer fognazo no basta y siempre quedan formas reconocibles, hay que volver a calcinarlos cuantas veces hagan falta para conseguir que solo quede el polvillo de ceniza. Los familiares, dentro del sufrimiento que es comprensible, han quedado muy satisfechos por el servicio, dicen que van a aventar las cenizas en la costa de Cantabria. Al parecer el difunto nació en algún barco cerca de Santander por asuntos de la guerra civil.

Ormazábal hizo un gesto de asentimiento. Había dormido mal; cuando se recuperó del trance del discurso se encontró con el cuadro que había causado Monzón. Algo no previsto y por tanto preocupante, ahora se sentía mejor por dos razones. Por fin la carpeta había aparecido y una vez desaparecido el cadáver, a punto de ser disuelto en las aguas del mar, según le informaba su satélite, todo comenzaba a volver a la normalidad. Sin embargo, quedaban flecos sueltos, tal vez hubiera alguien más que estaba al tanto de la excursión del visitante nocturno. Pondría cuanto antes a sus hombres a trabajar. Había pensado que la muerte de Zulueta sería el punto final a aquel enojoso asunto y a última hora se presentaba un nuevo inconveniente. La vida, los acontecimientos se concatenaban de forma extraña. Recordó la famosa historia, sobre cuya verosimilitud dudaba, que afirmaba que el aleteo de una mariposa en el Amazonas podía dar lugar a una tormenta consecuente sobre Europa. Aquello le parecía una exageración, una de las estupideces que los científicos enunciaban de vez en cuando para asombrar a los crédulos consumidores de consignas irrefutables. La ciencia era la nueva religión y los científicos sus sacerdotes, habían eliminado la necesidad de Dios para justificar la presencia del hombre sobre la tierra y ahora enunciaban una tras otra, teorías a cual más disparatada

con la advertencia de que solo hacía falta tiempo para que todos los misterios se resolviesen. Retornó al asunto que le preocupaba. No podía evitar pensar que Monzón, el último fichaje estaba empezando a resultar problemático. Suspiró resignado y fijó la mirada silenciosa en el rostro anhelante de su interlocutor.

—Monzón es peligroso, no se controla. —Sebastián ya le había advertido antes acerca de aquel hombre—. Es una persona dominada por pasiones salvajes que él mismo desconoce, usted nos ha advertido una y otra vez acerca de las pulsiones internas que debemos controlar.

Ormazábal acarició las yemas de los dedos en un gesto que parecía augurar una bendición sacerdotal. Suspiró.

Se recostó sobre el respaldo del sillón que cedió con suavidad e inició un suave movimiento de vaivén. Sebastián estaba tenso, atento a lo que Ormazábal pudiera decir o hacer. El psicólogo le sonrió, una sonrisa que denotaba una pasmosa tranquilidad, dadas las circunstancias, pensó Sebastián. Pero como otras veces antes, en la cercana presencia del hombre que le había salvado se sumió en un mutismo respetuoso, escuchó el silencio solo roto por los susurros envolventes de la respiración acompasada de su mentor que obraron una vez más el milagro de reducir angustias y preocupaciones a la nada más absoluta. El gesto adusto comenzó a distenderse, las manos poderosas, entrelazadas y blanquecinas por la presión comenzaron a soltarse y buscaron apoyo en los muslos. A continuación, el cuerpo entero contraído sobre sí mismo por la ansiedad de los acontecimientos de la noche pasada liberó los nudos musculares y comenzó a recostarse con lentitud sobre el respaldo del asiento. En presencia del vidente las preocupaciones se disolvían como la sal en el mar.

Ormazábal golpeó con suavidad los dedos índices sobre los labios, Sebastián había sido el primer fichaje. Un notable luchador de «catch» norteamericano. De ascendencia mexicana, su madre, Paula, había traspasado la frontera texana a punto de parir y en huida vertiginosa de un hombre que solo era malvado cuando bebía. Antes del matrimonio, Miguel Antonio, el novio, no bebía porque se conocía, después del matrimonio, Miguel Antonio, el marido, encadenó una

sucesión de desgracias. Trabajos precarios, las miserias de los campos de cultivo que nunca eran suyos, las apuestas que siempre perdía, los préstamos que no podía devolver, le condujeron cada vez con mayor frecuencia a la bebida. Al final el pobre hombre ya no sabía si bebía porque tenía problemas o tenía problemas porque bebía. Paula dominaba al hombre sereno, pero el beodo era una bestia infame que estrellaba su impotencia contra la pobre mujer. La dejó preñada a fuerza de golpes, y ella, esforzada e inteligente soportó la desgraciada presencia de Miguel hasta justo el momento oportuno. Pasó la frontera en soledad, por un túnel en peligro de derrumbe que solo utilizaría un suicida y del que tuvo conocimiento por su hermano Ezequiel. Era arriesgado, pero no tanto como un día más al lado de Miguel Antonio. Antes de salir del túnel, asomó la cabeza como una marmota y oteó el lado norteamericano, su hermano le había prevenido acerca de lo que debía hacer. Vio la patrulla policial de fronteras que se acercaba a bordo de un todoterreno. Calculó distancias y rompió aguas con precisión matemática, luego emergió quejándose de dolores de parto. El jefe de la patrulla dijo algo acerca de que todavía había tiempo para volver a introducirla en el agujero del que había salido y pasarla al lado mexicano, pero la patrullera Mary Anne Jonnes, con menos galones, pero más ovarios, acalló las protestas y arramblaron con la pobre mujer hasta el hospital más cercano. Sebastián María Gutiérrez, María en reconocimiento a la agente Mary Anne, nació norteamericano. Podía haber heredado la inteligencia de su madre y la fuerza de su padre, pero heredó la fuerza de su padre y la inteligencia de su madre, una mala combinación. Fue alguien en la lucha libre. Incluso llegó pronunciar algún discurso en lo alto del cuadrilátero. La mala suerte en forma de lesión, una pierna rota en un mal sitio que se arregló para la vida normal, pero quedó inservible para un deporte tan exigente, lo apartó de la profesión y sin remedio posible cayó en la bebida, tendencia genética que también heredó del padre. Acabó patrullando infectas esquinas de algunas calles de Dallas, ciudad en la que dicen vive el diablo, envuelto en harapos emitiendo olores repugnantes y consumiendo cualquier líquido elaborado con alcohol. Ormazábal había

acudido a la ciudad para presentar un libro en el que explicaba sus técnicas de modificación de la conducta para ejecutivos estresados. Allí tuvo Ormazábal la revelación luminosa y Sebastián, mareado en los vapores residuales de la monumental borrachera del día anterior, sintió que le inundaba la misteriosa fuerza de un ser superior. Ormazábal buscó algún contacto en la embajada española en Washington. El luchador había oído hablar a su madre de un abuelo oscense que emigró a México. Obtuvo por trámite de urgencia la nacionalidad española y Ormazábal apareció acompañado por Sebastián en la T4 para pasmo de los pocos familiares y amigos que le esperaban. A las prudentes indagaciones de amigos y colegas respondió con el silencio más absoluto y todo el mundo se preguntó: «¿qué mosca le habrá picado a este hombre en Dallas?», Sebastián fue el primer y más aplicado discípulo al que luego siguieron cuatro más. Había encontrado trabajo para todos ellos. Cuando el asunto de las chicas hubo de ponerse en marcha, el psicólogo que por consejo de Fontela se había reconvertido en empresario pensó, a sugerencia de Adolfo en la creación de una pequeña sociedad limitada de pompas fúnebres con el mejor sistema de incineración que pudiera conseguirse en el mercado. La inversión se había limitado a cubrir costes y poco más, pero al final y para su íntima satisfacción, había demostrado lo acertado de las previsiones. Los flecos restantes que colgaban en el asunto Sesma, los investigaría, tenía medios para ello, pero el espíritu, aquella intuición mágica que le guiaba, le decía que todo estaba bajo control.

—Sebastián, no te preocupes por Monzón, he tomado mis medidas, lleva poco tiempo con nosotros, tenemos que trabajar con él.

El luchador, en el estado sofrónico que le inducía Ormazábal asintió con la boca abierta a punto de rebosar de salivas sin que le explicación del jefe llegara a convencerle del todo.

## 9

### EL VIAJE

El viernes amaneció cargado de nubarrones. «Heraldos de malos presagios», pensó el subcomisario Lizarralde cuando oteó el tiempo a través del ventanal. Luego se dirigió a la habitación de la pareja y revisó la maleta en la que había depositado cinco mudas completas, cinco pares de calcetines, el neceser, dos juegos de pantalón, camisa y jersey de invierno, zapatillas y un par de zapatos que solo utilizaba en ocasiones especiales envueltos en una bolsa de plástico. Al lado de la maleta, sobre la cama, reposaba una «parka» de cuero, una bufanda y unos guantes también de cuero. Silveria, envuelta en una bata algodonosa observaba las operaciones de su compañero. Para alivio de Lizarralde las explicaciones de la noche anterior acerca del peligroso asesino de mujeres que él debía atrapar habían conseguido que Silveria trasmudara sus protestas iniciales ante el viaje de Joxean en un semblante de sincera preocupación. El hombre que amaba enfrentado a un asesino sin entrañas corría peligro. Acordaron que Silveria llamara a alguna de sus amigas también sudamericanas para que la acompañaran durante la ausencia. Después del desayuno, Lizarralde se acercó seguido de cerca por Silveria a la sala de estar, puso en marcha la televisión, las noticias, malas como siempre, acabaron haciéndose eco de los peores presagios acerca del calentamiento global. La locutora comentaba las imágenes que mostraban a unos cientos de pingüinos asomados desde unas rocas de las que había desaparecido la nieve, al abismo de un mar encrespado y furioso. Los anuncios dieron paso a la previsión meteorológica sobre el mapa de España. Se dibujaba un curioso y zigzagueante frente polar que según avisó la meteoróloga cantarina, iba a descargar toda su furia en forma de temporal de nieve y de temperaturas bajo cero justo en la zona central y poniente del mapa. Abatido, Lizarralde se preguntó por qué el calentamiento global enfriaba cada año con

más saña la península. En su ya lejana juventud el invierno con todo el acompañamiento sonoro de lluvias, nieves, vientos gélidos que se introducían silbantes por entre las rendijas de Ibaibeltz le producían una agradable sensación mientras los escuchaba en compañía de la familia, sentados todos en la vieja cocina alrededor del crepitante fuego bajo. Durante aquellos años tan lejanos que ya le parecía que solo existían en sus ensoñaciones se enfrentaba al clima exterior del caserío protegido por gruesos jerséis de lana tejidos por las mujeres de casa. Envueltos los pies en bastos y picantes calcetines de lana tejidos a mano y calzados con botas de goma que solían descansar embarradas y formadas en riguroso orden junto al portalón de entrada. Entrada que se prolongaba en una suerte de túnel que horadaba el caserío de un extremo a otro y que separaba la cocina y las habitaciones, el hogar de los humanos, de la cuadra y los almacenes repletos de herramienta para el trabajo agrícola, el hogar de las bestias y de los materiales. Se protegía de la lluvia con sacos de arpillera que se incrustaban en la cabeza y descendían sobre el cuerpo al modo de capas miserables para enfrentarse al invierno, sostenido por la vitalidad pujante de la juventud. Entonces, arrogante de fuerza vital, disfrutaba del frío, del sonido del viento, del discreto susurro de los árboles cargados de nieve; mecidos por las rachas de aire que de vez en cuando dejaban caer parte de la carga en forma de minúsculos e inofensivos aludes que estallaban contra el suelo cubierto por una espesa capa blanca y producían apagadas explosiones. Soportaba y disfrutaba del invierno porque después de la escuela, del trabajo con el ganado, de la caza, de los simples paseos por el bosque cercano, le esperaba la calidez del caserío.

Recordaba a su madre atareada junto a su hermana en la cocina. A su padre y al abuelo en la cuadra iluminada por la mortecina y temblorosa luz de una sola lámpara, mientras limpiaban armados de la horquilla de dientes metálicos, de los rastrillos, de la azada, la porquería de las vacas envuelta en el herbaje que habían distribuido el día anterior. Luego volvían a rehacer la cama del ganado con helecho verde y esparcían el forraje, hierba fermentada y reseca sobre el pesebre de los animales. Ahora, sin embargo, a sus sesenta años con su vitalidad en el

retroceso, o quizá por haber perdido la costumbre del trabajo a la intemperie, el frío le resultaba desagradable. Recordaba la lluvia cadenciosa que entonces le calmaba y le sumía en una suerte de serenidad trascendente y que ahora se le incrustaba entre los huesos y le producía una sensación dolorosa aunque cuando se paraba a pensarlo en realidad no sentía más que sus propias ensoñaciones. En sus delirios, la humedad parecía aliarse con el frío exterior y conducía el escaso calor corporal que en su atribulada mente había llegado a creer que era capaz de generar hacia el exterior del cuerpo.

El rostro cayó sobre el pecho. La tristeza se abatió una vez más sobre el hombre perdido en negros pensamientos. Silveria se acercó. La cristalera del mueble sobre el que la televisión vomitaba un escándalo de música y gritos en forma de publicidad, devolvía la imagen desolada y recurrente que ella tan bien conocía. Abrazó a Joxean rodeando su espalda y apoyó su cabeza sobre los hombros. Las manos de la mujer se entrelazaron a la altura de la cintura y Joxean las agarró con la fuerza de un náufrago a la deriva. El tamborileo de la lluvia resonaba en sus recuerdos, tarareaba la canción de la muerte, golpeaba cruel los cuerpos de las mujeres muertas, abandonadas en la intemperie de la soledad, desangeladas, con las vértebras cervicales cercenadas, las cabezas separadas del cuerpo. Se imaginó a Silveria caída, destruida de aquella forma tan siniestra y un puñetazo de terror le golpeó el estómago. Se volvió hacia ella y la abrazó como nunca lo había hecho hasta entonces. Acercó el rostro a los oídos de ella y musitó aquellas palabras que ella no entendió y que surgieron roncas, casi inaudibles y por primera vez desde que la conocía, sinceras y aterrorizadas desde el fondo de su alma. —Te quiero. Y Silveria asustada se apartó y reclamó alguna explicación al rostro sufriente de Joxean. —Te quiero Silveria —dijo el hombre con los ojos cerrados, avergonzado, palabras que ella había escuchado en alguna ocasión, pero que ahora llegaban cargadas de una verdad profunda que nunca había sentido hasta ese momento. El hombre al que amaba y del que nunca había estado segura, se derrumbaba como un boxeador vencido y confesaba en aquella extraña lengua que habitaba en un interior oscuro y lejano que la quería que la

necesitaba como un niño a su madre. Y Silveria, llorosa y conmovida acercó el rostro al del hombre que la buscaba y pegó las mejillas a las de él, así se mantuvieron abrazados, silenciosos durante un tiempo que pareció no trascurrir. Tuvo ella que poner fin al llanto que la atragantaba y enfrentarse al hombre vencido, a punto de derrumbarse que tenía delante.

—Vamos Joxean, debes continuar, tienes un trabajo que hacer. Yo estaré bien, no te preocupes por mí, Eloisa y Carmen me acompañarán.

Asintió en silencio. Aspiró una bocanada de aire, se irguió y sonrió desde la altura de la escasa confianza que había vuelto a recuperar.

El Ford Kuga abandonó la autopista y se internó en el área de descanso. Joxean aparcó el vehículo frente a la cafetería, necesitaba estirar las piernas y desayunar. En el exterior el aire gélido como un carámbano sólido le golpeó por sorpresa. Miró hacia lo alto, el temporal asomaba un feo rostro de nubes espesas y blancas semejantes a un sudario descomunal a punto de desplomarse sobre los campos desiertos y sobre los habitantes escondidos y temerosos. Joxean hizo frente al viento helado y al lejano hedor a granja porcina que trasportaba. Sus ojos enrojecieron y le pareció que el vientecillo polar circulaba con la misma libertad en el exterior que en el interior de su cráneo. Comenzó a dolerle la cabeza. Corrió hacia el restaurante. Pidió un café doble y un bollo. Depositó la carga en una mesa y se deshizo de la ropa de abrigo. Mientras desayunaba extrajo un sobre abultado del bolsillo de la chaqueta. Desiderio Zulueta había escrito una dirección y había adjuntado un par de fotografías de la casa familiar. Estaba situada en un barrio periférico y era un edificio feo y destartalado al que se llegaba a través de una estrecha carretera local. A la vista de la foto le pareció que la casa necesitaba una rehabilitación urgente. A Joxean le costaba creer que Herminia hubiera sido capaz de vivir allí. Desiderio casi se había disculpado: «ya sabe usted lo que pasa con las herencias. La casa nos pertenecía a los dos hermanos, pero Mónica no quería venderla ni gastar un céntimo en adecentarla. De hecho, y desde la muerte de mi madre ninguno de los dos se ha acercado a verla. Las llaves que le entrego me las dio en vida y ni siquiera estoy seguro de



que la cerradura sea la misma. Total que uno por el otro la casa está en el estado en que usted la ve, ahora que mi pobre hermana ha muerto, tendré que tomar alguna decisión».

Luego y del mismo sobre extrajo las llaves que Desiderio le había dado. Tenía la esperanza de encontrar alguna pista en aquella casa y al mismo tiempo le asaltó el temor de que si la muerte de la mujer había tenido algo que ver con el posterior desarrollo de los acontecimientos ya habría sido visitada y revisada en todos los rincones. Había que asumir que a pesar de todo el viaje bien podía ser una pérdida de tiempo.

Doscientos kilómetros al norte de donde Joxean se desplomaba de nuevo en deprimentes pensamientos los oficiales Arkaitz Behobide y Mikaela Urtasun se dirigían a las oficinas que Sosténimiento Urbano S. A. tenía en el polígono Zabalbide. El letrero que anunciaba la empresa SUSA ocupaba casi toda la longitud de la fachada de un edificio de cuatro pisos, planta cuadrada y ladrillo rojo que destacaba sobre una considerable cantidad de superficie acristalada de un desagradable color caramelo. —Ni que fuera el edificio de la Cryslier — comentó Behobide en voz alta para sí mismo. Mikaela Urtasun sonrió levemente.

En la cuarta planta, Tomás Beltrán, cuarenta y dos años, gerente de SUSA para la provincia, leía con preocupación el correo electrónico que el nuevo director general para España le había enviado desde Madrid. Todo se resumía en una palabra, recorte. Recorte de gastos, recorte de personal, recorte de inversión, enajenación de activos y sobre todo lo demás, recorte de su propia remuneración en un porcentaje que solo podía calificarse de criminal. La sociedad que él había ayudado a emerger al amparo de las buenas relaciones que mantenía con el Ayuntamiento. Aquel pomposo edificio que albergaba las elites dirigentes del tinglado de la empresa en la provincia. El magnífico despacho que ocupaba, decorado y amueblado por consejo y diseño de su cuñado. La unifamiliar con piscina privada hipotecada en cantidades que ahora, después del porcentaje de rebaja en la retribución que se aproximaba sin remedio le parecían

monstruosas... todo corría peligro de derrumbe. La vida opulenta y desahogada de solo unos años antes, parecía haberse construido sobre un montón de arenas movedizas. Asustado, dio un respingo y lanzó un alarido gutural a las cuatro paredes del despacho que ante él semejaban un lujoso camarote del Titanic que comenzaba a hundirse sin remisión.

—¡Todo es un montón de mierda, navegamos sobre un mar de porquería!

—Don Tomás. —Remedios Lavín, la secretaria, boquiabierta de asombro ante el grito del gerente asomó a través de la puerta del despacho.

—Estos señores quieren hablar con usted.

Behobide y Urtasun se aproximaron decididos y Mikaela le enseñó la placa. El corazón de Tomás Beltrán se contrajo en un amago de infarto. Calculó con rapidez angustiada los años que habían pasado desde aquellos tejemanejes con dinero negro, más de cinco años, debían haber prescrito, estaba casi seguro de que no había peligro. Para su alivio los policías preguntaban por alguien que él no conocía.

—¿Sesma?, no sé, ¿dicen ustedes que trabaja en esta empresa?, bueno preguntaré a la responsable de personal.

—Remedios llame a mi mujer, por favor. —La secretaria dio media vuelta desde la puerta en la que había permanecido a la espera.

Pilar Aranzadi irrumpió en el despacho armada con una carpeta de color marrón, se acercó a la mesa de Tomás al que vio más pálido que de costumbre y con la mirada ausente. Enfrente, sentados y en silencio los dos jóvenes policías sobre los que Remedios le había advertido.

—¿Preguntan por Ladislao Sesma? —dijo sin más preámbulos la mujer al tiempo que depositaba la carpeta sobre la mesa y se inclinaba sobre ella, de pie como estaba.

Los oficiales se limitaron a hacer un gesto afirmativo.

—Lleva con nosotros un mes. Tiene el turno de noche y se ocupa de una serie de calles, pero esa distribución corresponde al encargado, si les interesa, puedo hablar con él, el problema es que esta noche debería haber venido a trabajar, pero

no se ha presentado. De hecho, hace un momento estaba hablando con el responsable de turno, porque no se ha podido hacer la limpieza correspondiente y eso es muy grave, quizá nos veamos obligados a tomar alguna medida.

—¿Qué puede decirnos de su personalidad, del comportamiento en el trabajo? ¿Es un hombre conflictivo, violento? —Mikaela se dirigió a la jefa de personal.

—Bueno yo no estoy al tanto de la conducta del personal, quiero decir que solo me llegan los problemas. Cuando no los hay, no tengo noticias de nadie y en este caso no parece que haya habido ningún comportamiento extraño hasta esta misma noche pasada.

—¿Cuál es la categoría de Sesma en la empresa?, ¿cuánto gana? —Behobide se dispuso a apuntar la respuesta en un pequeño bloc de notas.

La mujer revolvió en la carpeta.

—Tiene la categoría de limpiador en la empresa y gana unos mil euros netos al mes, después de los descuentos y retenciones. Son catorce pagas anuales.

—¿Podría usted darnos su dirección?

Pilar Aranzadi volvió a remover algunos folios. Los agentes apuntaron la dirección y los demás datos. Dejaron la tarjeta de la oficial Urtasun.

—No dejen de llamarnos si Sesma aparece, nos interesa hablar con él — insistieron los policías.

Se despidieron con sendos apretones de manos y el matrimonio siguió la retirada de los agentes con un semblante de preocupación.

Hora y media después la pareja policial tropezó con la puerta del piso alquilado de Sesma cerrada a cal y canto.

—Si buscan a Ladislao, no está.

El muchacho no tendría más de dieciocho años, asomaba desde la puerta contigua con el pelo despeinado y una expresión airada. Los timbrazos primero, y los golpes sobre la puerta después le habían despertado. Urtasun miró el reloj, eran las doce del mediodía. Behobide le mostró la placa y la expresión de enfado dejó paso a una media sonrisa de preocupación.

—¿Por casualidad no sabrás dónde está?

—El miércoles pasado sobre las once o las doce de la noche salí a escape con la moto. Me extrañó porque llovía mucho, desde entonces no ha vuelto, estoy seguro.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —La voz cálida y respetuosa de Urtasun acarició alguna profunda necesidad de reconocimiento del joven. Se sinceró con rapidez.

—Yo siempre estoy en casa. De día quiero decir, por las noches ando por ahí y sé los horarios de Ladis. Es muy amigo mío, dice que cuando recupere la empresa que le quitó su mujer me dará trabajo, siempre le oigo cuando vuelve sobre las seis y media de la mañana. También tengo localizada la moto. Estoy seguro de que desde el miércoles no ha vuelto.

Se hicieron algunas preguntas más, pero el joven no tenía ni idea de a dónde podía haber ido Ladis y estaba seguro de que en el vecindario nadie sabría nada. Se consideraba el único amigo del hombre que llevaba un mes viviendo en el piso alquilado.

Behobide y Urtasun localizaron a la propietaria del piso que de inmediato frunció el ceño, preocupada por un posible impago de la renta. Tampoco tenía ni idea del paradero del hombre.

La exmujer, Elvira Rodríguez les recibió con cara de pocos amigos en la puerta de entrada del adosado en uno de los barrios residenciales de la capital.

No, no sabía nada de las andanzas de Ladislao. No, jamás se acercaba por el barrio y mucho menos tenía ningún contacto con ella. Los hijos tampoco. Le aborrecían. Desde el divorcio siempre habían convivido con ella y la nueva pareja. A Ladis no le importan sus hijos, aclaró airada la mujer, ni yo tampoco. —Al señor Sesma solo le interesa Sesma, —sentenció para poner punto final a la conversación.

Eran las seis de la tarde cuando la pareja de policías apareció con cara de preocupación por el despacho de Uralde. El comisario les recibió con una sonrisa esperanzada que se trocó de inmediato en un gesto de desánimo, según los oficiales, Sesma parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

## 10

### LAURA SOL DEL VALLE

El viernes amaneció para Ormazábal con la agradable sensación de que la situación comenzaba a reconducirse. Desde el sillón donde se calzaba las zapatillas observó el lecho que acababa de abandonar. Analía yacía en la cama. Una pierna desnuda asomaba por entre el revoltijo de mantas y sábanas. Desde la posición que ocupaba solo podía verse el cabello extendido, un bulto amarillento que tapaba el rostro de la mujer, al tiempo que se escuchaba la respiración acompasada del sueño. Había sido desde hacía años lo que él entendía como un arreglo inteligente. Una mujer para cuando haga falta y para lo que haga falta. Un considerable dispendio para su economía, pero a cambio, la libertad y la seguridad de no compartir hembra ni venéreas. Una mujer que no era esposa ni quería serlo, que aborrecía los hijos y que solo vivía, como él mismo, para sí misma. Las relaciones eran en cierta forma amigables, pero no pasaban de ahí. Cuando él anunciaba su intención de pasar la noche, ella siempre se encontraba dispuesta, salvo los días de la regla, que no mucho antes él preveía con precisión de calendario lunar y que ahora en las alteraciones de la menopausia nunca conseguía adivinar, pero cuando el problema se presentaba acordaban un encuentro posterior y todo discurría con la calma y el sosiego de un matrimonio por interés y bien avenido. Terminó de calzarse las zapatillas y se envolvió en la bata. Trasteó en la cocina y mientras la cafetera crepitaba se acercó al ventanal. Masas nubosas sólidas, de color gris oscuro se preparaban para descargar la lluvia que trasportaban. Sorbió el café caliente con deleite, el amago de infarto se perdía ya en el tiempo y el café había sustituido en sus vicios al exceso de tabaco que intentaba controlar reduciendo el consumo a cigarros puros los fines de semana. Se consoló pensando en las periódicas sesiones de gimnasio. También le costaba lo suyo, pero a cambio un monitor deportivo profesional le

guiaba con acierto en la lucha contra el desplome de los años. Los controles médicos mantenían la tensión arterial en el límite de lo soportable y volvía a tener la sensación de su propia inmortalidad. Aspiró una bocanada de aire y sonrió con la felicidad del hombre satisfecho de sí mismo. Bebió un nuevo sorbo de café con escándalo. En la intimidad del piso podía permitirse el capricho de ser grosero. Ante él la ciudad amanecía con desgana. Desde el estallido de la crisis todo parecía trascurrir con lentitud y escasez, se veían unos pocos viandantes que se desplazaban cabizbajos, escasos coches en circulación, muchos aparcados y los que se movían lentos, pastosos, de forma que parecían temerosos de llegar a donde fuera que tuviesen que ir. Del nuevo barrio del extrarradio solo podía ver parte de la torre que sostenía la cruz, una Iglesia de nueva construcción de aspecto insustancial similar a un garaje blanco con hiladas de bancos de madera que siempre estaban vacíos.

Qué diferencia con aquellos lejanos recuerdos, cuando él era un crío. Todavía la misa se celebraba en latín. Todavía el sacerdote se afanaba en los misteriosos tejemanejes en el altar de espaldas a los feligreses. Todavía se daba la vuelta hacia los asistentes y abarcaba con un movimiento de los brazos una porción etérea del aire en un gesto de trascendencia espiritual. Todavía la homilía se pronunciaba desde la altura del púlpito que, si el predicador era como debía, expandía el vozarrón vibrante por todos los rincones del templo, sin necesidad de altavoces. Recordaba aquel magnífico espectáculo. El orador asomado desde la altura de la tribuna como un gallo arrogante en el muladar. Allí, henchido de razón, harto de poder, del poder que le otorgaba nada menos que Dios, se explayaba con voz de trueno y gestos apocalípticos sobre las pobres, mustias y silentes ovejas de la planta baja. El sermón era un rapapolvo, una advertencia, una bronca monumental, una tormenta de palabrería, de escupitajos, todo ello mezclado en la adecuada proporción que descendía como metralla de una bomba invisible y taladraba los cerebros abotargados de la manada. «La circunstancia fundamental que determina el poder es que el rebaño calle», pensó Ormazábal.

Ahora, tantos años después, esas mentes antes dirigidas deambulaban

dispersas, saltarinas, descontroladas, como ovejas locuelas, indecisas entre las bobadas de la nueva era, los cultos a la magia, el vampirismo y todas esas historias de brujerías y demás idioteces medievales. Todas comportándose como veletas atolondradas, unas en una dirección y otras en la contraria, dirigidas por los nuevos predicadores de los medios de comunicación. «La gente cree cualquier cosa», pensó Ormazábal. ¿No era acaso, asombroso que en la televisión triunfaran series de muertos vivientes, de vampiros, de hombres lobo? Cultos de destrucción, de terror, cultos a la fealdad, a la obscenidad más absoluta, de renuncia a la belleza, al arte como medio de superar la condición humana, como elevación. «Ahora lo que triunfa en una exposición artística es un retrete lleno de mierda. El recuerdo constante de nuestra condición humana, peor que humana, nos recuerdan nuestra condición animal», se dijo de nuevo para sí mismo Ormazábal.

En la universidad, una vez abandonado el seminario, su vocación estaba clara, quería convertirse en organizador, manipulador más bien de masas y personas desorientadas y por ello eligió la carrera de psicología. Y lo demás era casi historia.

—Ha pasado mucho tiempo, demasiado. —Suspiró hablando en voz queda para sí mismo.

Una y otra vez la decepción, el rechazo en las empresas a las que había intentado acceder con el diploma bajo el brazo. Trabajos temporales unas veces, empresas a la quiebra otras, él tenía ambiciones, grandes ambiciones que no sabía cómo alcanzar. Objetivos oscuros de poder y prestigio social, el gabinete, último recurso que sufragó la tía Tere y si no llega a ser por Fontela seguiría al borde de la miseria. Aún ahora se sentía inseguro.

Laura Sol era el medio. El camino a su definitiva ubicación social. Apareció como Fontela, por sorpresa, unos meses después de que el industrial se convirtiera en amigo y confidente. La recordaba delgadísima, la tez pálida, sin maquillar, el rostro agradable, todavía terso con un rictus de permanente tristeza, los cabellos blancos, tirantes, se recogían en la nuca en una coleta casi infantil

que contrastaba con la edad de la mujer, calculó que tendría entre sesenta y setenta años. Vestía un abrigo negro que colgó en el perchero, un jersey negro sobre una camisa blanca que se desabrochada en encajes a la altura del pecho y un pañuelo de seda con motivos florales a modo de bufanda, la falda negra y las medias oscuras que dejaban adivinar unas piernas todavía bellas y atractivas. Era, pensó entonces, o tal vez lo que pensó es que debía de haber sido una mujer de cierta belleza. La catalogó de inmediato como una paciente normal, sin más interés para él que el precio de la hora semanal de terapia. Le llamó la atención, eso sí, que en su listado de pacientes, casi todos ejecutivos a punto de explosión neurótica que descargaban el veneno acumulado durante la semana en su presencia, de pronto se incrustara aquella temblorosa mujer. Por entonces, ahora, ante la humeante taza de café recordaba, ya había iniciado el particular tratamiento condicionante con algunos de los vagabundos que se había empeñado en convertir en una suerte de guardia pretoriana. Y la mujer; cuando tuvo conocimiento de ello; equivocó las retorcidas intenciones que motivaban el experimento y no dejó de alabar aquella muestra de altruismo que por fin, en vez de ocuparse de desgracias y desgraciados de países lejanos y desconocidos, se dirigía a convecinos que habían tenido la desgracia de caer en el desamparo más absoluto sin ONG que se ocuparan de ellos.

Las primeras sesiones trascurrieron por los derroteros de costumbre. El tira y afloja corriente entre lo que la mujer estaba dispuesta a contar y lo que él esperaba que le contara una vez consiguiera romper el cerrojo con que todo el mundo encierra los propios sufrimientos. Y fue una mañana de un viernes como el que ahora se desperezaba en la ciudad..., en ese momento se le ocurrió que quizá por esa coincidencia se estaba acordando ahora de la nueva imagen de Laura Sol, tan distinta a la que trataba todas las semanas que puso delante de sus ojos Adolfo Fontela. Ese viernes concreto resonaba en su memoria por la huelga salvaje que obligó a cerrar el gabinete y a Fontela le impidió acudir al trabajo, huelga a la que se sumaron los policías autónomos, nada menos, que ocuparon la calzada de la autopista durante dos horas.



Sin otra cosa que hacer, dedicaron uno y otro lo que quedaba de la mañana a pasear por la Avenida de la Zurriola y a contarse pequeñas y poco sustanciales novedades, pero la mención de Laura Sol del Valle desató algún recuerdo curioso que Fontela guardaba acerca de la nueva paciente de su amigo. «Javier: Laura Sol del Valle viuda de Nicolás Bedia, es un misterio en sí misma, las personas que saben la cuantía exacta de la fortuna Bedia se pueden contar con los dedos de una mano y sobran más de la mitad. Yo conozco a esas personas, pero están fuera de mi alcance, nunca me dirían nada, son gente silenciosa de miradas retorcidas, frases incomprensibles, crípticas, una secta a la que el común de los mortales no tiene acceso, pero algo sé, nada concreto. La familia del Valle hizo fortuna en los tiempos oscuros, nunca mejor dicho, del tráfico de esclavos, tal vez por eso mismo esa familia siempre se ha mantenido al margen de la sociedad en esta pequeña ciudad. Nadie sabe dónde viven, pero no porque sea imposible, sino porque nadie quiere saberlo. Es tabú, se dice que el primer del Valle era un hombre sin entrañas y se cuenta que tuvo relación con una de las esclavas que trasportaba para la venta y que al final se quedó para su disfrute personal. Amasó una fortuna que el tiempo ha multiplicado y que ahora se incrementa a sí misma en Estados Unidos y Asia. Aquí solo llegan restos que incluso los más ricos de este país querrían para sí mismos. Y Bedia, tampoco era un cualquiera, su familia no tenía nada que envidiar a los del Valle, fue, por lo visto, un matrimonio acordado. Bedia se impuso en la pareja, siempre hay un dominante y Nicolás Bedia era una mala bestia, según comentan quienes le conocieron. Nunca tuvieron hijos y ahora Laura Sol no solo dispone de su propia fortuna sino que es heredera universal del difunto marido, pensar en ello produce vértigo».

Después de aquella conversación mañanera la etérea figura blanqui oscura de Laura Sol del Valle fue adquiriendo una nueva dimensión en la mente de Ormazábal. Si fuera más hipócrita habría identificado el naciente interés con el sentimiento amoroso, pero a fuerza de sus frecuentes inmersiones en la masa gelatinosa de su propio cerebro, no le cupo ninguna duda de que Laura Sol se

estaba convirtiendo en pieza de caza. Se transformaba ante sus ojos en una delicada cervatilla solitaria perdida en un bosque tupido habitado por peligrosos depredadores, entre los cuales él precisamente había sido agraciado con la suerte de localizar al nervioso animalillo, oculto entre la espesura. Pero las cosas se habían complicado. La mente humana encierra sorpresas y el cerebro de Laura Sol resultó ser un laberinto de difícil comprensión. Se imaginó a sí mismo deambulando por intrincadas callejuelas de direcciones cambiantes como el Dédalo mitológico. Y para su sorpresa descubrió al Minotauro que devoraba a cualquiera que no pagara el tributo debido. Allí, en las circunvalaciones neuronales de Laura Sol habitaba un monstruo, el difunto Nicolás Bedia. Sin demasiada esperanza había horadado el cerebro de la mujer en busca de la causa que provocaba la desazón, el sufrimiento, la angustia que la había conducido al gabinete. La aparición del fantasma de Nicolás Bedia había sido sorprendente y la conclusión inevitable. No habría paz para Laura Sol, si aún después de muerto, ella no se plegaba al testamento de ultratumba del marido difunto. Era increíble la sumisión de aquella mujer. La necesidad enfermiza de satisfacer los deseos, los caprichos de Nicolás Bedia, el marido fallecido hacía ya unos meses. Tiempo más que suficiente para que de él solo comenzara a quedar el piadoso recuerdo que se debe a los muertos, pero que misteriosamente seguía dictando desde el más allá el comportamiento de la viuda. Si no fuera por esa miserable dependencia él ya habría ocupado el lugar que le correspondía. Después de todo, otros hombres con menos méritos que los suyos habían seducido en España a ancianas y no tan ancianas con título, rancio abolengo y fortuna más que considerable y se habían convertido de la noche a la mañana en duques de aquí o marqueses de allá. Él no era tan ambicioso, no necesitaba título, solo fortuna, y eso, a Laura Sol le sobraba. Ahora, en la distancia del tiempo, Ormazábal se preguntaba si las maniobras terapéuticas con la mujer no habrían sido un error. En realidad todo lo relacionado con Laura Sol desde el principio fue errático y al borde de la legalidad, incluso se había convertido en delito penal cosa que ya no le importaba demasiado, sobre todo después de lo que había ocurrido con

Monzón. Un terapeuta no debía nunca tener relación íntima con el paciente, y sin embargo había que tener en cuenta que casi nunca aparecen pacientes como Laura Sol... El sonido de la puerta del baño sacó a Ormazábal de sus pensamientos. Diez minutos después Analía le rodeó entre los brazos y le besó en la mejilla. Era agradable. La mujer trasteó en la cocina y preparó el desayuno.

—Come algo Javier, el café solo no alimenta.

Se sentaron en la mesa. Analía tenía el cabello envuelto en una toalla y vestía el albornoz de ducha

—¿Qué vas a hacer esta mañana?

—No tengo asuntos pendientes, por la tarde tengo tres pacientes citados en el gabinete. Estoy libre hasta las cuatro.

—Te hace falta renovar el vestuario, si quieres te acompaño para que te compres algo de ropa.

Ormazábal calculó una hora para que la mujer se preparara. Serían las diez y media para cuando salieran del piso y luego no menos de dos horas de tiendas. Podrían comer hacia la una. A Analía le gustaba aparecer en cualquiera de los restaurantes distinguidos de la ciudad cargada de bolsas y acompañada de su pareja. Eso era él, la pareja de Analía, una pareja de hecho sin bendición ni firma de ninguna clase. De alguna forma amaba a aquella mujer. La había puesto al corriente de los tejemanejes que se traía con Laura Sol y a esta de su relación con Analía. Laura Sol había sido tajante, aquello tenía que terminar y Analía lo sabía, solo quedaba determinar la fecha y la cantidad y Ormazábal estaba seguro de que la vieja pondría sin ningún problema todo aquello que él le pidiera, tal como hacía por costumbre. Pero de momento podía seguir con aquel placentero arreglo. Laura Sol estaba demasiado obsesionada con el difunto marido para atender como era debido a las andanzas amorosas del novio. Ese era el término que había utilizado desde el primer momento; cuando para su sorpresa el beso que él había plantado en la boca sorprendida de la paciente en medio de una sesión de terapia había sido recibido, si no con la efusión de una amante entregada al menos sin el rechazo fulminante a que él, haciendo cálculos de

probabilidades, se había expuesto. Aquel beso, el único que la mujer le había permitido, había sellado lo que ella denominó de inmediato, noviazgo, relación que debía concluir en matrimonio como correspondía a sus creencias religiosas y a la tradición de la familia, una vez que ella, con su ayuda pudiera solventar los requerimientos del difunto. Una deuda de fidelidad que debía de satisfacer por encima de todo. El móvil vibró encima de la mesa de la cocina. Era un SMS, «mañana te espero en La Conejera». Laura Sol del Valle reclamaba su presencia.

# 11

## EL BARRIO DE ARRIBA

El policía aparcó el coche, rebuscó en el interior y se dirigió a la entrada del parador. Era caro, pero el departamento de interior se hará cargo, pensó Lizarralde cuando lo seleccionó. En recepción, el empleado tomó algunos datos y le entregó la llave. También le informó que la dirección por la que preguntaba debía corresponder, casi con toda seguridad, a lo que allí se conocía como el «Barrio de Arriba», es decir, aclaró.

—Es que está río arriba.

Se dejó guiar por el botones que cargaba con la maleta y ya en la habitación le entregó algunas monedas de propina. El móvil sonó cuando colgaba la camisa y el pantalón en la percha.

—Sesma ha desaparecido. —Le informó el oficial López—Lizarralde rumió durante unos segundos.

—Sesma no parecía tener importancia, era solo un asunto a descartar. Sigue investigando López, tenemos que saber dónde está ese individuo, yo acabo de llegar. En cuanto me instale me acercaré a la casa de esa mujer y echaré un vistazo, te tendré al tanto.

Se despidieron. Lizarralde abrió la puerta acristalada y salió a la terraza. Eran las seis y media de la tarde, estaba oscureciendo. Del alero del tejado colgaban carámbanos de hielo. Su rostro se contrajo golpeado por el frío intenso de la helada. El aliento se condensaba en nubecillas de vaho y los ojos enrojecidos por el frío estaban a punto de llorar. A lo lejos se adivinaban las siluetas claroscúras de las lomas que bordeaban el hotel, un paisaje lejano, inerte, enterrado bajo un sudario de nieve. Aguantó el frío y dio un paso más hacia el barandado de hierro forjado. Uno de los carámbanos descendía hasta la altura de los ojos, sólido, grueso, frágil, lo agarró jugueteando y lo arrancó sin esfuerzo, lo dejó caer hasta

el suelo del aparcamiento, allí se hizo añicos. «Sesma no aparecía. Un cabo suelto en aquella sucesión de muertes femeninas. Un personaje anodino que había dado una torta a su mujer. Una abogada que había enviado a un varón idiota, de los que había millones, a los arrabales del prestigio social. Y ahora ese hombre no aparecía ¿se había vengado de la abogada, y luego se había fugado?, ¿a dónde, cómo?, ¿vuelos al extranjero? López se encargaría de todo. Era un policía eficiente, pero Sesma no encajaba en el perfil del asesino, no era ningún experto luchador, o al menos no lo parecía y la abogada era una mujer mayor..., pero había muerto como las otras». Suspiró, incapaz de encontrar una solución a la sucesión de interrogantes. La vaharada de aire pulmonar ascendió blanquecina a la tenue luz de las farolas exteriores que iluminaban la fachada del hotel. Ya no podía resistir el frío, entró en la habitación y cerró la puerta de la terraza. El agua caliente del grifo templó la mano aterida que había roto el carámbano. El espejo le mostró el rostro abotargado a punto de helarse. Escuchó los sonidos tenues característicos de los hoteles, palabras ininteligibles, voces infantiles, risas fingidas de los padres, pasos apagados, puertas que se abren y luego se cierran, ecos metálicos de tuberías, el agua del grifo que golpea el lavabo... Sesma no aparecía. Silveria estaría en casa con sus amigas. Silencio. Marcó el número de Silveria.

—¿Cómo estás mi amooooor?

No tenía la sensación de que estuviera subiendo, ni mucho menos llegando a ningún lugar. Más que el barrio de arriba, aquel lugar debería llamarse el más allá, el lugar al que se dirigía parecía estar siempre más allá. Los faros iluminaban a duras penas una línea grisácea de asfalto, las ráfagas de viento esparcían nubecillas de nieve en polvo sobre la calzada, los arcones apenas podían adivinarse bajo las suaves depresiones que formaba el manto de nieve. Circulaba con precaución. Se sobresaltó. ¿Cómo era posible? Lo último que recordaba era la conversación con Silveria y a continuación ningún nexo de espacio ni de tiempo de los que tuviera conciencia y ya estaba allí, con el morro pegado al cristal del coche buscando alguna señal de que más allá apareciera por

fin el «Barrio de Arriba». Debía de haber sido el efecto anestésico de la cháchara interminable de Silveria, era impresionante la capacidad verbal de su pareja. Se reclinó sobre el respaldo del asiento, por mucho que se aproximara al cristal no iba a ver más de lo que veía. Silveria había terminado por fin de contarle lo que fuera, pues ahora no tenía ni la más remota idea de lo que había dicho, solo recordaba una despedida atropellada con un: «ya está aquí Carmen. Bueno mi amor, te dejo, me alegro muchísimo de que me hayas puesto al corriente de tu viaje, un beso, un abrazo muy fuerte. Hasta proooonto amor», y luego, silencio. Y ahora, mientras conducía no se acordaba de haberle puesto al corriente de nada. Tampoco debía de haber habido la mínima posibilidad, era un arte, el abuelo y Silveria, tenían esa curiosa facultad. Si alguien intentaba incrustar alguna frase en el discurso perpetuo aprovechando alguna inevitable pausa respiratoria, la primera sílaba de la siguiente palabra se pronunciaba varias octavas más alta de forma que aplastaba cualquier conato de resistencia. El nivel de combustible estaba casi en la reserva, maldijo en silencio a Silveria. El torrente de palabrería siempre acababa por atontarle, debería haber llenado el depósito. Había calculado diez kilómetros, ¿o tal vez, quince?, el GPS estaba tan perdido como él, el viaje se estaba haciendo eterno. Era lógico, no era capaz de saber cuando había comenzado, el reloj del vehículo marcaba las veintitrés cuarenta. ¿A qué hora había arrancado?, no tenía la menor idea, tal vez debería haber descansado, pero temía el insomnio, además aquella noche gélida y desolada le sumergía en el estado melancólico en el que tan bien se sentía. La carretera seguía sin llegar a ninguna parte, como los argumentos tontos en que él tenía por costumbre distraer sus pensamientos sin que de ellos pudiera extraer ninguna conclusión sensata. Y..., ahora que lo pensaba, ¿qué había pensado un momento antes?, sí, el asunto de la melancolía, ¿cómo era posible que alguien pudiera ser feliz, siendo infeliz?, se le antojó una cuestión compleja. Un ciervo deslumbrado por los faros le observaba en medio de la calzada, frenó, «¡qué pena no tener la escopeta a mano!», pensó recordando los tiempos en que la caza era pasatiempo respetado; el ciervo continuó su camino con parsimonia burlona,

el animal parecía saber que las leyes le protegían. Al fin, una luz lejana que parecía iluminarse únicamente a sí misma.

La luz temblona la producía una farola pegada a la fachada de una casa de una sola planta. Le recordaba la portada que aparecía en alguna novela; paró el Kuga y extrajo la foto de la casa que le había dado Desiderio.

La identificó sin ninguna duda. Mientras el coche se congelaba con rapidez, Lizarralde se envolvió con dificultad en las prendas de abrigo que llevaba desparramadas en el asiento trasero. En el exterior hasta el tiempo parecía detenerse, el frío intenso le traspasó a pesar de la parka, se acercó a la puerta de entrada, había otros dos portones más en la misma fachada que debían de dar acceso a algún garaje para coches y a un almacén agrícola, tuvo que quitarse los guantes. Los dedos comenzaron a agarrotarse. El vaho de la respiración lanzaba nubecillas blancas que le impedían distinguir lo que estaba haciendo. Con movimientos torpes extrajo una pequeña linterna. Por fin acertó a introducir la llave, no giraba, el frío parecía haber agarrotado la cerradura. Rachas juguetonas de aire gélido le congelaban hasta los pensamientos, dejó la llave colgando y volvió al Kuga. Tiritando de frío y de ansiedad enredó en el maletero. Volvió a la casa y pulsó el recipiente. Dos soplos de aceite pulverizado penetraron en la cerradura. Los dedos ateridos dejaron caer el bote. A duras penas pudo abrir, por fin, la puerta. En el interior, buscó el interruptor general de la luz y la llave del agua. Justo a la izquierda la linterna iluminó la cocina. Encendió la luz. Había una instalación de butano. Buscó como pudo la bombona. Sobre la cocina descansaba un encendedor eléctrico, con dificultad consiguió encender un quemador y se entretuvo un buen rato en calentarse las manos, mientras tiritaba y expelía las nubecillas de vapor que acompañaban la respiración. Encendió también una estufa y se sentó al lado, tan cerca que sentía que podía quemarse, permaneció allí inmóvil esperando que el calor comenzara a circular por el cuerpo. Mientras se sentía revivir observó a su alrededor, la planta baja la ocupaba la cocina, un baño y casi seguro que la puerta que podía ver al otro lado daba al almacén o al garaje. Junto a la puerta de entrada las escaleras debían de



conducir a las habitaciones de la planta superior, tendría que subir, pero se resistía a abandonar el foco de calor. Sentado al lado de la estufa podía escuchar el siseo del viento en el exterior de la casa. Eran rachas de aire que golpeaban la fachada y se incrustaban entre las rendijas de la puerta y de la ventana del baño, «como en Ibaibeltz» pensó, pero no recordaba haber pasado semejante frío en toda su vida. Allí, en el caserío el viento del invierno llegaba cargado de humedad, pero las temperaturas no descendían tanto. En el exterior de la casa en la que se encontraba, el aire era seco, cortante, sólido, trasportaba partículas de nieve y se adhería al cuerpo, se incrustaba entre los huesos, sentía que el frío se había apoderado de su interior y no lograba desprenderse de él a pesar de la estufa. Se resignó. Apagó el quemador de la cocina y dejó encendida la estufa. Se puso los guantes y se dirigió a la escalera de terrazo, un interruptor iluminó un pasillo en la planta alta.

Abrió una por una cuatro puertas, tres eran habitaciones, la cuarta daba acceso a un baño. En dos de las habitaciones había un único camastro metálico con un colchón de espuma azul, por lo demás estaban vacías. En la tercera, la cama de matrimonio tenía una estructura clásica de madera con cabecero y pie de cama, dos mesillas a juego y en una esquina el tocador. La cama estaba revestida con una colcha de color azulado. Lizarralde dio unos golpecitos sobre el colchón, había una manta gruesa debajo. Separó la almohada. Sábanas limpias recogidas sobre la manta. Enfrente, al pie de la cama, un armario empotrado. En general la casa estaba limpia y no olía a cerrado por lo que supuso que alguien se ocupaba de la limpieza. La ventana gemía por las embestidas del viento, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. En una esquina había un calefactor de queroseno de mediano tamaño. Accionó el pulsador y lo sostuvo hasta que la llama tomó fuerza. Esperó dándose golpecitos a sí mismo a que la habitación se caldeara. Se quitó los guantes y abrió el armario ropero. Unas cuantas palomillas de madera sin ropa. Olía a alcanfor. En una esquina una caja de cartón repleta de carpetas y papeles. Hizo un esfuerzo para moverla y la colocó en el pie de la cama. La habitación se estaba caldeando. Se quitó la parka y la bufanda que colgó con

cuidado en una de las perchas, se desprendió de los guantes que dejó en la mesilla y se sentó en un borde del colchón. Abrió la caja de cartón. En su interior se distribuían un conjunto de carpetas de plástico en cada una de ellas etiquetas pegadas identificaban el contenido, abrió la que tenía más a mano. La portada indicaba «LABORAL», una vez abierta una serie de identificadores numerados y en letra más pequeña, «Contratos», «Nóminas», «Liquidaciones», «Trámites con la Seguridad Social» indicaban la subcarpeta que los contenía. Lizarralde intuyó la intervención de la abogada que se ocupaba de los intereses de la madre. Abrió la carpeta y comenzó a enredar entre los papeles. Varios contratos de trabajo con compañías de limpieza, algunos impresos informaban de dos o más contratos simultáneos a tiempo parcial con empresas distintas que prestaban servicios en oficinas, despachos o comunidades de vecinos. Otros formularios que documentaban subrogaciones entre pomposas firmas societarias. Cantidad de nóminas, cada una de ellas, de escaso resultado final. Abrió la boca en un bostezo escandaloso, agitó la cabeza intentando alejar el sueño. Dejó los papeles en la carpeta y miró el reloj, eran las tres de la madrugada. El calor era agradable, la cama mullida. En un movimiento instintivo apagó la luz y se dejó caer sin darse cuenta.

Estaba en el caserío, asomado al exterior, debajo del soportal. Llovía con fuerza sobre un paisaje blanco. Escuchaba el sonido de la lluvia, un fragor poderoso que explotaba sobre la nieve y que absorbía toda su atención. Luego, vio los cuervos sobre uno de los robles cercanos a la explanada de Ibaibeltz, le miraban y graznaban con fuerza, parecían decirle algo. Sintió miedo, la conciencia de que estaba soñando se desvanecía por momentos para luego volver a emerger. Todo era confuso. No quería acercarse, pero el cuervo más próximo abría el pico y lo cerraba de forma monstruosa, para su asombro vocalizaba con extrañísimos movimientos del pico. «Ven a ver esto» le decía. El miedo se estaba convirtiendo en terror, estaba paralizado, sentía una presión agobiante sobre su cuerpo, consiguió dominarse y haciendo un esfuerzo comenzó a caminar hacia el cuervo más cercano, el que parecía hablarle. «Ven a ver esto», graznaba de

aquella manera estrambótica una y otra vez, «ven a ver esto», se acercó no muy convencido, con la difusa sensación de que el animal era amigable a pesar de todo. Ahora estaba en lo profundo del bosque, el cuervo había quedado atrás sin que él supiera cómo. Diluviaba. Tal vez debería haber cogido el paraguas, pero para su sorpresa no se sentía mojado, de inmediato pensó que era lógico que no se mojara porque estaba soñando. Había un claro en el bosque. Ya no veía la nieve, solo un lodazal y un bulto. Pensó en Mónica Zulueta, se acercó con precaución. Tenía la vaga sensación de la presencia de algo maligno, quería dejar de soñar, pero no encontraba la forma de despertar. Ahora la mujer le miraba con ojos vidriosos, opacos, recubiertos de una telilla azulada: «mira lo que me han hecho», hablaba, pero él sabía que eso era imposible porque estaba muerta. La angustia del sueño que le aprisionaba y del que no podía despertar le asaltó con más fuerza. El rostro blanquecino que le miraba desde la muerte, era el de Silveria, no podía ser, pensó, «Silveria es negra» y ese pensamiento le consoló; «mira lo que me han hecho», de nuevo la llamada, un poco más lejos, entre la nieve, alguien repetía la misma frase, se acercó, el cuerpo de la mujer estaba cubierto de una fina capa de hielo, le hablaba, pero él no podía oír ningún sonido a pesar de lo cual sabía lo que estaba diciendo; «mira lo que me han hecho». Otra vez el rostro de Silveria, helado, casi transparente, pero no podía ser porque «Silveria es negra», volvió a pensar. Quería despertar. «Mira lo que me han hecho», otra llamada que le helaba la sangre. Se acercó, no había nieve, ni barro, no llovía y eso por algún motivo le sorprendió, pensó que sabía lo que iba a encontrar, pero al momento lo olvidó. Estaba entre los matorrales, el cuerpo destrozado de la tercera mujer, las vísceras esparcidas por el suelo, las costillas blancas y quebradas abrían el cuerpo a la vista, mostraban el vacío terrorífico del interior de la caja torácica, «mira lo que me han hecho», Silveria otra vez, desde la muerte. Lloraba, se desprendían gruesos lagrimones de los ojos sin vida y él tenía la necesidad de llorar, de romper el nudo del sufrimiento que la visión le producía, se arrodilló y acercó los labios a la mujer muerta. Besó entre suspiros agónicos y doloridos a Silveria que para su sorpresa era de tez pálida, cuando él

sabía que eso no podía ser porque «Silveria es negra». Quería despertar, salir de aquel infierno insoportable, alzó la vista y entonces la vio, entre una masa tupida de zarzas espinosas y ortigas venenosas, la cabeza difuminada entre el bosque de un lobo negro, le miraba con ojos llameantes, dos fulgurantes brasas rojizas. Una oleada de pánico. No podía despertar, el lobo le aprisionaba con una mirada hipnótica. La bestia abrió las fauces hasta casi desencajar las mandíbulas, él no podía moverse. Los colmillos goteaban una espuma blanca, repugnante, la boca por el contrario rezumaba sangre que comenzó a escurrirse a través de la quijada abierta deslizándose hacia el suelo. La lengua asomaba entre los caninos inferiores y se retorció en lentos y siniestros movimientos serpentinos. El viento esparcía los hilos goteantes de sangre. Las fauces comenzaron a moverse con lentitud, se abrían y se cerraban y a cada movimiento expulsaban babas sanguinolentas. Al principio no comprendió lo que ocurría, luego cayó en la cuenta, le estaba hablando, una voz penetrante, metálica, incomprensible..., de mujer.

—Usted debe ser Desiderio. —No entendía qué estaba ocurriendo, el bosque, el lobo, las tres Silverias, las visiones del sueño se escurrían como agua entre las manos.

—Yo soy Dolores, amiga de la pobre Herminia, me ocupo de cuidar la casa.

Lizarralde despegó los párpados con esfuerzo y se entretuvo en inspeccionar la habitación sin que fuera capaz de fijar la vista en ningún lugar concreto. Chasqueó el paladar reseco y pegado a la lengua, se incorporó con un esfuerzo y se sentó al borde de la cama.

—Al principio me he asustado, cuando he visto la estufa de la cocina encendida y luego he sentido el calor de la habitación desde el pasillo, pero por eso mismo me he dado cuenta de que debía ser alguien de casa. Te voy a tutear bribón, tantos años sin verte, desde que eras un mozalbete, no has tenido el detalle de volver por aquí, anda dame un abrazo, sinvergüenza.

No supo por qué, pero se levantó de la cama y se abrazó a la mujer. Todavía no lograba desprenderse del todo de las torturantes imágenes de la pesadilla, y la

verdad era que no sabía muy bien lo que hacía. Sintió junto al suyo el cuerpo robusto de Dolores. Era una mujer mayor de carnes rollizas. Medio atontado por el sueño, le pareció que en su juventud la mujer debía de haber sido de cuerpo poderoso y rostro apacible no exento de belleza, el mismo que ahora le miraba desde detrás de las lentes. Tendría, le pareció, unos setenta años y entre las tinieblas del cerebro abotargado, no dejó de apreciar la oportunidad que a su condición de policía le abría la confusión de la mujer.

—Bueno, Desiderio, estás dormido todavía, lo mejor es que te des una ducha y te despejes, luego me acompañas y desayunas con nosotros, Juan Pedro está en casa, te he dejado toallas en el baño y he encendido el calefactor, mientras te aseas recojo la habitación. —Abrígate cuando salgas, hace mucho frío.

Antes de irse, la mujer recordó algo, se acercó compungida, el rostro congestionado en un amago de llanto.

—Cuanto siento lo de Mónica, ha sido terrible, lo hemos visto en las noticias. Pobre hijo mío, primero tu padre, luego Herminia, no pudimos asistir al funeral, mi hermana de Valladolid enfermó y nos trasladamos para cuidarla, y ahora tu hermana. Tenemos que ser fuertes.

Le pasó la mano por la mejilla. Una caricia de comprensión. Lizarralde, en silencio, envolvió la mano de Dolores con la suya y la besó sin que supiera muy bien por qué. La mujer abandonó la casa por la puerta principal y Lizarralde se dispuso a cerrarla con llave. Dolores se volvió.

—No hace falta que cierres, aquí no viene nadie, además todo el mundo entra por el almacén.

A pesar de todo giró la llave y pensó si no sería más seguro trasladar la caja con las carpetas al coche, pero el barrio le pareció tan silencioso y solitario que supuso que no era necesario. Volvió sobre sus pasos. Se duchó y vistió. Ya en el exterior de la casa le recibió el silbido cortante de los remolinos gélidos del viento racheado. El calor acumulado durante la noche le abandonó en un instante y de nuevo sintió la desagradable sensación de convertirse en un carámbano viviente.

Juan Pedro le saludó con las expresiones dolientes de costumbre. Era un hombre robusto, de espaldas anchas, poco cabello, lentes gruesas, manos poderosas, rudas y callosas. Se parecía a su propia mujer, Dolores. Ese fue el primer pensamiento que asaltó a Lizarralde. Se imaginó un complicado árbol genealógico de personas emparentadas que desde un tronco común se van separando a lo largo de generaciones y que en un momento preciso del tiempo dan lugar a descendientes de curioso parecido que sin que ellos mismos sepan muy bien por qué, se atraen con la fuerza de un imán. El antiguo árbol se regenera y miles, tal vez millones de personas muestran características comunes. «Ese debe ser el origen de las razas». Concluyó para sí mismo, Lizarralde.

Juan Pedro se había ocupado del desayuno. Huevos fritos, jamón pasado por la sartén, leche, zumos... Lizarralde comió en silencio mientras el matrimonio no dejaba de hablar. Historias de tiempos pasados que él, era evidente, no podía recordar y por eso asentía en silencio, pero de las que empezaba a sentirse partícipe. La personalidad de Desiderio, tan desconocida para él, se estaba manifestando a través de Dolores y su marido y por un momento eso le recordó las sesiones espiritistas donde los fantasmas hablaban a través de otras personas, intérpretes de almas errantes. También fantaseó, mientras oía sin prestar demasiada atención los chascarrillos de la pareja y sin que en ningún momento supiera de qué estaban hablando, con la posibilidad de apropiarse de la personalidad de Desiderio. Dejar los miedos, los silencios atormentados, los rencores acumulados y comenzar una nueva vida lejos de los recuerdos de Ibaibeltz, envuelto en la personalidad de Desiderio al abrigo de aquellas personas que parecían amables, tranquilas, asentadas en la convivencia en pareja, cómplices, compañeros inseparables ante los avatares de la vida.

—Porque Herminia no vivía en esta casa... —las palabras de Dolores le sacaron de golpe de sus ensoñaciones.

Dejó el trozo de jamón ensartado a medio morder y miró curioso a la mujer.

—No, yo creía que lo sabías. A tu madre no le gustaba vivir en este barrio, se había acostumbrado a la gente, a los ruidos de la ciudad, necesitaba sentir el

ajetreo, ver los autobuses circulando, los taxis, los bocinazos, todas esas cosas que aquí faltan.

—Y entonces, ¿dónde vivía?

—Había alquilado un piso pequeño en la capital, esto no deja de ser un barrio lejano casi un pueblo distinto, en el centro, donde un paseo te acerca a todo lo que necesitas. Fue una desgracia el accidente. Juan Pedro lleva casi a diario los productos al mercado y a las tiendas, cuando Herminia vivía yo le acompañaba y pasaba las mañanas con ella. La teníais abandonada, Desiderio... tú y tu hermana ¡Qué pena!

—¿Entonces esa caja que he encontrado en la habitación?

—Pues... no estoy segura, pero lleva mucho tiempo en el armario. Yo la quitaba el polvo de vez en cuando, pero no la movía, porque pesa mucho. Juan ¿tú recuerdas algo?

—Creo que la dejaron ahí, hace poco más o menos un año y medio o algo así, primero apareció aquella mujer tan rara.

—Sí, claro. —Dolores dio un respingo—. Ahora me acuerdo. Sí que era rara, delgada, siempre vestida de negro, llevaba consigo un aire de tristeza, de pena, un... no sé qué que me ponía nerviosa. Pasó con Herminia unos cuantos días. Yo las visitaba a diario, no me acuerdo cómo se llamaba. —La mujer miró al techo y luego a Lizarralde. Intentaba recordar—. Creo que... Laura... algo, doña Laura la llamaba Herminia. Estuvo con tu madre una semana más o menos y también vino tu hermana. ¿Tú no sabías eso? Desiderio.

Lizarralde negó con la cabeza.

—Pues sí. Por lo visto era algún asunto de abogados, cuando yo las visitaba dejaban de hablar de aquellos negocios, me atendían bien, pero se notaba que querían que me fuera y yo me iba enseguida..., si bien... esa doña Laura nunca me gustó. Parecía a punto de romperse con tanta delicadeza, pero se notaba que miraba a todo el mundo por encima del hombro. Creo que fue al poco de que esa mujer volviera a dónde sea el sitio del que hubiera venido cuando tu hermana apareció por aquí acarreando esa caja como si quisiera esconderla. Sin la

presencia de Laura tu madre volvió a ser la de siempre, pero nunca me contó nada de aquel asunto. Al poco tiempo de la muerte de Herminia Mónica volvió por aquí, apenas me saludó, estaba asustada. La encontré buscando entre los papeles de la caja y luego guardando algunas carpetas que había traído con ella. No me comentó nada de aquellos tejemanejes, solo me preguntó por la dirección de un detective privado.

—¿Un detective? —Lizarralde preguntó asombrado. —Sí —intervino Juan Pedro. —Se llama Armando no sé qué, y viene de tu tierra. Son dos socios. Este Armando siempre anda detrás del otro y el otro que se ve que no le tiene mucha simpatía, escapa como puede del pequeño. Debe, este último, ser o haber sido coronel del ejército o algo así se dice. Son bastante misteriosos, tienen la oficina en una casa de las afueras, una mansión señorial que pasó muchos años en venta. En la casa vive el pequeño, el que se llama Armando. Un tipo enclenque, el coronel, por el contrario, es un hombretón y vive en un piso de la zona nueva. Bueno, pues Mónica preguntó por ese tal Armando, le indicamos lo que pudimos y ella se marchó sin darnos explicaciones de ningún tipo, es verdad lo que dice Dolores, tu hermana estaba asustada.

Lizarralde se retrepó en la silla. Hacía ya un rato que había terminado de desayunar.

—Necesito la dirección de ese detective.

La ventana se estremeció. Un remolino de aire helado introdujo un ramalazo del frío exterior en la cocina.

—Con este vendaval y la helada no conviene circular en coche, Desiderio. — Juan Pedro miraba preocupado a través de los cristales mientras Dolores hurgaba entre papeles en uno de los cajones del aparador—. Tiene que estar aquí. Sé que Juan trajo una tarjeta con la dirección de esa oficina o lo que sea, parece sacado una película de detectives... investigaciones... algo... raro para esta ciudad.

—El coche lleva un juego de neumáticos especiales para la nieve, así no me tengo que preocupar de las cadenas. Lo que sí ando escaso, es de combustible.

—Si el coche es a gasóleo, yo siempre tengo un bidón en el almacén para el



todoterreno. El invierno aquí es duro y me gusta ser prevenido.

—Aquí está. —casi gritó la mujer con alegría contenida, luego entregó una pequeña tarjeta de visita a Lizarralde, «Investigaciones ARMARÓS. Calle de los antiguos Iberos. Casa Sola s/n. Tres números de teléfono. Un fijo y dos móviles».

Lizarralde guardó la tarjeta en el billetero.

—¿Te quedarás a comer?, ¿verdad hijo mío?

«Hijo mío». Hacía mucho tiempo que no escuchaba palabras semejantes. Su madre había muerto cuando él tenía poco más de treinta y cinco años, una edad adulta después de todo, pero la orfandad era más un estado mental que una cuestión de años. ¿Podría decidirse a eso en lo que estaba pensando desde el encuentro con aquella mujer desconocida?, aquel disparate consistente en apropiarse de la personalidad de Desiderio que rondaba por su cabeza cada vez con más fuerza. Hizo algunos cálculos miserables y peregrinos. Dolores era una mujer mayor, pero parecía fuerte y sana. Una mujer de las que ya no quedaban, templada por el clima y el trabajo, sin angustias, sin problemas existenciales. ¿Quién soy?, ¿qué hago aquí?, mi marido no me valora como es debido, no quiero depender de él, no me siento realizada y voy a estudiar a la UNED. No, desde luego que no, Dolores era por el contrario una mujer correosa que no necesitaba psicólogos para manejar las cada vez más difíciles relaciones sociales de la nueva sociedad de Internet. Una madre, o abuela, o esposa para toda la vida, no una mujer que por muchos años que tuviera se veía incapaz de abandonar de una vez para siempre la perpetua necesidad de afirmar el arcaico instinto de atracción sexual, enfermedad que también compartían los hombres de su propia generación. Era casi seguro que Dolores y su marido vivirían todavía muchos años, tal vez más que él mismo, más joven, pero al mismo tiempo más deteriorado y desgastado por los problemas de la vida del siglo veintiuno. Enfermo por los venenosos virus mentales que generaban los trabajos y las consecuentes luchas salvajes en busca de mejores ubicaciones jerárquicas y sociales. Entrar en las vidas emotivas de aquellas personas no implicaría hacerse

cargo de cuidados en enfermedades y estancias hospitalarias. Sí, de acuerdo, era egoísta enredarse en aquellas fantasías y de aquella forma, pero era algo que había que tener en cuenta. Disponer a su edad de algo parecido a una familia cercana era una posibilidad que no pensaba abandonar así como así.

—De momento tengo que revisar los papeles de esa caja que guardó Mónica. Luego intentaré contactar con ese detective, pero antes de irme tengan ustedes por seguro que me pasaré por aquí.

Entre Juan Pedro y Lizarralde trasvasaron el gasóleo al Ford Kuga, a continuación el policía volvió a la habitación donde había dejado la caja de cartón y las carpetas mientras Juan Pedro se dirigía hacia el lugar en que Dolores aguardaba. Justo al lado de la puerta de entrada, ateridos de frío, envueltos en la niebla blanquecina del polvo de nieve arrastrado por los remolinos del viento, el matrimonio observaba al hombre que se ocultaba en el interior de la casa de la difunta Herminia.

—Qué raro está Desiderio... yo le recordaba más hablador, aunque han pasado tantos años...

—Y qué viejo se le ve. No puede tener más de cincuenta y pocos años.

—Serán estos disgustos, Dolores, primero Herminia y ahora su hermana.

—Sí, seguro. Pobre Desiderio, tienen que ser los disgustos, qué pena me da.

Lizarralde encendió de nuevo la estufa de queroseno. Se desprendió de la ropa de abrigo y volvió a sentarse en la esquina de la cama. Se juró a sí mismo no volver a dormirse. Durante dos horas hurgó entre la papelería de la caja. Sacó en claro un par de cosas. La difunta Herminia había simultaneado durante años limpiezas en casas, despachos profesionales, oficinas y comercios. Había trabajado para varias empresas, unas surgidas de las fusiones con otras, otras absorbidas por las que parecían más potentes y estas finalmente compradas por siniestros fondos de inversión de origen incierto y de nacionalidad desconocida. Nombres pomposos para la misma actividad de siempre, barrido, recogida de mierdas y vertido posterior de las mismas en el camión nocturno que circulaba camino a la apestosa planta incineradora. Por lo que pudo deducir de las

nóminas, los últimos cinco años de actividad laboral de Herminia Sagrañz se habían distribuido entre dos lugares de trabajo, la Clínica Contreras de Reproducción Asistida y la casa Ilun Etxea con referencias contractuales de esta última a una tal Laura Sol del Valle que figuraba como patrona del servicio de limpieza. Todo ello lo dedujo de los últimos contratos de trabajo que por fin parecían haber asentado a la pobre mujer en una rutina aceptable de horarios y presencias. La clínica ocupaba cuatro horas de la mañana y la casa Ilun Etxea cuatro horas de la tarde, de Lunes a Viernes y con el fin de semana libre, además de festivos y vacaciones legales. El salario rondaba algo más de los mil euros mensuales, lo cual en los tiempos de crisis galopante, era casi un lujo. Luego el finiquito. Los documentos de la Seguridad Social hablaban de una jubilación anticipada a los sesenta años. La vida laboral abarcaba nada menos que treinta y cinco años de trabajo, primero en factorías industriales que sobre los años noventa habían cerrado, luego cortos períodos de desempleo para acabar finalmente en empresas de limpieza. La jubilación la había conducido al lugar donde había nacido y seis años después del retorno había muerto atropellada en una calle de la ciudad. En otra carpeta encontró fotocopias ordenadas del Registro Civil, certificado de defunción, certificado de últimas voluntades, testamento y reparto de herencia. Todo dentro de los cauces legales que parecía había tramitado Mónica con pleno acuerdo de su hermano Desiderio.

El policía se levantó y se estiró para desentumecer los músculos. Extrajo una libreta de la parka colgada de la percha y se acercó a la ventana de la habitación, miró el reloj, eran las doce del mediodía del sábado. Frente a él se extendían las suaves ondulaciones de un páramo blanco, gélido, infinito. El manto helado taparía tierras de labranza, imaginó Lizarralde. El vendaval de la mañana había remitido. En la lejanía podía ver todavía algunos pequeños remolinos de nieve que se elevaban para luego desparramarse con suavidad en la extensión del paisaje. Tomó algunos apuntes. Herminia había muerto en enero de 2011. Según Dolores y su marido, unos meses antes, no habían sabido precisar, había recibido la visita de una mujer extraña, «muy delicada, pero que miraba por encima del

hombro», apuntó en la libreta.

También visitó a Herminia su hija Mónica y trataron «asuntos de abogados», había dicho Dolores, asuntos legales, discretos que debían de afectar a la visitante misteriosa, y posteriormente y a raíz de esa visita, Mónica trasladó la caja a la casa vieja. Lizarralde se apresuró a hacer un cálculo mental partiendo de la fecha actual, el veinticuatro de noviembre de 2011, para situar siquiera aproximadamente la estancia de Mónica con su madre que coincidió con la visita de la que habían llamado Laura. Supuso que de alguna forma debía de coincidir en el tiempo con los líos de Sesma. Pero no parecía que hubiese relación entre Sesma y Laura Sol del Valle. Mónica vuelve después de la muerte de su madre, enreda en las carpetas de la caja y según Dolores, deja algunas carpetas más, a continuación busca a un detective que según parece, «viene de tu tierra».

La Clínica Contreras, apuntó en la libreta. Ilun Etxea, Casa Oscura en castellano, nombre raro donde los haya, y la dirección «en la carretera de San Sebastián a Igueldo». Llevaba bastantes años en San Sebastián y nunca había oído semejante nombre.

Volvió a mirar entre los papeles de la caja. Sacó una por una las carpetas, unas plastificadas y otras azules, antiguas, de cartón. Una de las azules no estaba etiquetada, ya la había repasado anteriormente, parecía el cajón de sastre de todo aquel archivo documental. Allí había de todo, desde facturas de restaurantes hasta fotografías familiares antiguas en color sepia y de bordes dentados, también viejas cartillas de la caja de ahorros taladradas. Mientras revisaba uno por uno papeles y fotografías, ahora con mayor atención, se fijó en un pequeño mazo de papeles casi transparentes. Eran auto duplicados de antiguas facturas. Formularios que se rellanaban a máquina antes del alud informático, o tal vez el resultado del martilleo de las primeras impresoras matriciales. La tinta azulona de la impresión se había difuminado en el papel traslúcido y no resultaba muy legible, pero el membrete era claro. «Clínica Contreras de Reproducción Asistida».

Consiguió leer los conceptos por los que se facturaba. Eran genéricos, sin

detalle ninguno. «Por los tratamientos médicos de referencia acordados según contrato n °...» y no se especificaba más hasta que la línea de puntos conducía a un recuadro en el que se indicaba una cantidad, esa sí bastante clara aunque diluida en la tinta y en el tiempo. Cifras más que respetables le parecieron a Lizarralde. El nombre del cliente tampoco se especificaba más allá de una remisión también al contrato de referencia y número al que también se referían los «tratamientos médicos acordados».

No encontró nada más que llamara la atención. Dejó el resto de papeles de la carpeta desparramados en la caja y guardó las facturas y los contratos de trabajo que se referían a la Clínica Contreras y a Ilun Etxea en la carpeta azul de donde las había sacado que dejó a parte para llevársela. Luego volvió a colocar la caja en el interior del armario.

Apagó la estufa, se puso la parka y en la planta baja apagó la luz general y cerró el paso de agua. Dos vueltas de llave a la puerta de entrada y se dirigió al Kuga. El frío era más intenso que cuando se había sentido congelar, el viento había cesado. Arrancó el motor, el reloj digital del vehículo marcaba las trece horas, comería en el parador y luego buscaría al detective.

## 12

### LA CONEJERA

El todoterreno redujo la velocidad, anunció la maniobra con los intermitentes, giró bruscamente y se introdujo en la comarcal, una carretera estrecha salpicada de negruzcos petachos en el asfalto, firme ondulado, sin rayas refractantes. Mientras el vehículo saltaba alocado al contacto con badenes y baches, Ormazábal calculó veinte minutos hasta llegar al puente que daba acceso a «La Conejera». «Otra de las virtudes de Laura Sol», pensó, hasta Analía se permitió cuestionar su decisión de hacerse con un todoterreno usado, incómodo y poco vistoso, pero a Laura Sol no le importó en absoluto. Incluso la había llevado a bordo de aquel trasto en más de una ocasión hasta la finca «un latifundio en realidad», precisó para sí mismo con alegría contenida, aunque nunca le había permitido quedarse. «A Nicolás también le gustaban estos coches» fue todo lo que dijo. Por lo demás, la mujer parecía disfrutar de los viajes a pesar de la lentitud y del desagradable golpeteo que trasmitían las suspensiones.

Miró el reloj de pulsera, veinte minutos para la una del mediodía. Llegaría a la casa sobre la una y cuarto. No era muy corriente que Laura Sol le urgiera uno de los esporádicos conciliábulos que mantenía con él. Desde que ambos se empeñaron en solucionar el «problema Bedia» como habían terminado por llamar eufemísticamente a aquel desagradable asunto, las reuniones y charlas de terapia pseudo amorosa se habían espaciado. El asunto Bedia, era evidente que afectaba profundamente a Laura Sol. A él también, por supuesto, pero había concluido para sí mismo que era el precio que había que pagar. Si algo había aprendido en este mundo es que nadie regala nada, siempre hay una transacción, un miserable mercadeo. Incluso en el magma edulcorado de los sentimientos aparentemente amorosos flotan intereses oscuros.

Divisó la hilera de chopos que guardaban las orillas del río a la que seguían

alamedas plantadas en formación militar que a él le parecían guardianes vegetales en vigilancia permanente del perímetro de la finca. «Un latifundio en realidad» volvió a precisar. Finca que ocupaba incontables hectáreas de tierras de labranza sobre las que se intercalaban bosquecillos de árboles de tronco retorcido y leñoso. También pinares que formaban pequeños anfiteatros; algunos de ellos poblados por impresionantes cipreses cuyas copas se inclinaban en busca unas de otras al compás de los vientos que azotaban la planicie y que a Ormazábal le sugerían entonces reuniones discretas de seres gigantescos entretenidos en misteriosas cábalas. Y luego las tierras llanas daban paso a matorral espinoso justo donde la finca ya comenzaba a trepar por las lomas hasta el imponente muro de montaña rocosa. Hogar pétreo de cuervos y más arriba, en los riscos que tocaban el cielo cuando podía verse, de gigantescos buitres leonados. Traspasó el pequeño puente protegido por pretils hormigonados y se introdujo sin solución de continuidad en los terrenos de La Conejera.

El páramo que se extendía ante sus ojos estaba cubierto de una fina capa de escarcha. En el horizonte, en el espeso tamiz que formaban las nubes blanquecinas y se difuminaban las retiradas florestillas arbóreas, asomaba ya el pálido rostro el frío polar y el temporal de nieve que había anunciado la mujer del tiempo en la cadena nacional. Con un poco de suerte Laura Sol le invitaría por fin, ¿para qué le había llamado sino?, a pasar la noche en la casa y él podría recrearse una vez más en aquella clase de vida lujosa y placentera que pretendía alcanzar y cuando lo consiguiera, incluso Fontela tendría que rendirse a la evidencia. «El pobre psicólogo de escasos ingresos y nula relevancia social, alzaba por fin el vuelo majestuoso del triunfador».

Aparcó el coche justo al lado del portón de madera maciza y bruñida. Entró en la casa de planta rectangular cubierta por una inmensa techumbre, dos alas de tejas ocres de inacabable y suave pendiente que descendían en ambos lados hasta casi la altura de un hombre. El vestíbulo era una estancia de considerable dimensión. Dos pulidas vainas de balas de cañón a cada lado de la puerta hacían las funciones de paragüeros y un perchero incrustado en la pared lateral sostenía

algunas ropas de abrigo. En el fondo del recibidor un sofá de cuero negro brillante en el que podrían sentarse media docena de personas. Un par de sillones del mismo material rodeando una mesilla de madera con patas labradas en espiral sobre la que reposaban unas cuantas revistas. Era toda la decoración que podía verse en aquella monumental sala de baldosa rústica, grana y brillante. Del techo, justo encima del sofá colgaba una radiante lámpara globular. Andrés Roldán uno de sus pupilos rescatados de la miseria le recibió con un par de gestos vagos y comentarios sin trascendencia y a Ormazábal le llamó la atención el distanciamiento del hombre «¿acaso ya no recordaba el estercolero del que le había sacado?» guardó recelos para mejor ocasión. Poco más alto que él mismo, ancho de hombros, de estómago prominente, medio calvo, se ocupaba junto con otros dos miembros del grupo de la protección de la casa y de la propia Laura Sol. Era una precaución necesaria. Cuadrillas de delincuentes cada vez más descontrolados y violentos sembraban el terror entre los propietarios que se obstinaban en vivir solitarios y alejados de entornos urbanos. Los hombres que cuidaban de Laura Sol estaban entrenados y sabían cómo responder a las amenazas. Mientras hablaba con Roldán, vislumbró algo al fondo, esa clase de movimiento inesperado y alarmante que causa una reacción de alerta inconsciente. Fue como si alguna parte del sillón de cuero negro se separara, una sombra oscura que de pronto flota en el aire, ¿cómo era posible que no la hubiera visto? Laura Sol había estado todo el tiempo allí, justo enfrente y él había sido incapaz de darse cuenta; quizá el luto riguroso que se prolongaba obstinado a pesar del paso del tiempo desde la muerte de Bedia había diluido la figura de Laura Sol en las oscuridades del sofá. Y la tez pálida y los cabellos níveos que casi seguro se habrían difuminado también en los reflejos luminosos de la blancura brillante de la pared. Y además, la inmovilidad, la capacidad sorprendente de Laura Sol de sumirse en la más absoluta de las serenidades que un cuerpo humano puede adoptar y desde ese estado, casi sólido, taladrarle con sus ojos, azules, cristalinos, acuosos y en ocasiones, no podía dejar de pensar en ello, helados.



Avanzó hacia él, el vestido negro, la falda hasta un poco más debajo de las rodillas, las piernas envueltas en medias aterciopeladas, el pelo cano, recogido hacía atrás como acostumbraba, anudado a la altura de la nuca con una oscura peineta nacarada. Las manos entrelazadas a la altura del pecho; «un desconfiado escudo inconsciente». El psicólogo no pudo evitar analizar el gesto de la mujer que adelantó el rostro y esperó a que él depositara un beso en cada mejilla con la expresión que tan bien conocía. Una curiosa mezcla de sufriente resignación y un amago de sonrisa que desapareció en cuanto se deshizo el levísimo contacto.

Luego, sin más comentarios se dio la vuelta y Ormazábal la siguió. Mientras caminaba justo detrás de ella le asaltó uno de aquellos pensamientos que a veces no podía evitar en la cercanía física de Laura Sol. «Aquella mujer delicada, frágil, de movimientos parsimoniosos, casi etéreos, acabaría por despegar del suelo, levitaría en su presencia, se desvanecería en el aire en una desaparición fantasmal y todos los esfuerzos, todo el trabajo de terapia condicionante habrían sido inútiles».

Al fondo del recibidor, Laura Sol abrió una puerta lateral; se deslizaron por un pasillo hasta una salita con una ventana que daba al exterior. Un fulgor hizo temblar la luz del techo, esperaron en silencio unos segundos hasta que escucharon el estruendo bronco del trueno y a continuación pudieron contemplar el derrumbe del temporal en forma de gruesos copos de nieve.

—Tendrás que quedarte aquí, Javier. No quiero que conduzcas con este tiempo.

El feliz anuncio confortó a Ormazábal que se sentó en una de las sillas. Laura Sol se volvió, todavía tenía las manos entrelazadas y a él le recordó una monja orante.

—¿Qué pasó el miércoles? Andrés me lo ha contado.

Ormazábal frunció el ceño. Sus pupilos se estaban desmandando. Tanto tiempo de condicionamiento psicológico para que al final le fueran con el cuento a Laura Sol. —Por fin apareció la carpeta. Monzón estaba muy nervioso por la posibilidad de tener que dejar el grupo y perdió el control. Fue terrible. Para

cuando me quise dar cuenta todo había acabado.

—¿Y?

—Bueno, yo tomé las decisiones oportunas. Hemos quedado en que no debes preocuparte de estas cosas.

Laura Sol se sentó al lado, dejó caer las manos entrelazadas sobre las rodillas, agachó la cabeza. Parecía dolida por la contestación y se sumió en el estado letárgico que a él tanto le inquietaba.

—Cargamos el cuerpo en mi coche y lo llevamos al tanatorio. Sebastián se encargó de todo, tengo gran confianza en ese muchacho. De nuestro visitante no queda ni una sola molécula, no hay pruebas, déjalo de mi cuenta.

—Tienes razón. Estoy muy nerviosa.

La mujer sonrió, la mano blanquecina y gélida acarició el rostro del hombre.

—Perdona, Javier, no sé por qué me entrometo, tú eres como Nicolás. Él tomaba las decisiones, se ocupaba de todo. Yo siempre tuve gran confianza en su criterio, me sentía segura con todo lo que hacía, soy una mujer muy débil, ahora las mujeres son de otra forma, fuertes y decididas, pero yo no soy así. Mis padres me educaron a su manera, llenos de miedos y preocupaciones acerca de los males que me acechaban en el mundo, encerrada en Ilun Etxea con profesores particulares, sin hermanos. Amigas, solo las que venían a visitarnos con sus padres. El personal de servicio, cocineras, criadas, el chofer, ese era mi mundo, ¿pero qué te voy a contar que tú no sepas?

—Hemos hablado de eso tantas veces, Laura. El proceso es lento, pero con mi ayuda conseguirás dominar esa dependencia enfermiza que sientes hacia Nicolás.

—¿Tú me entiendes, verdad Javier? no me mires así, por favor. Tuve que hacerlo. Fue la única vez que no hice lo que él quería. El pobre murió sin haber conseguido un heredero varón, era lo que más deseaba en este mundo. Nicolás era el mejor de los hombres, atractivo, seguro de sí mismo, sin miedo a nada ni a nadie, cuando estaba a mi lado me sentía la mujer más dichosa, pero eso que él quería yo no podía dárselo, era superior a mis fuerzas. Ya ves mi cuerpo,

enfermizo, débil ¿cómo iba a someterme a aquellas cosas, un embarazo con cincuenta años? qué desilusión para él. Todavía me siento culpable. A veces me habla, escucho su voz dentro de mi mente, por mucho que lo intento no logro convencerle, o quizá convencerme a mí misma...

«Esa era la clave», pensó Ormazábal. El embarazo no consumado. El cuerpo menudo, frágil de Laura Sol en el que, según le habían contado a Nicolás Bedia habían naufragado todas las maniobras de inseminación de la doctora Bergman y esa era también su suerte. Laura Sol no tenía hijos, ni familia cercana, estaba sola, perdida en el mundo. La muerte repentina de Bedia la había hecho consciente de una situación precaria. Una mujer mayor, débil patológica, inestable hasta casi la locura que aconsejada por alguien, si bien él nunca había sabido con certeza por quién. Bendijo entonces para sus adentros a ese alguien desconocido y luego continuó con el hilo interrumpido de los pensamientos, la había enviado a su consulta. Una gacela incauta que sin saberlo se interna en la guarida del león. Una sonrisa cínica se dibujó en el oscuro fantasma que habitaba en su interior sin que se distendiera ni un solo músculo del rostro.

—Tienes que decidirte ya Laura Sol. Hemos hablado mucho de todo esto, han desaparecido los obstáculos y en toda terapia llega el momento en que hay que enfrentarse de una vez a los miedos y vencerlos, no podemos retrasarlo más o todo nuestro trabajo habrá sido en vano.

La mujer bajó la cabeza compungida. —Sí, tienes razón, pero ya sabes lo que pasa.

Él sabía lo que Laura Sol quería decir. Ella creía firmemente en la presencia real de Nicolás Bedia. El aislamiento en Ilun Etxea, las lecturas de la no muy adecuada biblioteca que abarrotaba algunas estancias de la casona, la habían llevado a aquellas prácticas esotéricas a las que se había aficionado y que había practicado con las hijas y los hijos de los amigos de sus padres que la visitaban de vez en cuando. Mientras los padres charlaban, los niños se escabullían en busca de la habitación polvorienta del desván. Allí, alrededor de una mesa desvencijada de puro vieja, se sentaban, entrelazaban las manos y convocaban

espíritus de parientes fallecidos y según ella le había confesado echada en el sofá en el que le gustaba recostarse al estilo clásico cuando se sometía a las sesiones de terapia, ella tenía «eso». Y «eso» había resultado ser, o al menos así lo creía Laura Sol, la facultad de ver, de sentir, de portar, de ceder el cuerpo físico a espíritus descarnados. Fantasmas que la utilizaban para comunicar las más peregrinas peticiones y también, de cuando en cuando terroríficas advertencias que dejaban tan petrificados a los pequeños feligreses de aquellas tenidas polvorientas que los padres optaron por dejar de visitar Ilun Etxea y apartarse de los inquietantes efluvios de la casa oscura. Para la mente de científico ortodoxo de Ormazábal, la exacta definición de lo que Laura Sol veía, o sentía, o percibía no tenía fácil traducción al mundo de los sentidos ordinarios. «Eso», había convenido Ormazábal para sí mismo, era una patología peligrosa que podía llevar a la mujer a la locura más devastadora, pero «eso» también se había convencido a sí mismo, era controlable. No convenía oponerse frontalmente a aquella creencia porque las creencias suelen ser firmes y en muchos casos fanáticas. Él había considerado más adecuado reconducir aquella tendencia insana convenciéndola de que era mejor para su salud física no entregarse a aquellas prácticas que la agotaban, tal como ella misma le confesaba desde el sillón.

—Pero, es verdad, tienes razón. —Laura Sol, después de un intervalo silencioso, volvió a repetir algo parecido a lo que ya había dicho, y luego continuó—. Es mejor que me decida, no puedo seguir esperando un permiso que Nicolás nunca me va a dar, pero tiene que ser algo discreto... no sé ¿tu familia?, y la mía.

—Apenas tengo familia —contestó de inmediato Ormazábal—. Mis padres hace tiempo que murieron, tengo algunos tíos y primos, pero no demasiada relación. Podemos reducir el asunto a tus propios conocidos y en cuanto a mi madrina, he pensado en Analía y habrá que ver el cura y la Iglesia.

—Estoy tan sola, Javier, mis parientes, los que me quedan no me aprecian demasiado, la fortuna es enemiga de las relaciones familiares, no sé, tendré que

pensar algo, tendremos que pensar algo.

Ormazábal comenzaba a sentirse más tranquilo. Desde que acarició la posibilidad de emparentar con Laura Sol habían surgido más problemas que soluciones y todo se había ido dilatando en el tiempo. Casi había perdido la esperanza. Se dispuso a hacer la pregunta que le carcomía, pero en el último momento, trastocó sus dudas en afirmación perentoria.

—Tenemos que decidir una fecha. —Laura Sol necesitaba seguridad, se lo acababa de decir, ella quería un hombre que tomara las decisiones.

—Dentro de un mes nos casamos, no se hable más —dijo, convenciéndose a sí mismo de que había llegado el momento de terminar con aquel juego absurdo destinado a satisfacer los delirios de una mujer perturbada.

Y Laura Sol asintió en silencio y a él le pareció que en aquel preciso momento, Bedia, el fantasmal Bedia retrocedía por fin en la mente de Laura Sol y comenzaba a dejar el espacio necesario para que él comenzara a tener el control que buscaba desde hacía tiempo.

Ormazábal se levantó y se dirigió a la mujer.

—Vamos —le dijo, no muy seguro de lo que haría Laura Sol—. Quiero comer y luego me preparas alguna habitación, necesito descansar. Por la tarde hablaremos de la boda y de los detalles. —Y ella, para su sorpresa, no dijo nada, por el contrario, le siguió con las manos entrelazadas, la cabeza gacha y los labios silenciosos.

A Ormazábal le sorprendió aquella muestra de sumisión. Tal vez debería haber tomado las riendas de la situación mucho antes. Tendría que haberse enfrentado con la determinación que ahora manifestaba a las renuencias de Laura Sol y no habría tenido que participar en los delirios salvajes de la mujer y del difunto marido, pero tampoco debía engañarse, nunca, hasta ese preciso momento, Laura Sol había manifestado el más mínimo resquicio en sus exigencias. Primero había sido necesario satisfacer los deseos de Nicolás Bedia, pagar las deudas venenosas que ella había contraído. Eran locuras paranormales de una mujer trastornada que más que terapia conductual precisaba tratamiento psiquiátrico,

pero la oportunidad que se le brindaba había podido más que los escrúpulos profesionales. Una mujer débil que él podría manejar a su antojo una vez que hubiera conseguido despejar aquel maldito y perturbador obstáculo. Los requerimientos hamletianos de un marido muerto. Intentó en su momento reconducir aquella obsesión enfermiza y que la mujer superara la neurosis con el tratamiento adecuado, pero pronto fue consciente de que el proceso iba a ser interminable y optó por el camino más corto. Aceptó las exigencias del vaporoso difunto y se dispuso a traspasar todas las fronteras de la honestidad y de la decencia. Ahora, mientras caminaba por los pasillos de la casa de campo que pronto sería suya, sabía que ya no había vuelta atrás.

Ciento cincuenta kilómetros más al norte, el Cantábrico y sus efluvios invernales templaban el temporal de frío polar que azotaba el resto de la península. Llovía con intensidad y el viento zarandeaba cortinones de agua. Indalecio González conducía con toda la atención que le permitían los sentidos, ya embotados por la vejez, pero él se resistía a reconocer sus dificultades. El coche, un Citroën de tamaño considerable y suspensiones mullidas, mostraba las abolladuras debidas a los reflejos lentos, los pies torpes, la vista cansada y otros deterioros evidentes que no disuadían a Indalecio. Abandonar, reconocer que ya era un peligroso conductor para él mismo y para los demás significaba dar un paso más hacia la línea fronteriza de una vida casi acabada, una vez traspasada la cual solo aguardaba la decrepitud más absoluta sin retorno posible. Al lado, Matías Almagro no estaba especialmente preocupado por los problemas del conductor, la posibilidad de un accidente ni se le pasaba por la cabeza. Permanecía en silencio abstraído. Ya faltaba poco. Sobrepasaron el Colegio Alemán en dirección al parque empresarial y rodearon una rotonda hasta adentrarse en la zona residencial para circular entre una sucesión de adosados de reciente construcción. Aparcaron en un hueco señalado con rayas blancas refractantes y se enfrentaron al viento y a la lluvia agarrados del brazo.

Enrique Villar les invitó a pasar en silencio. Le entregaron sus abrigos mojados y Villar y su carga desaparecieron a través de una puerta lateral.

Esperaron. Lles condujo a una sala amplia con un tresillo en medio, una mesa de comedor con cuatro sillas incrustadas, todo el conjunto aparcado junto a una pared. Había además un mueble con un televisor en el centro, algunas sillas y sillones desperdigados por la estancia en una curiosa disposición carente de lógica que no llegaba a ser desordenada. Les invitó a sentarse en un par de butacones de cuero marrón frente al ventanal. El temporal estampaba gruesos goterones de lluvia contra los cristales. Dos radiadores de agua templaban la habitación. Mientras Enrique buscaba una silla, los dos hombres se sumieron en el silencio, observaban la tormenta, ensimismados, ajenos a los movimientos de su anfitrión.

Villar vestía un chándal azul y calzaba zapatillas deportivas. Matías e Indalecio, hasta entonces solo le habían visto trajeado. Les sorprendió el atuendo. Sugería juventud y energía, pero una barriga incipiente presionaba indisimulada la parte baja de la chaquetilla, algunas arrugas faciales y la papada afeaban el rostro oscuro que ya mostraba dejadez y delataba años y preocupaciones. El cabello grisáceo, abundante, hirsuto peinado hacia atrás, elevaba un par de centímetros la altura de Villar.

—Puedo invitaros a algún refresco, no tengo alcohol en casa. O si queréis podemos ir a comer, hay un buen restaurante cerca de aquí. Como me pedisteis esta reunión con tanta urgencia, ni se me ocurrió. —lo dijo de pie, frente a ellos sin decidirse a sentarse.

Ellos no dijeron nada y Villar desapareció en dirección a la cocina. Matías se levantó y comenzó a deambular por el salón sin mucho sentido. Indalecio se volvió hacia el ventanal y se distrajo en el temporal de lluvia. Al rato Enrique volvió portando una bandeja con refrescos y unos platillos rellenos de frutos secos.

—Perdonad, pero me pilláis sin nada más.

—No te preocupes por nada de eso, dentro de poco tiempo, dos o tres semanas, nos van a llevar a la cárcel. Por eso hemos venido. —Almagro aclaró cortante, mientras toqueteaba nervioso los brazos del sillón.

—Será por lo de la clínica Contreras, supongo —dijo Villar—, pero no debéis preocuparos la edad que tenéis no permite el encarcelamiento además yo no sé que pueda hacer en ese asunto.

—La clínica es la puntilla a una situación que ya estaba mal, el caso es que buscan alguna cabeza de turco y tú, Enrique, también estás en peligro. A pesar del tiempo que llevas fuera del Consejo todavía pueden echarte el guante. — Almagro casi gritó con el gesto agrio de quien ha renunciado a cualquier escrúpulo de cortesía.

Alguna sombra oscura ascendió hasta el rostro de Villar. La expresión despreocupada dio paso a un gesto de amenaza. La voz sonó áspera, ronca.

—Os recuerdo que yo no firmaba las cuentas, me ocupaba, es un decir porque en realidad no hacía nada, de las relaciones institucionales. Yo era, y sigo siendo, bien lo sabe Indalecio, un apestado. En el banco me tenían, me teníais al margen y aquí, ya veis como estoy, solo, escondido. Procuro no relacionarme demasiado, y me dejo ver lo imprescindible. Ni siquiera tengo Internet, esas históricas me persiguen incluso en la red. El «gran hermano» es una risa comparado con lo que yo estoy sufriendo. Esta casa se la debo a mi difunto padre que en paz descanse. —Villar miró entonces con reverencia filial el retrato de un rejuvenecido Eustaquio que ocupaba el lugar central en la repisa del mueble del salón.

Matías se retorció nervioso en el asiento y optó por desviar la mirada.

Indalecio, por el contrario, con las manos sobre las rodillas, abandonó la comodidad del respaldo y adelantó el cuerpo.

—El caso es. —Carraspeó en busca de la mejor forma de enfocar aquella discusión— el caso es —volvió a repetir—, que mi amigo Matías sostiene que tú dispones de algún poder, de alguna facultad que te permitiría abordar al juez que lleva este caso y conseguir que fuéramos tratados con el debido respeto. Es más, piensa que la absolución en el juicio por la prostituta de las convivencias, la debes, más a tus influencias y a las de tu padre que a mi competencia como abogado. Como comprenderás esta opinión de Matías es bastante decepcionante para mí. Siempre creí que fui yo y mi ciencia jurídica quien te había librado de la



cárcel, pero tampoco voy a hacer una cuestión personal de este asunto. Si tú puedes hacer algo que evite nuestro humillante desfile frente a las cámaras de televisión te estaríamos eternamente agradecidos.

Villar sonrió, arrastró la silla y se sentó frente a los dos visitantes, de espaldas al mirador.

—A mí no me va a pasar nada, Matías, no en este asunto. Hace tiempo que algunos consejeros chanchullabais con la Clínica Contreras, nadie me ofreció acciones ni participaciones de ninguna clase, todo se hizo bajo secreto y solo para algunos amiguetes de confianza, ¿verdad Matías? Ampliación de capital de la clínica para privilegiados. Se compran acciones a cinco euros y se espera un tiempo. Luego los laboratorios Palmalar de la India, ese bendito país en plena expansión económica, lanza la OPA sobre el cien por cien de Clínica Contreras a veinticinco euros por acción y se produce el milagro, algunos flamantes consejeros del Desarrollo se forran. Información privilegiada se llama. La OPA se iba a financiar con el Desarrollo, doble beneficio para el Banco y también para algunos avispados, ¡eh Matías! y qué hay para Villar. Para Villar elapestado no hay nada. Luego aparece la maldita crisis que no acaba, Palmalar recoge velas y acaba con todos los proyectos de expansión. Nuestros flamantes consejeros del Desarrollo se ven pillados en préstamos bancarios que ahora tienen que devolver a costa de su propio patrimonio. Hay que tomar decisiones, pero lo piensan un poco más..., es mejor no decidir nada y esperar a que escampe. Varios años con esas malditas acciones de la Contreras que cada vez valen menos en las manos y préstamos que se renegocian una y otra vez. Los intereses suben y la crisis continúa, la clínica va de mal en peor, la doctora Bergman ya no es la que era y el marido, por desgracia, sigue siendo el que era; un tipo listo que ve lo que se avecina y abandona mujer y negocio. Menos clientes, más deuda que el Desarrollo sostiene a fuerza de préstamos firmados por consejeros interesados en que la Contreras no desaparezca. Pero ocurre lo inesperado, la auditora hasta hace poco tan servicial, cambia de política. Todo el mundo les acusa de favorecer y beneficiar a los bancos y agobiados por la que se

les viene encima se niegan a firmar las cuentas del Desarrollo. Lo demás es cosa sabida. El Banco de España, cuyo gobernador es tan amigo de Matías se escabulle en sus propios miedos y manda los inspectores, el montón de mierda financiera comienza a desbordarse y ahora esto no hay quien lo pare. Pero insisto, vosotros no iréis a la cárcel. A lo más, un paseílo hasta el juzgado después de una orden de detención, no sé a qué viene tanto melindre. Además, en este país si no pasas por el juzgado por algún asunto financiero, no eres nadie.

Indalecio volvió a reclinarsse en el sillón. Se preguntó ¿qué lugar de la pirámide a la que Matías se había referido en el club ocuparía Villar? ¿Y él mismo? Matías era otra cosa. Villar había dicho la verdad, o al menos parte de la verdad ¿información privilegiada?, ahora se hablaba mucho de esas cosas, pero estaba seguro de que Almagro no compartía aquellas apreciaciones. En la pirámide cerebral de su compañero, el mismo Matías se situaba muy arriba, casi en la cima y desde semejante altura la visión del mundo tiene otra perspectiva. Lo que para unos era delito, para él y los que como él habitaban los altozanos cercanos al cielo se convertía en una cuestión sobre la que ni siquiera se les ocurría discurrir. Hacerse rico, acumular cada vez más poder y dinero era un derecho genético que no admitía cuestionamiento, ni mucho menos discusión. A Matías ni se le había pasado por la imaginación meter en aquel juego de acciones de la Contreras a Villar porque era casi seguro que no era demasiado consciente de su existencia. Después de todo se trataba de un miserable habitante de plantas más bajas, pero a él sí que le había introducido en el tinglado con no demasiadas acciones, gracias a Dios, y ahora se preguntaba ¿por qué? La posición que él debía ocupar en la pirámide imaginaria de Almagro no la conocía muy bien, pero no debía estar mucho más arriba que la de Villar. Tal vez, pensó en aquel momento que a Matías siempre le había interesado mantener un nexo de relación con Villar. Un Villar que a pesar de todo siempre había sido un socio mal tolerado entre los prebostes del Desarrollo, un individuo mal visto al que solo se acercaba el abogado González. Después de todo, pensó con ironía, ¿qué sería de los abogados penalistas sin delincuentes!, eran clientes de siempre y para

siempre y no dejaba de sentir, aunque era algo vergonzoso, una malsana simpatía por quienes le habían permitido llevar una vida económica y social aseada. Y dentro de ese orden, no había que olvidarlo, precisamente a Villar le debía su presencia en el Consejo del Desarrollo. Matías, sin embargo, jugaba en otra división, si hacía un favor era para conseguir algo a cambio, no había necesidad de explicación ni tal condición debía expresarse, se sobrentendía y como consecuencia, sin que él pudiera tener muy claros los motivos, ahora compartían un futuro más bien oscuro. Eran tenedores de una considerable cantidad de porquería financiera sostenida por préstamos que se habían otorgado a sí mismos. Préstamos que a su vez los había obtenido el Desarrollo de otros bancos europeos que los habían financiado a través de créditos concedidos por entidades norteamericanas. Empréstitos cuya garantía última se sustentaba sobre complicadísimos activos financieros ideados y contruidos por las más privilegiadas mentes matemáticas que las universidades norteamericanas habían podido proporcionar al sistema que, Indalecio, a falta de mínimos conocimientos de economía avanzada, denominaba «sistema contable». Un entramado ficticio de apuntes informáticos que con el correr de los años se había alejado de manera suicida de los fundamentos físicos sobre los que, al menos en teoría debía sostenerse. Pero al margen de todas aquellas consideraciones había algo evidente. O bien, no podía, o bien no quería, pero Villar no iba a hacer nada por ellos. Matías había dicho algo acerca de que los jurados habían sido comprados y de que los jueces no habían vuelto a dormir como era debido desde alguna supuesta visita del padre de Villar, pero a la vista del lamentable aspecto que presentaba Enrique cada vez dudaba más de aquella supuesta capacidad de influencia del difunto padre y su, «a la vista estaba», patético retoño.

Pasaron unos minutos más en absoluto silencio. Matías Almagro miraba el ventanal, Indalecio miraba a Villar tratando de comprender el misterio de aquel hombre y Villar miraba la puerta de salida. Era evidente que Enrique esperaba que aquella desagradable visita desapareciera de una vez, pero los viejos siempre son lentos, torpes, tercos, Matías contraía inconscientemente la mandíbula y apretaba

con fuerza la boca. De allí no se iba a ir sin decir algo más.

—Yo fui muy amigo de tu padre, Enrique. —Almagro habló en dirección al temporal que se estampaba contra la casa. Gruesas gotas de agua se deslizaban pegadas a los cristales, pequeños gusanos traslúcidos que dejaban un rastro zigzagueante. Las enormes cristalerías parecían llorar—. Tu padre me contó su historia y también la tuya. Era un hombre de principios, un camarada que nunca abandonó a sus compañeros, un hombre leal a sus amigos, sí, me contó muchas cosas de Rusia y de la guerra, tenía gran confianza en mí.

De nuevo se hizo el silencio. Matías, ni por un momento apartó la mirada de la ventana asaeteada sin descanso por miles de gotas de lluvia. Indalecio no estaba seguro de lo que su amigo estaba diciendo ni por qué lo hacía. Villar era un hombre de tez pálida y barba cerrada que formaba una sombra oscura sobre el rostro aún después del más cuidadoso afeitado, la tez era ahora más blanca y en el cerco del rostro parecía haberse hecho aún más abigarrado desde que ellos habían llegado. Los ojos habían retrocedido en las cuencas, negros como la noche, las manos se cernían nerviosas, como garras rapaces, sobre las rodillas.

Matías se levantó y se dirigió a la salida, Indalecio le siguió y al lado de la puerta aguardaron un tiempo indefinido, sin moverse. No importaba lo que hiciera Villar, solo esperaron con la inmovilidad resignada de los viejos que no tienen prisa. Por fin apareció con los abrigos. No se despidieron. Solo había unos metros hasta el coche. Los dos amigos soportaron los embates del ventarrón lluvioso. En el interior del vehículo, Indalecio observó el rostro lívido de Matías, allí había furia, odio, dolor, la tarde temprana era ahora más gris, más espesa.

En la casa, Villar se dirigió a la cocina. De un cajón extrajo un cuchillo de carnicero. Del frigorífico, el cuarto de cordero que había comprado para la comida del domingo. Descargó la furia sobre la carne. Una y otra vez, decenas de heridas exangües. Pero él veía la carne blanquecina, tierna, sangrante, parecía oír los gritos de angustia, de dolor, las inútiles peticiones de clemencia, de piedad. Mientras acuchillaba histérico el trozo de carne, revivían para él aquellas oscuras y placenteras sensaciones. Y luego en el paroxismo absoluto, con la

respiración entrecortada por el agotamiento, descargó el golpe postrer sobre la media cabeza que parecía sonreír de manera de macabra mientras lanzaba un aullido de animal. ¡¡¡Matías!!!

# 13

## EL BUITRE

No pudo evitar un eructo, arrugó la nariz por el mal olor y bajó la ventanilla. Una corriente de cortante aire gélido se introdujo en el Kuga. Esperó unos segundos a que se regenerara el ambiente cargado y volvió a cerrar la ventanilla. La comida le había sentado mal, excesivamente grasienta, los paradores ya no eran lo que habían sido, todo el país se estaba desmoronando ante el jolgorio internacional. Otro eructo y nueva apertura de la ventanilla. El motor en marcha se ocupaba de caldear el interior mientras esperaba. Justo enfrente, una casona sobre un pequeño promontorio a la que se accedía por dos escalinatas de piedra gris, simétricas que confluían en una plataforma de la que arrancaba, ahora ya sí, una única y definitiva escalera del mismo material que llegaba hasta la puerta de entrada. Amplia planta baja, entreplanta con ventanales, balcón dividido en el centro de la fachada y buhardilla un piso más arriba, dedujo Lizarralde. Extrajo la tarjeta que le había dado Dolores, y la repasó intrigado ¿qué podía haber querido Mónica Zulueta de un detective?, suspiró aburrido y la introdujo de nuevo en la billetera. Volvió a cerrar la ventanilla. El hombre apareció por entre dos bloques de edificios, justo a la izquierda de donde estaba aparcado. Grande, fuerte, protegido por una parka de cuero marrón y una gorra madrileña. La forma en que se movía le resultó familiar. Se dirigía a un local iluminado con letrero de neón rojo «El Basantos», un par de calles más atrás. Por el retrovisor izquierdo, Lizarralde vio como el caminante de la gorra doblaba la esquina y desaparecía. De la Casa Sola, por la escalinata bajaba ya un individuo vestido con una gabardina marrón hasta media pierna, más bien pequeño, los brazos enterrados con fuerza en los bolsillos, la cabeza sepultada en una bufanda que le cubría más allá de la nariz. También le resultó familiar, debía ser Armando. De tu tierra, le había informado Dolores. Recordó. A este tipo allí en San Sebastián y en los

círculos policiales le conocían como «el buitro» y el hombre de andares familiares, sin duda debía ser Amorós, el coronel. Se habían extendido algunos rumores en la pequeña ciudad acerca de una insólita asociación entre aquellos dos individuos tan incompatibles como el agua y el aceite y su asentamiento definitivo en la ciudad en la que él se encontraba ahora.

«El buitro» tenía una reputación más que dudosa. Algún departamento de la policía autónoma después de haber investigado algunas de sus peculiares andanzas había concluido que era un colaborador del otro Cuerpo y como había un acuerdo tácito de no interferencia en asuntos que correspondían a unos y a otros, Armando, mientras no cruzara determinadas líneas gozaba de cierta impunidad. Bien era verdad que al contrario ocurría justamente lo mismo, la cuestión se reducía a convivir dentro de lo posible. Amorós, por lo que él sabía, había llegado a ser teniente coronel, el segundo en la jerarquía del cuartel y ya cerca de la jubilación había ascendido un último peldaño, hasta el grado de coronel lo que aseguraría una pequeña mejora en la pensión futura. Unos meses antes de que Amorós se jubilara, arreciaron los rumores acerca de Armando y su posible relación con un par de matones desaparecidos. Los familiares de uno de ellos, Gustavo Buendía, se personaron en el cuartel del topo. Rellenaron entre gimoteos de las mujeres y lamentos de los hombres una denuncia que acusaba al hombre que en aquel preciso momento se acercaba al Kuga, de ser responsable último de lo que pudiera haber ocurrido con el pariente misteriosamente evaporado, Previa consulta telefónica y desde las alturas llegó la orden de frenazo inmediato. Había testigos de que Buendía y un compañero tan poco recomendable como él habían abandonado el territorio autónomo y se habían internado en terrenos mesetarios por las fechas de la desaparición. Aquello correspondía a otra jurisdicción. La familia Buendía salió de la comisaría en un alboroto de gritos y amenazas de querellas contra todo el mundo, pero las querellas eran caras y Gustavo Buendía mayor de edad, tenía derecho a desaparecer si lo deseaba, les dijeron policías y funcionarios de juzgado. Hacía falta algo más consistente que meras sospechas, sobre todo teniendo en cuenta la

biografía de Gustavo.

—¿Qué pruebas necesitan? —preguntaron por enésima vez los comisionados familiares al funcionario judicial más cercano al supuesto último destino mesetario que indicaba la familia.

—El cadáver. —Acabó con aquel acoso, un correoso sargento del Cuerpo que se trasladó a tales efectos a la dependencia judicial.

El aspecto fiero y decidido del suboficial rescató malos recuerdos de antiguas dependencias familiares con la Guardia Civil que se trasmitían de generación en generación y los Buendía se resignaron a dar por perdidos los cientos de euros que Gustavo había prometido a su mamá. Naturalmente Lizarralde solo conocía algunos retazos de toda aquella historia que luego alcanzó un mayor interés cuando se habló de la asociación entre ambos personajes para crear una agencia de investigación.

«Pues al final va a ser verdad», pensó un tanto sorprendido. Enredó de nuevo en la billetera. «Investigaciones Armarós», Armando y Amorós.

El hombre de la gabardina caminaba ya cerca del local. Al abrigo del soportal desvió con disimulo la mirada, «¿qué hacía allí aquel coche con el motor en marcha?», siguió adelante y se adentró en el «Basantos».

El interior del local era sorprendente. Al fondo, una barra que arrancaba junto a una puerta y se retorció en una curva para luego desplazarse en línea recta hasta el otro extremo. Lizarralde, una vez se cerró la puerta de entrada calculó más de diez metros de mostrador. No había iluminación central. Un mural especular justo detrás de unas estanterías en las que reposaban botellas de los más variados diseños y que contenían todos los licores imaginables, recibía una luz cuya procedencia no podía verse y que luego de estamparse en el espejo se reflejaba sobre el resto del local. De espaldas a semejante luminiscencia la figura de un hombre con las manos abiertas apoyadas en la barra del bar se diluía entre los fulgores de la irradiación fantasmagórica. Pegados a las paredes laterales, una sucesión de pequeños departamentos separados unos de otros por contorneados murales de madera, dejaban ver mesas centrales y mullidos



sillones de color purpúreo cada uno de los cuales tendría espacio para unas dos o incluso tres personas si se apretaban. De la pared, pintada en otra textura más suave del mismo color, colgaban pequeñas lamparillas que emitían justo la luz necesaria que parecía pretender hacer de cada departamento un lugar íntimo y confortable, a pesar de lo cual en ninguno de ellos había gente. El centro del salón, vacío. El suelo también luminoso, emitía una luz tenue y tamizada a través de baldosas acristaladas que se intercalaban en alguna proporción con otras opacas del inevitable color carmesí que invadía por todas partes el «Basantos».

Quique Lozano desde su atalaya al justo al otro extremo del salón seguía con atención los movimientos del nuevo parroquiano. Tanta mirada curiosa hacia todos los lados del local le estaba poniendo nervioso. Era sábado y por tanto poco probable que un inspector de cualquiera de los miles de departamentos funcionariales fuera a renunciar al descanso semanal para dedicarse a la caza de infracciones variadas, pero hacía tiempo que había aprendido a tener cuidado. Mantenerse en la más estricta legalidad era carísimo y además, había concluido hacía ya bastante tiempo, era un empeño inútil. Conocer todo el entramado legal español era imposible. Seguro que aquel individuo tan curioso, si fuera algún inspector, plantado enfrente, mientras revisaba con sorprendente interés todos los rincones de su negocio encontraría algún decreto, orden ministerial, normativa municipal, circular de alguna concejalía, incluso podría tratarse de alguna imaginativa norma europea que su local estaba infringiendo en aquel preciso momento. Tragó saliva y rezó como tantas veces hacía para que el hombre del fondo fuera solo un parroquiano más.

Lizarralde avanzó con cuidado. Aquella iluminación extraña que diluía los contornos y ocultaba el suelo sobre el que se movía podía disimular trampas en cualquier lugar. Unos pasos más y fue adquiriendo seguridad. El pavimento se hacía sólido y la barra ya estaba cerca. Se agarró con cuidado al resalte mullido y ribeteado que bordeaba el mostrador. Para su asombro parecía de color verde. Tanteó con el pie derecho varias veces en busca de apoyo y solo cuando se sintió seguro se sentó en el taburete giratorio. La bancada esponjosa expulsó el aire en

un siseo y por fin Lizarralde pudo dedicar su atención a orientarse en aquel mareante magma de colores vaporosos producto de la peculiar iluminación. «El infierno debe presentar una decoración parecida» pensó el policía. Justo al lado emergió la figura que esperaba encontrar. Hasta entonces solo había sido un bulto de formas imprecisas. Miró de través mientras movía con precaución el sillín. Sí, era el buitre, sin duda. Iba a decir algo cuando el fantasma del otro lado se hizo presente.

—¿Qué va a tomar el señor?

Lizarralde tuvo que apalancarse otra vez con precaución y luego se incorporó sobre el mostrador hasta que consiguió enfocar el rostro cerúleo, casi espectral de Quique. El ambiente estaba caldeado, la digestión se le resistía y la atmósfera neblinosa de aquel lugar no ayudaba. Pidió un *gin-tonic*. Pensó que la burbujeante bebida helada le ayudaría a calmar los ardores estomacales. Se volvió de nuevo hacia su vecino.

—Buenas tardes, «buitre».

Los ojos del hombrecillo le miraron desorbitados a través de los cristales de aumento y el gáznate se distendió en movimientos escandalosos de la nuez prominente que comenzó a oscilar nerviosa. Quique terminó de preparar la bebida y la depositó cerca de Lizarralde, los dos hombres continuaban mirándose en silencio.

—No me llamo «buitre», mi nombre es Valeriano Durán, aunque se me conoce como Armando, diplomado en criminología y actualmente investigador privado, colegiado y en ejercicio.

Lizarralde sorbió un trago de la copa, las burbujas carbónicas aterrizaron sobre terreno abonado y no pudo evitar un eructo.

Armando hizo un gesto de repugnancia.

—Bueno. Armando o Valeriano, o «el buitre» me da igual como te llames o te conozcan. Estoy dispuesto a admitir que tu vida ha dado un giro y te has elevado a las alturas de los titulados que además, y esto sí que es sorprendente en este país, trabajan en lo que han estudiado, solo quiero un poco de información. —

Lizarralde volvió a echar un trago. La bebida le estaba sentando bien. Acercó la mano a la boca, a modo de protección y expulsó una nueva andanada de gases.

—Se trata de una charla entre colegas, nada más. Después de todo, cada uno en su terreno, nos dedicamos a la misma actividad.

—¿Y la suya es? —preguntó Armando.

—Subcomisario de policía, de la policía vasca, quiero decir.

—Ya. —Armando se volvió hacia el vaso vacío.

La nuez dejó de oscilar y el hombrecillo parecía más calmado. Seguro que aquella estratégica elevación a las alturas del reconocimiento profesional por un policía con categoría de investigador público haría efecto en aquel personaje acomplejado y al mismo tiempo, eso le resultaba evidente, arrogante, pensó Lizarralde. Y a continuación le invitó a otra consumición, nueva muestra de respeto y camaradería que debía derribar las últimas barreras de desconfianza.

Acabaron sentados en uno de los discretos departamentos laterales. A Armando le gustaba hablar y a Lizarralde no le costaba escuchar. Mientras el hombrecillo peroraba el policía se sumió en uno de los habituales silencios letárgicos aprendidos en Ibaibeltz. A lo largo de su carrera como policía aquella técnica peculiar de interrogatorio le había dado buen resultado. En lugar de asaltar con preguntas al sospechoso, le dejaba hablar, sin límite. La gente acababa tomándole gusto al discurso propio. Además, la presencia de un interlocutor de aspecto bonachón e interesado invitaba al desahogo, los parlanchines se daban cuenta del error cuando ya no había remedio. Por eso Lizarralde callaba mientras Armando se extendía en un discurso bastante confuso. El policía asentía, mientras divagaba en el espacio y en el tiempo. Los recuerdos de Ibaibeltz se mezclaban con la imagen de las mujeres muertas que solo había visto en fotografía y que un sueño que no paraba de recordar había confundido por tres veces con Silveria. Dolores y Juan Pedro también circulaban por su mente. Y la propia Mónica; si bien el recuerdo de la pobre Zulueta estaba más asentado en la realidad por haberla visto marmórea y abierta en canal sobre la mesa del forense. Mientras, Armando seguía enfrascado en el

inacabable relato al que Lizarralde prestaba atención solo a intervalos. Hablaba de su desgraciada presencia en el mundo, de la legión de enemigos que le perseguía desde su infancia.

—Porque el momento crucial en la vida de una persona..., —Lizarralde abandonó por un momento la mesa de la sala de necropsias y el pavoroso balanceo del cuello de Mónica y atendió aquella parte del discurso de Armando que parecía de cierto interés, —... es cuando uno se conoce a sí mismo, el instante en que somos conscientes de nosotros mismos, el momento exacto en que tenemos el primer recuerdo de nuestra presencia en el mundo. Es entonces cuando nos vemos en una autoimagen, una imagen falsa por demás, porque no proviene de nosotros sino de nuestro entorno más cercano. De nuestros padres y familiares, de nuestros vecinos, amigos y enemigos que rondan alrededor y que se introducen sin resistencia en nuestra inocente mente de niño indefenso. Allí se ocupan todos juntos, en un tumulto miserable de moldear sin consentimiento alguno un muñeco de cera que luego, ya sin remedio, se solidifica para siempre. Ellos son nuestros creadores y nosotros el reflejo de lo que ellos piensan de cada uno de nosotros. Por supuesto que hay elementos genéticos que no podemos olvidar, pero en lo fundamental somos lo que otros han decidido que seamos, y eso que a algunos les facilita la vida a otros nos la destroza desde el principio. No obstante... hay que seguir luchando.

Armando concluyó la perorata, apartó la vista de los ojos profundos, oscuros, inertes, de Lizarralde y sorbió un trago del vaso de wiski luego se sumió en el silencio.

Trascurrieron unos segundos hasta que policía logró volver de donde quiera que se encontrase.

—La familia es la clave.

—Exacto. —Convino Armando—. La familia y el entorno más cercano de nuestra niñez.

—Es muy interesante lo que dices, pero lo que nos ocupa en este momento es Mónica Zulueta.

Armando sonrió.

—Mis relaciones con la difunta Mónica están protegidas por el secreto profesional. Además, tú, y permíteme el tuteo que tú mismo utilizas, estás fuera de lugar, aquí tu placa no significa nada, no tienes autoridad, tus estratagemas de «falsoamigo» conmigo no valen. Lamento comunicarte que has perdido el tiempo.

Armando comenzó a incorporarse.

—De todas formas, siempre se aprende algo —contestó Lizarralde al tiempo que sorbía el líquido de la copa, que ya solo contenía hielo derretido.

«El buitre» terminó de incorporarse y se dispuso a alejarse del policía. Aquel comentario estúpido no significaba nada.

—La familia es lo importante, Armando.

El hombrecillo escuchó al policía y sintió una desagradable sensación de inseguridad. Quizá después de todo había dicho algo que no debía.

—Pide otra de estas y vuelve, todavía no hemos terminado. —El rostro moreno de ralos cabellos blanquecinos, asomaba estrambótico desde aquel departamento tranviario. La voz sonó profunda, el tono perentorio, propio de quien está acostumbrado a mandar. Armando detuvo la huida a medio camino de la puerta de salida. Estaba seguro de que no había cometido ningún error, pero era verdad que a veces hablaba demasiado, no era corriente que alguien se interesara por sus devaneos filosóficos y como era lógico en gente solitaria, aprovechaba las oportunidades. Y luego estaba la autoridad de aquella gentuza policial. Esa capacidad de hacer sentir a cualquiera el peso del poder establecido del que eran mezquinos servidores. Una miserable paga a cambio de una chapa que les confería la capacidad de destruir, si se lo proponían, personas y honrados negocios. Él era buen ejemplo de ello. La prudencia se imponía, cambió de dirección y pidió dos nuevas consumiciones, luego, preocupado y expectante volvió a recluirse con Lizarralde.

—Gustavo Buendía también tenía familia. Una familia muy interesante y muy interesada. Nos estuvo agobiando durante bastante tiempo. Te hacían

responsable de la desaparición del chico y ya sabes que en este tipo de familia las afrentas se lavan con sangre, cuánto más si sospechan de la muerte violenta de uno de sus miembros más queridos. Durante todo este tiempo, entre unos y otros les hemos convencido de que tú no tuviste nada que ver. Es más, les hemos persuadido de la muy seria posibilidad de que Gustavo cobrase el dinero que se le había prometido y se hubiese largado voluntariamente. Claro que si yo, que como dices, estoy fuera de lugar y no tengo autoridad aquí, cosa en la que estamos de acuerdo; vuelvo y les insinúo que después de todo podíamos habernos equivocado y que el conocido como Armando «el buitres» cuya dirección actual les proporcionaré con la amabilidad que corresponde, está o estuvo detrás de la mala suerte de Gustavo, tu placentera estancia en esta bonita ciudad podría complicarse.

El rostro del hombrecillo se desencajó en una mueca entre la furia y el temor. Los ojos desorbitados, la nuez, otra vez oscilante.

—Cálmate, todo consiste en tener buena voluntad, Armando. Solo información, y los Buendía seguirán atentos a los honrados negocios de compraventa de chatarra y otras sustancias estupefacientes. Negocios tan negros y opacos a la hacienda pública como el pabellón donde se ocultan y tú podrás continuar ejerciendo tu meritoria actividad de investigador titulado sin que nadie te moleste.

Era indignante. Verse sometido a semejante chantaje por parte de un policía pedante. En el fondo todos eran iguales. Parásitos sostenidos por el erario, mientras que él, solo y sin ayuda de nadie se había visto obligado a levantar su propio y honrado negocio. Iniciativa personal. Eso era lo que hacía falta. Un Estado como era debido subcontrataría los servicios de seguridad a empresas privadas a emprendedores eficaces como él mismo y así nunca se hubiese visto en la necesidad de negociar, antes con Amorós y otros como él y ahora mismo con el anormal, era evidente, que tenía enfrente. Un perturbado sin duda, que le miraba con ojos de búho africano.

Tragó saliva, un sonoro «glup» y a continuación, en silencio, sostuvo un rato

más la mirada anodina de Lizarralde. Hizo algunos cálculos. Sumas y restas. Qué ganaba con negarse a proporcionar la información que se le pedía y qué perdía si largaba como un loro. Ganaba algo para su propio orgullo, para la autoimagen inducida por los enemigos del pasado, imagen construida con el único destino de la derrota y el fracaso que solo a fuerza de voluntad e inteligencia había conseguido revertir. Él no era un chivato. Solo en ocasiones y cuando se justificaba. Si bien, tenía que reconocerlo, a lo largo de una dilatada trayectoria profesional se habían producido bastantes justificaciones. Todas imprescindibles, en bien de la justicia, por supuesto. No quería colaborar porque por principio odiaba cualquier autoridad impuesta, sobre todo la policial. Él había querido ser policía y no había podido superar aquellas estúpidas normas de altura mínima y ausencia de defectos físicos. Habían despreciado una experiencia acumulada a lo largo de años en el mundo marginal en el que se movía y que compartía con la delincuencia más común por una mera cuestión de conformación física y necesidad de poderosas lentes de aumento. Entonces juró, como Aníbal, odio eterno a los cuerpos policiales. Colaboración: «de entrada no», pero la experiencia le había enseñado a ser flexible. Él era un hombre de principios. Mejor dicho, de principio. El principio último que dirigía su vida y ante el que decaían todos los demás, el interés propio. Y ese principio supremo exigía que la familia Buendía permaneciera a distancia prudente. La amenaza de aquel memo que tenía enfrente no era baladí. La policía consideraba al resto del mundo sospechoso de algo y él se sabía objeto de inquina policial por los motivos corrientes que guían la actuación de los perros de presa del sistema. Era mejor colaborar, después de todo, Mónica estaba muerta, nada se podía hacer ya.

—Mónica era mi prima —afirmó Armando con la cabeza gacha.

Lizarralde arqueó las cejas en un gesto de sorpresa.

—Herminia y mi madre eran hermanas. Cuando el coronel y yo abrimos nuestra agencia, se me ocurrió enviar una tarjeta de visita a mis parientes. Tengo unos cuantos, quiero decir un número considerable de deudos. Nunca esperé nada de ellos. En nuestro particular árbol genealógico, la rama que corresponde a

mi madre y sus brotes, antes verdes, y ahora amarillos y mustios, siempre ha estado podrida. No es que mi tía y mis primos destacaran demasiado, pero se comparaban, se sentían superiores y así nos lo manifestaban. Por eso les envié mi tarjeta, el pariente que habitaba las alcantarillas sociales salía a la superficie. Una forma como otra cualquiera de incordiar.

El policía asintió en un gesto aburrido, sorbió un poco del líquido de la copa y siguió escuchando.

—Mónica me llamó por teléfono y yo concerté una cita con ella en este mismo local. No tengo aquí mi agenda, pero eso sería sobre marzo de 2011, me puso en antecedentes. Los últimos cinco años antes de jubilarse, su madre había trabajado para una empresa de limpieza y había simultaneado dos lugares. Por la mañana limpiaba algunos despachos de la Clínica Contreras y por las tardes acudía a una casona que pertenecía a la familia Bedia del Valle. Nicolás Bedia y Laura Sol del Valle formaban un matrimonio sin hijos que apenas utilizaba la antigua casa familiar. Esta casona se llamaba Ilun Etxea, casa oscura en castellano y estaba y debe seguir estando en algún lugar de la carretera entre San Sebastián y Orio, pasando por el barrio de Igueldo. En realidad mi tía solo se ocupaba de abrir ventanas y puertas para airear las habitaciones y evitar el olor a humedad. Luego limpiaba las diferentes estancias en la medida en que la tarde le daba tiempo, de forma que repasar la casa en su totalidad le llevaba varios días. El matrimonio vivía en una zona residencial y los fines de semana se refugiaba en la finca riojana propiedad de Bedia a la que llamaban «la Conejera», nombre que se debía a que en tiempos anteriores a la mixomatosis había sido zona de abundante conejo silvestre.

Al hombre nunca lo vio en la casona, solo le conocía por un retrato de cuerpo entero bastante tenebroso que presidía el salón de entrada. Según me contó Mónica, a mi tía ese retrato le ponía los pelos de punta, sin embargo, la presencia de la vieja era imprescindible. A la limpiadora nunca le dieron llave de la casa y cuando acudía tenía que llamar a través de un interfono para poder acceder a la finca. Luego caminaba un trecho respetable por un sendero invadido de por la



maleza y el bosque hasta llegar a la casona donde le esperaba, siempre sola, la señora de Bedia. Trabaron cierta confianza, pero había algo inquietante que sentía en presencia de Laura Sol. Tal vez se debía a los libros antiguos que llenaban las estanterías en algunas salas de la casona; libros a los que limpiaba el polvo y entre los cuales bastantes estaban dedicados a cosas que mi tía, según me dijo Mónica, identificaba como «raras». Temas de espiritismo, control mental, hipnotismo y semejantes. Como la limpieza la hacía siempre en presencia de la dueña, silenciosa y agobiante, a la pobre Herminia no le quedaba más remedio que hablar para romper la sensación deprimente que le producía la casa oscura, o su dueña, o tal vez ambas a la vez. Laura Sol apenas contestaba, pero recibía los chascarrillos de Herminia con sonrisas lo que ayudaba a hacer más soportables las horas de trabajo en «Ilun Etxea». Parece que en alguna de aquellas charlas mi tía contó lo que no debía. La Clínica Contreras se estaba convirtiendo en un desastre, todo el mundo estaba nervioso y descargaba tensiones y resentimientos sobre la pobre limpiadora. Por eso fue por lo que arrambló con algunos archivadores repletos de papeles que un día sí y otro también, aparecían en las papeleras, sobre todo en el despacho de la directora de la clínica, la doctora Bergman. A Laura Sol la confesión de aquella inocente venganza, en aquel momento solo le produjo alguna que otra comprensiva sonrisa. Por eso mi tía se quedó de piedra cuando casi cinco años después de jubilarse, la señora del Valle apareció por su casa y después de conseguir que la invitara a pasar unos días con ella apelando a la antigua amistad que nunca había existido, la viuda le reclamó aquellos archivos perdidos.

Armando interrumpió el relato y miró hacia el mostrador.

—Voy a pedir un refresco, se me está quedando la boca seca. ¿Tú quieres algo?

—Tomaré un café, pero... tengo una mala costumbre los sábados por la tarde. ¿Dónde está el fumadero?

Esbozó una sonrisa de complicidad. Hizo un gesto de inteligencia a Quique y luego al policía, enfilaron un pasillo a media luz, dejaron de lado los servicios y

al fondo, frente a una puerta llena de chorretones de grasa, esperaron a que el electroimán se agitara nervioso. Había bastantes mesas ocupadas. En unas se jugaba la partida, en otras se bebía y en bastantes las miradas se dirigían al encuentro de fútbol en la televisión. En todas, hombres y mujeres en alegre conversación, fumaban. De la niebla del tabaco se ocupaban como podían un par de impotentes extractores en el techo. Se acercaron a una pequeña barra de bar en un lateral.

—Es Mariví, la mujer del dueño, Quique, el que está fuera —informó Armando—. Tiene un par de ovarios, el pobre hombre se consume de miedo esperando que en cualquier momento le descubran el fumadero, pero si no hubiera sido por esta feliz iniciativa de Mariví, habrían tenido que emigrar como ya ha hecho media España. No es capaz de comprender que no hay peligro ninguno. Casi todo el consistorio y la policía municipal al completo están aquí. Son casi los únicos que tienen paga mensual segura en este país de mierda.

Mariví, sonriente, sirvió una coca-cola y luego puso en marcha la cafetera. Trasteó debajo del mostrador y mostró la mercancía. Armando escogió dos caliqueños y Lizarralde un grueso Montecristo. Pagaron la consumición y desfilaron con la carga hacia una de las mesas más discretas, alejada de la televisión. Amorós les miró con disimulo mientras trasegaba un sorbo de la copa de licor, Armando apenas le saludó y el coronel volvió a su abanico de cartas.

Absorbieron con deleite el humo de los cigarros.

—Un pequeño placer en un mundo sufriente.

—Un placer prohibido —Dijo Lizarralde mirando las volutas de humo.

—Es por la salud, según parece. La garganta, los pulmones. Un precio que hay que pagar.

—Sí, ese es el sentido último de la vida, por cada gramo de felicidad, medio kilo de posibles malas consecuencias. Una apuesta arriesgada.

—Un matrimonio ilusionado seguido de un divorcio criminal.

—Al trabajo, si hay suerte, le sigue de inmediato el correspondiente desempleo.

—Y la hipoteca que no puedes pagar.

—Y el desahucio.

—Tengo la pistola

—Yo también. Dicen que lo más seguro es meter el cañón en la boca. Un poco sucio para el que encuentra al muerto, pero es inevitable.

—Pero está lo del infierno.

—Sí, es verdad. No hay salida. A gente de nuestra edad, el sistema le persigue.

Callaron los dos, Lizarralde absorto en la humeante taza de café. Armando sacudía nervioso el cigarro contra el cenicero con la mirada perdida en las cenizas acumuladas.

Las risotadas, los aspavientos escandalosos de los casi goles, los golpes sobre la mesa con los naipes ganadores, todo se hizo lejano, incomprensible en un mundo que de pronto se había tornado oscuro y amenazante. Y a ellos el jolgorio y las carcajadas que inundaban el local les parecieron préstamos de felicidad que debían devolverse a no muy largo plazo incrementados con escandalosos intereses en forma de sufrimiento. Sin saberlo, casi coincidieron en sus pensamientos. Luego, también sin que lo supieran, la imagen de Mónica Zulueta les asaltó a los dos. La mujer asustada que le había pedido ayuda y la mujer destruida que yacía inerte sobre la mesa de necropsias.

Alguien mandó callar, todos miraron boquiabiertos a la pantalla de colorines, y luego un «¡oooh!» Seguido de comentarios y lamentos inútiles. El diez había fallado un penalti. Volvieron las charlas interrumpidas. Las risas, un momento antes ahogadas estallaron de nuevo con fuerza. Siguieron entonces los dos las espirales ascendentes de humo e imaginaron la figura etérea de Mónica que reclamaba atención al asunto que a ella concernía y que habían dejado pendiente.

—Estábamos con los archivos desaparecidos —dijo Lizarralde.

—Sí. —Suspiró Armando y continuó el relato.

«Al parecer su tía se apropió de hasta tres gruesas carpetas del tipo AZ abandonadas en la papelería del despacho de la doctora Bergman. La doctora, una tirana según opinión general del personal de la clínica, se sulfuraba con mi pobre

tía porque no encontraba lo que Herminia sabía, la misma Bergman tiraba un día y otro a la basura o desparramaba por el suelo. Cosa esta muy desagradable y ofensiva para una limpiadora. Herminia recogía y se llevaba la carpeta con la intención de devolverla si mediaba una disculpa o un simple cambio de actitud. Pero era inútil. Un círculo vicioso de reproches mutuos que se retroalimentaba. Las carpetas se las trajo la mujer cuando se jubiló y luego las distribuyó entre el piso en el que vivía y la vieja casa familiar que casi nadie sabía que existía. Con el tiempo se olvidó de aquellos papelotes que no tenían ningún sentido para ella hasta que recibió la extraña visita de Laura Sol. Para cuando quiso reaccionar la antigua patrona se había introducido en la vivienda y en su vida casi a la fuerza y se vio incapaz de librarse de aquella desagradable visita. Se negó, por principio, por orgullo y arrogancia personal. ¿Acaso se creía aquella señora que por muy rica y poderosa que fuera, podía irrumpir en la vida de Herminia, armada del engaño y la falsa simpatía y luego conseguir sin más lo que se había propuesto? Era cierto que sabía dónde estaban aquellas carpetas que Laura Sol buscaba, pero esa cabezonería propia de la familia Sagranz le impedía transigir con las exigencias de Laura Sol. Propuso su antigua jefa, inasequible a cualquier protesta de ignorancia acerca del paradero de los archivos, lo que llamó un tratamiento de recuperación de la memoria que nunca fallaba, nada menos que una regresión hipnótica. Fue entonces cuando Herminia, asustada con “aquellas cosas” que planteaba la mujer e incapaz de quitarse de encima la incordiante presencia, llamó a su hija. Tardó unas horas rozando todos los límites de velocidad, Mónica llegó convencida de que bastarían un par de amenazas de abogada curtida en mil peleas legales para poner en fuga a Laura Sol; pero pronto comprendió que no existía abogado en el mundo capaz de imponerse a semejante mujer.

Recordaba haber visto a su madre nerviosa, avejentada, al borde del llanto y también haberse sentido indignada, esa clase de reacción instintiva que los hijos desarrollan cuando los padres son atacados. También describió a la mujer silente, hierática, portadora de un luto riguroso, de pie, justo al lado del gran ventanal

que daba a la glorieta. Las manos entrelazadas a la altura del regazo que miraba a la madre y a la hija con una sonrisa que parecía ser de simpatía, pero que a Mónica le resultó inquietante. A pesar del estado en que encontró a su madre intentó llevar aquel encuentro por los cauces de la cortesía. Ante todo buenos modales, pero firmeza en la exigencia de que abandonara la casa. Le respondió el silencio, la inmovilidad, la misma media sonrisa que no había abandonado ni por un momento el rostro blanquecino de Laura Sol, les habló en susurros: “quería los archivos, eran vitales por causas que no iba a explicar, no pertenecían a Herminia y ella los necesitaba”. No lo dijo, pero Mónica supo que Laura Sol no se iría sin conseguir lo que se había propuesto y entonces le asaltó una profunda indignación, supo que estaba en su derecho y decidió no esperar esa clase de ayuda legal, policial que siempre busca un abogado. Echaría por la pura fuerza a aquella mujer que le doblaba en edad y a la que doblaba en peso, energía y poder físico. Se dejó llevar por la ira, por la desesperación y se dirigió con el rostro desencajado en busca de Laura Sol, la cogería por el brazo y la empujaría hasta la puerta de salida, luego se ocuparía del equipaje de aquella desagradable visita y lo dejaría en la entrada del portal. A medio camino, lanzada en busca de su enemiga, se sintió desfallecer, todas sus fuerzas la abandonaron, el fuego de la indignación se evaporó y le invadió una sensación de debilidad, de impotencia. Antes de verse obligada a sentarse en el sillón más cercano pudo ver los ojos azules de Laura Sol, helados, fijos en ella y también la perenne media sonrisa, ahora menos simpática y más amenazante. Solo pudo pensar en una cobra, una de esas serpientes monstruosas que aparecen en los documentales de vida animal, erguida, oscilante, deformado el rostro maléfico por la caperuza extendida al tiempo que hipnotiza a algún inocente animalillo un momento antes de lanzarse al ataque. Su madre, tan débil e impotente como ella, llevaba ya un rato sentada en el otro sillón que completaba el tresillo. Después, pocos recuerdos y estos confusos. Laura Sol acercándose con una bandeja y dos vasos de leche. “Tómense esto”, les dijo, “está templada, les sentará bien”. Y a Mónica los tonos melódicos y cantarines de Laura Sol le parecieron los siseos de la

serpiente que se obstinaba en invadir su cerebro y su conciencia, y luego, nada. Ni ella, ni Herminia fueron capaces de saber qué ocurrió después de eso. No volvieron en sí, puesto que no se desmayaron en ningún momento, ni sintieron haber estado dormidas, solo recuerdan que la mujer ya no estaba, y cuando Mónica consiguió ser dueña de sí misma y pudo reaccionar, y esto ocurrió no menos de un día después, los archivos de la casa vieja habían desaparecido».

—Entonces, tú crees que esa mujer, Laura Sol, ¿tiene algún poder hipnótico?

—No —respondió Armando—. Al principio pensé en ello, pero creo que es algo más racional, esta Laura Sol pertenece a ese tipo de gente antigua. Estirpes de abolengo, con orígenes de poder y relevancia social desde tiempos ya olvidados en la historia que están acostumbrados a ejercer la autoridad. No sé... creo que se podría concluir que de ellos emana algún perfume, un efluvio singular que acaba por marearte, digo perfume por referirme a algo gaseoso, una atmósfera que invade todo el espacio que abarca su presencia. La pobre Mónica se dispone a acabar con el acoso que sufre su madre y se dirige hacia Laura Sol y entonces es cuando esa mujer-cobra emite el siseo propio de la especie que paraliza a mi prima. A los superiores no se les pone la mano encima, le dice, le ordena con solo mirarla. Y esa es una prohibición que acatamos de modo instintivo, prohibición que seguramente está en nuestros genes. Mi prima, yo, y tú también y la gran mayoría de la gente somos de origen miserable. Nuestros ancestros eran casi con seguridad destripaterrones de huerta, recoge-porquerías, agradecidos consumidores de las sobras que las comilonas de los que siempre han estado al mando dejaban para los perros. Y mi prima y su madre por mucho que se pavonearan ante nosotros que constituíamos la rama podrida de la familia, con sus aires de «nos va mejor que a vosotros» no dejaban de tener los mismos orígenes serviles de limpieza de porquerías ajenas que curiosamente es la actividad en la que acabó Herminia. Por eso Mónica no pudo hacer nada y se derrumbó como un perrito ante el amo. Luego, la mujer cobra les ofrece dos vasos de leche templada con alguna droga, tal vez benzodiazepina que las sitúa en un estado de estupor y les extrae toda la información que quiere sin que más

tarde ellas logren recordar nada. Esa amnesia es posible que en la mente de mi prima se extendiera también a los momentos anteriores, cuando la vieja se acercó con dos vasos de leche. Tal vez por vergüenza, o por confusión atribuyó algún poder de seducción a Laura Sol. Es la lógica que utilizamos cuando queremos justificar nuestra debilidad. Aunque para el caso no tiene mucha importancia.

—¿Y por qué no utilizó la droga antes de que apareciera tu prima?

—Es difícil saberlo. Quizá mientras estuvo a solas con Herminia, tenía la seguridad de que la pobre mujer acabaría claudicando, pero la aparición de mi prima complicaba un poco las cosas, decidió no esperar más y utilizó la droga, al menos eso es lo que yo creo. Cuando se recuperó, Mónica revolvió el piso y consiguió encontrar algunos papeles sueltos de la clínica Contreras, los llevó a la casa vieja en la suposición de que nadie volvería a buscar donde ya lo había hecho y los dejó allí. El grueso de los archivos que mi tía recordaba haber guardado en el dormitorio de esa casa ya no estaba, pero Mónica conservaba algunos que le había dado su madre para que los estudiara. Antes de reunirse conmigo los había depositado también en la casa vieja. Por si te sirve de algo, ella no encontró nada relevante en esos archivos, al menos eso es lo que me dijo.

Lizarralde miró el reloj de pulsera. Eran las ocho de la tarde y algunos clientes ya habían empezado a abandonar el fumadero. Hacía calor, un calor pastoso, condensado y cargado de olores humanos que la humareda del tabaco disimulaba, Lizarralde recordó algo y extrajo el móvil. Tenía un par de avisos de López. Le llamaría más tarde desde la habitación del hotel. No utilizaba el móvil más de lo necesario.

Las comunicaciones inalámbricas eran fáciles de intervenir, la red «Sitel» que puso en marcha el gobierno Aznar y luego perfeccionó con gran alegría el ministro Rubalcaba nunca había dejado de funcionar. También podía intervenir una llamada telefónica de un terminal fijo, pero el número no estaba indisolublemente unido a su portador. Apagaría el móvil en cuanto saliera a la calle. Estaba seguro de que si alguien quisiera, y en este punto imaginaba a

Uralde entretenido en un ordenador personal, podría situarle con precisión en forma de llamita rojiza, casi espiritual, en alguno de los insidiosos mapas de Google mientras el teléfono móvil estuviera encendido. Aunque también era posible que tuvieran vigilado el hotel, y entonces, ante ese pensamiento le asaltaba la desagradable imagen de Uralde con un par de cascos siguiendo con atención su conversación telefónica. Suspiró apesadumbrado. Aquellas paranoias le estaban destrozando.

—¿Y cuál fue tu papel en todo este embrollo? —preguntó Lizarralde.

—Mi prima me contrató. Quería que yo averiguara qué se traía entre manos la vieja patrona.

—¿Y?

—Bueno. Algo hice, pero para mi vergüenza, la verdad es que no di demasiada importancia a todo aquel asunto. Cosa de viejas chismosas pensé: «seguro que la Bergman se ha empeñado en recuperar los archivos como sea y ha recurrido a sus contactos, gente de alcurnia, de importancia. La señora del Valle y sus amigotas envueltas en abrigos de pieles tomando tortitas con nata y chocolate caliente alrededor de la mesa, habrán acabado definiendo el problema, ¿cómo es posible que una vulgar señora de la limpieza, una chacha de uniforme, se haya atrevido a robar con tal descaro?». Y llegué a la conclusión de que la vieja del Valle se ofreció amablemente a recuperar los papelotes desaparecidos y de paso a poner en el lugar que correspondía al servicio. El método me pareció un poco atrabiliario, eso de aparecer y de colarse como un polizón indeseable en la vida de mi pobre tía, pero esta gente de alcurnia, casi aristocrática está perdiendo el norte. El caso es que hice algunas averiguaciones, conseguí entrevistarme, previa recomendación de mi socio, el coronel Amorós, con alguna gente distinguida de la provincia, la señora de Laskurain, el famoso empresario por ejemplo, y la conclusión era parecida a la que yo había imaginado. La viuda de Bedia se tambaleaba al borde de la grave perturbación mental. Una mujer solitaria y misteriosa que a la muerte de Nicolás había empeorado de manera notable, me dieron a entender. Siempre metida en cosas de espiritismo y ciencias



paranormales, todo el mundo que era alguien en la provincia la conocía, pero también la evitaba, «Esas cosas son demoníacas» me dijo Iñasi Aguirre, matriarca del clan Laskurain y muy a amiga de mi socio y de otros policías importantes, Javier Uralde, por ejemplo, salió a colación, «esssste es de los nuestros», me precisó doña Iñasi.

A Lizarralde la precisión le produjo un desagradable vacío en el estómago «qué asco de gente» pensó mientras se imaginaba el miserable revoltijo de poder económico y político que estaba llevando el país a la ruina absoluta.

—Otra gente que también conocía al matrimonio Bedia del Valle, era de parecida opinión. Por cierto prurito profesional intenté colarme en la mansión de la vieja, Ilun Etxea, pero curiosamente, la puerta de acceso que utilizaba mi tía cuando limpiaba la casona, no fui capaz de encontrarla. Me aseguré de la dirección. Llamé varias veces a Mónica que a su vez preguntó a su madre. Tenía que ser, según ellas, un pequeño portón enrejado de hierro forjado que daba acceso a una senda de un kilómetro más o menos entre bosque y maleza que desembocaba en la entrada de la casa. Mi idea era colarme en el edificio y ver si encontraba algo de interés, pero no fui capaz de hallar el acceso. Tuve una reunión final con Mónica y concluimos que por alguna razón la entrada se había condenado entre el muro que rodea la finca de la vieja mansión. También convinimos en que la cuestión que investigaba no parecía de importancia, se trataba de una mujer perturbada que presentaba un comportamiento inquietante, pero que una vez que se había hecho con los papeles que buscaba era casi seguro que ya no causaría más problemas. Charlamos acerca de esos papeles, los archivos que con tanta avidez requería Laura Sol y su posible significado. Mónica decía que no sabía nada, Herminia apenas los había mirado y lo que había visto de ellos le había resultado incomprensible. Mónica había encontrado algunas antiguas facturas de la clínica de clientes y tratamientos que no se especificaban, sino por referencias a otros documentos. Documentos que, por supuesto, no aparecían y eso la inquietaba, pero al final y después de que durante un tiempo ni ella ni su madre hubieran vuelto a saber nada de Laura Sol y

teniendo en cuenta lo que yo había averiguado acerca de aquella mujer, supusimos que podíamos dar por concluido aquel asunto. Y eso es todo lo que puedo decirte.

Lizarralde, solo, sentado frente a un postre que había pedido y que ahora no podía comer, harto por la excesiva cena como se encontraba, sintió el aplastante sopor que le obligaba a cerrar los ojos. Cayó su cabeza y rebotó, volvió a caer y en un supremo esfuerzo de voluntad consiguió levantar a media altura los párpados de plomo. Vislumbró entre las sombras que producían los ojos semiabiertos, mientras paseaba la mirada alelada, apenas sostenida en el esfuerzo supremo de no dormirse, la extensión del comedor. Dos mesas ocupadas, varios radiadores de calefacción que expulsaban el agradable calor que a él le sumía en el letargo. Una mesa central donde camareras y otro personal distribuían la vajilla para el desayuno del día siguiente. Un reloj pendular antiguo. Eran las once y media de la noche, miró el reloj de pulsera para confirmar la imagen nebulosa del reloj del que no se fiaba, el teléfono móvil titilaba insinuante desde el lado del plato que contenía el postre del que no recordaba el nombre. Otra vez caían los párpados y la mente se sumía en la confusión que produce ese estado impreciso entre el sueño y la vigilia. «Tengo que llamar a López... ». Caviló, o soñó al tiempo que su cabeza se erguía de nuevo movida por algún ignoto resorte. «Necesito dormir...» fue el imperioso pensamiento que le asaltó mientras deambulaba sonámbulo entre los pasillos del hotel. Encontró con esfuerzo su habitación y un momento después se derrumbó, vestido como estaba, sobre la cama.

Despertó a las tres de la mañana como otras noches en que el sueño agónico de dos o tres horas como mucho huía expulsado por algún desconocido mecanismo interior para no volver hasta el día siguiente. Masculló un juramento, se levantó irritado y terriblemente cansado. Se acercó al ventanal del hotel. Copos de nieve dispersos revoloteaban alrededor de las farolas que iluminaban la explanada. Dos luces lejanas se acercaban y tras ellas el ruido del camión quitanieves. Más allá de la carretera las oscuras siluetas de las montañas

delimitaban el paisaje oscuro. El cristal del balcón le devolvió su propia imagen. La corbata ladeada, media camisa asomaba por entre la cintura del pantalón arrugado. Ni siquiera había sido capaz de quitarse los zapatos. Observó el cabello enmarañado y el rostro que se le antojó hinchado y negruzco, a pesar de que más que verlo solo podía intuirlo entre las transparencias de la imagen silueteada proyectada al otro lado del cristal. Sentía la cabeza pesada, henchida, a punto de reventar dentro del cráneo. Se apresuró a rebuscar entre la maleta. Una pastilla de ibuprofeno de un miligramo le aliviaría la insoportable pesadez que le invadía. Deglutió la pastilla y con el vaso de agua en la mano se sentó cerca del teléfono frente al ventanal, obstinado en hartarse de aquel paisaje oscuro, gélido, lejano, silencioso en el que zambulló el alma llena de recuerdos. Le asaltaron presentimientos lóbregos, miedos ignotos que sin explicación posible resultaban desagradables y se acomodó en la sufriente necesidad de llamar a López y en la espera de que la pastilla disolviera el casco acerado que le aprisionaba. Diez minutos después el mugido que producía el ser monstruoso encerrado entre las circonvoluciones del cerebro y que rebotaba entre las paredes de la cabeza comenzó a ceder. Esperaría un poco más.

López despertó asustado. Tanteó con frenesí poco acertado hasta que derribó el teléfono que siguió aullando en la oscuridad de la habitación.

—Por Dios —gritó Casilda desde la cama mientras él se arrastraba en busca del terminal, por fin acertó a descolgar el teléfono y sentado sobre el suelo de madera contestó algo que ni él mismo entendió.

—López. Soy Lizarralde, tengo un par de avisos tuyos. Dime de qué se trata.

—Son las cuatro de la mañana, Lizarralde —contestó López mientras miraba con incredulidad las fosforescencias del reloj de pulsera.

—¿Te he despertado? Bueno, lo siento, perdona, pero es que este asunto se está enredando cada vez más. Dime lo que tienes.

López, suspiró. La noche había empezado mal y ya era inevitable que acabara peor. Recordó la cena improvisada en un conocido restaurante con Casilda que llevaba avisando desde hacía días la necesidad de visitar a sus padres, cuestión

esta sobre López había eludido el compromiso con cargo a urgencias policiales. El sábado había amanecido con la mujer malhumorada y había supuesto que la comida en pareja arreglaría el enfado. Frente a Casilda, seria y enfadada y mientras fijaba la mirada en el chuletón de casi medio kilo que ocupaba el plato comprendió por fin que el matrimonio incluía a los parientes de la novia y excluía sin remisión a los suyos propios. Un nuevo intento de acercamiento a la mujer de la que únicamente podía ver la espalda en la cama matrimonial había confirmado la necesidad de visita a los suegros. «Me duele el costado», fue la frase exacta que le expulsó del lecho en busca del mando a distancia. A la una de la mañana revisitó la habitación, se puso el pijama de franela, Casilda parecía profundamente dormida. Se acostó rendido y calculó seis buenas horas de sueño antes de que sonara el despertador. Ahora, medio mareado, el futuro inmediato se presentaba desalentador. Salió con el inalámbrico en la mano y después de cerrar con cuidado la puerta se repantigó en el sofá del salón.

—La moto de Sesma estaba en el depósito municipal, la encontraron abandonada en la carretera de Igueldo. En el transportín llevaba unos documentos fotocopiados apenas legibles por la humedad. Dicen algo acerca de lo que parece una secta, «La Casa del Nuevo Renacer» y hay unas fotos de una casona antigua desfigurada en el papel por la humedad. Estamos en ello. También tenemos unas grabaciones; frente a la casa de Sesma hay un Banco con cajero exterior, la cámara es de nueva tecnología, filma de continuo cada vez que hay movimiento y el sistema guarda los archivos unos tres meses, los estamos analizando.

—¿Y tú qué has conseguido? —preguntó López.

—Una gran cantidad de mayor confusión —respondió Lizarralde—. Mañana voy para allá y si quieres podemos hablar, ya sé que es domingo, pero podíamos quedar en mi casa. Si quieres tráete a tu mujer por la tarde.

López guardó silencio mientras buscaba con urgencia una excusa, Casilda, en el estado en que se encontraba, no sería buena compañía, la única reunión que aceptaría de buen grado solo podía producirse a doscientos kilómetros, en casa

de los papás, cualquier otra posibilidad era impensable.

—Es que Casilda no se encuentra bien, ya sabes, cosas de mujeres, una depresión pasajera. ¿Y si lo dejamos para el lunes?

Lizarralde asintió en silencio.

—Bueno, en todo caso hay que moverse, esto se complica cada vez más. En Igueldo, en algún lugar hay una casona a la que llaman o se llama Ilun Etxea. Hay alguna relación entre esa casa o su dueña, una tal Laura Sol y la Clínica Contreras y dentro de la clínica, su directora, apúntate el nombre «doctora Bergman», parece que tiene algún papel en toda esta historia. Esta Laura Sol visitó a Herminia, estuvo unos días con ella en busca de unos archivos sustraídos de la clínica, la moto de Sesma aparece en la carretera de Igueldo, según dices, la difunta Herminia Sagranz es el eslabón que relaciona, porque trabajó a la vez en las dos, la clínica y esa casona. Nuestra víctima, Mónica Zulueta es hija de Herminia... mañana es domingo, pero tienes que moverte y buscar información de la clínica y de la casa de Igueldo. Si hace falta pon a Mikaela y a Arkaitz a trabajar... el lunes nos vemos en comisaría.

Lizarralde cortó la comunicación con brusquedad. No conocía muy bien a la mujer de López. La había visto corretear un par de veces por los paseos cercanos al mar, siempre armada con auriculares y gafas de sol desde las que escabullía con poco disimulo el saludo. Por lo que recordaba de ella era alta y plana como una mesa de planchar, lo único que destacaba en la mujer era una monumental melena que recordaba el aspecto leonino de Tina Turner.

Había supuesto que mientras él y López repasaban el caso, Casilda y Silveria podrían entretenerse, pero era evidente que la señora de López seleccionaba con especial cuidado sus amistades. Se desnudó y dejó su ropa colgada con cuidado de los percheros. Luego se introdujo entre las mantas y esperó. Con un poco de suerte tal vez recuperaría el sueño y podría dormir un par de horas.

## 14

### EL TÍO ANDRÉS

El oficial José Joaquín López se acercó a uno de los dos radiadores que calentaban el salón. Despedía un calor agradable. Descorrió las cortinas del mirador. Buscó uno de los mandos que descansaba justo al lado del que controlaba el televisor, la persiana comenzó a elevarse, abrió la puerta de la terraza y el frío del exterior le envolvió en un abrazo helado. En el mirador, descalzo, vestido solo con el pijama de franela esperó a congelarse, aguantó unos minutos, luego volvió al calor del interior de la casa. Le dolían los pies descalzos y sentía el abotargamiento gélido que había penetrado hasta los huesos. Dio unos saltitos para calentarse y apoyó las manos en el metal del calefactor, buscó en el mueble bar, se sirvió una considerable cantidad de coñac en un vaso granulado de cristal grueso más apropiado para el wiski, se sentó en el sofá del salón.

El licor le devolvió algo de la temperatura que había perdido en la intemperie de la noche. Maldijo para sus adentros a Lizarralde y la llamada que había ahuyentado el sueño liviano que había conseguido conciliar unas horas antes, pero había que comprenderlo. El caso de la Zulueta era complicado, un marrón sobre los hombros del pobre Lizarralde y de rebote sobre él mismo y sus compañeros. Uno de esos casos que provocan escalofríos en los habitantes de la provincia, una muerte sin sentido, sin explicación, al menos de momento y por lo que él sabía y por los datos que manejaba, no había demasiadas esperanzas de que algo parecido a una solución pudiera vislumbrarse a corto plazo. No tenían ni una sola pista fiable. La intuición de Lizarralde, un mito que circulaba entre los compañeros, pero en el que él no tenía demasiada confianza, le había llevado a desplazarse nada menos que a Palencia. De allí volvía con una historia rocambolesca acerca de una mujer misteriosa y unos archivos desaparecidos, una casona, una clínica... Todo resultaba demasiado nebuloso, complicado, sin

sentido, sin relación aparente. Los motivos vulgares para el crimen se derivan de las más íntimas pasiones humanas, ambición, ira, celos, poder, sexo y de esta lista, el dinero y el sexo siempre rondan en los oscuros y profundos fundamentos de todos los crímenes. Y matar, en general, requiere cercanía, salvo en las organizaciones criminales, donde el dinero condena a desconocidos y lejanos competidores. En el crimen corriente, por el contrario, el asesino vive cerca de la víctima, en el vecindario, en muchas ocasiones incluso en la propia casa, porque se mata aquello que se desea y no se puede tener o aquello que impide tener lo que uno quiere y en ambos casos la fuente de la amarga frustración se descubre con prontitud. Sin embargo, Mónica Zulueta había muerto de una manera tan aséptica, tan..., por decirlo de alguna forma, respetuosa, que el sexo debía descartarse de inmediato. Por otro lado, el dinero, escaso, de la víctima no beneficiaba a nadie que no fuera el hermano y Desiderio había colaborado en todo momento, había dejado que rastrearan el coche, la vivienda; tenía coartada sólida para el momento de la muerte de su hermana. No, Desiderio, el devastado, implorante, derrumbado Desiderio parecía sincero, no tenía nada que ver, esas cosas se sabían de inmediato. Tampoco había relaciones amorosas de por medio, era increíble, pero Mónica Zulueta vivía en la soledad más absoluta, una ermitaña si no fuera por el trabajo. Estaba descartado y volver a insistir en el hermano, o en amantes era perder el tiempo.

López se incorporó y se acercó de nuevo al mirador acristalado. Livianos copos de nieve revoloteaban al compás del viento, danzarinas mariposas blancas a la luz trémula de las farolas. No, volvió a insistirse a sí mismo, no era el hermano, ni un amante apasionado, ni Sesma, tenía que ser una organización, un grupo de personas capaces de vigilar, seguir, comunicarse y atacar en el momento oportuno. Sesma, lo mismo que la madre de la Zulueta y la extraña visita de la mujer de la que hablaba Lizarralde tal vez solo les estaban apartando de la pista adecuada, pero por otro lado, tantas coincidencias eran sospechosas. Sesma desaparece, encuentran la moto abandonada y dentro del trasportín, el papel húmedo con la tinta formando un pastel de colores entre los que apenas se

podía reconocer la silueta desteñida de una casa y leerse algo parecido a un título «La casa del nuevo renacer»... López dio un respingo, eso era lo que le había estado carcomiendo por dentro durante todo el día en un segundo plano ininteligible en su mente, había oído esa expresión en otro sitio, en otro tiempo. Recordó la tarde de un otoño pertinazmente lluvioso. Una conferencia sobre una técnica terapéutica que se relacionaba con el «renacimiento». Sí, el recuerdo fluía ahora mansamente desde el interior olvidado del cerebro hasta hacerse plenamente comprensible. Hacía ya bastantes años cuando todavía era un policía novato recién salido de la academia, por aquel entonces buscaba cursillos, seminarios, conferencias, actividades, cualquier cosa que le facilitara certificados de asistencia y puntos para la carrera policial. En la calle Bergara frente a la entrada de la sala de conferencias de la Caja de Ahorros de la provincia se arremolinaban pequeños grupos de gente bajo los paraguas, corrillos de personas que esperaban. Más mujeres que hombres. «Es el estrés me lo ha recomendado el médico de la Seguridad Social, ayuda a relajarse», le llegaron algunos comentarios sueltos. Por lo que él pudo deducir toda aquella gente portaba algún sufrimiento personal indefinido, buscaba alguna clase de tranquilidad perdida en el laberinto de sus vidas.

El conferenciante les recibió en la penumbra de una escasa iluminación rojiza, sentado en el centro exacto de una mesa rectangular, desproporcionada, golpeó dos veces el micrófono y los altavoces esparcieron un desagradable pitido por la sala. Luego el sonido agudo fue perdiendo intensidad y se transformó en un murmullo de fondo, un zumbido de moscardón que ya no les abandonó durante todo el tiempo que duró la intervención del ponente, ni siquiera recordaba el nombre del orador. Era regordete, el pelo ondulado, peinado hacia atrás, gafas que emitían tenues destellos rojizos cada vez que se movía en busca de papeles o encendía un cigarrillo tras otro a despecho de unos letreros que advertían la absoluta prohibición de fumar. Comenzó a hablar y la voz sonó áspera, entreverada con una carraspera desabrida que acompañaba todas las frases rasgando cuanto de melodioso o agradable pudiera haber en lo que explicaba.



Era un hombre magnético, hipnótico, un exaltado que se presentó como doctor en psicología clínica y que habló justo de lo que ninguno de los asistentes esperaba. Todos habían acudido en busca de información sobre técnicas de respiración de fundamento yóguico y de regresión a etapas tempranas de la vida siguiendo remotamente los postulados de Sigmund Freud en busca del trauma original con mayúsculas y se encontraron, sin embargo, con una arenga casi política.

Un alegato contra el «miserable entramado ideológico dominante del que se derivaba una atómica reacción en cadena en la que cualquier pensamiento, cualquier palabra, frase, acción, se revisaba, se filtraba en el tamiz mental de lo políticamente aceptable antes de que nadie pudiera; no solo oír por descuido lo no conveniente, sino incluso atreverse a atisbar un pensamiento divergente de lo establecido. El resultado era un comportamiento social que vivía enfangado en la hipocresía más monumental que había tenido lugar a lo largo de la historia».

«¿Cómo entender si no?, la absurda proliferación de ONG, fundaciones, asociaciones que tenían como misión salvar al mundo, sin preguntarse si el mundo quería ser salvado. ¿En qué consistía el motivo subyacente de tanta bondad? Seguramente entre los asistentes habría más de una persona que había apadrinado a un niño. ¿Qué esperaban? ¿Tal vez un futuro y emocionalmente arrasador encuentro con un prominente doctor o una relumbrante pianista que desechos en llanto agradecerían a sus abnegados benefactores todos los impagables beneficios que de ellos habían recibido sin los cuales no habrían salido del mundo de miseria en el que vivían?, pues era evidente que se engañaban a sí mismos. Había miles, sino millones, de padrinos haciendo cola para tan maravilloso momento».

Insistió el orador en aquellas y otras ideas similares. La voz pastosa y rasgada por el vicio de fumador empedernido cabalgaba sobre el permanente sonido de moscardón que se esparcía por la sala. De algún modo misterioso el zumbido parecía empujar los hirientes argumentos que se introducían en la mente y resonaban allí, ya en el interior del cráneo, como demoledores, al mismo tiempo

que desgarrados y agudos tañidos que parecían provenir de una lejana y fisurada campana.

A la media hora, de eso José Joaquín estaba seguro, todo el mundo quería abandonar aquella conferencia terrorífica, pero nadie lo hizo por la simple razón de que nadie podía hacerlo. Estaban atrapados, eran prisioneros de un embrujo desconocido, la charla o lo que fuera se alargó hasta casi dos horas. Los rostros de muchas mujeres a su alrededor, que él pudo atisbar, no sin hacer un gran esfuerzo para distraer su atención del parlante rostro demoníaco envuelto en la bruma del humo del tabaco, expresaban una angustia suprema, un silencioso grito de terror en demanda de que todo aquello acabara.

«Justa compensación, justicia social, es lo que yo pido. Pido no. Exijo. A diario los vemos y los ignoramos, son conciudadanos nuestros, parientes cercanos expulsados por nosotros, por vosotros, los que asistís a esta conferencia a los arrabales de la destrucción más absoluta. Fantasmas humanos nacidos en nuestra misma ciudad que comparten nuestra misma historia. Nuestros hermanos más cercanos, de los que no se acuerdan los sacerdotes en los melifluos sermones dominicales ni el señor obispo ocupado en sus anhelos jerárquicos. Chapotean en la suciedad, en el alcohol, duermen sobre camas de cemento, se resguardan del frío con mantas de cartón y todo ello en nuestra indiferente presencia. Despreciados, abandonados, ignorados, mientras dedicamos nuestros melindrosos esfuerzos redentores a gentes lejanas, casi imaginarias por el simple motivo de que no percibimos el desagradable olor que les acompaña. Yo quiero iniciar un experimento, un proceso, quiero recoger de las aceras a estos moribundos expulsados de la sociedad humana y reintegrarles, no como agradecidos y emocionados rescatados de la desgracia, sino como dignos ciudadanos a quienes se les restituye lo que nunca les debió ser arrebatado. Su dignidad humana, su fuerza vital, su derecho a formar parte, a convivir con nosotros».

Para tales propósitos, era evidente, hacía falta dinero. A aquellas alturas de la torturante conferencia todos los asistentes habrían empeñado sus casas con tal de

perder de vista el rostro diabólico, el zumbido de fondo y la voz hiriente que sonaba a cristales rotos. ¿Cuánto dinero acabó introducido en la urna de cartón que se puso a disposición de quienes quisieron largarse del local?, pago previo y necesario para la huida, para dejar el espectáculo por contraste con la compra de entradas precedente a cualquier función teatral. Allí se pagó por irse. Él, al menos, se dejó todo lo que llevaba encima, que no era mucho gracias a la precaria situación económica derivada de la condición de novato en el manejo y cobro de nóminas. Pero en la sala había gente pudiente, probablemente cargada de dinero en metálico o en cuentas bancarias con las que el siniestro orador se entretuvo, o eso le pareció a él, en el cumplimiento de extraños formularios. En el exterior, todas las personas que abandonaban la sala aspiraban el aire acuoso de la lluvia, llenaban los pulmones con la angustia de haber recuperado la libertad y a continuación salían de estampida, incapaces siquiera de abrir los paraguas ni entretenerse en las típicas reuniones y comentarios que debían suceder a aquel supuesto evento curativo. Él mismo había enterrado de inmediato aquel episodio en las catacumbas de la memoria. No es que no se acordara, sino que no quería acordarse. Se trataba de uno de esos acontecimientos que ocurren a lo largo de la vida de las personas que por su ridiculez o por haber puesto al protagonista en situación desairada se intenta olvidar como sea. El rechazo, siempre sentido como ridículo y doliente del primer amor de juventud. O cualquiera otro de esos errores de comportamiento en presencia de otras personas que una vez producidos solo pueden, sino olvidarse, al menos relegarse a las habitaciones mentales que el tiempo se encarga de llenar de suciedad y telarañas que contribuyen a difuminarlos.

Pero ahora José Joaquín recordaba con claridad. Incluso tenía la sensación de haber visto al conferenciante paseando por la ciudad, pero estaba seguro de no poder o querer reconocerlo. Una desagradable figura familiar a la que por algún motivo se evita. Solo era capaz de vislumbrar en sus borrosos recuerdos un rostro desvaído, semioculto entre el color rojizo y el humo del tabaco. Las gafas, de un cristal limpiísimo que al tiempo que deformaban el exacto tamaño de los

ojos parecían conformadas por un líquido denso y transparente que se mecía en la dirección en que el conferenciante intentaba enfocar el semblante atormentador mientras él incrustaba en la urna de cartón todo el dinero; billetes y monedas que llevaba encima.

«El nuevo renacer», «La casa del nuevo renacer». ¿A qué habría dedicado el singular orador el dinero recaudado con aquellas charlas que estaba seguro se habían repetido a lo largo del tiempo?, porque... ¿quiénes de entre los asistentes habrían sido capaces de advertir a otros de la trampa mortal en que consistía la conferencia? entretenidos todos, como seguramente estaban, en olvidarse cuanto antes del ataque cerebral, ¿de qué otra forma podría llamarse aquello? que habían sufrido.

José Joaquín, supuso, mientras trasegaba otro trago de licor que el orador bien podría haber recaudado una sustanciosa cantidad de dinero y puesto en marcha el que había definido como un proyecto de resarcimiento social; algo de eso habría hecho porque de lo que estaba seguro era que no se trataba de un estafador. Un loco, un perturbado tal vez, pero un estafador no. Y ahora, sumido en las reflexiones que la lejana evocación le suscitaba, no podía dejar de pensar que podía haber algo peligroso en aquel hombre. Porque asociaba al recuerdo cierto tono de derrota, de resentimiento, alusiones al tiempo perdido en los estudios y la poca utilidad que de los mismos se había derivado que el plan que tenía en mente solucionaría y una vaporosa sensación de que lo que se tramaba en aquel proyecto de renacimiento era alguna suerte de venganza personal. Tal vez un desplazamiento psicológico de las ofensas personales que la propia dignidad humillada no puede reconocer hacia otros seres, estos ciertamente más desgraciados. De alguna manera el orador caía en los mismos errores que denunciaba. Los beatíficos y sensibles ciudadanos que cumplimentaban la cuota debida de bondad mediante periódicas trasferencias pecuniarias a una o varias ONG, tenían cierto reflejo en el resentido titulado académico cuyos esfuerzos universitarios eran despreciados por la sociedad y desplazaba el sentimiento de derrota hacia otros, a quiénes, quisieran o no, él se proponía rescatar. Si bien, de

aquella perturbadora conferencia podía deducirse que lo que el siniestro personaje se proponía no era únicamente satisfacer alguna necesidad emocional de reconocimiento social, sino que también tramaba algún oscuro plan de revancha personal.

Pero había algo más. Algo que la conferencia extrajo de otra profunda oquedad en los laberintos mentales del policía. Algo que había contribuido con igual fuerza que la desagradable sensación de zumbidos y voces estridentes a que olvidara voluntariamente el episodio. Ahora, sentado en el sillón, mientras sorbía de nuevo algo de licor fijó la mirada en el exterior y volvió a sentir el helador abrazo que unos momentos antes le había envuelto. ¿Qué sentiría alguien que se estaba congelando? ¿Cómo sería una muerte de abandono total en el frío, sin refugio posible en una calle de una ciudad cualquiera?

Y de los brumosos acontecimientos que él se obstinaba en no recordar, surgió de nuevo; como ocurría en ocasiones, sobre todo en las pesadillas que le despertaban nervioso y alterado de los sueños que ya no volvían en toda la noche, la imagen del hombre con el cabello estropajoso, desparramado sin control hasta confundirse con una barba salvaje expandida hasta casi ocultar una remota figura humana. Figura de la que solo emergían unos ojos desmesurados en su mirada, lejanos, suplicantes, hambrientos, ocultos en los recovecos de los cuévanos que la desnutrición y la intemperie habían socavado en los arcos ciliares del rostro lejanamente familiar. El tío Andrés. Andrés Lopetegui, hermano de su madre. Había vivido con ellos. Era lo que en términos castellanos se conocía como un «mozoviejo», un tímido solterón incapaz de relacionarse con mujeres sin una respetable cantidad de alcohol en el interior. Cuando los abuelos murieron el piso familiar correspondía a los dos hermanos en igual proporción, pero su madre Carmen, a quien en el barrio conocían como Karmentxu, se las arregló para convencer al tío Andrés que trocó la condición de semipropietario a la de inquilino permanente a cargo de la hermana. Mientras la fábrica funcionó, todo fue bien. Gran parte de los ingresos de Andrés acababan en la cartera de sus padres. Al tío le bastaba con lo necesario para rondas con la cuadrilla y la cena

semanal en la sociedad. El derrumbe de la fábrica fue agónico y tiñó el rostro de Andrés con sombras de preocupación cada vez más oscuras. Mientras se confesaba en la mesa familiar, su madre torcía el gesto y su padre, empleado de banca, informaba de los complicados cálculos que llevarían al cobro de indemnizaciones y desempleo posterior...

—El horizonte, con la edad que tienes, Andrés... —Abarcaba no más de cuatro años con algún que otro ingreso mensual, por desgracia con tendencia al descenso progresivo.

El tío propuso dedicar la considerable indemnización por despido a una inversión en algún negocio propio. «Un bar». «Quita, quita Andrés, tú no vales para los negocios», sentenció Karmentxu y corroboró su padre Joaquín con una media sonrisa. La indemnización se transformó en una rehabilitación general de la vivienda, renovación del mobiliario y una moto para el chico, o sea, él mismo. La convivencia familiar se fue deteriorando al ritmo en que descendían los ingresos del tío. Las disputas fueron en aumento y todo había que decirlo, él mismo se mostró crecientemente hostil a la permanente presencia del hombre que cada vez pasaba más tiempo en casa con la botella de vino encima de la mesa, incapaz de corresponder a las invitaciones de la cuadrilla. Un día, el tío Andrés desapareció. Sin más. La inspección posterior de la que se ocuparon sus padres reveló la falta de algunas pertenencias personales que seguramente entraron en la mochila que el tío conservaba desde la juventud y lo demás fueron conjeturas y preocupaciones. «¿Qué les vamos a decir a los vecinos?», «¿y a los de la cuadrilla, si preguntan?».

—Pues se ha ido porque le ha dado la gana, aquí siempre se le ha tratado bien.

Karmentxu, el rostro airado más que preocupado, dedicó algunos días a dar la tabarra acerca de lo injustificado de la actitud de Andrés y a tramar riñas espeluznantes para el momento, eso era seguro, en que se le ocurriera volver a casa. El tiempo borró algo de las primeras zozobras y se encargó de encontrar insospechadas utilidades a la habitación desocupada. Eso no evitaba que un oscuro resquemor invadiera los incómodos silencios que a partir de la

desaparición se instalaban en las comidas familiares. A todos les corroía un sentimiento de culpa que el tiempo no conseguía disipar del todo. El tío se convirtió en el gran ausente, incluso en sus mentes se prohibieron a sí mismos pensar en el desaparecido Andrés. Eso resultó imposible, por supuesto, el fantasma del hombre expulsado, expulsión sí, ese y no otro era el término exacto que había que aplicar a lo que había ocurrido con el pobre hombre, de la familia se agigantaba en la misma medida en que intentaban olvidarlo.

Su padre se encargó de reconocer el cadáver. Tuvo que desplazarse a Madrid, a un Madrid congelado por el peor invierno que se recordaba en años. Le había localizado una patrulla policial justo al lado de una oficina bancaria que mantenía un vestíbulo de acceso sin otra utilidad que estar convenientemente cerrado por la noche. Una botella de vino pegada a la palma de la mano a medio consumir, envuelto en ropa mugrienta, oculto el rostro por el cabello espeso como matorral y la barba sin recortar desde hacía meses, puede que años. La patrulla se ocupaba de recoger a los vagabundos y llevarlos a los refugios que evitaban las desagradables defunciones por congelación que tan mala imagen daban de la capital. Pero el hombre estaba muerto, entre las pertenencias encontraron el DNI, último vestigio de la condición de miembro de una sociedad que había acabado excretándole como a un parásito indeseable.

Quizá, después de todo, el conferenciante diabólico no dejaba de tener algo de razón. El tío había ido muriendo con lentitud desesperante para él mismo y para la familia con la que había vivido. La pérdida de utilidad, de algún beneficio que fuera extraíble de aquella persona que se iba volviendo paulatinamente huraña, «encima siempre está enfadado», le condenaba sin remisión. Sus padres y él mismo habían leído los cargos que se acumulaban con el tiempo y habían pronunciado una silenciosa sentencia: «tú aquí no pintas nada. Eres un estorbo».

La condena consistió en el destierro y del destierro a las andanzas callejeras sin más rumbo que los cruces de calles donde recogía algunas monedas con el único propósito de conseguir combustible disuelto en el vino peleón para olvidar, al mismo tiempo que para reponer un mínimo de energía física con la que

sobrevivir un día más.

José Joaquín se incorporó un poco mareado, se desplazó hasta la cocina y fregó con cuidado el vaso vacío, lo secó y repasó los lugares donde algunas gotas de humedad podrían revelar andanzas nocturnas, Casilda llegaba a ser desagradable en cuestiones de limpieza y orden doméstico. Caminó hasta la habitación. La mujer, de través, bocabajo, ocupaba casi todo el espacio de la cama, vestía un pijama de color azulado que desplazaba sobras de tejido por todos los lados. «El uniforme de castigo, señal de semáforo en rojo, aviso de hoy no hay nada que hacer, ni se te ocurra acercarte», pensó el policía. Negarse a la visita semanal a la familia política había sido una mala idea. Volvió al salón y desplazó la ruedecilla que ponía en marcha la calefacción. Se echó en el sofá y esperó a conciliar el sueño entre nebulosas imágenes de mujeres asesinadas, sermones apocalípticos predicados por un rostro semioculto entre humaredas azulonas y gafas de cristales gelatinosos, además de desagradables apariciones fantasmales del tío Andrés, andrajoso, apestando a alcohol que para su sorpresa podía oler en los delirios del sueño. El tío Andrés con la mirada vidriosa y perdida en algún lugar del infinito, mirada desorientada que no dejaba de ser acusadora: «¿Por qué me has hecho esto, sobrino?», parecía entenderse en el silencioso y lúgubre movimiento de labios.

Lizarralde esperó a que el mecanismo hidráulico cerrara el portón comunitario de la casa. Miró el reloj. Eran las siete y media de la mañana. La reunión de trabajo la había convocado a las ocho en punto. Había olvidado el paraguas, pero el tiempo, aunque amenazaba nieve, de momento se entretenía en quejumbrosos lamentos provocados por las rachas de viento que habían comenzado a sacudir la ciudad una hora antes y que supuso anunciaban el fin del temporal de frío polar que estaba azotando la península. Al invierno anticipado le sucederían ventoleras salpicadas de lluvia que era lo que correspondía al calendario. A despecho de los pronósticos recibió un bofetón de aire helado y sin que pudiera remediarlo sintió una profunda desazón cuyo motivo no conseguía identificar en la ofuscación de la mañana. Comenzó a caminar portando el voluminoso portafolio negro en el



que llevaba los documentos del caso Zulueta enfrentándose al viento racheado que encrespaba el mar y desplazaba las espesas capas nubosas. El día anterior había sido pesado. Silveria no había dejado de hablar ni un solo minuto. Había escuchado sin demasiada atención más de una argumentación que ahora enfrentado al oleaje que reventaba frente al paseo del tenis se le estaba antojando preocupante, discursos confusos acerca de viajes trasoceánicos de padres deseosos de ver a su hija. Tarifas de compañías aéreas sobre las que Silveria había sido adecuadamente informada por las amigas, amén de otros detalles más oscuros sobre los que los arrebatos pasionales de su compañera habían desplegado un tupido velo de gemidos y lúbricas succiones que habían ahogado cualquier capacidad de reacción. Se acercaba al aparatoso monumento de Chillida. Un poderoso empujón de aire le sacudió a traición por la espalda y otra vez se derrumbó en el agujero oscuro de los malos recuerdos que de inmediato se convirtieron en peores presentimientos. Lametones de Silveria al tiempo que hablaba de la habitación de invitados que podrían ocupar los padres, ya tan mayores y necesitados del cariño de la hija. Intentos de reincorporación que la poderosa musculatura de Silveria derrumbaba con besuqueos y carantoñas que diluían en las turbiedades del deseo el futuro preocupante de una casa habitada por posibles y putativos parientes políticos. Nuevo intento de resistencia, alarmado ante la expectativa de que a los parloteos inacabables de Silveria se sumaran nada menos que discursos de dos nuevos oradores. Compatriotas de ella y proclives como ella, supuso, al exceso verbal, mientras pugnaba por hacer la pregunta que intentaba conjurar aquel enorme peligro. «¿No se te ocurrirá traer a tus padres a esta casa?», pregunta aplastada por los labios poderosos, inmensos y la lengua en forma de tapón muscular introducida con la fuerza, la humedad y los movimientos sinuosos necesarios para acabar con cualquier resistencia.

Tambaleándose por la fuerza del viento, volvió a mirar el reloj. Quedaba un cuarto de hora. Permanecía allí mirando cualquier cosa, vislumbrando por fin la terrible realidad que se abatiría sobre su vida a no mucho tardar. Sintió con fuerza, de nuevo, el deseo de desaparecer, de cambiar su identidad y su situación

por la del Desiderio que habían confundido Dolores y su marido. Los tubos de las chimeneas del monumento trampa para tobillos delicados, soplaron entonces los vientos empujados por el oleaje. Trompetas monstruosas que emitían gruñidos de alguna bestia salvaje, sonidos que se incrustaron con la fuerza de un ciclón en el atribulado cerebro de Lizarralde, y que allí le gritaron la advertencia infernal que tantas veces le alertaba... «Abandona toda esperanza».

A las ocho y cuarto la abatida figura humana, hombros cargados, pelo alborotado, cabeza gacha, abrió la puerta de la sala de reuniones. Apenas saludó. Dejó caer con desidia el portafolio, desabrochó el abrigo, lo colgó en la percha, deshizo el nudo de la bufanda, se desprendió con parsimonia angustiosa los guantes y por fin tambaleándose consiguió acertar a sentarse en una de las sillas vacías ante la mirada sorprendida primero y luego preocupada de su equipo.

Nadie dijo nada mientras Lizarralde fijaba la mirada en una de las losas del suelo y desde allí los sinuosos dibujos imitación al mármol comenzaban a descomponerse y se transformaban en las caras extrañas y sonrientes de los desconocidos padres políticos abrazados a Silveria que con los monumentales y succionadores labios contraídos en forma de corazón, le susurraba: «¡cuánto te quiero, mi amor!».

Behobide, el más joven, quizá por ello el más impaciente, o tal vez por lo mismo, el más avisado, lanzó un aviso sin destinatario concreto. «Uralde, está enfermo, no puede venir». Por fin las aterradoras caras de la baldosa consintieron en desaparecer y Lizarralde retornó con expresión preocupada entreverada de cierta curiosidad, incluso podría decirse que recubierta de un grado de cierta esperanzada felicidad, a las realidades de una mesa repleta de papeles que mostraba en la zona en que solía sentarse Uralde el placentero vacío de su ausencia. Una reunión TC sin la absorbente presencia de Uralde era algo que no debía desaprovecharse. Supo de inmediato Lizarralde que el comisario había dejado un chivato a cargo de posterior informe y supo también, sin temor a equivocarse que Mikaela Urtasun participaría a su superior de todo lo que allí se hablara. Lanzó, entonces de soslayo una mirada resentida a la oficial.

López esperaba el cargo que él dejaría libre en cuanto se jubilara. Así se lo había dicho en alguna de las escasas charlas que habían mantenido a lo largo de aquellos tediosos años, iban ya para cuatro, de su expulsión a la mesa de las horas perdidas; pero él sabía, aunque no se le ocurrió advertir a López, que Uralde orientaba las velas de la ambición al viento cambiante de los nuevos tiempos. El feminismo lo inundaba todo. Era algo que sobrepasaba el justificado resarcimiento de siglos, milenios de patriarcado que había relegado a la mujer a la condición de sirvienta sin paga. Encargada de las tediosas, insoportables, repugnantes, labores de limpieza de ropas y personas, de cuidado de hijos, de padres y madres enfermos, de satisfacción de los más bajos instintos del macho de la especie humana.

Lizarralde, era por supuesto, machista. ¿Qué hombre de mediana edad, que había conocido los abnegados cuidados de una madre que ya ninguna mujer repetiría, no lo sería? Pero se justificaba a sí mismo. Él, como casi todos los hombres de su generación, era inofensivo, lo que la jerga femenina identificaba como un calzonazos. Y además, bien mirado, si él hubiera sido mujer, estaba seguro de que comulgaría entusiasmado con la nueva ideología del feminismo rampante. Por eso Uralde propondría a Mikaela para el puesto que pronto quedaría libre. La consejera de interior tenía al menos tres años de ejercicio del cargo por delante y a él le darían la patada en el momento justo en que el caso de las mujeres muertas bajo la lluvia se resolviera en uno u otro sentido. Uralde siempre se inclinaba ante el poder, Mikaela pues le informaría, concluyó para sus adentros, pero eso era inevitable, después de todo era el superior jerárquico y tenía derecho a saber el estado en que se encontraba la investigación. Era lo otro lo que le molestaba, él era un libro abierto. Sus gestos, su estado de ánimo, la forma en que había entrado, sin que hubiera podido evitarlo, en la sala. Todos esos detalles serían transmitidos con la precisión que solo una mujer podía reconocer y valorar en la expresión de un hombre derrotado.

«A pesar de todo, cualquier cosa sería mejor que soportar la presencia grumosa del pastel de nata plastificada en que era capaz de transformarse Uralde

cuando le convenía», pensó Lizarralde, para a continuación sentirse de nuevo invadido por el sufrimiento que por un instante, un asiento vacío, había conseguido ahuyentar. Volvió a fijar su mirada en la baldosa

—Bien —dijo por fin con escasa energía y para alivio de los presentes, el subcomisario—. Pondremos sobre la mesa lo que tenemos cada uno de nosotros y luego veremos si podemos extraer alguna conclusión decente.

Comenzó Lizarralde con aire de infinito cansancio el discurso arrastrando unas palabras que a remolque de otras compusieron con trabajoso esfuerzo las frases que en última instancia se deslizaron sin ninguna energía, más que pronunciadas por los labios, caídas de su boca en dirección al suelo, del que no levantaba la vista. Frases que en su debilidad sonora serían casi incomprensibles si no se hubiera hecho en la estancia un silencio sepulcral y que dieron cuenta finalmente de las circunstancias y los contactos que había mantenido en Palencia. Esperaron un tiempo prudencial los policías suponiendo que Lizarralde contaría algo más. Todos ellos atentos al estado lamentable del subcomisario; pero ni un solo movimiento muscular permitió suponer que iba a levantar la maltrecha figura de hombre doblado sobre sí mismo, de la fascinación que le sujetaba a los dibujos negruzcos del suelo de la sala en la que se encontraban.

López, entonces, rompió el silencio y relató los pormenores de la aparición de la pequeña motocicleta de Sesma y se extendió también sobre aquella lejana conferencia a la que había asistido.

Urtasun y Behobide abrieron orgullosos los «iPads» y mostraron un informe acerca de la Clínica Contreras y el Banco del Desarrollo. Casi todo lo habían extraído de investigaciones que publicaban periódicos económicos o secciones de economía de diarios generalistas. Concluyeron que probablemente esa misma semana el Banco sería intervenido por los inspectores de Hacienda y se hablaba ya de que sobre algunos consejeros se estaban emitiendo órdenes de arresto desde la Audiencia Nacional.

—Sección de jueces estrella, departamento de justiciero implacable con los poderosos mangantes de dinero. —Apostilló irónico Behobide.

Acerca de la Contreras informó Urtasun. Había dedicado todo el fin de semana a investigar personal de la clínica entrevistándose sobre todo con empleados de nivel básico y medio en la administración de la empresa. Cuanto más alto era el escalafón, más se resistían a confesarse con una simple policía. La clínica era una criatura exclusiva de una tal doctora Bergman, casada y desde hacía unos años separada del doctor Contreras. Úrsula Bergman estaba recluida desde hacía un año en la Residencia «Digno Atardecer» un entramado de edificios de un antiguo monasterio abandonado y rehabilitado hacía ya un decenio que se situaba en terrenos de la provincia de Álava. Era en definitiva una institución que trataba enfermos de Alzheimer y cuyos servicios eran prácticamente imposibles de sufragar para el común de los mortales. Solo familias con enormes recursos económicos podían hacer frente a las facturas mensuales que respondían a los elevados costes de internamiento en «Digno Atardecer». Mientras la doctora Bergman estuvo al frente de la clínica y en pleno uso de sus facultades mentales; —por lo que me han dicho los empleados era una suerte de genio, de superdotada, una de esas personas cuyo coeficiente intelectual raramente bajó de ciento ochenta en todas las etapas de su vida — apostilló Urtasun—. Todo fue bien y la clínica se mantuvo en primera línea en técnicas de reproducción asistida con un gran prestigio internacional. Sin embargo, la aparición de los primeros síntomas de la enfermedad en la doctora, los empleados empiezan ahora a comprender lo que estaba pasando, coincidió con el comienzo de las dificultades de la empresa. El antes modélico funcionamiento fue deslizándose sin remisión hacia el caos absoluto en que ahora mismo se desenvuelve el hospital. Para mayor desgracia, al parecer al comienzo de las actividades de la Contreras, la doctora y su marido en aquel entonces, recurrieron a técnicas fraudulentas, de forma que según parece, algunas, ¿quién sabe cuántas mujeres?, siempre extranjeras, dieron a luz hijos biológicos de la pareja de médicos, cosa que está a punto de hacerse pública. En definitiva, la clínica es insolvente y el Banco está atrapado en un préstamo de imposible rescate. Como resultado el propio Banco está en quiebra técnica en

este momento.

Behobide, con especial orgullo giró el «iPad» a la vista de Lizarralde. Una orla, una fotografía en blanco y negro que sobre un fondo claro mostraba los rostros sonrientes de los nuevos licenciados en medicina y que correspondía al año 1977. A Lizarralde, en su postración, le recordó una de las páginas de esquelas mortuorias que tenía por costumbre publicar el periódico provincial. Recorrió con triste disposición los rostros y los nombres correspondientes hasta que localizó lo que sugería el joven policía, allí estaban los dos. Uno en mitad del bosque de nuevos licenciados y otro casi al final. Ladislao Sesma y Damián Contreras, licenciados en medicina por la Universidad de Valladolid. No pudo evitar un gesto que denotaba algo similar a un cierto grado de alegría.

—Todo esto comienza a tener algún sentido —comentó en voz baja, para a continuación preguntar—. ¿Sabemos algo de Contreras?

Se entrecruzaron miradas, pero nadie dijo nada.

—Hay qué localizarle, quizá sepa algo. ¿Qué relación tenía, si la tenía, con Sesma?, tal vez fueran amigos, son interrogantes que necesitamos despejar cuanto antes. Lizarralde emergía cada vez con más fuerza del abatimiento. El proceso de la investigación, el juego de las pistas misteriosas que de pronto comienzan a encajar y a dibujar algo similar a un cuadro comprensible y que casi había olvidado, se imponía a las preocupaciones que Silveria y sus proyectos de futuro habían sembrado el día anterior. La decisión de investigar a Sesma, el viaje a Palencia, todas sus conjeturas sostenidas en intuiciones sin demasiado fundamento comenzaban a abandonar el país de las simples intuiciones propias de un loco y a circular por los caminos más reconocibles de una hipótesis de trabajo más defendible. Extrajo con energía sorprendente, impensable un momento antes, un bloc de notas y un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta. Repasaba el cuaderno al tiempo que hablaba más para sí mismo que para los otros policías. En su mente se estaba por fin componiendo algo similar a un guion de lógico recorrido.

Lo fundamental era no perder de vista el asunto que les mantenía sentados en

aquella habitación. Mónica Zulueta era el caso, su caso, víctima del asesino o asesinos que buscaban. Si estaban empantanados en conjeturas deshilvanadas, era porque a primera vista, la muerte, las circunstancias en que apareció el cadáver les habían llevado a una desazonadora conclusión. No había pistas a seguir. Por eso él fue el primero en agarrarse a Sesma y su pasado de violento marido despechado y vapuleado luego por la abogada Zulueta. Por eso había viajado a Palencia y al contrario de lo que al principio cabía suponer, podía construir ahora una historia, un relato que sin duda sería incompleto y tal vez equivocado en algunas partes de su desarrollo; pero que entre todos los que estaban sentados alrededor de la mesa deberían intentar perfeccionar. Lo mejor, pensó, sería seguir el orden cronológico de los acontecimientos que conocían y a partir de ahí procurarían rellenar los vacíos que sin duda aparecerían con algo de imaginación.

Lizarralde, el hombre de los silencios pesados, de las esperas interminables en interrogatorios en los que se limitaba a escuchar discursos ajenos, fijó la vista en la pequeña libreta repleta de anotaciones desgarradas que nadie, excepto él, podía entender.

—En Septiembre de 2010, Laura Sol del Valle, aparece en el domicilio de Herminia Sagranz, madre de la Zulueta. Busca unos archivos que la mujer ha sustraído de la clínica Contreras durante sus últimos años de trabajo antes de la jubilación. Por lo que podemos deducir de las facturas que conseguí en la casa antigua de la familia, esos archivos desaparecieron de la clínica entre los años 2000 y el 2005. Mónica se involucra en defensa de su madre y contrata a un tipo peculiar al que aquí se le conoce como «el buitro». Para entendernos se trata de un delincuente sistemático que se ha librado de la cárcel por su colaboración con la policía. Ahora dice ser un detective titulado y primo de la difunta Mónica. Este pájaro, realiza algunas gestiones y finalmente concluye, de acuerdo con su prima, que la visitante es una mujer perturbada que se empeña en alguna gestión sin importancia para la clínica Contreras. En enero de 2011 Herminia muere atropellada por un vehículo que se da a la fuga. No se localiza el coche en

cuestión y el homicida, la haya arrollado voluntariamente o no, escapa a la justicia.

—A lo largo del mismo año 2011 se suceden las muertes de tres mujeres cuya única relación con Mónica Zulueta, al menos hasta lo que ahora sabemos, deriva de la forma en que todas ellas han muerto —puntualizó López a continuación—. Estas mujeres son: Adelaida Gómez Rivas asesinada el once de febrero, diecinueve años, el cuerpo se encontró días después, Inmaculada Sánchez Calvo, diecinueve años, asesinada en marzo, María Elena Vicente Gil, dieciocho años, muerta en Abril de 2011. Y por fin, hasta el momento, Mónica Zulueta que ahora sabemos ya con seguridad, según informe oficial del forense, fue asesinada el día dieciséis de este mes de noviembre.

López dejó los apuntes sobre la mesa y recorrió con la mirada los rostros atentos de los demás policías.

—Hay cuatro coincidencias en la forma en que todas estas mujeres han muerto y una discrepancia que nos despista. Tres eran jóvenes de entre dieciocho y diecinueve años y la cuarta, Mónica, tenía sobre cuarenta y un años. —apuntó Arkaitz Behobide.

—Bueno, tenemos unas cuantas piezas de un rompecabezas, lo mejor será que intentemos ordenarlas.

El sentido práctico de Mikaela Urtasun siempre sorprendía a Lizarralde. En silencio, aprobó con un movimiento de cabeza la propuesta de su compañera.

—Por un lado, tres chicas jóvenes cuyo único nexo es la edad. Por otro, y si dejamos de lado la forma en que murió, Mónica Zulueta, también está Ladislao Sesma en este momento desaparecido, la madre de Mónica y su misteriosa visitante, además de una doctora genial ahora enferma de Alzheimer, una clínica de reproducción asistida, en este momento cerca de la quiebra y un tal Damián Contreras. —La oficial repasó en voz alta los apuntes que había escrito en una pequeña libreta de apuntes.

—Y relacionado con Ladislao Sesma hemos encontrado el papel emborronado que parece referirse a lo que yo creo puede ser una secta. —dijo López.



Behobide lanzó un suspiro al tiempo que distendía los músculos del cuello en movimientos circulares. —Vaya lío. —indicó mirando a los presentes. Todos asintieron.

Mikaela miró el reloj.

—¿Qué os parece si hacemos una pausa para tomar algo de las máquinas?, yo tengo un asunto que tratar con el subcomisario. Un asunto particular que no tiene nada que ver con lo que estamos hablando. —puntualizó.

Mikaela se sentó al lado de Lizarralde, esperó a que Behobide cerrara la puerta. Quedaron solos en la sala.

—Oye Joxean, sé lo que estás rumiando, pero yo no soy la correveidile en esta reunión. Tus pensamientos retorcidos te llevan a conclusiones sorprendentes y acertadas en asuntos complejos y te pierden en lo evidente. Haz el favor de contenerte un poco.

A continuación, la oficial, con aire ofendido abandonó la sala sin esperar respuesta. Lizarralde recibió con sorpresa la reprimenda de Urtasun. No pudo sino arrepentirse de su incapacidad para disimular. En asuntos que se relacionaban con Uralde la furia interior le impedía dominarse. De inmediato tuvo la certeza de que lo que Urtasun le estaba diciendo era cierto, era Behobide el que había informado de la enfermedad de Uralde, los demás no sabían nada. Behobide era joven, inteligente, ambicioso al mismo tiempo que impaciente e inexperto y resumiendo, el pelota de Uralde en el grupo singular que capitaneaba. Y él, el reputado investigador se había revelado estúpido.

Sintió el desagradable calor del bochorno incendiándole las mejillas y un momento después le asaltaron miles de dudas acerca de sus supuestas habilidades para encontrar caminos correctos de investigación en casos complicados. ¿Y si todas las suposiciones, las intuiciones en el caso de Mónica resultaban ser tan equivocadas como las sospechas sobre la pobre Urtasun?, pero la misma Mikaela había alabado, por decir algo, sus retorcidas habilidades en investigaciones complejas. Seguiría adelante con las intuiciones descabelladas, sería una estupidez volver a replantear todo el caso, no había tiempo y él estaba

gastando las últimas reservas de energía psíquica de que disponía. Fuerza precaria con la que todavía contenía el odio y la desesperación que estaban a punto de desbordarse. Si le retiraban del caso o si se equivocaba y se veía frente a una de las miserables y acuosas reprimendas de Uralde era muy capaz de pegarle un tiro delante de todo el mundo. Un velo negro de rencor descendió desde el cerebro hasta las vísceras blandas y sanguinolentas del cuerpo que oscilaron nerviosas hasta producir gases venenosos que tuvo que expulsar en un ronquido casi animal. Consiguió serenarse y recomponer algo de la maltrecha autoestima. Aspiró una bocanada de aire y se levantó de la silla.

Miró el reloj, los compañeros debían de llevar unos diez minutos en el exterior. Abandonó la sala y se encaminó por el pasillo blanquecino, plastificado, con puertas cerradas a ambos lados hasta una estancia repleta de máquinas que servían café, bollería, zumos, e incluso bocadillos y hamburguesas calientes. Los tres investigadores del equipo ocupaban una de las mesas centrales y departían con cierto aire de secretismo. Se sirvió un café y luego extrajo un bollo plastificado. Comió y bebió de pie y unos minutos después dio una palmada y encabezó el retorno a la sala de reuniones.

Antes de que llegaran los compañeros extrajo del portafolio el «pendrive» que le había traspasado Uralde. Entregó el pequeño artilugio a López y le pidió que reprodujera unos archivos fotográficos. López puso la pantalla del portátil en el centro de la mesa. Todos pudieron ver la foto de medio cuerpo de Adelaida González. Posaba de lado. El cabello oscuro, espeso, dibujaba una sombra sobre la mejilla izquierda y mostraba un pequeño pendiente de oro en la oreja derecha que sostenía la mata de pelo enroscada detrás del pabellón auricular. La nariz describía una suave curva que la hacía prominente, si bien el fotógrafo había buscado el ángulo preciso para disimular el leve defecto que daba un pequeño toque de imperfección al rostro, por lo demás bello y atractivo. Sonreía alegre, ignorante de que ya estaba muerta, segura de sí misma, consciente de su belleza morena, una luminosa camisa blanca dejaba adivinar los senos y el cuello terso y agradable. De forma automática el ordenador cubrió la pantalla con la imagen de

Inmaculada Sánchez. La foto era similar, de estudio. Mostraba tres cuartas partes de la figura de mujer. Sentada sobre algún taburete alto, escondido entre las faldas largas de color marfil. El brazo izquierdo descansaba sobre un pedestal que sostenía un pequeño macetero con flores rojas y amarillas. Las manos se entrelazaban a la altura de la cintura de forma que el brazo izquierdo las soportaba. El cabello rubio, los ojos azules y la piel tersa y blanquecina. Sonreía también con cierta inseguridad, solo se iluminaba la parte inferior del rostro, de las mejillas hacia abajo mientras que los ojos y la frente permanecían contraídos en un rictus de seriedad que sin embargo acentuaba una belleza natural. La nariz carcomía tal vez demasiado espacio y vista de frente lucía poderosa, ancha, sobre el rostro delicado, de porcelana. La imagen de María Elena Vicente asaltó a continuación la pantalla. Era morena como Adelaida, pero parecía más regordeta, una foto de cuerpo entero, quizá realizada por su madre o alguna amiga en algún parque de la ciudad. Sonreía a duras penas, llevaba camisa holgada sobre senos no demasiado prominentes y pantalones vaqueros. Las manos en los bolsillos. La melena recogida en una coleta se escondía detrás del cuerpo y el rostro aparecía diáfano, con expresión desafiante. Los ojos negros eran grandes y sostenían unas cejas que se juntaban a la altura del puente de la nariz, también ancha, carnosa y como en el caso de Inmaculada, destacaba en un semblante por lo demás delicado.

El programa del ordenador continuó alternando las tres fotos.

—¿Puedes mostrar las tres fotos a la vez? —preguntó Lizarralde.

López, en silencio, movió el pequeño ratón «USB». Volvió a voltear el portátil. Las fotos ocupaban simultáneamente tres espacios cuadrículados en la pantalla.

Todos las observaron en silencio. Las tres mujeres miraban ahora, inertes, sonrientes desde la lejanía de la vida perdida. Nunca envejecerían. Serían recordadas por quienes las quisieron y conocieron, jóvenes, bellas, deseables, atractivas, conservadas en la gelidez de la muerte tal como habían sido en vida, en la escasa vida que habían podido vivir. Lizarralde desde la oscura melancolía

que le envolvía esa mañana sintió que alguna humedad rebelde pugnaba por desbordarse de entre los ojos. Se contuvo por un mero acto de voluntad. Por un momento las tres chicas le parecieron conocidas y el dolor de la pérdida se hizo presente en un nudo que le atenazaba la garganta y fue entonces al tiempo que se sorprendía por aquella muestra de debilidad tan poco profesional cuando le asaltó el recuerdo del sueño, la pesadilla de las tres Silverias muertas. Se apoyó con fuerza sobre la mesa y acercó sus ojos hasta casi tocar la pantalla. Abrió la boca asombrado y retornó a sentarse contra el respaldo de la silla.

—Mikaela. Por favor. Fíjate en las fotos. Dime si notas algo que te llame la atención.

La mujer acercó el portátil y durante unos momentos estudió las imágenes que le devolvía la pantalla.

Preguntó más que afirmó.

—¿Un cierto aire familiar? —Dirigiéndose a Lizarralde.

—Exacto —contestó el subcomisario, sus ojos negros refulgieron como brasas incandescentes. —Yo ya había examinado antes esas fotos, pero ahora al verlas todas juntas es cuando ese lejano parecido se hace reconocible, la nariz, sobre todo, tiene una estructura parecida en las tres.

López, dio un respingo.

—La Clínica Contreras, ahí está la relación entre las cuatro mujeres asesinadas, en esa puñetera clínica.

—¿Fueron concebidas así?, cuesta creerlo —Dijo Behobide—. ¿Y los maridos?, también tuvieron que participar en cuyo caso no debería haber parecido entre ellas.

—Pero lo hay, esa es la cuestión —sentenció todavía asombrado Lizarralde—. Tienen que ser hijas de un mismo padre. Porque es evidente que no lo son de la misma madre.

—A no ser que se trate de vientres de alquiler. Quiero decir que se pudieron implantar tres embriones de la misma pareja en tres mujeres distintas. Eso es y era ilegal, pero quién se iba a enterar. —dijo López.

—En general los hombres no se enteran de muchas cosas —intervino Urtasun—. Se está hablando de que el doctor Contreras y la doctora Bergman han sembrado el planeta con algunos descendientes directos, pero si este fuera el caso el parecido tampoco es tan evidente. En general los hermanos se parecen bastante y además, la policía del Estado no hace ninguna referencia a esto. ¿No es así? —preguntó dirigiéndose a Lizarralde.

—No, en absoluto, más bien parece que se decantan por la hipótesis de un asesino en serie, pero como tú dices el parecido no es evidente. Sí se refieren esos policías, sin embargo, al entorno familiar, mujeres poderosas en los tres casos, hechas a sí mismas, dos de ellas se casan y no parece que les fuera demasiado bien. No formaban la clásica familia bien estructurada con papeles definidos, relaciones de respeto, tolerancia y demás. El informe que he podido leer habla de maridos dependientes, débiles, en busca constante de la aprobación de sus mujeres. A pesar todo, las dos madres acabaron separándose, no es impensable que esta clase de género masculino no se entere de nada. Tal vez las mujeres asistieron a la clínica con engaños, incapaces de ser preñadas de una puñetera vez. La tercera, ya sabemos que es lesbiana y no tuvo esos problemas.

—Qué ordinario eres a veces, Lizarralde —Urtasun miraba incrédula a su jefe.

—Continúo. La policía interrogó a Eulalia, la madre de la tercera víctima. Le preguntaron acerca del padre. Desconocido, les dijo con desprecio al tiempo que lloraba desconsolada, inidentificable, insistió, muchos hombres en poco tiempo, no los recordaba a todos. Casi no recordaba a ninguno. Sementales seleccionados como caballos en la parada. En fin. Bien pudo esta señora acudir a la clínica y preñarse por consejo de Contreras o quién sabe y luego contar esas historias a la policía. Es casi seguro que la inseminación no fue todo lo legal que correspondía en aquel momento.

Urtasun volvió a hacer un gesto de incompreensión.

—No conocía esa faceta machista tuya Joxean, me decepcionas.

—Ese es el problema, Urtasun, el miedo a decepcionar a alguien, impide a veces explicar las cosas con claridad. Estamos aquí para cazar a un asesino, no

para ser correctos políticamente, excepto algunos trepas, por supuesto —dijo Lizarralde, lanzando una mirada asesina a Behobide que se cobijó de inmediato en la lectura de los documentos que mostraba el portátil.

—En fin. —Suspiró Mikaela—. Sea como sea, tropezamos con un muro. La clínica es un caos, están destruyendo todos los archivos. Buscar ahora dentro de la Contreras es inútil.

—Esos deben ser los archivos desaparecidos. —López apuntó con su bolígrafo al techo, presa de una súbita inspiración—. Archivos, que es seguro buscaba esa mujer. Laura Sol del Valle parece que finalmente se hace con ellos y luego comienza a morir gente. Cuatro mujeres, nada menos. ¿Qué pueden tener de importante esos archivos? ¿Un escándalo para la clínica? No parece probable. Además, no ha podido evitarse finalmente. ¿Un mismo padre para esas tres chicas?

—Quizá esa pueda ser la clave. —Behobide, abandonó entusiasmado la protección del ordenador—. Tendría que ser un padre importante, con dinero y patrimonio para dejarlo en herencia, entonces sí valdría la pena matar para hacerse con un legado cuantioso.

Mikaela accionaba frenética el teclado del portátil. El ratón describió figuras invisibles sobre la alfombrilla de color azul.

—Aquí está. Notas de sociedad en la revista «Vip Family», título inglés, chismoso cotorreo nacional. «El veinte de Junio de 2010 se celebró el funeral por el eterno descanso de don Nicolás Bedia, conocido, aunque discreto industrial e inversor vasco. Falleció a causa de un ataque cardíaco a la edad de setenta y cinco años». La revista se extiende en una somera reseña del acto y muestra unas fotos no muy definidas. Al parecer, un servicio de seguridad privada impidió que los fotógrafos pudieran acercarse a los actos fúnebres. En la lejanía, a la salida del cementerio, se ve un grupo de personas enlutadas y entre ellas señalada con un círculo la viuda, Laura Sol del Valle. El matrimonio no tenía hijos por lo que la revista supone que Laura Sol será la heredera universal del difunto Bedia. Y aquí, en el Magacín del Mundo de fin de año se listan las

cien mayores fortunas individuales del Estado. Lo curioso es que no aparece Nicolás Bedia, sin embargo, al final el reportero hace referencia a la imposibilidad de acceder a ningún tipo de información económica acerca de este conocido industrial vasco, cuyos intereses hace tiempo se sitúan en la zona del Pacífico, es decir, Estados Unidos y países asiáticos emergentes. Sus propiedades e inversiones, supone el reportero, solo se conocen por referencias, pero fuentes bien informadas hablan de que podría ser con diferencia la mayor fortuna de España.

—Estamos construyendo una historia sin demasiado fundamento, todo son suposiciones. —apuntó repentinamente desanimado López.

—Pero todas estas relaciones no pueden ser fruto de la casualidad. La parte más débil de nuestra argumentación es la imposibilidad de situar a las madres en la clínica Contreras, cosa que debió ocurrir sobre los años noventa. Si tuviéramos pruebas concluyentes de que fueron tratadas en la clínica todo tendría más sentido. —contestó Behobide.

—López tiene razón, la argumentación que hacemos parece sensata, pero solo se sustenta en nuestra imaginación, además nuestra víctima, Mónica, no encaja. No tenemos pruebas, solo deducciones lógicas y por lo que respecta a las chicas que relacionamos entre ellas con un padre común, la suposición de parentesco entra dentro del terreno de la fantasía. Los formularios que he podido ver, desde luego, no prueban la estancia en la clínica de estas mujeres. Quizá Laura Sol consiguió después de todo hacer desaparecer los archivos que sí lo probaban. —Lizarralde asintió apesadumbrado—. No obstante, no tenemos nada más, podríamos estudiar el testamento de Bedia, pero ningún juez nos autorizaría a indagar en un documento notarial basándonos en el parecido nasal entre tres chicas asesinadas, cuya investigación además no nos corresponde. Y por otro lado no tenemos nada más a qué aferrarnos.

—Ni siquiera tiempo. —Las palabras de Behobide resumieron la situación.

Todo lo que habían hablado, las hipótesis que habían hecho, el cuadro que habían trazado era de tal complejidad que chocaba con la urgencia que la

resolución del caso exigía. De pronto todo se oscureció. Las entusiastas intervenciones de unos momentos antes chocaron con la realidad de los requerimientos policiales. La única sospechosa posible era Laura Sol del Valle, supuesta beneficiaria de un testamento marital en el caso de que no hubiera hijos. ¿Y cómo, la mujer que mostraban las fotos de la revista, tan pequeña, tan frágil, tan derrumbada por el dolor que parecía a punto de caer si no la sostuvieran dos acompañantes pudo haber urdido semejante trama de asesinatos? Era una locura pensar que algún juez pudiera admitir aquella historia.

Trascurrieron unos minutos en los que todos se sintieron profundamente angustiados. No habían avanzado ni un solo milímetro en la resolución del caso.

—Tengo una grabación de Sesma —dijo López en un intento de abandonar el estado letárgico en que se habían sumido. Nadie dijo nada. Sesma era un elemento tan colateral en el caso de Mónica que tampoco esperaban que pudiera aportar nada nuevo. Sin embargo, todos se prepararon para ver lo que fuera con tal de superar por un momento aquella situación de parálisis.

—El caso es que enfrente de la casa en que vive Sesma hay un cajero automático con cámara digital. No se ve gran cosa, solo como sale al soportal y coge la moto aparcada justo al lado. Es de noche, pero las luces de las farolas y la que está encima de la puerta que da acceso al inmueble iluminan bastante bien la escena. Es él, de eso hay completa seguridad, y es el momento a partir del cual ya no se vuelven a tener noticias de Ladislao.

Lizarralde desvió la mirada hacia el ordenador de López que ahora ocupaba la parte central de la mesa. La pantalla mostraba las imágenes grabadas. El hombre salió con cierta precipitación se acercó al baúl de la pequeña «escúter», extrajo el casco y unos guantes al mismo tiempo que dejaba una carpeta en el interior. Luego arrancó la moto y se alejó del campo de visión de la cámara. Ahora solo veían el soportal desierto y gotas de lluvia que la videocámara captaba como rayas blancas cuyo movimiento hacía que la cámara siguiera grabando. — Bueno. Eso es todo. Voy a parar. —dijo López.

—¡Espera! —aulló Lizarralde, todos dieron un respingo súbitamente



arrancados de la decepción que la visión del vídeo les había causado.

Un hombrecillo envuelto en una gabardina irrumpía ahora en la escena que mostraban las imágenes. Se arrastraba junto a la pared de la casa evitando el revoloteo de las gotas de lluvia que removía el viento. Las manos en los bolsillos. Una bufanda le tapaba media cara y podían distinguirse también unas gafas desproporcionadas. Pasó de un lado al otro la puerta acristalada de la casa y desapareció. —Maldito buitre —bramó Lizarralde—. Aunque tengamos que secuestrarlo, hay que traerlo aquí.

A la furia inicial siguió la evidencia de que la idea de Lizarralde fuera una intención real o un desahogo momentáneo era irrealizable.

—Joxean —intervino Mikaela—. Uralde no nos cae bien a ninguno, pero en cuestiones de relaciones sociales es un artista. Tiene contactos con los otros cuerpos policiales que no podemos ni imaginar, si te parece que es importante que ese hombre aparezca por aquí cuanto antes, deberíamos comunicárselo.

Lizarralde columpió el cuerpo impulsado por los brazos atrancados en el borde de la mesa de reuniones.

—Está bien —dijo con aire de derrota—. Hay que avanzar en este asunto como sea. Habla con Uralde, Mikaela, y tú López, quiero que te acerques a la residencia «Digno Atardecer», interroga a esa doctora. Quizá sepa o recuerde algo. Llévate a Behobide. Y después hay que localizar a Contreras.

Eran más de la una del mediodía cuando Lizarralde dejó atrás el lúgubre edificio de la policía autónoma. El viento frío bramaba al compás de las olas que rompían en la playa cercana y ráfagas deshilachadas se abrían camino entre las calles asfaltadas hasta golpearle con saña mientras se dirigía a casa. Caminó unos metros y luego, de improviso, volvió sobre sus pasos. Se acercó a la playa y caminó en la arena, se detuvo, dejó unos metros de distancia hasta el borde húmedo, línea fronteriza que la furia de las aguas salobres no sobrepasaba y se enfrentó al huracán que hacía hervir el agua. El atronador sonido de las olas, el silbido salvaje del aire enloquecido, el canto de las gaviotas que cabalgaban el ciclón, envolvieron el cuerpo del policía que oscilaba incapaz de resistir la

fuerza desbocada del temporal. Se inclinó obstinado hacia adelante. Dejó que el abrigo, que los pantalones se pegaran al cuerpo y crepitaran nerviosos. Soportó con los ojos cerrados el formidable embate del aliento que imaginó, provenía de algún ser gigantesco y airado. Y esperó a que su cerebro, ahora asaltado por la dolorosa sensación del frío que impactaba sobre la frente desnuda se desprendiera de los desagradables recuerdos de la reunión matutina. Se olvidó, cómo solía hacer cuando le convenía, de toda inquietud y volvió a refugiarse en el lejano recuerdo del soportal de Ibaibeltz, aspirando el aire cálido y observando el impresionante desfile de las masas nubosas que esparcían en los atardeceres otoñales increíbles sinfonías de luces y sombras sobre el caserío y los campos cercanos. Luego retornó al camino anterior y se obligó a no recordar que al final, cuando las puertas del ascensor le depositaran frente a la vivienda, al otro lado de la puerta de entrada, en el interior del piso, Silveria Céspedes tramaba el peligroso desembarco de familiares lejanos.

**LA DECISIÓN ESTÁ TOMADA**

Martina se acercó silenciosa. Depositó un primer cazo de sopa humeante, luego otro que apenas llenó la mitad del plato de porcelana. Enredó en la sopera en espera de que Ormazábal hiciera algún educado gesto que pusiera fin al servicio. Por fin el hombre elevó ligeramente la mano derecha y Martina se apartó de la mesa. Enfrente, más lejos que cerca, Laura Sol le sonrió apenas y comenzó a comer con gestos pausados, silenciosa. Él imitó los movimientos de la mujer obligándose a no poner los codos encima de la mesa, a no cargar demasiado la cuchara y no emitir el mínimo sonido de succión. Modales ordinarios aprendidos de padres y vecinos que delataban el origen familiar que le atormentaba. Laura Sol tenía la costumbre de hablar casi en susurros. Desde la distancia que les separaba la conversación pronto se hizo imposible y acabaron comiendo en silencio. En una esquina del comedor, Martina, observaba con atención, se acercaba a llenar la copa de vino, justo hasta la mitad en cuanto él sorbía un trago y en el momento en que terminaron el primer plato, recogió los servicios usados. Al cabo de un tiempo volvió con una bandeja de carne en salsa y se dispuso a distribuirla con la parsimonia y escasez habitual. Pero ahora Ormazábal no hizo ningún gesto educado de «es suficiente, gracias», sino que esperó a que el plato rebosara para disgusto mal disimulado de la camarera. Él podía soportar por un día las raciones de hambre que consumía Laura Sol, pero se presentaba una semana por delante en la finca familiar y tenía que alimentarse. Estaba seguro de que Martina mantenía a toda su familia con las sobras que guardaba de cada una de las comidas. Tenía que esperar al matrimonio oficial y en cuanto Laura Sol se pusiera, como ya le había prometido, incondicionalmente en sus manos, acabaría con la odiosa presencia de aquella criada metomentodo con aires de superioridad.

El fin de semana había sido intenso y provechoso. Habían acordado que él se quedara definitivamente al lado de Laura Sol. Ya no se separarían. Tenían que atender los detalles de la boda y también ocuparse de la ropa que iba a necesitar. En cuanto el mal tiempo diese un respiro se acercarían a la capital y el futuro consorte se equiparía como convenía a la nueva posición social.

Esa misma mañana había cancelado todas las citas en el gabinete. Había dado orden a la gestoría para que tramitara el fin de la actividad como terapeuta y preparara el finiquito y la indemnización correspondiente a la secretaria. No obstante, mientras observaba al otro lado de la mesa los movimientos exageradamente lentos de su futura mujer, las miradas lánguidas, las sonrisas, que dibujaban un surco liviano solo en una de las mejillas mientras la otra permanecía tensa, seguidas de una melancólica caída de ojos; sentía de nuevo la inquietud de que algo en el interior de Laura Sol escapaba a su control. Una última resistencia que él quería creer, el matrimonio acabaría por derrumbar.

Había pensado reunir de nuevo al grupo en Ilun Etxea. Incluso había recurrido al recién estrenado papel dominador de hombre que toma las decisiones, pero para su desasosiego, la misma Laura Sol de siempre, la de los obstáculos imprevistos había resurgido y resistido con terquedad argumentando las labores de limpieza que debían realizarse antes de la boda y que, al parecer había encargado, según decía, el día anterior. ¿Domingo?, se extrañaba Ormazábal, a una empresa especializada, mientras él dormía.

—¿Y por dónde van a entrar? —preguntó incrédulo.

—No te preocupes por eso, Javier, hay otras puertas a lo largo del muro.

Y la respuesta le sumió de nuevo en la duda acerca de lo que realmente él conocía sobre de los secretos de la casa familiar de Laura Sol y de hasta dónde era capaz de controlar la peligrosa situación en que se encontraba. La reunión, habían acordado por fin, se celebraría el sábado, a lo más tardar, el domingo siguiente.

Necesitaba organizar un nuevo cenáculo. Tenía que asegurarse el control absoluto. Les había rescatado del inframundo y le guardaban lealtad bovina, pero

cuánto más cerca se hallaba de conseguir el objetivo final, más susceptible se estaba volviendo.

Recordó en silencio y repasó a la vez que comía, la historia de todos y cada uno de los pupilos. El primero fue Sebastián, el americano de origen mexicano a quien consiguió traer a España. El alcohol y la soledad le habían convertido en un saco de huesos. Necesitó rellenar con algo de músculo el óseo tren de mercancías que se adivinaba bajo los harapos. Lo arrastró al viejo caserío que era suyo por herencia. Caserón descuidado, pero todavía aprovechable en las laderas pronunciadas del monte Zabalegi que además le daba nombre y como ocurría con frecuencia en el País Vasco, extendía el apodo a los propios habitantes, de forma que a él, desaparecidos sus padres, le conocían sus convecinos también por Zabalegi. Era un mal caserío, con terrenos de difícil cultivo, cuyos hijos por tradición acababan convertidos en criados de alquiler para otros caseríos con mejores tierras. Las hijas, por el contrario, estaban destinadas a la asistencia de familias importantes de la capital, al menos hasta que la pujante industria de los años sesenta rescató a los habitantes de Zabalegi del servicio y les convirtió en trabajadores metalúrgicos. Ser de Zabalegi había sido mala cosa y a pesar de que la miseria y el hambre se perdían ya en el tiempo, algún lejano resquemor impregnaba todavía cuando él era niño, a los habitantes del caserío colgante asomado al precipicio del monte, con una desagradable sensación de inferioridad social. Él, sin embargo, por circunstancias que desconocía había nacido arrogante y orgulloso. Quería abandonar el caserío y no tener que acabar vistiendo el buzo azul y grasiento que su padre traía todas las semanas y que luego, una vez lavado en aquel curioso artefacto, un cilindro de metal blanco y hueco con una hélice en el fondo, ondeaba al viento mientras se secaba y movía estrambótico brazos piernas. Vacío todo ello de sustancia humana, sardónico recordatorio del futuro que le aguardaba. Habló entonces con su padre y su padre habló con el párroco y de común acuerdo le pusieron en el camino del seminario. Después el párroco habló con la tía Tere, hermana del padre, mujer rubia y guapetona que había

enamorado a Gumersindo Aguirre, notario de la capital con despacho adelantado en el pueblo. Gumersindo murió a los cincuenta años y tía Tere todavía cuarentona, se convirtió en viuda propietaria de inmuebles, despachos y cuentas bancarias rebosantes de dinero. Era una mujer bella y deseable, pero fría en asuntos de amor. Prefirió la viudedad, la soledad y la libertad a un nuevo matrimonio para el que no le faltaron pretendientes. El párroco, siempre bien informado acerca de caudales de dinero y sus propietarios, acudió a tía Tere. La Iglesia ayudaría al prometedor joven, pero al mismo tiempo necesitaba asegurar ingresos que la viuda se comprometió a aportar. Tere, al contrario que su madre no era muy religiosa, por lo que la noticia del abandono del seminario la recibió con alegría. Costeó la carrera y el despacho del nuevo titulado, pero el viejo caserón colgado del monte como un andamio, quedó a la buena de Dios una vez que los padres murieron. Allí se encerró con Sebastián. Tuvo que utilizar alguna droga para evitar que aquella bestia se desbocara, pero consiguió someterle. Luego, para sus adentros, describió el proceso como algo similar a pelar una cebolla. Había que quitar una tras otra las capas de humanidad que la vida había ido construyendo en el torturado cerebro del luchador. Los sistemas de convivencia, de relación social, de defensa y ataque que el hombre había ido aprendiendo y utilizando y que al final habían resultado ser equivocados. Llegó hasta el núcleo del bulbo mental, hasta el niño originario, recién nacido, muerto de miedo y necesidad. El implorante ser que se deshace en llanto en reclamación de la gigantesca figura que le acoge, le mece, le da calor, le proporciona placer, le alimenta, le limpia. La madre primigenia que lo hace todo sin esperar nada a cambio. En el momento en que Sebastián se derrumbó y comenzó a llorar con el desconsuelo de un recién nacido, allí estaba Ormazábal, el abrazador. Pero el bálsamo emocional ahora tendría un precio y sería un precio elevado. El niño gigantesco víctima del desprecio de la sociedad, de la enemistad manifiesta de sus congéneres, era consciente del camino que había recorrido, camino descendente que le había llevado a la muerte social y cerca de la propia desaparición física. Y Ormazábal se encargó de recordarle una y otra vez hasta el

agobio que el resto del mundo era el enemigo, y él, su salvador. No volver a caer en el precipicio del que le había rescatado requería entrega y lealtad absoluta. El principio del bien y del mal quedaba supeditado a las órdenes del mentor. Ormazábal le guiaría por el camino correcto y haría del nuevo Sebastián alguien muy diferente al hombre vapuleado sin piedad por la sociedad que le había empujado al arroyo infecto de los pordioseros. Hasta ahí pudo llegar. Sus ingresos y la ayuda de la tía no daban para más. Casi tuvo que abandonar el proyecto de convertirse en redentor de hombres rescatados del lumpen. Fue entonces cuando apareció en la consulta Fontela. Los espectaculares resultados de la terapia convirtieron al recuperado gerente en un incondicional de las revolucionarias ideas de psicología aplicada. Invirtieron ambos en el tanatorio. Un tiempo después, cuando él ya se preparaba para llevar a cabo el desagradable trabajo que le encargaba el espíritu vengativo de Bedia; sugirió y Fontela al que desde luego nunca informó del sentido último de sus proyectos, aprobó, la compra del furgón de venta de helados que jamás vendió nada y que puso a disposición de Sebastián. El tanatorio se abrió aprovechando los aires liberales del nuevo gobierno que permitieron una mayor competencia en la actividad. «Este es un negocio seguro, Javier», le dijo Fontela con alegría, «además no hay impagos, es un principio casi matemático que la familia, en vida del difunto, se ha portado mal con él. Los remordimientos acaban en un buen funeral. Se saca el dinero de donde haga falta con tal de acallar esos lamentos de ultratumba, “cabrones, me habéis dejado tirado como a un perro”. No es curioso, Javier, los zombis casi muertos revividos gracias a tus desvelos, se ocuparán de enviar al otro barrio a algunos de los que se apartaban de ellos como de la peste». Todavía resonaban en su mente las carcajadas que se escucharon en el restaurante durante la agradable sobremesa y que precedieron a la puesta en marcha del prometedor negocio al que no afectarían crisis, ni ciclos económicos impredecibles.

Y con ayuda de Sebastián fue reuniendo el pequeño pelotón de sicarios incondicionales. Uno por uno. El proceso de recuperación se iniciaba en Zabalegi. Con el tiempo introdujo algunas variantes. Fue todo un hallazgo la

teatral ceremonia de inspiración religiosa para la que vestían él y sus nuevos apóstoles túnicas oscuras compradas en una tienda de disfraces. Ceremonia que comenzaba con la libación sacramental de un brebaje que Ormazábal preparaba con antelación y que se distribuía en unas copas metálicas ornamentadas. Este brebaje no era sino una bebida refrescante azucarada, y les ayudaba a entrar en algo parecido a un trance que se acompañaba al sermón que de inmediato pronunciaba, un argumentario sin demasiado sentido del que él no se acordaba cuando terminaban los ritos condicionantes. Esto le resultó misterioso y preocupante al principio, pues sin darse cuenta y mientras se explayaba en aquellas tonterías que le venían a la cabeza por casualidad, acababa también arrebatado por sus propios delirios. Tenía la sensación de que de manera incontrolada su espíritu abandonaba el cuerpo físico. A continuación, predicaba consignas desde un espacio ignoto en el que podía desplazarse a voluntad y le permitía invadir con facilidad el cerebro de los discípulos. Luego ponía en marcha el juego de luces y sonido. En todo caso, pronto se dio cuenta del poder de convencimiento que la liturgia que había inventado desplegaba sobre los hombres que se reunían alrededor de la mesa ceremonial. Liturgia de la que al final de la reunión emergían medio mareados, sudorosos, sosteniendo en las manos con fuerza salvaje las dagas que había comprado a través de un catálogo por internet. Con determinación suficiente para hundir aquellos instrumentos de muerte en el cuerpo de cualquiera que el «vidente» les indicara. Ormazábal se convirtió pues en sumo sacerdote del culto y Sebastián en su profeta. De Zabalegi, atontolinados, pasaban a un piso alquilado y del piso al trabajo en el tanatorio.

Al principio no estaba muy seguro de qué quería conseguir con aquellos desarrapados. Le animaban oscuras ideas de venganza nacidas del resentimiento. Siete años invertidos en una carrera universitaria no le habían servido para nada. Su tesis doctoral, que versaba sobre el control mental que ya comenzaba a ejercer la nueva clase dirigente que se estaba haciendo con el poder en la sociedad de la España posfranquista. Incluía, y eso fue un error, lo que él



identificó como «el poder coactivo de la nueva élite intelectual que controla la Universidad, valiéndose de métodos retorcidos y sibilinos». A continuación, describía con detalle dichos métodos, lo que mereció un paseo por los pasillos, un metro por detrás del director de tesis que se mostraba más silencioso y circunspecto de lo habitual. Traspasaron la puerta del despacho del nuevo rector, elegido según extraños procedimientos que establecían aún más extrañas leyes. Allí, en presencia del director académico, el esmirriado personaje, le resumió el problema. «Su tesis ofrece la falsa impresión de ser académicamente brillante, pero desde el punto de vista de la nueva y democrática Universidad que queremos construir es políticamente inaceptable». El catedrático guardó silencio.

No dejó de sorprenderle aquella entrevista. La llamada al orden desde el poder gestor y administrativo, poder político en definitiva, a la supuesta autonomía universitaria representada por el director de tesis, corroboraba la idea a la que venía dando vueltas de que el mundo que se avecinaba ya se había descrito en la novela 1984, de Orwell. El resultado fue un aprobado raspado y todas las esperanzas de formar parte en el futuro del respetado claustro de catedráticos, arruinadas. Se empeñó entonces con terquedad en demostrar lo acertado de sus previsiones. Un buen método de acceso al interior más profundo de la psique humana y podría organizarse un colectivo dispuesto a cualquier cosa que se le ordenara. ¿Qué era una unidad de élite de cualquier ejército o policía, sino un grupo de personas corrientes entrenadas hasta la extenuación para obedecer órdenes, fueran estas cuáles fueran, sin cuestionarlas? Mientras se ocupaba en los siniestros métodos de abordaje psicológico a los cerebros indefensos de los desgraciados que empezaban a formar un peligroso comando de intervención inmediata; imaginaba sádicas escenas en las que el rector y el melindroso director de tesis eran asaltados en noches oscuras y lluviosas. Dolorosamente torturados por soldados embutidos en negríssimos uniformes de combate. Y finalmente abandonados los cuerpos en frondosos zarzales montaraces, al abrigo de miradas indiscretas durante el tiempo necesario para que lluvias, vientos y alimañas borrarán cualquier rastro. Por supuesto, eran solo fantasías, o tal vez

eran algo más, en todo caso el placer de la venganza no justificaba el riesgo que se asumiría. Como todo buen estratega, debía preservar las mejores tropas para conseguir objetivos importantes, sin que en aquel momento supiera con certeza cuáles pudieran ser estos objetivos.

Sintió la mano que solía por lo general estar helada y húmeda posarse sobre el cuello. Laura Sol se había acercado en silencio, en el rostro de la mujer se dibujaba un rictus que parecía una sonrisa preocupada. Lo acariciaba esforzándose en atraerlo hacia ella desde las profundidades de los negros pensamientos que le atrapaban, de los miedos y dudas para confortarlo en la confianza de que el camino que habían emprendido juntos era correcto y culminaría por fin a no mucho tardar. De improviso Laura Sol acercó el rostro blanquecino a los labios de Ormazábal. Sorprendido, los separó para emitir algún sonido de asombro, ella introdujo la lengua fría y húmeda. Se enredaron en movimientos sinuosos y el hombre acarició con timidez desde el cuello hasta la cintura, la espalda fría y huesuda. Desde la esquina del comedor, Martina, asqueada, no pudo evitar gestos y gritos silenciosos que querían poner fin a tanta perversión. Hubo un cierto estremecimiento involuntario en Ormazábal, el contacto femenino siempre era estimulante, pero Laura Sol se separó de inmediato. Le sonrió ahora desde la distancia de los brazos todavía posados en los hombros. Todo estaba bien, no había lugar a la duda. En el momento adecuado, el cuerpo de Laura Sol, pero sobre todo su espíritu y su voluntad acabarían siendo suyos.

El beso, húmedo y sensual, le reconfortó. Era cierto que la vejez, la piel traslúcida y la delgadez cadavérica carcomían la belleza de la amante, pero él mismo recorría ya el sendero sin retorno que conducía a la decrepitud. Sin embargo, el glamuroso futuro que se avecinaba estimulaba su virilidad y dotaba a aquellos devaneos de un mórbido deseo sexual. La mujer retornó al lugar que le correspondía en el otro lado de la mesa. Había intuido las inseguridades en el amante y se había apresurado a aventarlas. El contacto físico era prueba del compromiso. Ormazábal se sintió de nuevo seguro y reanudó la intrascendental

conversación del principio, comentarios acerca del tiempo y chascarrillos de revista rosa sobre vidas de personajes rutilantes que el futuro matrimonio le permitiría compartir. Un monólogo festivo al que contestaban leves inclinaciones de cabeza y sonrisas que le parecían más francas que las que había observado al comienzo de la comida. Dijo algo la mujer que él no entendió, porque hablaba en siseos cantarines, cercanos al silencio. Sorbió el café y encendió, sin darse cuenta de que intentaba dejar el vicio, un habano de tamaño respetable. Ella dijo algo acerca de que se retiraba para descansar y a él le pareció bien y la animó a que se recuperara porque luego al anochecer hablarían de algunos proyectos de futuro que se le estaban ocurriendo.

La vio alejarse de la mesa y desaparecer por la puerta del comedor, le pareció delgadísima, consumida por los fantasmas que la devoraban desde el interior de sus propios ensueños y se sintió culpable. Pero había sido necesario. La monstruosidad que había cometido era el precio a pagar. La riqueza, el poder, no llegaban por casualidad y menos a gente de su origen y condición, lugares y familias donde la diosa fortuna no tenía por costumbre derramar el cuerno de la abundancia. Se levantó de la mesa con una copa de licor en una mano y el habano en la otra. Llenó los pulmones de aire y veneno y luego expulsó humos y mala conciencia. Lo hecho, hecho estaba. Al otro lado de los cristales empañados, los terrenos de la Conejera aparecían sepultados en el manto gélido de la nieve solidificada. El cielo era gris blanquecino. Nubes menos densas que el día anterior dejaban pasar algo más de la luz que enviaba un sol lejano y débil. Se abrigó con el grueso tabardo que colgaba del perchero, calzó las botas de montaña y salió al exterior de la casa. Depositó la copa de licor sobre el barandado cuadrangular de madera oscura que se extendía a lo largo del porche. Introdujo la mano que la había sostenido en el bolsillo de la «parka» para protegerla del frío. En la otra mano el cigarro puro se consumía con lentitud. El silencio era absoluto. El frío paralizaba el mundo que se extendía ante él. Crepité la brasa del puro mientras absorbía el humo y luego expulsó el vapor blanquecino de la respiración entremezclado con la humareda grisácea. Observó

el vuelo disperso de la nubecilla hasta que se disolvió con lentitud en el ambiente gélido del mediodía.

La idea se la había dado un documental televisivo. «El hombre de hielo». Un asesino norteamericano de origen polaco. El tiempo reveló lo acertado de su decisión. Laura Sol le entregó unos cuantos folios en los que se describían con detalle, direcciones y actividades, tanto de las jóvenes como de los familiares más cercanos a ellas. Un encargo de muerte que se expedía desde el más allá. Envió a tres de sus hombres. No les costó demasiado habituarse. Se camuflaron cerca de los lugares que frecuentaban las chicas. Nadie se fijaba en ellos. Por una curiosa intuición había conservado la ropa sucia y maloliente. Era lógico, bordaron el papel. Los pordioseros no llaman la atención. Las chicas tampoco dieron importancia al mendigo que aparecía una y otra vez cerca de dónde ellas andaban. A las tres las cazaron en noches oscuras, mal iluminadas, mientras caminaban confiadas hacia los pisos que habitaban en calles apartadas, pisos de estudiantes compartidos con amigas, en barrios dormitorio donde los alquileres eran más asequibles. No se llevaban bien con la familia, eso era evidente, y la familia, las madres independientes y los supuestos padres ausentes se entretenían en sus propias ambiciones, por lo que tampoco apreciaban a sus hijas. Cuando los observadores establecían las rutinas de las jóvenes, descolgaban el teléfono público y avisaban a Ormazábal. Sebastián se desplazaba con la camioneta congeladora. Si por casualidad le parase la guardia civil de tráfico o policías municipales, el interior mostraría estanterías metálicas llenas de helados y productos similares, la documentación que portaba le identificaba como vendedor autónomo con licencia de actividad en vigor. El cadáver se disimulaba en el fondo del furgón, tapado con un toldo. El luchador atacaba de noche en el lugar y el momento que el observador había previsto como más favorables. Apenas se enteraban. La fuerza ciclópea de Sebastián, la técnica que dominaba, acababa en un momento con la vida de aquellos cuerpos frágiles y femeninos. Volvían a Zabalegi e introducían el cadáver en el arcón congelador, debajo de la carne para el consumo. Luego el observador esperaba. Cuando se aseguraba de

que la lluvia iba a ser persistente, avisaba de nuevo. Sebastián volvía con el furgón. Calculaba el tiempo necesario para llegar sobre la media madrugada al lugar elegido. Siempre apartado y al que conducían carreteras comarcales de montaña que bordeaban bosques tupidos y descuidados, o pistas de tierra alejadas de las carreteras principales y dejaban el cadáver. Por eso la policía no podía establecer con seguridad el momento de la muerte. También porque la familia denunciaba las desapariciones cuando las alertaban las amigas. Hubo varios días perdidos, incluso semanas en algún caso. Las malas relaciones habían dado lugar al equívoco de que la falta de contacto formaba parte de las ausencias habituales. La lenta descongelación y la lluvia añadieron un grado más de incertidumbre a la hora de fijar fecha y hora aproximada de la muerte en las autopsias forenses.

«Un proceso sin lugar al error», pensó Ormazábal. «Hay que ver lo que uno aprende en la televisión».

Un nuevo sorbo a la copa de licor y una calada al puro ya muy consumido.

Bajó desde el porche y comenzó a caminar adivinando el sendero debajo de la nieve que crujía a cada paso. Todo se había realizado conforme a un plan que él creía perfecto. No le gustaban las improvisaciones. El nuevo encargo que le transmitió Laura Sol mientras yacía en el sofá del gabinete, le produjo una gran ansiedad. Mónica Zulueta no encajaba de ninguna manera en aquel rompecabezas macabro. A las renuencias que él transmitió respondió la mujer hablándole de algunas informaciones que la Zulueta había conseguido y de su condición de abogada. Además, había una animosidad hacia ella en persona, era muy posible que Mónica Zulueta acabara convirtiéndose en una pesadilla legal que el difunto Nicolás quería evitar a toda costa. Las hijas, engendradas de aquella manera tan fraudulenta no debían de existir ni siquiera en un proceso judicial en el que se mencionara a Nicolás Bedia. Cuando él insistió en sus protestas ella le respondió con la curiosa capacidad de metamorfosear su cuerpo palpitante en una estatua de sal. Una inmovilidad marmórea que no abandonaba hasta que conseguía obtener una respuesta. Él acabó cediendo. Los trabajos

realizados le habían acostumbrado, uno más y todo acabaría.

—Es necesario. Nicolás lo exige, —susurraba Laura Sol.

Después de todo, era fácil, solo tenía que mandar al pequeño comando de asalto. Muertes lejanas de personas a las que no conocía y a las que no tenía que acercarse. La distancia en el tiempo y en el espacio, el alejamiento de los acontecimientos que él mismo provocaba, le confortaban en la espera preocupada, sentado en el sillón orejero en el salón de la casa oscura al lado del viejo teléfono de baquelita negra, enfrente de la mujer vestida de luto que se sentaba en el borde de la silla. Las manos entrecruzadas, las piernas ladeadas, la cabeza inclinada hacia el suelo, los ojos medio cerrados, inmóviles los dos, en el silencio solo roto por el reloj pendular que en su rítmica oscilación acompasaba los latidos del corazón hasta que el timbre de llamada le llevaba a descolgar el auricular. «Está hecho», comunicaba Sebastián.

Lanzó con rabia la colilla del cigarro. —Está hecho, —repitió en susurros.

Todo debería haber acabado hacía tiempo.

—La verdad era que nada se había hecho todavía, —musitó, escupiendo la decepción.

¡El hombre que apareció por sorpresa en Ilun Etxea!, otro motivo de preocupación. ¿Quién era? Un tal Sesma le había dicho Sebastián. ¿Cómo Monzón había podido perder la carpeta? Y la reacción salvaje de Monzón. Pero eso era previsible. De las ceremonias de condicionamiento, todos emergían furiosos, era lo que él pretendía, al menos en cierta medida. La furia tenía que ser fría, contenida, la violencia destinada a satisfacerla, debía retrasarse en el tiempo hasta el momento preciso. Monzón era imprevisible, feroz, incapaz de controlarse. No debió recogerle de la puerta de la Iglesia. Le vio discutiendo con otro mendigo, luchaban por un palmo de terreno, un lugar de paso más frecuentado por los feligreses que la esquina de enfrente. «¿El lado derecho de la puerta de entrada?» Creía recordar. Cada negocio tenía sus secretos. El enemigo de Monzón corrió medio ahogado en busca de la patrulla municipal y él acudió al rescate en busca de un elemento más para su pequeña brigada de locos, antes

de que aparecieran los policías. Un hombre todavía en buena forma, no del todo embrutecido, recién aterrizado en la necesidad de pedir limosna, desconocedor de los derechos de otros que antes que él habían llegado a la misma situación. Le convenció con un billete de veinte euros. Se precipitó tal vez, pero ya no había remedio.

Elevó la mirada al cielo nublado, aspiró una bocanada de aire helado. Algunos livianísimos copos de nieve bailoteaban juguetones hasta que se posaron en su rostro. Cerró los ojos y permaneció inmóvil. «No obstante, la fecha está fijada, Sesma desaparecido, disuelto en el mar, junto a cenizas ajenas, sin cadáver no hay delito. Pero hay testigos». Los monaguillos que formaban su orden particular lo sabían todo. «No hablarán. ¿Por qué van a hacerlo? Se incriminarían ellos mismos. Y en el asunto de Sesma, esto es evidente, yo no he tenido nada que ver. Todo consiste en seguir como hasta ahora. Sesiones de condicionamiento para bajar el nivel. Aterrizaje suave para reconvertir la furia asesina en determinación económica. El negocio del tanatorio es rentable».

Se sintió revivir. Abrió los ojos. Elevó las palmas de las manos y esperó a que los copos de nieve que ahora caían más abundantes y aparatosos se derritieran sobre la piel desnuda. Pero allí continuaban, tan densos y blanquecinos como se apreciaban en el aire. Mientras observaba el sorprendente fenómeno, sonrió. La idea no era mala. Ya no recogería a nadie más del arroyo. Trasformaría a sus ejecutores homicidas en ejecutivos agresivos. Los nuevos amos de la economía. No era tanta la diferencia. Él los conocía bien. Recién licenciado y mientras preparaba la tesis doctoral había conseguido fichar como asesor independiente por un sindicato de trabajadores. Allí estaban, sentados alrededor de la mesa de negociación. Muñecos plastificados, individuos robóticos, extraterrestres impávidos, trajeados y encorbatados. Capaces de enviar sin pestañear a cien trabajadores al paro, a cien familias a la ruina por un miserable incremento en los beneficios anuales de un uno por ciento y de un veinte por ciento en las retribuciones que recibían ligadas al valor de las acciones. Se habían producido algunos suicidios evidentes y unos cuantos sospechosos accidentes de coche. Era

igual. Los sagrados principios de la economía de mercado estaban por encima de esos, siempre lamentables, pero inevitables efectos. Los ejecutivos agresivos no tenían tiempo de pensar en esas cosas mientras regaban el jardín de sus casas unifamiliares en zonas residenciales. No era tanta la diferencia, después de todo. Estos pensamientos le reconfortaron. De nuevo sonrió. Los copos de nieve que deberían haberse derretido al contacto con las palmas de sus manos, sorprendentemente estaban cuajando y construyendo un manto de nieve cada vez más espeso. ¿Cómo era posible aquello? Ni siquiera sentía el frío, ni el calor. Era un muñeco de nieve. Un hombre de hielo. Como Kuklinski.



## CONTRERAS

Lizarralde observaba distraído a través del cristal los remolinos que provocaba el ventarrón. Dejó que su mente volviera a preocuparse del caso de Mónica. Mikaela estaría ya charlando con Uralde y supuso que López y Behobide debían hallarse en camino hacia la Residencia Digno Atardecer. A él le correspondía localizar a Contreras. Como buen policía tomó el camino más fácil. Abrió el navegador del teléfono móvil y tecleó con esfuerzo en el minúsculo teclado táctil, «Damián Contreras ginecólogo». El buscador ofreció de inmediato un interminable listado de resultados. Entre todos ellos «Consulta ginecológica Damián Contreras» fue de los primeros, el décimo entre los que encabezaba «Clínica de Reproducción Asistida Contreras». Dedicó unos momentos a asustarse ante la capacidad de aquella misteriosa inteligencia digital que calculaba y acertaba, y eso era lo aterrador, lo que el usuario podía desear, ateniéndose a misteriosos algoritmos entre los que la ubicación geográfica del móvil sería, supuso, el punto de partida. Tragó saliva y sintió la desagradable sensación de estar localizado, vigilado por un misterioso monstruo de naturaleza casi espiritual. Algo intangible, inaprensible, incomprensible que se extendía por toda la corteza terrestre y el espacio exterior circundante. Imaginó cientos, tal vez miles de satélites orbitando silenciosos, lejanos, cruzando miles de millones de llamadas y comunicaciones digitales, realizando al instante cantidades inimaginables de operaciones matemáticas sin conciencia de sí mismos, eso esperaba al menos, siguiendo indicaciones de cantidades asombrosas de ordenadores y teléfonos terráqueos. Y caviló que toda esa monstruosa capacidad tecnológica estaba dedicada al servicio de unos cuantos individuos. «¿Cuántos podrían ser?», se preguntó. Tal vez miles, o quizá solo unos cientos de personas en todo el planeta serían capaces de aprovecharse de aquel gigantesco sistema de

localización y control. Porque el resto de los que creían que utilizaban las redes para su propio interés, estaba él seguro, que en realidad no eran, o terminarían siendo, no otra cosa que incautos insectos atrapados de por vida en la telaraña pegajosa que envolvería el mundo a no mucho tardar. Y pensó que eso ocurriría en el momento en que aquella inteligencia material desparramada por todo el planeta como un virus destructor, ajena a cualquier sentimiento. Una inteligencia que se le antojaba más animal que cerebral, tomara por fin conciencia del sí misma. Entonces sometería a la especie humana a una nueva vuelta de tuerca, una más en la historia de los cada vez más sofisticados sistemas que organizaban la esclavitud ajena. Esa inteligencia computacional tenía que ser el dios malvado que el Apocalipsis predecía, el que acabaría poniendo un sello a cada uno de sus esclavos. Recordó alarmado que ya se hablaba de la implantación de chips cerebrales a los que se les suponía una inacabable serie de ventajas que convencerían en un plazo no muy largo a la mayor parte de la población, y cuando hubiera mayoría suficiente, ¿qué costaría extender semejante beneficio, por obligación legal, con formulario habilitado al efecto, al resto de rebeldes renuentes, tipos raros que siempre están en contra de todo?

Apartó la mirada del pequeño teléfono con un escalofrío y exploró el exterior de la cafetería. Allí, por donde el monte trepaba, poblado por la espesa vegetación verdosa, se agitaban al compás del ventarrón los árboles y matorrales. Más cerca, en la acera de al lado, unos pocos caminantes se escondían en ropas invernales que cubrían cualquier posible identidad. Pero era seguro, pensó de nuevo Lizarralde, que los seres que paseaban tan cerca de él y que para él, a pesar de poder casi tocarlos, eran anónimos, portarían todos y cada uno de ellos sinuosos teléfonos móviles. Y allí arriba, desvió la vista hacia las masas nubosas que aplastaban el aire y el frío y lo condensaban para esparcirlo con saña sobre la ciudad. Más arriba de aquel techo que parecía sólido, los inertes ojos y oídos espaciales sabían quiénes eran, dónde vivían. Era posible incluso, que desparramaran en alguna pantalla ignota, a la vista de algún misterioso controlador una sucesión interminable de posibles motivos por los

que los caminantes caminaban en ese momento y hacía dónde se dirigirían y por qué lo harían. Lizarralde supuso que en primer lugar aparecerían en las siniestras pantallas y acertarían con poco margen de error las causas más probables de movimientos y lugares de destino. Se estremeció de nuevo abrumado por una insoportable sensación de pequeñez, de impotencia, de incapacidad. Su vida, su persona, su historia, su intimidad en manos de seres oscuros. Antiguos mitos redivivos que tejían hilos de destinos de los que era imposible sustraerse. Prestos a cortarlos en cuanto les fuera conveniente. Compartiendo el maldito ojo que todo lo ve, ahora replicado hasta la infinitud colgado de cualquier techo como el que ahora mismo él veía y a él miraba en una esquina del bar. A su lado un repugnante cartel anunciador «Atención. Zona Videovigilada» y debajo en letras pequeñas, una referencia a alguna ley que lo permitía y una remisión a algún lugar que hablaba de supuestos derechos que se podían ejercer.

«¿Cuáles?» se preguntó.

«¿Podría pedir que se retirara la cámara?, o tal vez: ¿Qué recordara mi figura física y se obligara a sí misma a no grabarme?». Sonrió asqueado. Y a continuación cayó en la cuenta de que después de todo, él mismo como policía, dedicaba su vida a un trabajo parecido al del artefacto semiesférico que vigilaba el local. Descendió un peldaño más hacia el cuarto oscuro de la tristeza infinita.

Sumó la desesperación por los planes malditos que estaba trazando Silveria, su propia cobardía, los satélites vigilantes, las cámaras que le grababan y acarició la consoladora presencia de la pistola que reposaba junto al corazón, un adorable artefacto al que cada vez tenía más cariño. Si el universo insistía en hacerse insoportable se descerrajaría un tiro en el interior de la boca. A la mierda todo. Fin de la película. Fin de su miserable historia en este mundo.

Como ocurría cada vez que su ánimo descendía hasta casi la desolación absoluta, algún oscuro resorte se liberaba y le empujaba de nuevo hacia arriba, hacia el mundo real y una vez allí, se enfrentaba con bríos renovados, si bien cada vez más escasos, a la prosaica realidad del trabajo como investigador.

El móvil se sostenía tal como lo había dejado sobre la mano derecha

mostrando la pantalla y los resultados de la búsqueda. Pero antes de teclear el número que prometía el contacto con el consultorio del doctor Contreras, sintió la necesidad de encontrar alguna explicación a los recurrentes derrumbes en el mar de los oscuros pensamientos que sufría cada vez con más frecuencia. La amenaza de la familia Céspedes era reciente por lo que la causa debía ser anterior. Y de inmediato el autoanálisis le llevó a considerar los tres años que había permanecido alejado de cualquier actividad policial, tres años terribles durante los que no había hecho otra cosa que reconcomerse en la mesa frente a la pantalla de un ordenador que nunca ordenaba nada. «Sí» concluyó, «esa es la causa última de mi enfermedad». Y si no hubiera conocido a la pobre Silveria, hacía poco más o menos dos años, aquellas amenazas imaginarias que se lanzaba a sí mismo mientras acariciaba la culata del arma reglamentaria, era bastante probable que se hubieran concretado en una acción definitiva bastante tiempo atrás. Sí, se dijo de nuevo, tenía que reconocerlo, Silveria le había salvado de Uralde y sus miserables maquinaciones, del sistema y sus infinitos recursos para destruir a las personas. Le debía algo a la mujer que había quedado en casa. Y haciendo un esfuerzo de voluntad se obligó a no continuar con las laberínticas argumentaciones mentales. Reflexiones que ya le estaban llevando a considerar la posibilidad de que alabar a Silveria y su providencial aparición no escondía más que el miedo a enfrentarse a las decisiones, a las alternativas de huida que se decía a sí mismo haber tomado de modo definitivo, para a continuación arrepentirse o dejarlas para más adelante. Cerró los ojos con fuerza, expulsó de la mente las tristes remembranzas de su complicada historia personal y marcó el número de la consulta.

El «Kuga» se aferraba con la fuerza de los neumáticos especiales a la capa de nieve que cubría el camino. Eran ya las seis y el atardecer se estaba haciendo oscuro. Menos dos grados en el exterior, informaba el termómetro digital del coche. A cincuenta kilómetros de la costa no hacía viento, no circulaban vehículos, las luces de los caseríos languidecían lejanas y el monte blanquecino por la nieve parecía un cuadro navideño, inmóvil, inalterable, congelado.

Lizarralde conducía con precaución, las curvas se sucedían en forma de eses retorcidas y ascendentes. A la salida de una de ellas pudo ver la cumbre del monte Usurbe coronada por la antena repetidora. Unos cincuenta metros más adelante un cartel indicaba un desvío hacia un camino aún más estrecho. Las luces largas iluminaron el mensaje «Berri Ametsa» «Nuevo sueño». El coche giró y abordó el ramal, recorrió unos cientos de metros y después, al doblar una pequeña loma emergió de entre las sombras crepusculares la silueta de una casa con luces encendidas y titilantes.

Damián Contreras solo fumaba cuando estaba nervioso.

Lizarralde aparcó frente a la fachada principal, pero antes de que parara el motor el hombre le indicó que traspasara el umbral, un portón pétreo en forma de arco. Aparcó junto a un todoterreno Discovery.

—Me gusta cuidar los coches.

Damián Contreras era alto, pelo ondulado y canoso, vestía un grueso jersey de lana, pantalones Blueberry y zapatos de piel. Sostenía un cigarrillo a medio consumir. Saludó con un apretón cálido y poderoso.

—Estaremos mejor dentro —dijo.

Dentro, era una sala caldeada en cuyo centro una enorme columna de madera brillante y oscurísima sostenía le estructura de la casa. Paredes de piedra vista, lacadas, una chimenea en la que ardían leños cilíndricos de madera de haya y un pequeño mueble bar con mostrador y cuatro sillas altas alrededor.

—Bueno, este es mi escondrijo particular. Un caserón que compré hace unos años, bastante deteriorado, por cierto y que rehabilité a mi capricho. Póngase cómodo.

Lizarralde se sentó en una de las sillas. Al otro lado del mostrador, Contreras le ofreció alguna bebida.

—Solo un refresco si no le importa, estoy de servicio. Una tónica me vendría bien. El frío me produce sed.

El médico asintió sin decir nada y se ocupó en la preparación de las bebidas. Él se sirvió un refresco de cola sobre el que dejó caer dos cubitos de hielo.

Apagó el cigarro que humeaba en un cenicero de cristal y luego, de debajo del mostrador, extrajo una caja de madera que contenía puros habanos.

—Podemos ponernos más cómodos si le apetece en la sala contigua, pero aquí lo tengo todo a mano. —Contreras esbozó una leve sonrisa de complicidad.

—No, aquí estaremos bien. —El policía aspiró el humo del tabaco y luego sorbió un trago de la bebida.

—Pues me ha sorprendido la llamada de mi secretaria, la verdad. No sé en qué puedo ayudar a una investigación policial.

—Investigamos la muerte de Mónica Zulueta.

Contreras, hizo un gesto de ignorancia. —Sí, me acuerdo de haber leído la noticia, además, el cuerpo apareció cerca de aquí, pero no entiendo qué pueda tener yo que ver con eso.

—El caso es que la investigación se ha ido complicando y... bueno, hay una posible relación con muertes que han ocurrido en otros lugares de España... en fin, sería muy prolijo relatar todo el proceso que nos ha llevado a estar aquí, en este preciso lugar y momento.

El policía hizo una pausa. Dejó el cigarro puro en el cenicero. Y se retiró hasta la puerta que daba al garaje.

—Espere —dijo.

Regresó con una carpeta de color marrón en la mano. Distribuyó cuatro fotos sobre el mostrador. Las tres chicas jóvenes que habían muerto el año anterior y la foto de Mónica Zulueta.

—Mírelas bien. No tenga prisa. Asegúrese. Dígame si las conoce de algo.

Lizarralde volvió a ocuparse del cigarro puro y Contreras repasó con interés las fotos.

—No. La verdad, no me suena ninguna, tal vez la mujer mayor..., me parece haberla visto por San Sebastián, pero las jóvenes..., desde luego no las conozco.

El policía se sentó en la silla y bebió un nuevo sorbo de la tónica. Dejó la bebida sobre el mostrador y fijó la mirada en una de las ventanas que daba al exterior. Comenzaba a nevar de nuevo.

—Ahora, por favor, piense con calma y dígame. ¿Qué sabe usted del matrimonio Bedia del Valle, o dicho de otra forma, Nicolás Bedia y Laura Sol del Valle?

Contreras se sentó en la silla con cierta precipitación. Rebuscó en uno de sus bolsillos y extrajo la cajetilla de Ducados.

—Tiene usted el cigarro puro a medio consumir. —Le avisó el rostro serio y a él le pareció, acusador, del policía.

—Sí, no me había dado cuenta. —Intentó que el cigarrillo volviera a su lugar, pero acabó aplastándolo contra el cenicero. Atrapó el cigarro puro y lo acercó con mano nerviosa hasta aspirar una profunda bocanada de humo. Luego, lo expulsó mirando alguna parte del techo.

—El caso es que..., no sé. Quizá lo mejor sea hablar con mi abogado. No tengo nada que ocultar, eso es evidente, no sé si me entiende, pero estas cosas son complicadas, yo soy médico y no sé, no sé... qué consecuencias puede tener todo esto.

Lizarralde jugueteó con el cigarro entre ambas manos. Miraba absorto las fotos de las mujeres muertas.

—Bueno. Usted está en su derecho, desde luego, pero con abogado de por medio, todo es más difícil. En principio, usted no es sospechoso de nada, de momento, quiero decir. Solo queremos, necesitamos su colaboración, pero si se niega nosotros supondremos que tiene algo que ocultar y entonces tendremos que reconsiderar esa previa clasificación que hemos establecido, es decir, pasaría usted de ser testigo, colaborador, amigo... a ser sospechoso. Piénselo bien. Hay cuatro mujeres asesinadas como puede ver. A nosotros nos toca investigar la muerte de una de ellas, pero creemos que hay una relación y necesitamos su ayuda. Sí, esa es la palabra, necesitamos su ayuda. Solo eso... de momento, quiero decir.

Contreras miraba asustado al policía y el policía se obstinaba en no apartar la vista de aquellas fotografías que en su horizontalidad sobre el mueble estaban empezando a recordar lápidas de cementerio, retratos terroríficos. Rostros bellos

y sonrientes que ahora solo eran imágenes, recordatorios, esquelas siniestras de personas que ya no existían. El médico cruzó los brazos sobre la barra del bar. El cigarro puro humeaba entre movimientos nerviosos. Se volvió hacia el policía y el policía apartó la vista de las fotos para, sin mirar a Contreras, aspirar otra bocanada del cigarro. Dejó que las volutas de humo surgieran lentamente, juguetonas, desde su boca y volaran como pequeñas telarañas gaseosas.

—¿Usted sabe algo de la reproducción asistida? —preguntó Contreras.

—No demasiado, la verdad, lo que cuentan los periódicos y poco más.

—El Santo Grial. La leyenda medieval. Se suponía que el Santo Grial era el cáliz del que Nuestro Señor bebió durante la Última Cena, también se dice que en ese cáliz se recogió la sangre y el sudor del cuerpo de Cristo suspendido del madero durante la crucifixión. Pero es algo más antiguo. La Iglesia, o en este caso, la piedad popular, o ambas a la vez identificaron el Santo Grial con el cáliz de Cristo. Existen leyendas, tradiciones arcaicas que hablaban mucho antes del Santo Grial, del caldero mágico. Un cuenco, un... un recipiente que contiene el secreto de la vida. ¿Me comprende?

—El seno materno —contestó el policía.

—Exacto, eso creo yo. Para nuestros cromañones el vientre de la mujer debía ser misterioso, mágico, maravilloso, solo allí se producía la vida. Por eso se cuenta que las primeras civilizaciones humanas adoraban a la diosa primigenia, la generadora de vida, la contenedora de los líquidos asombrosos que producen una y otra vez seres nuevos, distintos. Esa diosa representaba a la mujer. El vientre de la mujer siempre ha sido sagrado. En el orden natural de las cosas la joven atractiva y sensual se convertía en madre rolliza y amorosa y entonces, solo entonces, alcanzaba la consideración más elevada en la sociedad a la que pertenecía. La madre es lo que queremos por encima de todo, la que nos quiere a pesar de todo. En las leyendas que conocemos el Santo Grial nunca se encuentra. Quizá porque no debe ser encontrado. Quizá porque nunca debió ser encontrado.

Contreras arrugó la frente. Ladeó la cabeza hasta encontrarse con los ojos oscuros del policía.



—Nicolás Bedia, era un hombre de difícil definición. No sé, era, era... una bestia, un animal en el sentido más propio del término. Arrastró a aquella mujer escuálida, mustia, delgadísima, hasta la consulta. A mí me recordaba un carnicero que lleva una pobre oveja al matadero. Quería un hijo. Un hijo varón y además un varón de su mujer, como correspondía. Una mujer de cincuenta años que curiosamente, todavía menstruaba aunque de forma muy irregular. Los tratamientos de fertilidad son complicados y más por aquel entonces. Muy molestos para la mujer, y en el caso de Laura Sol, creo que hubieran sido peligrosísimos para su propia supervivencia física.

Hay que proporcionar medicamentos para provocar la ovulación, además la elección del sexo complicaba todo el proceso, la fertilización debe hacerse en una placa de Petri, la extracción de óvulos puede ser dolorosa. En definitiva, era una idea descabellada.

—Pero usted la llevó a cabo, a pesar de todo.

—Sí y no. Yo me opuse desde el principio, pero Úrsula, mi mujer por aquel entonces, pensaba de otra manera. Usted debe tener en cuenta que la legislación no estaba muy clara en los años noventa, el tratamiento para elegir el sexo del bebé era excepcional. Se hacía mediante «DGP», diagnóstico genético preimplantacional. El proceso consistía en dejar que el embrión madurara durante unos días y luego se extraían células que se examinaban a conciencia para evitar enfermedades genéticas y también averiguar el sexo. No sé qué consecuencias tendrá lo que ahora le voy a contar, el caso es que Úrsula era en todos los aspectos una mujer especial, una fuerza de la naturaleza. Su capacidad intelectual era increíble, y su fuerza mental imposible de entender. No se detenía ante nada. Además, era furibunda feminista. Se entrevistó con los Bedia y les dio esperanzas, bueno, solo al hombre, la mujer, era evidente, se sentía morir por la pretensión del marido. Para resumir, mi exmujer engañó a Bedia. A cambio de dinero, por supuesto. Úrsula, a espaldas de él, llegó a algún acuerdo con la señora del Valle que se limitó a ocupar una habitación en la clínica. El hombre donó esperma y durante unos meses se realizaron simulacros de tratamiento.

Bedia quedó anonadado cuando Úrsula le comunicó que su semen era absolutamente estéril, era imposible conseguir el embarazo en aquellas condiciones. Le aturulló con prolijas explicaciones médicas y el hombre acabó aceptando el diagnóstico, solo pidió que se mantuviera el más absoluto secreto acerca de su impotencia genésica. Todavía les recuerdo cuando abandonaron la clínica, ella unos pasos por detrás arrastrando la maleta y él pálido y avergonzado. Caminaron así hasta el taxi que les esperaba a la salida de la clínica. La mujer tuvo que abrirse la puerta ella misma y él, sin siquiera mirarla, se sentó al lado del conductor.

Contreras hizo una pausa. Restregó las manos a la vez que sostenía el cigarro puro y por un momento pareció hipnotizado, abstraído en aquel curioso masajeo.

—Hubo algo más —dijo Lizarralde

—Sí, pero de esto me enteré, lo juro, cuando murió Bedia. Hacía tiempo que nos habíamos separado, la convivencia con Úrsula se había vuelto imposible, yo callaba y asentía, pero a todos los efectos solo éramos socios mercantiles y a partir de cierto momento acabé vendiendo todas mis acciones y abandoné todos los cargos en la clínica. Como le decía Úrsula era una furibunda feminista y Bedia el tipo de hombre al que odiaba por encima de todo. Y Bedia, por supuesto, no era estéril. Úrsula consiguió la fecundación utilizando óvulos de otras mujeres. Varios embriones viables y con sexo definido. Tres mujeres. Ella siempre elaboraba planes a largo plazo. A la muerte de aquel hombre me llamó y me confesó lo que había hecho. Tuvimos una discusión. El exceso de inteligencia puede llevar a la locura. Hasta entonces había estado ciego, pero a raíz de aquella disputa, la primera vez que yo me atrevía a contradecirla, comprendí.

Úrsula pensaba en un futuro de reproducciones asexuadas que eliminaría la necesidad del varón. En sus delirios había llegado a la conclusión de que la condición femenina, el instinto maternal suponía una esclavitud para la hembra de la especie, el embarazo sorbía las esencias vitales de la mujer. Ya se estaba consiguiendo, me dijo, eliminar la asquerosa penetración. Se había reducido al

varón reproductor a la mínima expresión como «pajero» de escasa utilidad y dentro de poco podría llevarse a término una gestación completa fuera del vientre materno. Úrsula vislumbraba una inmensa sala de cuyo techo colgaban cientos de botellas transparentes repletas de líquido amniótico sintético dentro de las cuales germinarían las nuevas generaciones. Mientras esperaba que aquel milagro ocurriera se había vengado de Bedia, en lugar de un heredero varón tendría tres herederas. Ella se lo haría saber, se lo diría a las madres. Las había seleccionado a conciencia, mujeres de carácter, cuando las pusiera al corriente todas se inventarían pasadas relaciones con aquel animal. Se pondría de acuerdo con ellas. En las entrevistas con Bedia había descubierto su afición, la caza. Todos los años se perdía durante unos meses en los cotos palomeros de Soria y Segovia. Le sonsacó con habilidad. No todo era caza en aquellas escapadas. «Yo soy un hombre de mundo, ¿qué pasa pues? Y esta Laura Sol está más seca que un bacalao...» y Úrsula, con la excusa de estar segura de la capacidad sexual de Bedia, averiguó fechas y detalles que luego pondría en conocimiento de las madres, ignorantes por entonces de lo que se traía entre manos. El «ADN» lo confirmaría. La herencia Bedia sería para tres hembras en vez de para un varón. El apellido Bedia se perdería.

—¿Estas chicas jóvenes?, —dijo Lizarralde señalando las fotografías—. ¿Pueden ser las herederas de Bedia?, se aprecian diferencias de edad entre ellas.

—Es posible —contestó Contreras—. Los embriones pudieron congelarse, la legislación permite la conservación hasta cinco años, pero a Úrsula la legislación le importaba muy poco.

El policía se encaró de nuevo con su interlocutor. Había algo que no lograba entender.

—¿A quién cree usted que beneficia la muerte de estas chicas?, nosotros no hemos encontrado herederos directos. En Bedia y Laura Sol acaban los respectivos linajes.

Contreras volvió a masajearse las palmas de las manos, el rostro fue adquiriendo un tono pálido, alzó y bajó la mirada varias veces.

—No puede ser que aquello tenga nada que ver —dijo en voz muy baja, olvidando la presencia de Lizarralde, como si hablase únicamente para sí mismo.

Miró de soslayo al policía y calló durante unos segundos. Solo se escuchaba el crepitar de los troncos en la chimenea y las respiraciones que absorbían y luego expulsaban el humo de los puros.

—El caso es que... —Contreras interrumpió de nuevo, lo que fuera a decir—. Bueno, usted debe entender que... Úrsula era como ya le he dicho, algo especial. A su lado cualquier persona quedaba reducida a una sombra, un títere. Su inteligencia excepcional le permitía un control absoluto tanto de personas como de procesos, por complejos y alejados de su especialidad que fueran. Dominaba y controlaba los números de la clínica con mayor pericia que el mejor doctor en ciencias económicas. Yo, y de eso no fui consciente hasta que conseguí alejarme de ella, era un monigote, una piltrafa humana en sus manos. Cuando me confesó lo que había hecho con aquel matrimonio, no podía creérmelo, no solo por la barbaridad de implantar el código genético de Bedia sin consentimiento en mujeres a las que tampoco había pedido ningún permiso, sino por mi propio papel después de tantos años en aquel asunto. Me había ignorado completamente. Mi propia mujer y socia. Fue para mí, un descubrimiento, una iluminación repentina, yo, para Úrsula nunca había significado nada. Y aquella sensación de haber sido engañado, utilizado durante tantos años..., descubrir mi propia ineptitud en el entramado de la clínica que después de todo llevaba mi nombre. Ser consciente de repente de lo que todo el mundo ya sabía desde siempre que yo era un calzonazos, un mantenido, un cero a la izquierda, una inutilidad ambulante al lado de aquella mujer absorbente como un agujero negro, me desquició.

Lizarralde giró sobre la silla en la que estaba sentado. Miró el reloj. Eran ya los ocho de la tarde. La oscuridad en el exterior era absoluta. Solo algún jirón de luz proveniente del farolillo de la entrada creaba una suerte de claroscuros fantasmagóricos que podían verse a través de las ventanas de la casa.

—Usted se desquició y supongo que eso le llevó a cometer un error.

—Nunca pensé que fuera un error, supuse que la viuda debía saberlo, creí que ella estaba en su derecho y yo en el mío. Se lo dije con claridad a Úrsula, pero a ella no le importó, se encogió de hombros y esa actitud me pareció extraña, no era una mujer que se inhibiera ante las situaciones complicadas. En aquel momento no caí en la cuenta, pero no tenía mucho sentido que de repente Úrsula me refiriera algo que había ocultado a lo largo de casi dos decenios y que además me permitiera contárselo a la viuda de Bedia. Cuando tiempo después la enfermedad de Úrsula se hizo evidente, comprendí el porqué de aquella confesión. Ella se había dado cuenta de su propia enfermedad y de que a aquellas alturas avanzaba ya con rapidez, le quedaba poco tiempo de lucidez y por eso me llamó. Me utilizó para poner en antecedentes a Laura Sol, o tal vez lo que pretendía era que yo me ocupara de las tres jóvenes y de sus madres, que las informara, pero al ver mi reacción creo que lo dejó estar, debía conocer mejor que nadie que la Úrsula todopoderosa capaz de ocuparse de mil situaciones y problemas a la vez, ya no existía.

—Entonces, usted se lo contó a Laura Sol del Valle.

—Exacto. En realidad no sabía qué podía esperar de todo aquello. El hecho cierto es que las tres chicas existían y eran hijas directas, herederas del difunto. Fui con el cuento más bien pensando en una venganza hacia Úrsula que en cualquier otra cosa. Concerté una cita con Laura Sol. Convinimos una hora tranquila. Serían las seis de una tarde otoñal cuando aparecí por el caserón. Yo no sabía ni que existía. Tantos años en la ciudad y era la primera vez que oía hablar de Ilun Etxea, el matrimonio había dado otra dirección a la clínica. Me recibió ella misma. Aparqué el coche al lado de un muro invadido por la maleza y de inmediato y para mi sorpresa un entramado espeso de hiedra y barro reseco comenzó a moverse. Un efecto casi mágico, siniestro. Por fin comprendí, era una puerta y desde el otro lado emergió aquella figura vestida de un negro espeso y agobiante sobre el que casi refulgía la piel pálida, el cabello blanquísimo, nacarado de nuestra antigua paciente. Los años habían pasado, pero la mujer parecía no haber envejecido. Alargó una mano lánguida de dedos delgadísimos

terminados en uñas puntiagudas. Solo me permitió un ligero contacto y a mí me pareció que tocaba la pata húmeda de alguna gallinácea. Caminó unos metros por delante hasta que llegamos a la casona. En los fulgores del sol poniente de aquella tarde, le aseguro a usted que me pareció que aquella casa estaba viva, que me observaba a través de los ventanales que mostraban luces amarillentas, fluctuantes y que a mí me parecían ojos que se posaban sobre mi persona. Entonces supe que aquella visita era una mala idea, un error, pero no fui capaz de volverme atrás.

Contreras hizo una pausa para absorber una bocanada de humo y luego, una vez expulsado, bebió un trago del refresco sobre el que flotaban todavía los restos de hielo.

Continuó el relato: siguió a la mujer hasta traspasar la puerta de entrada del caserón. El recibidor sombrío, apenas iluminado por una enorme lámpara en forma de araña esférica que colgaba del techo, mostraba justo en la contra pared un pequeño altar, una especie de silla a lo sumo, recubierta por un paño blanco sobre la que apenas brillaba la luz temblorosa y debilísima de una vela. Un homenaje de circunstancias, no muy sentido, a él le pareció, al recientemente difunto que miraba ceñudo desde la altura de un retrato pintado sobre el lienzo, difuminado el cuerpo en la oscuridad de la propia pintura o tal vez, de las sombras que se proyectaban sobre aquella parte de la estancia. En todo caso, la mujer, las manos entrelazadas, la cabeza gacha y ladeada, los andares fantasmales, ni siquiera lo miró cuando pasó al lado mientras conducía al visitante a una estancia a la que accedieron a través de una puerta de oscura madera labrada.

Se sentaron en sillas viejas y apolilladas alrededor de una mesita de patas polvorosas, horadadas también por los insectos que sostenía jarras de café y de leche, un par de juegos de tazas sobre platillos con cucharillas de acero inoxidable. También un azucarero y un recipiente de cristal que contenía galletas y pastas. Contreras golpeó una esquina de la mesita en el momento de sentarse y todo aquel entramado osciló quejumbroso. La silla que él ocupaba se quejó

también y pensó que en cualquier momento acabaría rodando por el suelo en medio de patas de madera reventadas y el servicio desparramado. Para su sorpresa no ocurrió ningún desastre e incluso se atrevió a servirse café y comer algunas pastas bajo la mirada entre risueña y llorosa de la anfitriona. Contó a la mujer lo que había ido a contarle y al momento la armadura de frágil porcelana que envolvía a Laura Sol pareció estallar. Del interior de aquel cuerpo consumido surgió un grito silencioso que se solidificó en el rostro de la mujer que le miraba incrédula, asustada, incapaz de entender y mucho menos de asimilar lo que Contreras le contaba.

«¿Cómo era posible? ¿Cómo habían podido hacer semejante barbaridad?». «Yo no sabía nada, me he enterado hace poco», Contreras balbucía una excusa a continuación de otra, pero para Laura Sol no había consuelo, ladeaba la cabeza en movimientos de incredulidad, pedía explicaciones acerca de las consecuencias de todo aquello, para luego sumirse en un llanto desesperado.

—Y ahora. ¿Qué va a ser del pobre? ...

—¿A quién se refiere usted? —preguntó Contreras asombrado. Y le respondió la mirada perdida, la expresión desolada, el silencio pasmado de la mujer que de repente reprimió las quejas y fijó la mirada azul, apática, insustancial en el hombre que tenía delante. Y luego un susurro, un gorgoteo áspero surgido de alguna cavidad cavernosa del interior de un cuerpo repentinamente estático, inmóvil. —Nicolás. Él no lo soportará. El pobre ya no podrá descansar en paz.

Y en ese momento Contreras comenzó a pensar que Laura Sol estaba completamente trastornada.

La confesión, la mención del difunto diluyó de inmediato la desesperación de Laura Sol.

—Si esto llegara a saberse, si esas mujeres reclamaran su herencia, ¿qué cree usted que pasaría? —preguntó cabizbaja.

—No lo sé, no soy abogado, pero creo que podrían entablar un pleito judicial bastante desagradable y muy prolongado en el tiempo. Aunque ellas no dispongan de capital para sostenerlo, cosa que desconozco, supongo que

cualquier bufete aceptaría la representación de sus intereses a cuenta de beneficios futuros. Lo más lógico en estos casos es llegar a acuerdos previos respecto del cálculo de la legítima y su valoración en dinero. En todo caso, usted es una mujer rica y podrá defender el derecho a la herencia que le corresponde.

Sin embargo, según confesó la viuda, el testamento todavía no se había hecho efectivo, todo estaba en manos de una notaría de confianza del difunto. Al parecer alguna cláusula del mismo obligaba a buscar al heredero legítimo que Bedia había supuesto debería existir a partir de los tratamientos en la clínica Contreras. Luego, simplemente, no había cambiado el testamento. La existencia de tres posibles herederas, si se sabía, podría tener consecuencias terribles para ella y sobre todo para el pobre Nicolás, ya difunto, pero del que la viuda hablaba como si estuviera compartiendo mesa en aquella merienda improvisada, además ella no tenía patrimonio para hacer frente a un proceso judicial. La única propiedad a su nombre era la casona en la que en ese momento se encontraban y una cuenta corriente compartida con Nicolás en la que este, en vida, ingresaba exiguas cantidades de dinero para los gastos corrientes de la mujer. En aquel momento, Laura Sol, sobrevivía con lo que podía disponer de aquellas cantidades sobre cuya mitad todavía tenía derechos el difunto hasta que se liquidara la herencia, tal como ya le había advertido el banco.

—¿Solo la casona era de su propiedad?, —preguntó Lizarralde mientras anotaba algo en su cuaderno.

—Eso es, se puso muy nerviosa y me preguntó acerca del valor que yo creía que pudiera tener en el mercado. Entonces me acordé de un amigo de universidad, un licenciado en medicina que después de obtener el título nunca ejerció y se dedicó a la intermediación inmobiliaria, Ladislao Sesma. Me pidió su dirección y a partir de ese momento se sumió en un incomodísimo silencio. Comencé a sentirme violentísimo. Ella no decía nada, no contestaba a mis preguntas ni seguía mis comentarios, solo manoseaba el trozo de papel en el que había apuntado la dirección de la agencia de Sesma.

—Bueno, pues tengo que irme —dije—. Y entonces, en silencio se levantó y



me guio hasta la salida de la finca. Esperó a que yo traspasara aquella puerta casi vegetal dejó mi mano colgada del aire en posición de saludo y me dio, como suele decirse, con ella en las narices.

Lizarralde arqueó las cejas.

—Sesma. Ladislao Sesma —repitió como para sí mismo—. ¿Qué sabe usted de ese hombre?

Contreras miró intrigado al policía que se apresuraba a extraer un bloc de notas del bolsillo interior de su chaqueta.

—Es un conocido de toda la vida. Estudiamos juntos en los Marianistas y luego fuimos a la misma universidad. Yo seguí la carrera de medicina, pero él, a pesar de que tenía cualidades, vio más posibilidades en el mundo inmobiliario y se convirtió en agente de la propiedad, cuando yo tuve aquella conversación con Laura Sol sabía que Ladis estaba en dificultades y por eso sugerí que la mujer contactase con él si iba a vender la casona. Pero la verdad es que hacía tiempo que no tenía trato cercano... ¿qué tiene que ver Ladis en todo este asunto?

—Ha desaparecido, queremos encontrarle. Quizá usted sepa por donde puede andar.

Contreras miró con incredulidad al policía. Sesma desaparecido, tres chicas jóvenes y una abogada de mediana edad de la capital asesinadas, la clínica Contreras en el centro de todo aquel entramado y él mismo interrogado por un policía tristón y malencarado. Se sintió desfallecer. Presintió en su momento los problemas de la clínica y consiguió, eso pensó cuando lo hizo, huir a tiempo de las calamidades que se avecinaban. Ahora, sin embargo, la niebla esperanzadora que había envuelto el cobarde abandono se disipaba y comenzaba a ver un oscuro futuro cargado de amenazas inciertas.

—No sé nada de Sesma. Desde hace años. Sé que hubo problemas en el matrimonio y que las cosas se le torcieron. —Acertó a decir con un hilo de voz.

Lizarralde miró al frente, silencioso, mientras sorbía una bocanada de humo. Los espejuelos que decoraban el mueble bar le devolvieron una imagen grotescamente deformada y al lado del rostro irradiado aparecía el de Contreras

también descompuesto entre los reflejos luminosos, pero en el que reconoció de inmediato la preocupación, el miedo.

—Pero antes de esos años en los que le perdió de vista. ¿Cuáles fueron las relaciones?, —Contreras respondió en voz apenas audible—. Las normales de parejas que compartían situación social y económica en la ciudad. Salíamos juntos, Úrsula, yo, Sesma y su mujer. Durante algunos años fuimos inseparables, no había fin de semana que no compartiéramos. Nuestras mujeres se entendían bien y yo y Sesma siempre habíamos congeniado. Luego, más adelante, el proyecto de la clínica nos exigió una dedicación absoluta, fuimos espaciando nuestros encuentros y finalmente nuestras vidas siguieron caminos distintos. Perdimos el contacto con el matrimonio.

Lizarralde miró el reloj. Eran ya las nueve, y presentía que pronto comenzarían las llamadas preocupadas de Silveria.

—Una última pregunta —dijo, mientras recogía las fotos y las introducía en la carpeta.

—¿Sabe usted algo de unos archivos desaparecidos de la clínica?

—¿Relacionados con el matrimonio Bedia? —preguntó angustiado, Contreras.

Lizarralde hizo un gesto afirmativo mientras aplastaba el cigarro puro contra el cenicero.

—Sobre ese asunto, no había, se lo aseguro, archivos. Úrsula podría tener referencias, o facturas de tratamiento, pero nunca pondría por escrito semejante actividad, excepto, quizá en su diario. Ella llevaba un diario personal. Una o varias libretas «*moleskine*» de tapas negras. No estoy seguro, porque me las ocultaba. Pero en alguna ocasión la sorprendí mientras escribía, quién sabe qué, en una libreta oscura.

Se hizo el silencio. Contreras elevó la vista hacia el techo.

—Sí que ocurrió algo raro. Hará de esto unos siete u ocho años, no estoy muy seguro. Me avisaron las enfermeras. Encontré a Úrsula sentada en el suelo en una esquina del despacho, a su alrededor carpetas AZ abiertas con el contenido desperdigado por toda la oficina. Decía que alguien le estaba robando los

archivos, destruyendo el trabajo de años. Intenté consolarla, pero apenas me dejaba acercarme a ella, miraba fijamente a la pequeña caja fuerte que siempre mantenía cerrada. Estaba abierta y en el interior no había nada. Se acercó la mujer de la limpieza para poner orden en el despacho y entonces Úrsula se abalanzó sobre ella acusándola de haber robado. Tuvimos que contenerla a viva fuerza, la limpiadora se fue llorando. Creo que fue en aquel momento cuando comenzó a manifestarse la enfermedad.

—¿Hace siete años? —dijo Lizarralde.

—Sí, puede que ocho —contestó Contreras—. En aquel momento achaqué aquella actitud a los problemas económicos que ya estaban produciéndose en la clínica. Posteriormente, una vez separados, cuando comencé a sospechar que Úrsula en realidad estaba enferma hablé con mi excuñado con el que ella no estaba en muy buenas relaciones. Según me dijo el mal de Alzheimer afectaba a miembros femeninos de la familia por parte de la madre. La había padecido, al parecer su bisabuela, aunque ante el desconocimiento de la enfermedad la familia comentaba que la abuela se había vuelto loca. También alguna tía suya había mostrado los mismos síntomas que Úrsula, si bien, su madre, que había muerto a los ochenta años por un infarto fulminante nunca había manifestado el menor síntoma. Después de aquel episodio, todo pareció calmarse, sin embargo, Úrsula se volvió más indiferente y menos entregada al trabajo y a la propia clínica. Siguió así hasta hace aproximadamente dos años en que empezaron a aparecer problemas de memoria cada vez más importantes.

—¿No le parece que está usted eludiendo cualquier responsabilidad, descargándola sobre su exmujer?

—Todo lo que le he dicho es verdad. En cuanto a responsabilidad, Úrsula, la mujer que conocí y de la que me enamoré, hace tiempo que ya no existe. Está muerta.

—Quisiera ir al baño.

—Salga por la puerta del fondo y siga el pasillo hasta el final.

Lizarralde se ajustó la cremallera mientras abandonaba el servicio. No pudo

evitarlo, la puerta estaba medio abierta. El despacho de trabajo del médico. Entró. Una mesa de madera bruñida de estilo rústico, sobre la que descansaba un ordenador «MAC» y a su alrededor montones de papeles. Enredó entre ellos, parecían historias clínicas de pacientes. Alrededor de la estancia, en una de las paredes, una estantería repleta de libros, cuanto más inalcanzables, más gruesos y aparentes. En las estanterías inferiores, libros más pequeños, monografías médicas y archivadores repletos de revistas especializadas.

—El baño no está aquí. —Contreras sostenía la puerta de salida con una expresión de fastidio.

Lizarralde murmuró una respuesta ininteligible, caminó con parsimonia y se entretuvo observando los cuadros que cubrían el tabique, enfrente de la estantería. Título médico, certificados de asistencia a cursos especializados, menciones, honores, fotografías antiguas enmarcadas, recuerdos de universidad. Acercó el rostro a uno de aquellos marcos que llamó su atención. Estaba a punto de recordar algo.

—Como le he dicho. El baño no está aquí. —Ahora la voz se hizo más enérgica, la orden perentoria. Lizarralde perdió, sorprendido, el recuerdo que estaba a punto de materializarse en su mente. Observó de nuevo el cuadro, pero fue imposible. Obediente, encaminó sus pasos hacia la puerta que sostenía Contreras.

A las diez, mientras conducía por la variante de Lasarte, comenzó a sonar el móvil. El sonido del artefacto ahuyentó la luz que por un instante se había hecho en su cerebro acerca del cuadro que había llamado su atención en el despacho de Contreras. Mierda, suspiró, mientras su memoria perdía de nuevo como un sueño que se desvanece, la comprensión que había estado a punto de conseguir por segunda vez. La voz de Silveria surgió de los altavoces del vehículo. «Mi amor».

—Llego en un momento cariño —dijo, y esperó hasta estar seguro de que la comunicación se había cortado—. ¡Qué pesadez! —Musitó para sí mismo mientras el Kuga abordaba los últimos kilómetros hasta la casa.

## LA CONSEJERA

—Llega usted veinte minutos tarde.

La voz, metálica, estridente de un insufrible tono rasgado, campanal, taladró el cerebro de Lizarralde. Cerró la puerta con lentitud. Se desprendió de la parka y se volvió hacia la mesa de reuniones. Los tres miembros del grupo le saludaron sin mucho entusiasmo. Él no respondió. Había una silla libre. A su izquierda, Uralde componía una sonrisa estúpida. Dejó caer la cartera al lado de un pie de la mesa, en el suelo.

La consejera de interior, Miren Jasone Ferreiro Campos, mostraba una expresión airada.

Lizarralde encajó una mirada inerte, oscura, perdida, en los ojos almendrados de la mujer. En el fulgor de un instante recordó a Silveria que la noche anterior asomaba el rostro travieso y juguetón a través de la puerta de entrada. El resto del cuerpo oculto, se mostró luego, en cuanto traspasó el umbral, envuelto en el uniforme habitual de asalto; desnuda se abalanzó sobre él. Fue un combate intenso, inacabable y hubiera sido placentero si no fuera por los recelos que acumulaba de anteriores trifulcas amorosas. Algo a cambio. Después de la ducha, la cena transcurrió cansina, mientras al otro lado, Silveria sonreía y hablaba apenas vestida con una bata demasiado escasa, liviana, transparente. El resultado de aquella operación matemática no le había dejado dormir. Tres mil euros. El coste, rebajado desde los cinco mil que primero le había pedido, del viaje de los suegros putativos desde las lejanas tierras de América del Sur hasta el domicilio fiscal de la pareja.

La consejera hizo un gesto de desagrado. El hombre la miraba abstraído, como si estuviera hipnotizado. Barba entrecana, espesa, de un par de días, ojos rojizos, hundidos en las cuencas oscuras; cansancio, el pelo descuidado; revuelto. Fue a

decir algo. Una de las demolidoras andanadas verbales que derrumbaba cualquier resistencia. Una frase lapidaria cabalgando sobre un irritante tono de voz como el rasgueo de un violín desafinado, pero por algún motivo, calló. En ese momento, Lizarralde se agachó sin dejar de mirarla, para tomar asiento.

Ella entrevió, al tiempo que abría la boca para después no decir nada la culata del arma que emergía desde la sobaquera hasta entonces oculta por la chaqueta de color gris. Desvió también, al mismo tiempo, la mirada, ya menos airada, hacia el rostro del hombre que terminaba de sentarse. La asaltó por primera vez en su vida un lejano barrunto de alarma. Fue consciente en aquel preciso momento de que todos los agotadores esfuerzos que le habían permitido llegar a donde estaba, al cargo que ocupaba, podían finalmente acabar siendo baldíos. Había límites para todo, incluso para sus ambiciones. Supo que debía callar. El policía del que le habían hablado, el que era capaz de establecer brillantes relaciones entre hechos aparentemente inconexos, parecía derrotado. Emitía señales de absoluto derrumbe por todos los poros de una lamentable apariencia física. El brillante currículum académico del que tan orgullosa se sentía, un doctorado en psicología clínica, no dejaba lugar a dudas. Si insistía en sus admoniciones, era muy posible que el policía, al que intuía muy cerca del descontrol absoluto, cometiera alguna barbaridad.

—Hace ya ocho días que apareció el cadáver de Mónica Zulueta. La señora consejera quiere conocer de primera mano el estado actual de la investigación. —dijo Uralde.

Todos esperaron que Lizarralde contestara, pero solo hizo un gesto en dirección al oficial López. El oficial carraspeó y a continuación resumió los antecedentes del caso durante unos cinco minutos.

—Ayer, de acuerdo con el subcomisario, el suboficial Behobide y yo visitamos la residencia «Digno Atardecer». Mantuvimos una entrevista con la doctora Bergman. Fue, en principio, una pérdida de tiempo. La mujer, apenas recuerda nada de utilidad, está perdiendo la movilidad física y dentro de poco necesitarán una silla de ruedas para poder desplazarla. Solo habla, cuando lo hace, en su

idioma natal, totalmente incomprensible para nosotros. La información de que disponemos nos la han proporcionado la directora de la residencia, una especialista en gerontología y también la jefa de enfermeras.

José Joaquín López hizo una pausa y esperó que alguien dijera algo. Behobide asintió en silencio. López, continuó.

—Al parecer, para las sesiones de rehabilitación se habían llevado algunas de las pertenencias de la doctora a la residencia y entre estas, una orla académica. La foto de licenciatura universitaria del marido. La mujer, en sus delirios, señalaba al doctor Contreras y a otro de los licenciados, Ladislao Sesma que a veces identificaba como su hermano y otras como su padre. La enfermera pensó en ponerse en contacto con ellos para que colaboraran en el tratamiento y la visitaran de vez en cuando. Contreras acudió en varias ocasiones y tuvo animadas charlas con su exmujer que se mostraba muy complacida en su presencia. Sesma también acudió un par de veces y según me confirmó la enfermera, la doctora Bergman le entregó un diario personal. Un diario que en el que la enferma garabateaba cosas sin sentido y al que el personal sanitario nunca dio demasiada importancia.

Lizarralde aguzó el oído. Para alivio de la consejera y de Uralde, recompuso la figura desgarbada que mostraba y extrajo algunos papeles del maletín que comenzó a manosear en silencio.

—Lo importante son los archivos desaparecidos —interrumpió Behobide, para a continuación añadir—. El diario personal es irrelevante.

—Quizá no sea tan irrelevante —Lizarralde leía las notas que había tomado durante la entrevista a Contreras—. Según el exmarido, ella jamás habría documentado ninguna actividad irregular en archivos oficiales de la clínica. Era demasiado inteligente para eso. Sin embargo, si me contó que llevaba algún diario personal, «una o varias «*moleskine*», de tapas negras». —Leyó el subcomisario—. En el delirio de la enfermedad, bien pudo entregar el diario a Sesma.

—Recapitulemos de nuevo —Urtasun leía en el portátil—. La doctora

Bergman se ocupa de que tres mujeres que requieren ayuda a la concepción queden embarazadas, sin que ellas lo sepan, del mismo hombre que suponemos es el difunto Nicolás Bedia. Herminia Sagranz se lleva algunos archivos de la clínica por un enfado personal con la doctora Bergman. Comenta este asunto con Laura Sol del Valle, al que, en principio, esta mujer no da demasiada importancia, pero unos meses después de la muerte del marido que ocurrió en junio de 2010, aparece en el domicilio de Herminia con intención de recuperarlos. Luego se producen por orden temporal los siguientes acontecimientos: el dieciocho de enero de 2011 muere atropellada Herminia Sagranz. El trece de febrero aparece el cuerpo de Adelaida González Rivas, se establece como fecha probable de su muerte el once de febrero. En marzo aparece el cuerpo de Inmaculada Sánchez. En abril del mismo año el de María Elena Vicente. El diecinueve de noviembre aparece el cadáver de Mónica Zulueta.

—Dios mío —Miren Jasone Ferreiro, había ido palideciendo conforme Mikaela Urtasun recitaba la siniestra lista de muertes que les mantenía reunidos—. Cinco mujeres muertas en el intervalo de un año. Esto es algo terrible. Yo pensaba que solo se trataba de Mónica Zulueta.

—Desgraciadamente creemos que todas estas mujeres están relacionadas de una u otra forma, que hay un motivo que todavía desconocemos que ha llevado a alguien a acabar con sus vidas. —Uralde se dirigió a la consejera con afabilidad.

—No divaguemos. Urtasun ha dicho algo muy importante. Los archivos desaparecidos o robados no tienen ninguna importancia para Laura Sol del Valle cuando Herminia le habla de ellos. A raíz de la muerte de Bedia, Contreras, según me informó ayer la pone en antecedentes sobre la existencia de tres posibles descendientes del difunto. Esta información trastorna a la mujer que habla de manera enigmática del difunto marido, «él no está de acuerdo», dice. A continuación, pregunta por el valor del caserón y el médico le da la dirección de Sesma, por lo que...

—Tenemos que suponer que lo que el médico le dijo obligó a Laura Sol a



viajar a Palencia en busca de la antigua limpiadora. —Urtasun concluyó la frase que Lizarralde había dejado en el aire.

—Y esa información, es decir, la existencia de tres posibles herederas, da lugar a una cadena de muertes que llegan hasta Mónica Zulueta e incluyen la desaparición de Sesma —intervino Behobide.

—Hay algo más acerca de la residencia «Digno Atardecer», iba a explicarlo cuando Behobide me ha interrumpido. El caso es que la doctora Bergman no recibía muchas visitas, si exceptuamos las del marido y el inmobiliario. En la residencia llevan un control exhaustivo de estos contactos, al parecer los pacientes que tratan son en general personas que tienen importantes patrimonios. La directora resumió la cuestión así: «una persona es capaz hasta que no se le incapacita judicialmente» lo que significa que cualquier acto jurídico que realicen, a pesar del evidente deterioro mental, tiene validez si no media previa decisión judicial que incapacita al enfermo. Por ese motivo registran por escrito las visitas que reciben los pacientes y siempre vigilan discretamente para que ninguno de los enfermos firme ningún papel o formulario.

López hizo una pausa y extrajo un pequeño bloc de notas.

—Durante el año 2011 entre enero y junio, tengo aquí anotadas las fechas. —Continuó López—. Mónica Zulueta visitó a la doctora Bergman una vez por semana. Mónica charlaba animadamente y la doctora le sonreía sin que las enfermeras pudieran observar nada extraño, más allá de comentarios intrascendentes. A veces Mónica mencionaba a su madre y el tiempo que trabajó para la clínica, pero la doctora no parecía recordar. Como estos encuentros se hicieron habituales la vigilancia se relajó considerablemente. Pero hay algo seguro y confirmado por la directora, Mónica sonsacó a una de las enfermeras y acabó enterándose de que Bergman había entregado un diario a Sesma. A partir de ese momento ya no volvió a la residencia.

—¿Qué podemos concluir de todo esto? —preguntó la consejera.

—Primero que hay tres herederas que han sido eliminadas, que Mónica Zulueta algo debía saber del asunto porque también ha muerto y Ladislao Sesma,

tal vez por casualidad estaba relacionado con toda esta trama y ha desaparecido. —resumió Behobide.

—Segundo, creemos que hay un grupo organizado detrás de todo este argumento. Grupo que debe tener financiación suficiente y que debe, como corresponde a cualquier organización, reunirse en alguna guarida que desconocemos. —añadió Urtasun.

—Debe haber, por tanto, un líder o una líder que por lo que sabemos y aunque parezca descabellado, podría ser Laura Sol del Valle. Y la guarida que ha mencionado Urtasun podría estar en Ilun Etxea, un caserón perdido y difícil de localizar, pero que una vez situado podríamos someter a vigilancia.

—López. Eso que has dicho, parece una conclusión aparentemente acertada, pero con muchos cabos sueltos. Me cuesta imaginar a esa mujer enlutada de las fotografías y completamente dependiente del marido al mando de semejante comando de ejecución. Además, organizar la vigilancia del caserón y algún asalto pelicularo a cargo de los cuerpos especiales para encontrar solo a la viuda y algún gato perdido, es muy arriesgado. —atajó Uralde.

—No tenemos otra cosa —insistió López—, ni siquiera tiempo. A veces lo más increíble resulta ser verdad.

—López tiene razón —intervino Lizarralde—. Pero antes de tomar decisiones definitivas quiero hablar con ese elemento, el buitre, sin embargo, el tiempo corre, por eso está la señora consejera aquí. —En ese punto Lizarralde lanzó una mirada mordaz a la mujer—. Por lo que deberíamos ir preparando algo de lo que apunta López, es decir, primero localizar de una vez ese maldito caserón o lo que sea, preparar un equipo de vigilancia y otro de asalto. Según lo que nos diga el buitre, actuaremos.

—Respecto al caserón —insistió Lizarralde—. No vamos a perder el tiempo. Contreras sabe dónde está y nos ayudará a encontrarlo. ¿Qué hay de la reunión con el buitre?

—Bueno, ayer me puso en antecedentes la oficial Urtasun. Conozco a Amorós, antes coronel, ahora retirado, que es su socio. He llegado a un acuerdo

con él, ese tal «buitre», o Armando, hablará con el subcomisario. Estará aquí mañana por la mañana. Él solo quería comunicarse con Lizarralde, pero he creído conveniente que le acompañe la oficial Urtasun y en eso hemos quedado. Se reunirá con ustedes en lo que él definió como terreno neutral. El pabellón 76 del polígono industrial Urrutikoa.

—Lo conozco. —dijo Lizarralde.

— A primera hora les espera.

Sobre las ocho de la mañana Urtasun conducía. Lanzó una mirada preocupada a su acompañante que le producía una sensación desagradable. El subcomisario se recostaba sobre sí mismo, parecía haberse hundido más de lo habitual en el desgastado asiento del coche oficial. Suspiró apesadumbrada y fijó la atención en el laberíntico entramado de carreteras que se distribuían en el polígono industrial. Lizarralde sabía el camino, o al menos eso había afirmado en la reunión del día anterior. Sin embargo, ahora silente, cabizbajo, parecía incapaz de sostener la propia cabeza que oscilaba como un grotesco tentempié al compás de curvas y baches sin que en ningún momento se mostrara capaz de indicar alguna ruta a través de la cual circular con la mínima seguridad de llegar al pabellón 76.

—¡La hostia Lizarralde! ¡Joder! No podemos seguir así. Espabila o vamos a estar dando vueltas toda la mañana.

El subcomisario hizo un gesto ambiguo. Odiaba los juramentos, las blasfemias que salpicaban cualquier frase de más de dos palabras que cualquier vasco pudiera pronunciar. No era costumbre de Urtasun utilizarlas y fue consciente de que su actitud la exasperaba. Elevó en silencio el brazo derecho que osciló con poca energía, como la postrera despedida de un moribundo y señaló un cruce a unos cien metros. —Por ahí hacia arriba, no te desvíes, en un momento llegamos —acertó a decir.

La oficial aparcó en la explanada invadida por hierbajos junto a la entrada. El cielo gris plomizo amenazaba lluvia, hacía frío. El hombrecillo les esperaba

envuelto en un ropaje que a Mikaela le pareció horrible y a Lizarralde no le pareció nada. La chaqueta de algún género parecido a la lana, de color gris sepultaba tres cuartas partes del cuerpo del hombre y era recorrida por una enorme cremallera imitación a plata. Los pantalones, lo que de ellos podía verse, de azul mahón que a su vez escondían entre los pliegues sobrantes las botas o zapatos de los que solo sobresalían las punteras. Las gafas, también grandes y de aumento, parecían diseñadas con el único propósito de evitar que aquellos ojos asustados pudieran saltar de sus órbitas.

Les invitó a pasar en silencio. El interior del pabellón, sombrío, acabó por desaparecer en la penumbra cuando Lizarralde cerró la puerta. Esperaron a que la vista se adaptara a la oscuridad y luego siguieron con precaución los pasos del anfitrión, cansinos, pesados, producían ecos que rebotaban en las oscuras paredes y que Urstasun atribuyó a las punteras metálicas cosidas al calzado. Lizarralde, aprovechando la oscuridad, enredó en el interior de la chaqueta y puso en marcha un pequeño bolígrafo grabador. Se dirigieron hacia un agónico cono de luz amarillenta y tristonera. Armando ofreció a los policías dos sillas ribeteadas con tachuelas de latón que cercaban un relleno de alguna sustancia que quería parecer terciopelo verde. Lizarralde se dejó caer sin fuerza. Urstasun rebuscó en la mesa y en las estanterías del pequeño despacho servilletas de papel o un trapo. Cualquier cosa que le permitiera limpiar la suciedad que no veía, pero que estaba segura revestía como una costra todos los rincones de la maloliente oficina. Porquería dispuesta a incrustarse en la ropa y una vez traspasada, en su propio cuerpo en cuanto se sentara en una de aquellas sillas. Por fin extrajo de uno de los bolsillos un pañuelo que colocó con infinitas precauciones sobre el asiento antes de dejarse caer con una mal disimulada expresión de asco.

Siguió un silencio espeso. El subcomisario más abatido que de costumbre cavilaba acerca de la inevitabilidad del destino. Los suegros, lo que fueran, arribarían, le había anunciado una jubilosa Silveria, dentro de quince días. Fecha y hora apuntada en agenda que le enseñó con el apercibimiento de que debían

estar ambos, presentes para tan feliz acontecimiento en la terminal de Loiu. Armando desplazaba los ojos deformados por los cristales de las gafas en movimientos horizontales, de uno a la otra policía en curiosa sincronía con los movimientos, estos últimos verticales, del hueso hioides que ascendía y descendía sin descanso a lo largo del cuello delgado y larguísimo.

Urtasun se sintió deprimida en compañía de aquellos dos acompañantes que parecían sepultureros.

—El caso es que yo no debería estar aquí. Una casualidad, no se trata de otra cosa. Yo paseo libremente por la ciudad, una cámara de seguridad capta mi imagen y a continuación paso de tener la condición de hombre libre protegido por la constitución a verme obligado a entrevistarme con dos policías.

Armando extrajo un botellín plástico transparente y sorbió un trago de lo que a Urtasun le pareció agua, aunque no estaba muy segura de ello. Luego restregó el plástico con la bocamanga y les ofreció con el rostro compungido la botella. Ante la mirada horrorizada de Mikaela, Lizarralde bebió durante unos segundos. Fuera lo que fuera el contenido líquido pareció suministrarle algún tipo de energía.

—Tenemos que abreviar, Armando, no vamos a discutir ahora tus derechos constitucionales. Se ve que en nuestra anterior entrevista te olvidaste de proporcionarme algunos detalles. Por si te interesa solo te diré una palabra, Buendía.

Armando lanzó una mirada apesadumbrada a Urtasun, parecía a punto de llorar. La oficial permaneció impasible, intentando comprender qué podía significar Buendía.

—Quedamos en que habías llegado a la conclusión de que en la extraña actitud de la antigua empleadora de tu tía no había otra cosa que algún trastorno mental sin demasiada importancia. Ahora conviene que completes el relato.

—Fue a raíz de la muerte de Herminia. Mónica nunca creyó que aquello fuera un simple accidente y luego, además, estaba el orgullo de los Sagranz, especialmente presente en mi prima y en general en toda esa rama familiar,

desde luego no en la mía, que somos por naturaleza más humildes. Gente que en una generación había pasado del hambre y la miseria a ese estado social que se identifica como la clase media. Un ascenso mareante: «ya somos importantes, a nosotros no nos puede pasar nada semejante, se impone la venganza». Mónica sonsacó a una doctora que estaba perdiendo la memoria, incluso se inventó una clave detectivesca. «El diario lo tiene el pueblecito navarro», o sea, Sesma. Me dio la dirección de ese tipo, quería que lo recuperara. También me habló acerca de algún análisis genético que debía practicarse a un difunto. En este caso la clave que se había inventado era una compuesta de iniciales, si el tipo se llamaba Pedro ella había archivado el asunto como Q, es decir, la letra posterior. Muy ingenioso le pareció a ella aunque no le hice demasiado caso, después de todo tampoco habíamos tenido tanta relación. Cuando me enteré de su muerte me sentí un poco culpable y decidí seguir al tal Sesma. Siempre he sido muy respetuoso con los muertos.

Armando, entre trago y trago. —Es que se me reseca la boca —aclaró. Relató los acontecimientos de la noche lluviosa en que Sesma murió asesinado.

—¿Por qué no denunció esa muerte? —inquirió Urtasun.

—Por miedo. Era una secta. Un grupo de salvajes con el cerebro en ebullición. Además, el caserón, los hábitos que vestían, la noche, deduje que mediante alguna artimaña habían atraído al hombre a aquel lugar y luego le habían asesinado sin contemplaciones. Mejor no meterse con ellos. Algunas de esas cofradías agrupan a gente muy poderosa, muy bien situada en la política, en la administración, en la economía, yo soy muy prudente en mi actividad. En general trabajo solo y no puedo arriesgarme a tener problemas con semejantes individuos. Y esa..., ese grupo de sacerdotes de la muerte que yo vi me pareció especialmente peligroso.

—¿Qué pasó luego?

—Llovía con fuerza. El fragor de la tormenta me ayudó a pasar inadvertido. Apareció un coche de color oscuro. Introdujeron el cuerpo en el maletero. Luego se reunieron en torno al que parecía el jefe, un tipo no muy alto, rechoncho,

llevaba gafas que lanzaban algún que otro destello al reflejo de linternas y que limpió un par de veces para hacer desaparecer la humedad. Parecía muy nervioso. Yo no me quedé a ver qué pasaba, retrocedí con rapidez hasta la entrada que estaba como yo suponía, cerrada, me oculté entre la vegetación. Seguía lloviendo. Esperé. Supuse que sacarían el cadáver en el vehículo que había visto, aunque también podrían simplemente enterrarlo en el mismo bosque, pero tuve suerte. Al poco tiempo se abrió la compuerta vegetal que dio paso al coche oscuro, pude verlo mejor, un Ford Mondeo familiar, un coche alargado, de aspecto fúnebre y yo, antes de que el portón volviera a cerrarse conseguí salir sin que nadie me viera.

—Seguro que anotaste la matrícula —sugirió Urtasun.

—Lo único quería era alejarme de allí, pero sí, la memoricé.

Recitó números y letras y la oficial apuntó el número de la matrícula en una libreta, se levantó de la silla sin decir nada y abandonó el cuchitril. Comprobó la cobertura del teléfono móvil e hizo una llamada. Habló durante tres minutos y volvió a sentarse junto a los dos hombres.

—Caminé por la orilla de la carretera en busca de mi coche, vi la moto de Sesma. Me acerqué y trasteé el trasportín, no estaba cerrado con llave. En su interior encontré la libreta, una especie de diario.

—¿Y? —preguntó Lizarralde.

Armando abrió un cajón de la mesa y extrajo una gruesa «*moleskine*» negra, la entregó al policía.

—Es incomprensible —aclaró mientras Lizarralde repasaba el manuscrito—. Algunos nombres están escritos en español, pero el resto es un idioma extranjero.

Lizarralde asintió. Ya lo traducirían. Cerró el libro y lo puso encima de la mesa

—¿Algo más? —Armando negó con la cabeza.

—Cuando esto acabe tendrás que declarar ante el juez —dijo Joxean.

—Ejem —susurró Urtasun. Lizarralde la miró. —El caso es que Uralde llegó a

un acuerdo con el socio de este señor. Él nos informaba de todo lo que había descubierto, pero nosotros debíamos ocultar la fuente. A todos los efectos, lo que ahora sabemos es fruto de nuestra investigación, Armando no existe, no tiene nada que ver en este asunto.

Lizarralde no dijo nada. Recogió el diario y se dirigió a la salida. No se despidió. Desde la silla, Armando observó la retirada del policía seguido por la mujer. Bebió de nuevo del botellín y esperó a que la puerta del pabellón volviera a cerrarse.

—Para. Aparca ahí. —Paró y aparcó allí.

—Llama, ¡a ver que hacen esos! —Urtasun empuñó el móvil y deslizó con sorprendente rapidez los pulgares sobre el teclado virtual. Mientras esperaba contestación Lizarralde observó el bar junto al que habían aparcado. Desayunaría allí mismo. Había salido con precipitación de casa. Silveria dormía profundamente y él no había querido arriesgarse, ni siquiera se había aseado como era debido. Volvió al coche. En el asiento trasero tenía la carpeta que abultaba en el centro como si estuviese embarazada. Extrajo una funda plastificada que contenía la maquinilla eléctrica, un peine en miniatura y unos sobres de crema para después del afeitado. Se asearía en los baños del bar.

Urtasun cortó la comunicación.

—López ha solicitado información sobre la matrícula al Departamento de Tráfico. Pertenece a una pequeña sociedad de pompas fúnebres. Tienen el tanatorio en Añorga. Ha desplazado un par de secretas allí. También ha localizado a Contreras que se ha mostrado dispuesto a colaborar. Dentro de una hora han quedado para localizar Ilun Etxea y los terrenos que dan acceso. Uralde ya se ha puesto en contacto con los cuerpos especiales, vienen de camino. Armando, nada menos que Arriortúa del Barrio.

—¿Y qué pasa?

—¿Qué pasa con qué?

—Has puesto mala cara Mikaela. Con eso de Arriortúa.

—Yo no he puesto ninguna cara.



—A ver, Urtasun. El noventa por ciento de la gente no es consciente de la cara que pone por la sencilla razón de que no se la ve, algo te pasa con ese Arriortúa y es mejor saberlo a que luego surjan problemas. Los de intervención especial están siempre a punto de explotar.

La oficial suspiró.

—Bueno. Vamos a la cafetería de enfrente y allí te lo cuento.

El subcomisario asintió y se encaminó al bar de al lado. Ella esperó por si cambiaba de opinión, pero Lizarralde ni siquiera la miró. El interior era pequeño, atestado de mesas vacías, apenas había espacio para caminar entre ellas. Dos máquinas tragaperras emitían ruidos estomacales y melodías chinescas. Él pidió algo al hombre de la barra, el hombre de la barra gruñó algo a la mujer de la cocina, la mujer de la cocina dijo —¿Qué? —Y Urtasun escuchó algo referente a una tostada.

Lizarralde se dirigió al baño y ella descompuso el rostro en un gesto de incredulidad, eso supuso al menos, pero como había dicho Lizarralde no podía verse a sí misma, por lo que el barman que la miraba con cara bobalicona como si estuviera viendo una extraterrestre, bien podía pensar cualquier cosa. Estuvo tentada de congelar la expresión y mirarse en el espejo que recubría una de las columnas, pero decidió no dejarse arrastrar por las estúpidas paranoias del subcomisario. La tostada, el café, el zumo, ya esperaban a Lizarralde cuando apareció con el pelo húmedo y apelmazado, afeitado, solo «un poco más presentable que unas horas antes», pensó ella. «Este hombre cada vez está peor», volvió a pensar.

Se levantó.

—Mientras me traen mi desayuno, por el que no me has preguntado, voy al baño.

—Perdona, es que estoy un poco perdido.

Cuando retornaba observó a su compañero. Sostenía la tostada a media altura, la taza de café humeaba sobre la mesa y estaba inmóvil, parecía solidificado. Miraba fijamente al frente, justo al hombre del bar que se movía de un lado a

otro de la barra sin mucho fundamento, nervioso y asustado perseguido por los ojos inanimados del policía.

—¡Qué asco de baños! la cafetería de enfrente está mucho más limpia y los aseos no son compartidos.

La sala de espera para vuelos internacionales, Silveria, los suegros lanzando abrazos y besos mientras la cinta transportadora giraba cargada de maletas. Todo desapareció y Lizarralde emitió un sonido estúpido ¡Ehhh...!

—Los baños están asquerosos y son compartidos, hubiera sido mejor haber ido a la cafetería de enfrente, —repitió ella, hablándole como si estuviera en presencia de un alelado.

El barman huyó a la cocina. Sudaba.

—Qué nervioso me está poniendo ese tipo —dijo a la mujer—. No seas bobo —contestó la cocinera—. Tiene una pistola —insistió él—, y ella se asomó con precaución.

Lizarralde retomó el desayuno.

—Es lo que tiene la igualdad de género. Las mujeres persiguen a los hombres hasta los urinarios.

—No digas bobadas, Joxean, la cuestión está en la limpieza.

—No creas, la orina de los varones emite un olor mucho más fuerte que la de las mujeres. Los hombres en general huelen peor, debe ser por esos asuntos de la depredación y defensa del territorio, cosas así. Si lo piensas un poco los jóvenes extranjeros invaden San Sebastián todos los fines de semana no para colocarse, eso en términos freudianos sería el contenido manifiesto, a lo que en realidad vienen es a mearse en cualquier esquina, dejan su sello animal, buscan la noche y la juerga para marcar el territorio. Pautas de comportamiento arcaicas incrustadas en la mente. Urtasun, no lo dudes, la civilización occidental retorna sin remedio a la cueva, al bosque, al salvajismo.

Ella sonrió. —Qué bobadas dices a veces. ¿Has leído alguna enciclopedia de vida animal?

—No. Esto me lo ha dicho el comercial que viene a la comisaría a reponer los

ambientadores en los baños. Está muy puesto en cuestiones de hedores, pero bueno, a lo que íbamos. ¿Qué pasa con Arriortúa?

Urtasun dejó la taza de café en la mesa.

—Es un pedante. Hace un año recurrimos a ellos para el asalto a un piso que había alquilado un grupo bastante peligroso de narcos. Se cree un Rambo de las Encartaciones o algo así, practica todos los deportes de riesgo que te puedas imaginar. Me dio la paliza acerca de todas las técnicas de lucha que domina y los cinturones que tiene de cada una de ellas. No sé cómo pasó, pero acabó llevándome hasta el piso. Vive solo y no tiene otra obsesión que el físico, los entrenamientos, tácticas de combate y conquistas amorosas. Fue terrible. No es que me obligara a nada, es que en su mente, la posibilidad de que una mujer no quiera acostarse con semejante máquina de demoler enemigos es inconcebible. Tuve que ponerme violenta y él me agarró del brazo. Todavía me duele. Menos mal que alguna neurona de su cerebro consiguió tomar el control y pude salir de allí.

—Crees que puede descontrolarse.

—No. Eso no. Cuando está al mando de operaciones es un robot, no se pone nervioso, prepara las intervenciones con minuciosidad, sin que se le escape un detalle. Es el mejor, pero a mí me trae ese mal recuerdo, nada más.

—¿Entonces no habrá problemas?

—No, como te digo es el mejor... Pero no entiendo por qué vienen ya, todavía no hemos localizado esa secta, ni sabemos con seguridad el lugar de reunión.

—Uralde está agobiado, la consejera está encima. Quiere resultados de inmediato.

Lizarralde extrajo el pequeño bolígrafo grabador, una bolsa de papel que solían utilizar en las escenas de delito e introdujo el bolígrafo.

—Es la grabación de la conversación que hemos mantenido con Armando. Luego firmamos los dos el documento que acredita esta prueba y la adjuntamos al expediente, por si hace falta en el futuro. Espero que guardes discreción, En realidad no tenemos muchas pruebas concretas, todo son suposiciones, este

testimonio es fundamental. Por muchos acuerdos a que haya llegado Uralde no veo otra salida que llamar como testigo a Armando.

Terminaron el desayuno y Lizarralde pidió la cuenta. Dejaron el bar, en el exterior les asaltó el viento frío de media mañana, el estruendo de los camiones de transporte, voces estridentes que dirigían complicadas maniobras de aparcamiento, el olor a gasóleo quemado. Urtasun puso en marcha el motor y esperó a que el subcomisario se sentara al lado. Decidieron volver a comisaría.

Entraron en la sala de investigadores. Uralde tenía la puerta del despacho abierta y se movía en el interior nervioso, como un tigre enjaulado. Les hizo una seña. El resto de agentes les observó con interés mientras se escondían en el cubil del comisario.

López estaba sentado en una esquina de la mesa, un policía agachado al lado repasaba con interés unos planos. Se levantó. Uralde les presentó, Arriortúa saludó con seriedad, sin pronunciar palabra, si reconoció a Urtasun no dio la menor muestra de ello.

—Bueno. Los acontecimientos se aceleran. —dijo Uralde palmeándose las manos, frenético a la vez que satisfecho.

—Nuestros chicos han acudido al tanatorio como una pareja de familiares abrumados por la pérdida y han conseguido distribuir unos cuantos micrófonos por el local. El que nos ha dado la información lo han instalado en el despacho del responsable aprovechando un descuido que ha dejado la puerta abierta. Sobre la mesa una placa de información, el gerente se llama Sebastián María Gutiérrez, norteamericano de origen mexicano nacionalizado español. Ha contestado una llamada de teléfono, de lo que hemos escuchado parece seguro que han organizado una reunión urgente mañana mismo. El asunto es que no estamos seguros de que sea en Ilun Etxea, aunque dispongo de algunas fuentes de información que lo aseguran, él solo ha dicho, «donde siempre». Les seguiremos, por supuesto, pero estamos partiendo de la hipótesis de que se reunirán en esa casona. Tenemos algunos planos antiguos del catastro, pero Arriortúa ha desplazado un par de hombres al lugar. Intentarán entrar sin ser

vistos y hacerse una idea del terreno que pisan. Yo me encargaré de solicitar los permisos judiciales.

Lizarralde sopesó lo que había dicho el comisario. ¿Cuáles eran esas fuentes de información que lo aseguran? Uralde sonreía satisfecho.

—No parece que haya cámaras de vigilancia alrededor de la finca —aclaró López—. Los de intervención están bien entrenados. La idea es que, si fuera posible, exploren con detenimiento los terrenos y en su caso la propia casona, si luego resulta que la reunión es en otro lugar será tiempo perdido, pero si se produce en Ilun Etxea, tendremos ventaja.

—Según lo que nos ha dicho Armando, la tenuta medio masónica que costó la vida a Sesma fue en la casona. Es casi seguro que volverán a reunirse en el mismo lugar, —confirmó Urtasun, ante el silencio de su compañero.

—Tengo que hacer una aclaración. —Arriortúa abandonó su mutismo y se dirigió al subcomisario.

Lizarralde le vio venir y ante la amenaza de invasión de su espacio personal se retrotrajo a los cuarteles de invierno. Le invadió el otro ser, el que solía permanecer escondido entre las telarañas del más profundo inconsciente. Inmovilidad absoluta, como si su cuerpo se solidificara.

Arriortúa frenó en el último momento. La maniobra, destinada a sentar desde el principio que en aquel tipo de operaciones no consentía intromisiones de nadie, había fracasado. Hasta algún coronel de la Guardia Civil había trastabillado hacia atrás cuando el cuerpo gigantesco, delgado, fibroso y a la vez rotundamente musculado se había dirigido como un camión sin frenos en dirección a la víctima del momento. Pero Lizarralde, enclenque, con una apariencia física lamentable a sus ojos y media cabeza por debajo de los casi dos metros del policía de intervención especial parecía haberse condensado en algún extraño tipo de sustancia gelatinosa y la arremetida se había contenido a escasos centímetros de la mirada inerte del subcomisario. Arriortúa retrocedió para a continuación añadir, con menos energía de la que en principio pensaba emplear:

—La operación, si finalmente se produce, corre a cargo exclusivamente de mis

hombres. Ustedes permanecerán a la espera hasta que yo les autorice a entrar en el escenario.

Lizarralde no dijo nada. Continuó mirando sin ver, inmóvil como un tronco fosilizado y a Arriortúa aquel comportamiento tan insólito le produjo un mal palpito.

La mañana había amanecido para él con tristona melancolía. Dos días hacía que ya tenía cuarenta y cinco años. De pronto se sintió mayor. Se hizo evidente que por mucho que se empeñara, los entrenamientos le resultaban cada vez más agotadores, el esfuerzo físico acumulado a lo largo de los años había comenzado a pasarle factura. Entrevió un futuro al margen del cuerpo especializado de la policía autónoma y eso le había sumido en un principio de tristeza que ahora la actitud pétrea de aquel curioso policía de medio pelo había contribuido a incrementar. Volvió, un tanto avergonzado a los planos y a los comentarios con el oficial López.

—Bien, entonces solo nos queda esperar. Iremos preparando el centro de operaciones para mañana —dijo Uralde con una sonrisa.

Lizarralde abandonó el despacho en silencio, consciente de que Uralde comenzaba a tomar el control. No le afectó demasiado. Quería terminar con el asunto de Mónica. Quién se llevara el mérito de la resolución del caso, si finalmente se producía, ya no le importaba. Los demás policías le siguieron y cada uno se dirigió a su mesa correspondiente. Arriortúa, uniformado, le lanzó una mirada extraviada antes de abandonar la sala, Lizarralde ni siquiera se dio cuenta del interés que suscitaba en el agente de intervención. En aquel momento cavilaba acerca del diario que Armando les había entregado. Lo extrajo del interior del portafolio y comenzó a ojearlo. Había algunos nombres en español que correspondían a las madres inseminadas. Revisó el cuaderno de notas y abrió un archivo de texto en el ordenador. Tenía por costumbre, ya casi olvidada, elaborar un relato lo más coherente posible de los casos que indagaba. Luego, cuando era necesario, transformaba el relato aproximado en informe detallado en el que apuntaba las horas y fechas anotadas previamente en la libreta,

correspondientes a reuniones y gestiones de todo tipo que se habían ido produciendo a lo largo de la investigación. El relato, sin embargo, le proporcionaba una visión de conjunto, un argumento aproximado, una secuencia lógica de los motivos, las causas y de los hechos que como consecuencia se habían ido produciendo en el tiempo. Quedaban un par de horas para el descanso que le permitía acudir hasta su casa y comer con Silveria. Los años alejado de cualquier actividad policial le habían llevado a convertirse en un burócrata con horarios fijos de lento y a veces desesperante trascurso. Antes de arremeter contra el teclado imaginó el posible encaje del diario en el desarrollo de los acontecimientos.

La confesión de Contreras a la mujer de la casa oscura parecía ser el principio de todo. Ella en un primer momento parece decidida a vender la casona por algún motivo desconocido. En este punto los requerimientos del difunto no le parecían demasiado convincentes. A continuación, decide recuperar los archivos recogidos por la antigua empleada de la limpieza en la creencia de que allí se explicaban los detalles de lo que la doctora había hecho en la clínica. Debía de contar ya para entonces con un grupo, con la secta a la que se refirió López, (La casa del nuevo renacer). Tal vez habían buscado en la vieja residencia de la familia en Palencia en la que él había pernoctado y habían llegado a la conclusión de que en los archivos no había nada importante o quizá habían hecho desaparecer los que eran importantes sin dejar rastro de su existencia. Pero el peligro de que las mujeres inseminadas llegaran a conocer la historia persistía por lo que decidieron, Laura Sol y el grupo o su líder, si lo había, (y en ese momento, Lizarralde recordó el relato de López acerca del misterioso conferenciante) que eliminando a las herederas se cortaba de raíz la posibilidad de cualquier reclamación. Quizá las madres, si llegaran a conocer la verdad, y en ese punto era donde Mónica y sus conocimientos jurídicos podrían tener un encaje lógico, podrían pleitear en demanda de la herencia de las hijas fallecidas, pero no era muy probable que eso hubiera ocurrido. En todo caso, sí que era cierto que Mónica consigue conocer el destino del diario que ahora tenía entre

las manos. Tenía que haber un informador en la residencia «Digno Atardecer», alguien que el grupo había puesto para controlar a la doctora Bergman y a sus visitantes. De improviso le asaltó la idea de que también cabía la posibilidad de que Contreras se hubiese enterado de la entrega del diario. Tal vez desde la residencia habían llamado primero a Sesma y para cuando Contreras había comenzado a visitar a su exmujer el diario ya había sido entregado. Él pudo enterarse de la misma forma que lo hizo Mónica; (anotó todas estas consideraciones en el cuaderno), ese alguien, Contreras u otro hipotético informador avisa de que la mujer ha entregado un diario a Sesma y de que Mónica ha llegado a conocer esa circunstancia. Quizá han buscado el diario en casa de Sesma sin encontrarlo, tal vez siempre ha estado en el baúl de la moto. A veces pueden ocurrir esas cosas, lo que para unos es importantísimo para Sesma no significa nada, lo olvida en el trasportín del escúter y semejante dejadez es inconcebible para quienes piensan que el diario es trascendental; ni se les ocurre buscar allí. No lo encuentran en casa de Sesma y deciden acabar con las dos únicas personas que pueden estar relacionadas con el diario, Sesma y Mónica. La historia iba tomando forma coherente en la mente de Lizarralde. Comenzó a teclear y el cursor fue desplazándose a lo largo de la hoja virtual. Más adelante, pensó el policía, cuando hubiesen detenido al grupo podrían interrogarles y llegar a conocer toda la extensión de la trama, incluidos los informadores, si los había, de la residencia. De momento el relato le parecía verosímil, quizá cuando todo terminara habría que cambiar una o más de las conclusiones que ahora le parecían evidentes, pero todo se haría en el momento oportuno.

Hizo una pausa en el trabajo. El tiempo parecía haberse detenido, la misma sala en la que se encontraba, rodeado de gente, se mostraba extrañamente silenciosa. Todo el mundo parecía esperar acontecimientos, el acontecimiento, el desenlace final de la brutal serie de crímenes. Concluyó para sí mismo que, pese a la aparente tranquilidad, podía percibirse cierta tensión, un palpito de ansiedad contenida, todo disuelto en una ilusoria placidez, como la calma que precede a la tempestad. Repasó lo que había escrito y continuó tecleando.



## PREPARATIVOS

Dos policías autónomos de base y un vigilante jurado acabaron de colocar toda la parafernalia informática en la sala de control que el comisario había preparado para seguir la operación de asalto a la casona. El reloj de Uralde marcaba las nueve horas. Dio unas palmaditas que expresaban la satisfacción que le embargaba. Había dispuesto ocho portátiles a lo largo de la mesa. La reunión del grupo de asesinos se produciría una vez hubiera anochecido, eso habían deducido de lo que había informado Armando. Ocuparían su lugar en la sala, además de sí mismo y el oficial López, los jefes de la policía autónoma y dos altos mandos de la guardia civil y la policía nacional. También la consejera había prometido acudir. Los cuerpos especiales llevarían cámaras en los cascos y ellos, cómodamente sentados, seguirían a través de los ordenadores el desarrollo de la operación. Recordó la imagen del presidente Obama rodeado de miembros de su gabinete y la dolorosa y muy femenina expresión de angustia de Hillary Clinton. Recorrió con la mirada la habitación. Allí estaba. Una cámara semiesférica incrustada en una esquina del techo. Grabaría cuanto allí ocurriera. Luego, si todo salía como esperaba, podrían difundir las imágenes vía internet. Eso les situaría a la altura tecnológica y policial de la primera potencia mundial con él en papel destacado. Imaginó la escena: «Miren Jasone Ferreiro angustiada, mientras a su lado, el comisario Uralde, ofreciendo el perfil bueno a la cámara, acariciaba la delicada y trémula mano de la mujer para confortarla ante las terribles escenas que estaban viendo». Sintió una agradable descarga nerviosa. Inspeccionó de nuevo el centro de control. Sillas plastificadas de color blanco para los policías que iban a asistir al desarrollo de la operación y su propia butaca ergonómica traída desde el despacho para la señora consejera, si esta, por fin se decidía a presenciar en directo la actuación policial. Imaginarla a su lado mientras él le explicaba las extraordinarias complejidades de la

investigación que había llevado a cabo, le produjo de nuevo un placerero, casi sexual escalofrío.

Retornó al despacho frotándose las manos. De refilón observó que Lizarralde no había aparecido. «Casi mejor», pensó.

El subcomisario aspiró una bocanada del aire húmedo y salobre que el ventarrón costero esparcía en las cercanías del paseo del tenis. Más allá de la barra marina, las masas nubosas ocultaban el horizonte líquido de un embravecido mar color verde oscuro. El agua bullía, como si estuviera hirviendo, las olas reventaban en pequeñas explosiones de espuma blanca. La previsión meteorológica no era buena. Al atardecer se esperaban lluvias abundantes. Casi estaba fuera del caso de Mónica. Uralde le había llamado a primera hora de la mañana anunciándole que él en persona se encargaría del seguimiento en comisaría. Arriortúa trabajaba ya en la preparación del asalto. López se quedaría en el centro de control. El subcomisario, la oficial Urstaun y el suboficial Behobide, debían estar preparados junto con veinte agentes de uniforme para reforzar en caso necesario a los policías de asalto. Varios de esos agentes ya se habían distribuido a lo largo del perímetro de los terrenos de la casona y estaban atentos a cualquier novedad, si bien, según Uralde, no se esperaba demasiado movimiento hasta el anochecer. Definitivamente el comisario tomaba las riendas. Suspiró con resignación. No tenía demasiadas ganas, pero debía reunirse con el grupo de trabajo. Adivinaba cierta precipitación en la preparación del operativo.

Ya en la comisaría localizó a Urtasun abstraída en la mesa de trabajo. Le hizo una seña y luego buscó a Behobide y López. Le siguieron. Al final del largo pasillo se dirigió a la que había sido salita de fumadores. Ahora el consumo de tabaco en el interior de comisaría estaba totalmente prohibido, quiénes todavía tenían el vicio debían abandonar el edificio y fumar en el exterior. A pesar del tiempo transcurrido desde que en la pequeña habitación se consumió el último cigarro, seguía despidiendo un fuerte olor a tabaco. Apenas la utilizaba nadie. Los no fumadores por el olor, los exfumadores por los malos o placereros

recuerdos que el olor les traía y los fumadores porque no podían resistir mucho tiempo en el interior sin tener que salir corriendo a quemar un cigarrillo.

Se distribuyeron alrededor de la mesa circular. Lizarralde dejó el portafolio al lado de la silla y cruzó los brazos.

—¿No os parece que se están precipitando? —preguntó

—Uralde está eufórico —contestó López—, pero por lo que me ha dicho están bastante seguros y yo creo que tienen motivos para estarlo.

—Tengan motivos o no, yo creo que nosotros deberíamos estar al frente de esta operación. Nos han dado una patada y nos han dejado al margen.

—Era de esperar, Mikaela, pero para que Uralde se lance a la piscina de esta manera tienen que estar muy convencidos. El caso es que esta tarde nosotros también vamos a estar allí y si ocurre algo desagradable nos vamos a cargar el marrón —Lizarralde se dirigió a López—. A ti te quiere al lado por si los gerifaltes preguntan algo que él no conoce. Cuéntanos esos motivos.

—En primer lugar, suponen que los asistentes a la ceremonia, tenida o como se quiera llamar van a ser seis personas. Por un lado, en el tanatorio, el gerente recibió la llamada de alguien convocando la reunión, ese alguien parece que es el líder del grupo, luego hizo cuatro llamadas informando de la hora y del lugar, «donde siempre». Además, dos agentes de Arriortúa se colaron ayer en el caserón, saltaron el muro y reconocieron todo el terreno. No vieron cámaras ni alarmas de ningún género, se acercaron a la entrada de la casa. Cuando estuvieron seguros de que no había nadie abrieron la puerta con ganzúas y recorrieron todo el interior.

—Eso es bastante irregular, ¿no? —dijo Behobide.

—Llevaban una orden judicial de registro que Uralde ha conseguido del juez amigote suyo. No consta fecha, ni lugar concreto. Hoy mismo van a terminar de completar el formulario. Si les hubieran pillado en la casa, la habrían tenido que enseñar y todo se habría ido al traste, pero no había nadie. Encontraron una dependencia que Uralde me ha descrito como ceremonial. Una mesa central con seis sillas y las paredes adornadas con cuadros y telas pintadas con motivos más

o menos masónicos. En el techo cuelgan lámparas especiales que recuerdan las de una discoteca. Y en un mueble de pared un dispositivo parecido a un sistema informático que controla luces y sonido. Aprovechando el aislamiento del lugar y que la casa estaba vacía lo pusieron en marcha. Al activarlo se produce una secuencia de funcionamiento de las lámparas que comienzan a destellar fuertemente, se encienden y apagan conforme a un ritmo sostenido, son como fogonazos muy potentes, generan un efecto hipnótico según los agentes. Además, junto con las luces, se entremezcla un sonido desagradable, una vibración de tonos bajos, fluctuante. En dos minutos de funcionamiento de aquel sistema los dos agentes acabaron medio mareados. Me recuerda a aquella conferencia a la que asistí. Parece que ese individuo, si se trata del mismo, ha perfeccionado el sistema.

—Será para condicionar a los miembros de esa secta. Seguro que las luces y el sonido les inducen un estado de trance, una pérdida de defensas mentales; entonces, una vez llevados a ese estado cerebral, el líder o quién sea, les bombardea con algún discurso y hace con ellos lo que le parece. —intervino Behobide.

—¿Y el resto de la casa? ¿La han inspeccionado bien? —Lizarralde no parecía muy convencido.

Los tres policías restantes se miraron entre ellos, sonriendo. Eran conocidas las paranoias del jefe. Cualquier plan de actuación convincente, en la mente del subcomisario se transformaba en un augurio de catástrofe. Lizarralde paseó una mirada gélida entre los agentes. Nada en su actitud o en su rostro dejaba traslucir que, como le ocurría con frecuencia, se sentía avergonzado.

—No han encontrado nada importante, muchas habitaciones, muy antiguas, algunas con muebles en no muy buen estado carcomidos por la polilla. Otras que parece que son las que se utilizan, mejor acondicionadas. El desván, muy grande, polvoriento, lleno de telarañas, estanterías y libros viejos. En el sótano una caldera de calefacción y algunos materiales para la chatarra apiñados junto a una gran carbonera. Aunque ahora la caldera funciona con gasóleo. Como os he

dicho antes, parece que tienen todo bastante controlado.

Los cuatro policías guardaron silencio.

—Y esa mujer. ¿Dónde está? —preguntó Urtasun. López sonrió.

—Pues ahí precisamente está la causa de que quieran acabar con este asunto hoy mismo. La mujer tiene una finca en La Rioja, se llama «La Conejera». Ayer Uralde envió dos agentes camuflados como cazadores para que inspeccionaran el lugar. Comprobaron que la mujer estaba allí junto con un hombre que no han identificado todavía. En resumen, que la reunión de la secta podía haberse convocado perfectamente en La Conejera, o sea, en territorio común, fuera del alcance policial de nuestro comisario. Pero esta mañana los cazadores le han informado de que Laura Sol y el hombre que la acompaña están cargando el todoterreno. Además, parece que los empleados de la propiedad están limpiando la casa, cerrando habitaciones y atrancando las ventanas, lo que les lleva a pensar que la casa se va a desocupar por una temporada. Allí no se va a celebrar ninguna reunión, al menos de momento y Uralde quiere asegurarse de que la Guardia Civil no acabe enterándose de todo el asunto y echándoles el lazo fuera del País Vasco. «Después de lo que me ha costado desenredar toda esta trama», me ha comentado.

Lizarralde hizo un gesto de hastío.

—A las cinco, si antes no pasa nada, nos vamos a reunir con Arriortúa. Nos explicará el plan de intervención y nuestro papel en el operativo. Esa es toda la información que tengo —concluyó López.

A las tres y media durante la sobremesa sonó el móvil de Lizarralde e interrumpió la charla de Silveria.

—Sí, dime. —Un minuto después colgó—, me tengo que ir Silveria. Esto terminará pronto. Ya hablaremos de los muebles para la habitación de tus padres. Queda tiempo.

Se enfundó la parka y tras un titubeo renunció al paraguas. El ventarrón lo destruiría. Recogió el portafolio y se despidió de Silveria.

En la sala dispuesta con los portátiles, Arriortúa mostraba una fotografía a

López.

—Han pasado muchos años, ahora tiene menos pelo y más blanco, pero no ha cambiado demasiado, yo creo que es él.

Uralde recogió la fotografía y se la mostró al subcomisario que acababa de entrar.

—Esta fotografía forma parte de una filmación que se ha tomado hace una hora escasa. Se trata de Javier Ormazábal, psicoterapeuta titulado que tiene un gabinete en la calle Ramón María Lili. Uno de nuestros agentes de base que vive cerca lo ha reconocido. No hay ninguna información policial sobre él. En la foto está abriendo una de las entradas a la finca que no es la que describe Armando, el coche es un todoterreno y dentro se ve a Laura Sol del Valle.

En aquel momento comenzaron a llegar los policías especiales de Arriortúa. A indicación sonriente de Uralde, fueron distribuyéndose por la sala. Lizarralde se apresuró a ocupar una de las sillas. Uralde y el equipo del subcomisario se sentaron también. El resto, diez hombres de aspecto serio y concentrado se vieron obligados a permanecer de pie.

Sobre la pared se descorría una pantalla enrollable. Aparecieron los iconos característicos del Windows y entre ellos un archivo que guardaba los vídeos y fotografías de que disponían. En primer lugar, vieron una panorámica de la finca, un recorrido apresurado captado casi a la carrera con cámaras sujetas a la altura de los ojos filmado por los dos policías que habían invadido la propiedad. Las imágenes rodearon la casona, se adentraron en el interior de la misma. Pudieron ver la distribución de habitaciones y departamentos. La película trascurría con rapidez. Con especial detenimiento los agentes habían filmado la sala de ceremonias. Todos y cada uno de los muebles, los dispositivos lumínicos, el ordenador en un mueble lateral, la mesa..., los cajones que coincidían en su disposición con cada una de las sillas, se habían abierto ante las cámaras y ahora mostraban a los presentes la daga que cada uno de ellos contenía. Parecía peligrosa. Urtasun no pudo evitar un gesto de alarma. Cuando la filmación cesó, Arriortúa pasó una serie de fotografías fijas. Pudieron ver a Laura Sol del Valle y

a su acompañante a quién ya habían identificado como Javier Ormazábal.

—Parece ser el líder de la secta —comentó Uralde.

Ormazábal conducía el vehículo y se veía el vehículo detenido junto a la entrada por la que la pareja había accedido al interior hacía escasamente un par de horas.

Arriortúa se mostraba preocupado.

—Nosotros suponemos que los demás acudirán al anochecer, la oscuridad será nuestra aliada, pero si llegan antes tendremos que actuar con rapidez. Según nos dice Uralde el caso está cogido con pinzas. No hay cadáver de Sesma y respecto a Mónica no se han encontrado indicadores de ningún tipo, ADN o huellas dactilares. Contamos con el coche fúnebre en el que el traslado del cuerpo de Sesma tiene que haber dejado algún rastro en el maletero. Detenerlos en medio de una reunión nos permitiría aplicarles la ley antiterrorista y consecuentemente unos días de margen para hacerles hablar, pero debemos ser extremadamente cuidadosos.

Lizarralde recordó la reunión con Armando. A pesar de los compromisos a que hubiera llegado Uralde, el testimonio del detective se estaba empezando a revelar fundamental.

—Hemos quedado en que no se utilizarán granadas paralizantes, pistolas «táser» o gases lacrimógenos. Pueden producirse accidentes e incluso muertes que tenemos que evitar a cualquier precio. Como he dicho antes, el caso desde el punto de vista policial es endeble. —En este punto del discurso, Arriortúa lanzó una mirada de reproche a Lizarralde y luego la desvió a Uralde que sonrió estúpidamente—. Como estaba diciendo, el caso no deja de ser débil, que se produzcan heridos o muertos solo complicarán las cosas, la operación debe ser limpia. Manejamos la idea de que lo que nos conviene es que el grupo se reúna por la noche. Hemos localizado en el exterior del muro el cajetín de corriente que alimenta la casa. En el momento en que estén todos dentro, iniciaremos el acercamiento. Si se reúnen en la habitación ceremonial, cortaremos la luz. Utilizaremos gafas de visión nocturna de última generación que permiten una

amplitud de visión de cerca del cien por cien. Este equipamiento solo lo llevará parte de los agentes y se utilizará únicamente como medio de localizar y situar a los objetivos. Una vez sepamos con seguridad cómo y dónde se sitúan, los que no dispongan de gafas especiales conectarán pequeñas linternas de halo concentrado, muy potentes y nos lanzaremos al asalto. La idea es derribar a esos hombres, una vez en el suelo los inmovilizamos y aseguramos con esposas plastificadas. Esto significa que cinco asaltantes tendremos que actuar sin más armas que nuestras propias manos y los conocimientos de combate personal. El resto portará subfusiles y si por lo que sea cualquiera de mis hombres corre el más mínimo peligro tienen orden de disparar sin contemplaciones. —Arriortúa lanzó una mirada torva a Uralde—. Una vez asegurado el escenario yo daré el consentimiento y el subcomisario y su gente podrán actuar.

Lizarralde hizo un gesto de asentimiento y a continuación Arriortúa se dirigió a Uralde.

—Yo voy a desplazarme con mis hombres hasta el puesto avanzado que hemos situado en el parque. Allí ultimaremos todos los detalles. Cuando nos avisen los vigilantes, nos desplazamos en el furgón y procederemos a entrar en la finca.

El hombre vestía una gabardina ajada, llevaba un paraguas cerrado en la mano izquierda y arrastraba con la otra un carro de la compra repleto de desperdicios recogidos de la basura. Caminaba con dificultad por el arcén de la carretera. Relámpagos de la lejana tormenta apenas traspasaban, temblorosos, las nubes oscuras y densas de la noche. El coche de tipo ranchera aparcó al lado de la entrada camuflada, sus ocupantes esperaron a que el mendigo se alejase. Comenzó a llover. Al principio suavemente, apenas unas gotas dispersas. El conductor, Andrés Beltrán, observaba a través del retrovisor. El hombre del carro se estaba alejando, no obstante, esperó a la señal de su acompañante. Sebastián bajó del vehículo y exploró los alrededores. Los goterones de lluvia resonaban sobre la chapa del vehículo con fuerza creciente. Todo era oscuridad, el mendigo se había perdido en la carretera ascendente. Sebastián abrió una carpeta y pulsó



el pequeño resalte. La montaña comenzó a abrirse.

El hombre del carro se detuvo y volvió la vista hacia atrás. Los fulgores de la tormenta eléctrica iluminaban como fantasmas fosforescentes la noche cerrada. El asfalto refulgía y los goterones de lluvia estallaban contra el suelo levantando pequeños surtidores de agua. Del interior de la mugrienta gabardina que le protegía de la lluvia extrajo con disimulo el intercomunicador.

—Gato uno a central. Ya están aquí. ¿Es «QSL» central? Cambio.

Arriortúa, salió del centro de comunicaciones y se dirigió al furgón. Observó el interior. Los ocho hombres que componían el equipo se habían guarecido de la lluvia.

—Ya han llegado... —añadió—. Lasa y Hernández están dentro, en cuanto tengamos su conformidad nos pondremos en marcha.

Lizarralde se acercó a la balaustrada que asomaba el parque al abismo de la urbe. Sobre la gruesa parka impermeable resonaba el impacto del temporal. La bahía, doscientos metros más abajo, se le mostraba amarillenta, triste, desierta. Solo algunos coches circulaban levantando el agua de la carretera como si la absorbieran.

—Queda poco ya. Han llegado. Son cinco más el hombre que acompañaba a Laura Sol. Tal como hemos supuesto.

—No sé. Me parece todo demasiado fácil.

Urtasun, se asomó también al mirador, al lado del subcomisario. La lluvia cadenciosa, la escasa circulación allá abajo en el asfalto que bordeaba la playa, la quietud del mar, sugerían la extraña tranquilidad de una ciudad dormida.

—No debemos descartar ese factor que en ocasiones juega a nuestro favor. La suerte.

—No tienen cámaras, ni alarmas. Es todo muy raro. Muy seguros deben sentirse.

—No te tortures Joxean. Arriortúa es concienzudo, estoy segura de que habrá revisado la casa y los alrededores a conciencia.

Él hizo un vago gesto afirmativo. A sus espaldas el furgón se puso en marcha.

Se volvió. Al lado del conductor, la figura de Arriortúa le pareció espectral, una imagen desvaída de vaga apariencia humana creada por las luces interiores del vehículo y tamizada por el vaho adherido al parabrisas.

Ormazábal eligió uno de los programas del ordenador. Pulsó la tecla y la luz de la habitación se apagó. Una luminiscencia verdosa, muy tenue, comenzó a invadir la sala. Parecía desprenderse del techo e iba descendiendo con lentitud, invadiendo todo el espacio. Al mismo tiempo, una suave melodía, un fino compás de delicadísimas notas de teclado electrónico acompañaba el descenso de la nube que ahora tornaba a convertirse en azulada mostrando a Ormazábal los rostros fantasmagóricos de sus discípulos: Sebastián, Monzón, Beltrán, Rodríguez, Eladio. Sentados, hieráticos, los ojos cerrados, ausentes, las mentes vacías, como él les había enseñado. Recipientes dispuestos a llenarse de cualquier sustancia que quién supiera podría derramar sin riesgo de oposición. Ormazábal permaneció de pie, mudo, inmóvil. La luminiscencia que ahora le envolvía era rojiza, la melodía comenzaba a hacerse oscura, descendía varias octavas. «Esa era la clave», pensó como tantas veces en ocasiones anteriores, «el cerebro humano es gomoso, hecho de material maleable, como una esponja». La analogía le parecía adecuada, una esponja podía absorber agua, era la función más característica, pero también podía llenarse de veneno líquido, solo que en este caso era necesario haberla estrujado previamente, vaciado del contenido anterior.

Allí estaba, de nuevo. Amo y señor de los cinco cerebros sentados alrededor, vacíos de cualquier sustancia, de cualquier pensamiento, sin ningún sentimiento. Material poroso, constreñido, seco, sobre el que él iba a derramar de nuevo el torrente de ponzoña, de maldad, de odio que había ido acumulando a lo largo de toda una vida. La melodía se hizo más alegre, golpes de teclado rítmicos, reverberantes, la luminiscencia comenzó a fluctuar, sinuosa, en oleadas de nuevos colores que arremetían contra los anteriores mezclándose de manera misteriosa sin que ninguno desapareciera del todo, pero sin que tampoco ninguno fuera capaz de mantener la frecuencia original. El avance de la

serpiente, el baile de la cobra, la oscilante danza de la muerte. Y entonces... Ormazábal se dejó llevar.

Arriortúa encabezaba el pequeño pelotón. No llevaba armas. Corría a través del sendero, a despecho de la lluvia, tres hombres también desarmados y detrás de ellos cuatro policías más le seguían, estos portando ligeros subfusiles de asalto.

Las gafas de visión nocturna eran aparatosas, pesadas, las habían sujetado firmemente a los cascos y proporcionaban una imagen nítida en tonos verdosos del sendero y sus imprecisos límites mientras corrían entre la maleza. Les acompañaba el constante retumbar de truenos lejanos y las vaporosas refulgencias de la tormenta. El aquelarre de la parafernalia militar se difuminaba en el escándalo del golpear de la lluvia contra el bosque tupido. Arriortúa contaba con ello.

—¡Justicia social! Reconocimiento. Derecho. Se nos debe, se os debe. Vosotros lo sabéis, sus miradas os han traspasado una y mil veces. Habéis sido fantasmas, espíritus sin sustancia sólida, condenados en vida, muertos vivientes. Arrastrados por el fango de la indiferencia general. Bebedores de vino acartonado, fumadores de tabaco ya consumido. Consumidores de comida sobrante repartida por hipócritas que se creen bondadosos. ¡Yo los desprecio! — Ormazábal, con los ojos cerrados elevó el rostro hacia el oscuro infinito que veía ante sí. Volvió a gritar, con la voz rota, tonante. Sonó como el rugido de una bestia—. ¡Nosotros los despreciamos! —Los cinco hombres, sin pronunciar palabra, en la oscuridad de sus mentes absorbidas, perdidas ya en el laberinto del espacio oscuro que la melodía y las luces hipnóticas les inducían, asintieron cinco veces al ritmo de cinco fogonazos verdosos. Descargas de una suerte de rayo láser que irrumpieron en sus mentes traspasando los ojos cerrados a la vez que sonaban cinco poderosos acordes musicales, semejantes a golpes salvajes sobre un tambor primigenio, oculto en la grabación que continuaba impertérrita.

Arriortúa y sus hombres seguían corriendo en un ritmo sostenido, capaces de soportarlo sin que cuando llegaran a su objetivo el agotamiento les impidiera

actuar. Estaban bien entrenados, no eran superhombres. El más poderoso, su propio comandante, los había elegido bien. Se trataba de hombres psicológicamente sólidos, inteligentes, fríos. Responderían como era debido, pensó al tiempo que se acercaba a la casona que parecía estremecerse al compás de las luminiscencias de la tormenta, como si intentara emerger en baldíos intentos, de las sombras que una y otra vez la engullían. No le gustó haberse entretenido en semejantes pensamientos. Nada debía distraerle, alejarle de la necesaria concentración que requería la operación que se aprestaba a realizar. Que semejante diversión le hubiera asaltado por primera vez en el trascurso de un operativo le resultó inquietante. Sorbió una bocanada de aire mientras corría y procuró centrarse solo en lo que podía ver, no en lo que podía imaginar.

Sonaban ahora los acordes de «Así habló Zaratustra», se agitaban las luces psicodélicas al compás de los timbales. Ormazábal, de pie, seguía, como un animal que olfatea la presa, el rastro de la poderosa melodía. Se sintió trasportar por la música, empujado por las rítmicas arremetidas de un gigante invisible. Estaba allí, flotando en la sustancia oscura. Mecido por las notas musicales; esperaba la aurora. La orquesta parecía anunciar una sinfonía de luces nacies, pero él, que por un momento se había sentido en lo alto de la montaña asomado al abismo. Dueño del inmenso sol que ya se anunciaba se sintió dolorosamente abandonado por la composición musical que ahora se encogía sobre sí misma y desaparecía tragada por un sumidero oscuro. Sintió miedo, terror, sabedor de que un solo paso, un solo movimiento y caería al vacío infinito que se abría sin que pudiera verlo, delante de él. El vacío, la negrura, vencía, el sol esperado, la luz que debía iluminarle retrocedía y el precipicio que les sustituía le sumía en el rencor, en el resentimiento, en el miedo.

Llegaron hasta el borde del bosquecillo que se abría delante de la explanada. Junto al portón que daba entrada a la casona, a cada lado de él, Lasa y Hernández les esperaban. Arriortúa exploró con detenimiento los alrededores. Agónicos relámpagos a los que seguían los lamentos cavernosos de los truenos

sucumbían impotentes, como lámparas fluorescentes que no acaban de encenderse y se diluían en la oscuridad de la noche, noche que las gafas especiales trasformaban en imágenes verdosas salpicadas por luminosos trazos juguetones que dibujaban las gotas de lluvia. Observó con detenimiento la única ventana que expelía una luz agonizante y que anunciaba la presencia de alguna persona en el interior de la habitación. Luego hizo una señal y corrió hasta el portón seguido por los policías.

—Hemos llegado al final del camino. Hemos satisfecho la deuda que nos abrumaba.

Sonaba el órgano, palpitaban notas musicales profundas grabadas en los circuitos digitales a través de virtuales y descomunales tubos aéreos en una fluencia rítmica. Acompañaban la poderosa melodía fogonazos de luz oscura que penetraba en las mentes de los presentes y que luego se retiraba como olas de resaca, siempre siguiendo el sepulcral aliento del órgano, arrastrando cualquier pensamiento que no fuera el deseo de sentir, de hacer lo que el amo les ordenara. Se movían adelante y hacia atrás, abrían los labios y borboteaban todos ellos la misma sinfonía sombría que reverberaba en el interior de las cavidades viscerales.

—Hemos cumplido el trabajo. Hemos dado fin al empeño que se nos exigía. Ahora nos trasformaremos, seguiremos el camino emprendido, pero ya no será un camino de muerte, lluvia y destrucción. Construiremos nuestro castillo desde los cimientos. —Murmuraron la canción. Los sonidos de los hombres se acoplaron al eco musical, latieron los corazones acompasados a los sordidos tonos, todos al unísono. —Sí, sí, sí... —Asentían en siniestra disciplina.

Lasa deslizó con infinita precaución la micro cámara articulada por el resquicio inferior de la puerta. Los policías pudieron ver el interior de la estancia. Los pies asentados en la tarima. Manipuló con suavidad los mandos. La cámara enfocó los rostros de los dos hombres más cercanos. Adivinaron en el interior de la capucha los ojos cerrados, los labios entreabiertos, cimbreados al ritmo hipnótico de la música, del sonido inquietante del órgano. Escucharon a

través de la puerta el discurso, el sermón del hombre oculto en el otro extremo de la habitación. Arriortúa anotó en su memoria lo que podía ver. Situó en el recuerdo de la sala iluminada filmada con anterioridad, ahora oscura y desvaída, a cada uno de los asistentes y supuso que el orante estaría de pie, vociferando con la voz rota y desagradable que escuchaba, en un extremo de la mesa. Entabló una silenciosa conversación mímica con los policías de asalto. Con cuidado se quitó las gafas de visión que fueron pasando de un agente hasta el siguiente. Conectó una pequeña luz en el casco. Los agentes desarmados hicieron lo mismo. Lasa y Hernández pusieron en marcha las cámaras de filmación. El agente más cercano a la puerta de entrada del caserón comunicó la orden icónica que Arriortúa le señalaba. En el perímetro del muro, junto al poste de la luz, un empleado de la compañía eléctrica había desprecintado la caja metálica. Esperaba la señal para desconectar el suministro eléctrico.

En la absoluta negrura del espacio sobre el que flotaba, Ormazábal sintió una sacudida, una llamada de atención. Las sombras amenazantes estaban cerca, demasiado cerca, se había confiado en exceso. Al intruso anterior lo había detectado mucho más lejos, en el momento en que había abandonado el sendero y se había situado en la explanada de acceso. En el lugar en que estaba, cuando se dejaba llevar, el poder clarividente se manifestaba con especial energía. Pero ahora, mientras el programa del ordenador encadenaba una serie de nuevas melodías y bailes de colores, algo había impedido que se diera cuenta. La emoción, el convencimiento de que por fin iba a conseguir lo que anhelaba, habían relajado su atención. Ya no había remedio, estaban allí, cerca, casi al lado. Gritó en silencio, aulló desde el infinito universo en el que se desplazaba a velocidad de vértigo en busca de su propio cuerpo, en busca de la salida que le permitiría la salvación. Un solo deseo, un solo propósito, escapar, abandonar el caserón y perderse en las sombras de la ciudad. Gritaba, advertía en el vertiginoso retorno. Los discípulos comenzaron a moverse nerviosos, todavía los ojos cerrados, la conciencia perdida, escuchando los alaridos de aviso del amo.

La música, las luces cesaron de repente, Arriortúa solo tuvo que tirar de la

manilla para abrir la puerta, la linterna del casco iluminó a los hombres más cercanos que comenzaban a levantarse de las sillas, alarmados. Corrió hasta el extremo de la mesa. Allí, el gigante se volvió hacia él orientándose a duras penas medio cegado por el retorno apresurado del sueño inducido en que se encontraba, siguiendo la llamada de Ormazábal. Arriortúa cargó con el impulso de todo su cuerpo, Sebastián se sostuvo firme, el agente, sorprendido por la resistencia lanzó un golpe criminal a la rodilla de su oponente, Sebastián se desgañitó en un aullido de dolor y de furia. El nuevo ataque se dirigió a la entepierna, pero el luchador súbitamente arrebatado por los recuerdos de combates antiguos, adivinó las intenciones del rival. Reculó con rapidez asombrosa, el golpe del policía se disipó en el vacío y la inercia le hizo perder el equilibrio, el gigante no vaciló, rodeó al asaltante y le abrazó desde detrás en una llave que acabó comprimiendo con fuerza descomunal los poderosos músculos del cuello. El resto de los agentes se habían visto también sorprendidos por la incomprensible resistencia de los mendigos que hacían gala de una fuerza inhumana. Las cargas, las llaves, los golpes que habrían derribado, sometido, destruido a cualquier otro hombre se revelaron inútiles ante la resistencia de aquellos sacerdotes saturnales.

Lejos de allí, en la sala de seguimiento, Uralde torcía el gesto. Las imágenes llegaban turbias por la escasa luz y los movimientos nerviosos de las cámaras sujetas en los cascos de dos de los policías que ahora empuñaban decididos los subfusiles. Los sistemas de puntería láser buscaban frenéticos los cuerpos de los sacerdotes, en un momento dispararían y Uralde sintió el sudor frío que presagiaba la catástrofe. Observó con disimulo a su alrededor, al menos la señora consejera no había acudido, el resto de los presentes miraba con atención las turbulentas imágenes.

Urtasun y Behobide ya habían saltado el muro. El resto de policías de apoyo les seguían, solo quedaba él. La falta de corriente había bloqueado la puerta por la que había accedido el Todoterreno unas horas antes. Lizarralde había dejado la parka en el coche de Urtasun y se había enfundado una cazadora roja de las que

usaban los policías en las ceremonias de Arcaute. Lo intentó dos veces, pero su forma física era lamentable. Detrás, uno de los jóvenes agentes, desesperado por la tardanza, le ofreció ayuda. Sintió cierta vergüenza, pero tenía que saltar como fuera al otro lado. Se apoyó en las manos entrelazadas del joven y consiguió despatarrarse cabalgando grotescamente el muro. Luego se deslizó agarrándose con desesperación a cualquier cosa que evitara el derrumbe sin control. Ya en el suelo restregó las manos heridas por zarzas y piedras. El agua de lluvia alivió la quemazón. Comenzó a correr en dirección a la casona.

La lucha degeneró en un cuadro incomprensible de golpes caídas y lamentos. Los punteros láser perseguían sin llegar a fijarse en lugar alguno los movimientos de los luchadores. En cuanto lo consiguieran dispararían.

El rumor bronco, un sonido de motores sin tubo de escape como si la casa entera fuera a derrumbarse surgió de improviso. Los dedos prestos a apretar el gatillo quedaron paralizados, la vibrante cacofonía traspasó la materia sólida y se incrustó en las cavidades del cuerpo de todos los que estaban en la habitación del caos. El ordenador sorbió con avidez la inesperada carga de energía como un caminante del desierto que encuentra un oasis y sacia la sed y a continuación explotó en una alegría maquinal, rebuscó entre los programas, escogió el que seguía a los que antes se habían interrumpido. La novena de Beethoven estalló a través de los altavoces como si trompetas celestiales anunciaran el fin del mundo, las luces programadas para seguir la sinfonía en un baile de locura, iluminaron a los hombres, mostraron los cuerpos fluorescentes como pantallas sobre las que bailaban colores incomprensibles. Todos quedaron paralizados por la sorpresa, el pandemonio de música y colores resultante flotaba sobre el sonido inicial, el rugido atronador de mil motores sin silenciador. Ormazábal aprovechó el momento y se deslizó a través de una puerta lateral. Solo pudo atisbarse una fantasmagórica forma multicolor que aparecía y desaparecía entre los efectos estroboscópicos de las luces desbocadas.

Algo de la presión que le estaba estrangulando disminuyó y Arriortúa sintió un pequeño alivio. Intentó introducir la mano entre los brazos del luchador, pero en



su cerebro solo había penumbras producidas por la falta de riego sanguíneo, no pudo hacer ni el más mínimo movimiento.

Unos segundos antes Urtasun comandaba el grupo de policías a la carrera.

—Ha saltado el generador de gasóleo—gritó Behobide un metro detrás de ella—. «Esto va a acabar mal», pensó la policía.

Ya estaba en el interior de la casona. El escándalo de la sinfonía, las luces de la habitación que semejaban un incendio de sustancias químicas le indicaron el camino. Lasa aprovechó la parálisis momentánea que se había apoderado de todos. A él, la embestida del generador y luego del equipo de sonido le había pillado en el suelo, abrazado a los pies de algún enemigo que no podía ver, quizá por eso podía moverse. Se deslizó hacia el ordenador y tanteó hasta que consiguió localizar el botón de encendido. Presionó desesperado durante unos segundos. La novena se retrotrajo sobre sí misma y dejó de sonar, las lámparas locas apagaron las arremetidas salvajes, solo quedaron el retumbar del generador y las luces cálidas y sosegadas de las fluorescentes pegadas al techo.

Urtasun irrumpió al mando de los agentes.

—No disparéis —gritó. Una mágica intuición le indicaba lo que debía hacer, lo que tenía que conseguir, calculó a la velocidad de la luz—. Cuatro sobre cada nazareno. —volvió a gritar—. Los encapuchados sucumbieron ante la arremetida de los refuerzos. Tres hombres y ella misma se enzarzaron con Sebastián. De Arriortúa solo podía verse el blanco de los ojos, la palidez cadavérica del rostro, el cuerpo desmadejado, atrapado por el gigante ciclópeo que se protegía contra la pared. Ella supo que no había tiempo, unos segundos más y Arriortúa moriría. Los tres hombres y ella misma poco podrían hacer frente a aquella mole que les enfocaba con los ojos desorbitados, Sebastián quería matar. Urtasun corrió desesperada mientras rebuscaba en el bolsillo de la parka. Extrajo lo que al mexicano le pareció una pistola. No le importó, siguió apretando, fue tarde cuando se dio cuenta, la mujer acercó el recipiente cilíndrico y pulverizó sobre el rostro del luchador. Llevó instintivamente las manos a los ojos mientras gritaba de dolor y soltó al policía que Urtasun apenas pudo sostener unos instantes antes

de que ambos acabaran derrumbándose sobre el suelo. Uno de los agentes se lanzó en plancha a las piernas del luchador y logró derribarlo. Luego la fuerza coordinada de seis brazos consiguió retorcer las manos del gigante hasta sujetarlas con las esposas.

Lizarralde se detuvo para respirar, la carrera le había agotado. Todos los policías le habían adelantado a velocidad de vértigo. Se agachó sobre sí mismo buscando recuperar el aliento, al borde de la explanada. Del interior de la casona se escuchaba el ruido del generador. Algunos gritos y sobre ellos la voz penetrante de Urtasun. Supo que para cuando él llegara la situación estaría ya controlada. Respiró profundamente varias veces. El corazón parecía dispuesto a reventar contra el pecho. Unos momentos después pudo reincorporarse. La vio en la ventana superior, al trasluz amarillento de la luz fantasmal, una figura lejanamente familiar. La mujer le hacía señas, le indicaba algo. Se acercó a la fachada «al otro lado», le guio por señas moviendo el brazo una y otra vez. Bordeó la fachada, «el otro lado estaba oscuro», extrajo una pequeña linterna y atrapó el arma reglamentaria mientras avanzaba. El garaje era un local achaparrado con dos grandes portones metálicos, uno de ellos abierto. Se acercó con rapidez, había dos coches. La linterna enfocó el óvalo del «Mondeo», palpó la chapa sobre el motor, quedaba un resto de calor. Algo se movió en el interior del vehículo y él no dudó. Abrió la puerta del conductor y apoyó la punta del cañón sobre la sien de Ormazábal que tenía en la mano la llave de arranque. — Un movimiento y te vuelo la cabeza —susurró Lizarralde—. Ormazábal dejó caer la cabeza sobre el volante.

**EL AEROPUERTO**

Se sentía perdido, sumergido en un denso océano de sombras negras, oyó los gemidos de Silveria lanzados desde la emoción desbordante del próximo encuentro con sus padres, gemidos que sonaron como lejanas llamadas de atención que le hicieron retornar del sombrío recuerdo de los acontecimientos en la casona. Ella colgaba del brazo, daba saltitos, algunos pasajeros del aeropuerto les lanzaron miradas cargadas de reproche. Aquel era un lugar de seres serios y susurrantes.

El brazo izquierdo de Uralde empujó la puerta de la sala de reuniones, dejó educadamente paso a la Madariaga. A Lizarralde le pareció mayor. El cabello, asombrosamente blanco, se expandía simétrico sobre la cabeza formando algo parecido a un casco de batalla. Luego descendía anchuroso sin llegar más allá de la línea del mentón. Las facciones del rostro surcadas por arrugas. El cuello largo sería esbelto si no fuera por dos cordones de piel flácida que se apelotonaban al mínimo movimiento. A pesar de ello transmitía una cierta clase de belleza sufriente, de melancólica necesidad de algún consuelo ignoto que él solo podía imaginar. Uralde, un palmo más bajo que la mujer, el cuerpo tres palmos más ancho, asomó la empalagosa cabeza sonriente un momento después de que ella traspasara el umbral. El brazo derecho permanecía oculto, casi seguro empujando, acariciando el trasero, más alto no podía estar, calculó Lizarralde, de la Madariaga. La mujer saludó a Arriortúa, al juez y a la fiscal, a él solo le hizo un gesto, vago, distante, resentido. Los ojos azules parecieron sumergirse en un líquido brillante, ella tomó asiento. En silencio, sin que Madariaga hiciera otra cosa que evitar su mirada, él hurgó en el cerebro de la psicóloga con facilidad, era indudable que las desquiciadas neuronas de la psiquiatra le hacían responsable absoluto del desastre de las convivencias de tres años antes.

En la clasificación profesional de perturbados mentales que la doctora Madariaga manejaba para sus trabajos profesionales, el policía de rostro oscuro y pensamientos aún más siniestros no encontraba acomodo posible.

Acarició las manos temblorosas de Silveria mientras se acercaban a la cafetería.

—Tres años, Joxean, tres años sin ver a mis padres. —Enterró la cabeza en el hombro del policía. Gimoteó otra vez incapaz de contener la emoción. Saltó de nuevo varias veces sin poder dominarse y los rostros funerarios de camareros y pasajeros se volvieron hacia ellos. Silveria se elevó unos centímetros sobre las puntas de los pies. El chaquetón de lana blanca adornado con motivos incaicos dejó ver algo de los poderosos muslos femeninos embutidos en pantalones negros de tela elástica que semejaban una segunda piel. Acercó los labios carnosos a la mejilla del policía y le estampó un beso succionador y escandaloso. Lizarralde repasó en un giro semicircular los rostros circunspectos, fijos en ellos. Los mismos caretos que se distorsionaban en muecas repugnantes y alaridos salvajes en festejos oficiales, se mostraban ahora críticos ante semejante escándalo, la condujo con suavidad para sentarse al lado del mirador.

La Madariaga hurgaba entre los papeles del maletín que había abierto en canal sobre la mesa, carraspeó dos veces; daba la sensación de querer esconderse entre el amasijo de informes. Elevó el rostro. Al otro lado la mirada oscura, tenebrosa del subcomisario le produjo la extraña impresión de que el hombre se introducía y luego caminaba alegremente en el interior de su cerebro. Volvió a sumergirse al otro lado del maletín abierto y el subcomisario atisbó desde la distancia que les separaba en la mesa de reuniones la turbación que su sola presencia causaba en la mujer. Él no tenía defensas mentales, se dijo a sí mismo una vez más, sabía lo que los demás pensaban de él, lo que la psicóloga rumiaba en ese momento. Antes de la irrupción de Villar las convivencias ya habían descarrilado. La catedrática de psicología, la profesional capaz de conocer las más ocultas fuerzas que determinan el comportamiento humano. La mujer «jiráfica» que a pesar de su aparente fragilidad había sido capaz de someter a criminales condenados a

largos años de reclusión mediante sesiones de terapia al final de las cuales lloraban como niños; había fracasado en aquellas malditas convivencias de la montaña. Toda su autoestima, tan importante para la psicología moderna, «hay que quererse a una misma, hay que tomar, tener, gestionar el autocontrol». Todo destruido. La mujer omnipotente que trotaba victoriosa sobre el alazán de la moderna ciencia de la mente humana. Que desde las alturas de la cabalgadura miraba con sonrisa lánguida y expresión condescendiente hacia abajo. Al suelo en el que se arrastraban como gusanos los seres humanos corrientes y desde aquella atalaya de ser superior les dominaba con el poder de un guerrero milenario; había sido derribada por aquel, aquel... ¡anormal!

Silveria acercó la silla al lado de Joxean y volvió a abrazarle y a besuquearle. En ese momento se sintió querido, justificado. Los celos anteriores retrocedían derrotados ante la mirada de ojos cristalinos, ante el rictus de mujer agradecida, ante el alboroto de abrazos, de besuqueos de mujer enamorada. Un instante, un momento. Aquel preciso instante, aquel único momento por el que merece la pena vivir. La visión casi celestial del rostro entregado de la mujer que ama, de la mujer amada.

—Todavía tardarán —declaró comprensivo y Silveria derramó dos lagrimones silenciosos. Miró embelesado a su compañera, no apartó los ojos como tenía por costumbre. «Las mujeres observan, los hombres escabullen las miradas, huyen aterrorizados», pensó.

Madariaga no miraba, no podía dominar, dominarse a sí misma. El subcomisario divergía, destruía el mundo lógico y compuesto por piezas que ella solo tenía que encajar como en un rompecabezas. Era una fuerza de demolición, un elemento incontrolable que no consintió que ella le hiciera un solo cuestionario una pequeña entrevista. Eludió cualquier acercamiento. Un emisor de miasmas enfermizos, expendedor de peligrosos virus vectores, portadores de derrota y tristeza que habían contagiado a todo el grupo. Él, solo él había sido el causante del fracaso, de su propio fracaso. Y esa constatación era tan dolorosa, tan destructiva para ella como la misma presencia del hombre. Porque si

aceptaba que de aquel policía de semblante lúgubre surgían poderosos efluvios devastadores, fuerzas paranormales incontrolables. Entonces todo el edificio que había construido a su alrededor, toda la certidumbre científica asentada en que en el cerebro humano solo hay conexiones neuronales, complejas sin duda, pero comprensibles y por tanto reconducibles. Toda la experiencia acumulada en años de entrega, de estudio, de investigación, simplemente no servían para nada. Ella, la campeona de la racionalidad, se estaba ahogando en aquel mar de sentimientos. De malos sentimientos.

Augusto Vibante llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y extrajo un paquete de cigarrillos. Aquel movimiento la rescató del interior de la oscura cueva en que se había enclaustrado. Un reflejo condicionado, «¡cómo se atrevía!». La doctora Madariaga le miró horrorizada y el juez volvió a esconderlo.

En el exterior llovía. Silveria hablaba, pero él no sabía de qué. Sí, ahora sí, abandonó por un momento la reunión de unos días antes en comisaría y centró su atención en las explicaciones de su mujer.

—El mundo es del mal, Joxean. Muerte y desolación. Eso es lo que hay en el lugar del que vienen mis padres. Gracias a ti, Joxean... —No supo acabar la frase, en su lugar le estampó otro beso, lo abrazó nerviosa y se descompuso en un llanto de emoción incontrolada.

Y él se sintió miserable. Todos los planes de huida cobarde que había elaborado, habían finalmente, como él ya había anticipado, sido abandonados. Eran, solo habían sido, protestas de niño malcriado, llantos derramados sobre desgracias que aún no habían ocurrido. Y lo que era peor. Mentira. Se había engañado a sí mismo. Lo aparente, su arrogancia, escondía el profundo sentimiento de terror que la posible pérdida de Silveria le producía. Odiaba a los padres de su compañera porque había intuido la preocupante posibilidad de que una vez reunidos con la hija, esta le abandonara.

La reunión llevaba unos minutos silenciosa, suspendida de las extrañas cavilaciones de la terapeuta hundida todavía en el interior del maletín. La fiscal Eudora Samaniego, exasperada, miró el reloj de pulsera. Luego repiqueteó el

bolígrafo sobre la mesa.

—En realidad, hemos reconstruido con bastante fidelidad los espantosos crímenes que nos han llevado a esta junta —dijo el juez Vibante—. Se trata por nuestra parte de completar el escrito de acusación con esos complementos que requieren la comprensión de los mecanismos psíquicos, los motivos últimos que han dado lugar a estos hechos terribles. Por eso hemos requerido la presencia de la doctora Madariaga que ha entrevistado a los principales protagonistas de esta lamentable historia. Con lo que aquí se diga completaremos el escrito de acusación que atendiendo al principio de economía procesal casi con toda seguridad deberá ser remitido a la Audiencia Nacional, puesto que varios de los crímenes se han cometido fuera de la Comunidad.

Los altavoces del aeropuerto anunciaron la llegada del vuelo. La acústica era infame y se escucharon las tradicionales cacofonías incomprensibles en todos los idiomas en que se repetía el anuncio. Él miró los monitores de televisión.

—Llega en cinco minutos, Silveria. —anunció. Se dirigieron en silencio a la zona acristalada que permitía ver las cintas transportadoras que trajinarían los equipajes al lado mismo de las puertas que daban acceso a los viajeros. Silveria caminaba agarrada a su brazo envuelta en ansiedades y nervios que a él, acostumbrado a ocultar cualquier emoción, no dejaban de sorprenderle.

—Antes de cualquier otra consideración debe quedar claro que tengo la convicción profunda, fundada en las entrevistas que he mantenido, de que Laura Sol del Valle es absolutamente inocente de todos los crímenes que se han producido. En mi opinión profesional, ella es una víctima más. El responsable último de todas estas muertes es Javier Ormazábal, un hombre de complicada personalidad cimentada sobre una considerable cantidad de complejos de los que no es muy consciente. Sin embargo, la clave psicológica, el motivo intelectual de lo que este hombre ha significado en la sucesión de los acontecimientos terribles que han ocurrido la ha proporcionado Laura Sol del Valle. Y por lo que respecta a las propias muertes, a los asesinatos, el testimonio determinante es el de Emilio Monzón. Lo principal es pues, entender tanto a Laura Sol del Valle como a

Javier Ormazábal. Del encuentro casual, de la interacción entre estas dos personas ha surgido la chispa, el origen de una auténtica bomba que en su explosión ha causado la muerte de cuatro mujeres inocentes en diferentes partes de España.

Las palabras de Madariaga resonaban todavía en el interior de su mente. Encuentro casual, interacción, chispa. «Las casualidades no existen», se dijo a sí mismo. Algo no encajaba en el relato de Madariaga. Todo parecía tan sencillo, tan evidente y sin embargo algún lejano recelo le advertía acerca de la sencilla explicación que había expuesto la psicóloga. Ella había lanzado los cubos del rompecabezas sobre la mesa, Laura Sol, Ormazábal y los hombres al servicio de este último reconvertido en sacerdote de un culto de muerte. Había analizado todas las piezas, las había colocado en el orden adecuado y finalmente todo se había explicado conforme al orden lógico que debía tener en la mente absolutamente analítica y racional de la mujer.

Abajo, cerca de la cinta transportadora, los padres buscaban ansiosos la figura de la hija. Solo duró un instante, Silveria ya saltaba escandalosa. La mujer se llevó las manos a la boca y se encogió sobre sí misma, parecía estar orando. El hombre quedó inmóvil, absorto en la visión de su hija. Luego dirigió la mirada hacia él y un momento después se ocupó de vigilar el desfile de maletas y bolsos.

—Laura Sol del Valle, es ante todo una mujer de su tiempo, educada en un sistema de valores que algunos llaman tradicionales y otras calificamos simplemente como de machismo salvaje. Es una persona débil, absolutamente dependiente, educada en una familia que incluso en aquella época, estoy hablando de la década de los cuarenta a los cincuenta, en plena posguerra, podía definirse como retrógrada. Para ella se había establecido un único futuro, un hombre que sustituyera al padre en el control a que, por principio, debía estar sometida. El hombre resultó ser Nicolás Bedia, una bestia en forma humana. No solo fue su marido, sino también ejerció la función de padre sustituto omnipotente. A pesar de que Laura Sol del Valle tiene setenta años, es, en su



estructura mental, una menor de edad.

Él había acompañado a Uralde en alguno de los interrogatorios a que habían sometido a Laura Sol. Uralde había sido extremadamente amable y obsequioso. El comisario husmeaba el poder, el dinero, el prestigio social como un sabueso y luego se inclinaba reverente. Laura Sol exhalaba esa condición que acompaña a ciertas personas, esa extraña forma de moverse, de hablar, de comportarse que expresa diferencia, distancia, superioridad. Una casta arcaica revestida de una invisible coraza que recuerda al antiguo guerrero a lomos de un enorme caballo de guerra desde el que apenas ve, por insignificantes, a los antepasados de Uralde o los suyos propios afanados en la recolección de nabos. Y él percibió esa esencia de poder, de dominio en Laura Sol. Aparentaba debilidad, sumisión, pero supo de inmediato que Nicolás Bedia había sido, aunque no lo supiera en ningún momento, un peso ligero en manos de aquella mujer de ademanes plumosos y medias sonrisas teñidas de sufrimiento. Sin embargo, era cierto que el inductor, el causante último de las muertes de aquellas mujeres y del propio Sesma, cuyo cuerpo perdido también le había hecho casi desaparecer como víctima en los procedimientos de investigación, y acerca de esto último no cabía ninguna duda, había sido Ormazábal.

—Ormazábal presenta una típica personalidad psicopática. En su particular visión del mundo solo tienen cabida intereses personales. Es, por encima de todo, un líder sectario, alguien que se sitúa por encima del bien y del mal, un manipulador. Como otros antes que él ha conseguido rodearse de un grupo peculiar de seguidores entregados. En el caso de Charles Manson la comuna que construyó a la que llamó «la familia» tenía por objeto satisfacer sus deseos, tanto sexuales como de venganza. Los privilegiados vecinos de la zona residencial que le habían despreciado pagaron con sus vidas el resentimiento. Ormazábal, por el contrario, no había llegado, al menos en el momento en que Laura Sol aparece en la consulta, a pensar en lanzar los mendigos rescatados de la miseria al cobro de facturas pendientes, de ofensas y desprecios antiguos que él seguramente no ha olvidado. Quizá hubiera terminado haciéndolo, pero esa casualidad a que

antes me he referido puso a esa pobre mujer en su camino y seguramente desvió los primitivos proyectos. En el caso que nos ocupa la satisfacción sexual del líder no formaba parte de las obligaciones del grupo de seguidores. Él estaba construyendo un pequeño ejército para un uso personal y exclusivo, me atrevería a decir que sin un propósito definido hasta que apareció Laura Sol. Esta peculiaridad le distingue de otros líderes sectarios que acabaron transformándose en asesinos de sus propios adeptos, como por ejemplo el caso de Jim Jones, James Warren Jones que acabó identificándose a sí mismo como Jesucristo arrastró a sus seguidores a unas hectáreas de terreno en la Guyana que había comprado al gobierno local. Tras una visita de un senador norteamericano acompañado de exmiembros de la secta que intentaban rescatar a seguidores deseosos de abandonar el infierno construido en la Tierra, desencadenó una locura criminal que acabó con la vida de más de novecientas personas, él mismo entre ellas, incluyendo doscientos niños. Todos murieron bien por suicidio voluntario u obligado. La peligrosidad de este tipo de iluminados es pues evidente.

—Tenía entendido que en el caso de Manson, se atribuía gran parte de la psicopatología que padecía a que había nacido en una familia desestructurada — dijo el juez Vibante.

—Su madre era una prostituta que tuvo a Charles con diecisiete años. La infancia de Manson fue muy condicionada por esta circunstancia y por la ausencia del padre. Se dice que en una ocasión ofrecieron a la mujer comprarle el niño a cambio de una cerveza y ella aceptó de inmediato. Quizá por esta experiencia infantil, él constituyó un grupo al que llamó «la familia». No es el caso de Ormazábal, su entorno familiar cercano era bastante normal y adecuado, el padre, un trabajador manual y la madre dedicada a los trabajos corrientes en el caserío le ofrecieron una educación y atención más que suficientes. Posteriormente una tía le pagó los estudios universitarios, Ormazábal presenta una profunda insatisfacción personal, tiene lo que se conoce como delirios de grandeza, se ve a sí mismo como alguien importante al que la sociedad no

termina de reconocer. Al parecer ciertas discrepancias con el personal docente de la universidad dieron al traste con un futuro que él consideraba prometedor. Esta es una característica muy importante en su personalidad, nunca se equivoca, son los demás los que yerran.

—Pero, por lo que sabemos, él no ha participado directamente en las muertes. —intervino la fiscal.

—Efectivamente. Y en esto coincide con Manson o con otros criminales semejantes, como puede ser el propio Adolf Hitler. Ellos son inductores, dirigen a otros para que cometan las acciones que por algún motivo no son capaces, o no quieren realizar. En el caso de Hitler, probablemente el sentido de superioridad, la autoconciencia de ser el mesías ario le exigía no mancharse las manos, una cuestión meramente estética. El crimen es siempre algo sucio y desagradable. En Manson, sin embargo, no está claro. En una ocasión rebanó la oreja de una persona a la que quería cobrar una deuda, pero es cierto que en los terribles crímenes de Sharon Tate y del grupo de amigos de la actriz y de la familia la Bianca, él no participó directamente. En el caso que nos ocupa, yo creo que Ormazábal, simplemente no es capaz de actuar personalmente, por eso ha convertido a sus acólitos en un grupo de autómatas sin alma. Hacen lo que él les ordena sin el más mínimo escrúpulo.

—Heriberto Céspedes. Para servirle.

El fuerte apretón de manos le arrancó del recuerdo absorbente de la exposición de Madariaga, a continuación Silveria le presentó a su madre, Eloisa María López. La mujer, de aspecto indígena y color cobrizo, le abrazó sin que pudiera evitarlo. No parecían mucho mayores que él mismo y eso le produjo una sensación de vergüenza, se sintió un viejo verde. Recurrió a una frase hecha. —Encantado de conocerle, mucho gusto, —que pronunció sin que luego pudiera estar seguro de lo que había dicho.

—Es que es muy tímido, —sentenció Silveria, para explicar su turbación.

El hombre era ancho de hombros, un poco más bajo que él, cargó de inmediato con dos enormes maletones sin esfuerzo aparente. Silveria descargó el

bolso de su madre y se lo entregó. Luego se colgó del brazo de la mujer, como antes había hecho del suyo y ambas encabezaron, mientras hablaban sin parar, el desfile seguidas de Heriberto cargado con los maletones y de Lizarralde que portaba el más liviano equipaje de mano de la suegra.

—Los testimonios de Ormazábal y de Laura Sol difieren, por supuesto. Según Ormazábal, asesorado por el abogado que insistió en estar presente, él no sabía nada de lo que estaba ocurriendo. Había diseñado un proyecto personal y académico. Pretendía elaborar una técnica profesional para la recuperación de indigentes. Para conseguirlo había trazado un programa propio basado en la necesidad de lo que llama una reprogramación conductual partiendo de un nuevo principio vital. Lo que pretendía era vaciar de contenido la mente de personas que han acabado en la marginalidad más absoluta y comenzar de cero. El proyecto final era la conversión de los pupilos en hombres dignos al frente de negocios que permitieran, primero su sostenimiento económico y luego, a partir de esa base sólida, pudieran construir un futuro como miembros de pleno derecho en una sociedad que antes les había desplazado. El tanatorio era el primero de esos negocios al que seguirían otros.

—Todo un altruista —intervino el juez Vibante.

—Posiblemente, ese era el objetivo inicial de un psicólogo con ideas propias. Al parecer comenzó a trabajar con un primer indigente. Luego la consulta comenzó a atraer ejecutivos de grandes empresas y pudo ampliar el programa. Cuando Laura Sol acudió como una paciente más y Ormazábal conoció los más íntimos y perturbadores padecimientos de la mujer, es cuando decidió disponer de la pequeña secta para dar satisfacción a sus secretas ambiciones.

—Sabemos ya cómo se llevaron a cabo los homicidios, a este respecto Emilio Monzón ha hablado largo y tendido. ¿Pero por qué era tan importante para él que murieran esas mujeres? —preguntó la fiscal Samaniego.

—Este invierno está siendo muy frío. ¿Ustedes no estarán acostumbrados a la nieve? —dijo Lizarralde por romper el hielo de un encuentro que se le estaba haciendo complicado.

Conducía abstraído con la atención dispersa entre los recuerdos de la reunión con Madariaga, la visión de un paisaje plomizo, nieve en las más pequeñas elevaciones de terreno, el asfalto de la autopista rebosante de agua y la necesidad imperiosa de decir algo.

—Hay un volcán cerca de donde vivimos. Una montaña terrible. Cuando está dormida, la nieve cubre la cima todo el año, pero cada cierto tiempo retumba como un monstruo destructor y entonces hay que tener cuidado. La capa blanca se vuelve agua y puede formarse un torrente de barro que arrastra todo lo que encuentra en su camino.

Heriberto, en el asiento de al lado, pareció recordar alguna mala pesadilla. Se volvió hacia atrás, donde su mujer y Silveria continuaban conversando, como si quisiera asegurarse de que seguían allí, cerca, a salvo de peligros que él parecía conocer. Luego bajó los hombros y a Lizarralde le pareció abatido. Adivinó que alguna suerte de profunda tristeza hacía presa en los sentimientos del hombre. La desesperación de quién no había podido evitar el sufrimiento a su familia. La humillación de quién se ve obligado a dejar la propia tierra y a depender de un extraño, en un país aún más extraño y lejano. El fracaso de alguien vencido por la naturaleza y otras circunstancias ajenas y poderosas.

—Esto le gustará Heriberto. Solo hay que acostumbrarse —dijo no muy convencido, al tiempo que sonreía. El señor Céspedes asintió en silencio.

—Según Laura Sol, Ormazábal, al poco tiempo de que ella acudiera a la consulta, comenzó a acosarla. No pudo evitarlo. La educación recibida, su personalidad debilísima, nunca habían sabido oponerse a la voluntad masculina. Al poco tiempo, durante la tercera o cuarta sesión, le propuso el matrimonio. Ella, entonces, le descubrió el auténtico motivo por el que había acudido a terapia. No hacía mucho, un ginecólogo que la había tratado hacía casi veinte años la había puesto al corriente de que el difunto Bedia tenía tres hijas de tres mujeres diferentes, eso la había perturbado de tal manera que por consejo de una amiga había buscado ayuda profesional. Con esa confesión pensaba frenar las pretensiones del hombre, pero no lo consiguió. Si ese era el problema,

argumentó Ormazábal, con eliminarlas, todo quedaría solucionado. Obligó a la paciente a que le diera los nombres y direcciones y ella, anulada su voluntad, completamente en manos del terapeuta, no pudo oponerse.

—Ormazábal, sin embargo, cuenta otra historia. —aseveró la fiscal, que parecía estar desarrollando cierta animosidad hacia la psiquiatra.

—Así es. Según él afirma, Laura Sol padece una grave perturbación mental. Se cree invadida por el espíritu del marido difunto que desde el más allá le requiere como si estuviera vivo. En sus delirios, la mujer estaba convencida de que Nicolás Bedia no podía soportar el engaño de que había sido objeto. Él, en vida, siempre había deseado un hijo varón, un heredero de su propio linaje y además por sus convicciones religiosas, solo podía ser hijo de la propia y legítima esposa. Durante años Laura Sol se había mostrado incapaz de quedar embarazada. Las nuevas técnicas de reproducción asistida le animaron a acercarse a la clínica Contreras, el fracaso enervó aún más el odio patológico que Nicolás sentía hacia la mujer. Laura Sol aseguraba que Nicolás, desde el otro mundo, quería, exigía que aquellas hijas que habían sido engendradas sin su consentimiento desaparecieran. De alguna manera la mujer consiguió la colaboración de los acólitos de Ormazábal y estos se avinieron a acabar con las tres chicas y luego, más tarde, ante el miedo de que Mónica Zulueta estuviera en el secreto de la existencia de las mujeres, también asesinaron a la abogada. Todo, según Ormazábal, obra de esa «mujer del demonio» y sin su conocimiento, ni consentimiento. Él se declara inocente.

—Usted no le cree. —Más que una pregunta, el juez Vibante afirmó.

—En absoluto. Ormazábal miente. Por consejo de su abogado desplaza la culpa hacia esa pobre mujer.

—Creo que está todo claro. —Volvió a intervenir el juez—. El testimonio de Emilio Monzón es determinante. Además, la opinión de nuestra asesora debe tener el peso que corresponde, Laura Sol puede padecer algún tipo de alteración mental que conviene precisar, pero en todo caso, podemos considerar que en referencia a estos crímenes no es en absoluto responsable.

—Efectivamente —intervino la fiscal Samaniego—, el único responsable es Ormazábal. Según testimonio detallado de Monzón, el último de los fichajes y por tanto todavía no sometido del todo a su voluntad, es el que nos ha permitido conocer la forma en que se ordenaban las muertes y la técnica que aplicaban para despistar a los investigadores. Monzón, a cambio de su colaboración, obtendrá una rebaja considerable en las peticiones de pena, toda vez, que asegura y parece que es cierto que el ejecutor material de los crímenes es Sebastián, el antiguo luchador. Los demás miembros, incluido Sebastián, de esta secta peculiar se han sumido en el más absoluto de los silencios. Es imposible sonsacarles nada. La fidelidad hacia el que denominan el vidente es incondicional. Parece haberse apoderado totalmente de sus mentes. Si la doctora Madariaga está de acuerdo, propondremos una más exhaustiva evaluación médica independiente y según las conclusiones de los especialistas tal vez propongamos en el escrito de acusación un posible internamiento en un hospital psiquiátrico para estos lunáticos.

Lizarralde acabó de cerrar la puerta de entrada a la casa. Silveria, emocionada, ya había desaparecido seguida por los padres en un apresurado recorrido por el piso. Unos momentos antes, en el portal, algunos vecinos taciturnos y silenciosos habían lanzado miradas llenas de preocupación a la comitiva familiar. Los educados, calurosos, ruidosos saludos de los suegros y de su mujer, habían sido contestados con el tradicional alzado de cejas, acompañado de un casi inaudible gruñido que denotaban una respuesta de mero compromiso y que habían dejado a la pareja absolutamente asombrada.

Él, por su parte, ni siquiera se había molestado en responder. Seguía preocupado por el caso de la Zulueta y solo había sentido a sus vecinos como ecos molestos que no le dejaban concentrarse, entender las instintivas alarmas que le alertaban acerca de las conclusiones que Uralde y su pandilla se habían apresurado a establecer.

Se asomó en silencio a la habitación que Silveria había dispuesto. Heriberto ocupaba una esquina, parecía querer desaparecer, disolverse. Atendía cariacontecido las explicaciones de su hija.

—Joxean y yo hemos elegido los muebles y decorado la habitación. —Joxean, por su parte no recordaba haber elegido ni participado en semejantes trabajos, tropezó con las miradas sorprendidas de sus suegros, estaba acostumbrándose a llamarlos así, retorció la mejilla en lo que quería ser una sonrisa. A los efectos de la necesaria convivencia, se obligó a sí mismo a condescender. Después de todo, la felicidad de Silveria, evitaría aquellas ocasionales reacciones volcánicas que amenazaban con destruir el piso para escándalo del vecindario.

Se agitó el teléfono móvil. Rebuscó en el interior de la americana, luego en un bolsillo, después en el siguiente. Los suegros le miraban expectantes. El móvil sonaba, pero no aparecía. Le ocurría con frecuencia. Volvió al bolsillo interior de la chaqueta. Enredó luego en los bolsillos laterales, tampoco. Alargó el cuello hacia el techo, en busca de inspiración. En el pantalón, allí, enredado entre dos pañuelos moqueros, ¡qué desastre!

Sonó por última vez, justo cuando decía —diga... —dijo entonces—, mierda.

Silveria movió la cabeza dos veces, «siempre igual», entendió Lizarralde sin que ella tuviera que decir nada y luego Silveria se sumergió entre los enormes montones de ropa que los maletones habían expulsado como en una explosión. «¿Cómo era posible que semejante volumen hubiera podido comprimirse hasta caber en la maleta?», se preguntó Lizarralde, cuando ya se ocupaba del móvil y de la última llamada. «Número desconocido», informó el teléfono; pulsó el icono, pulsó otra vez, «mierda», pulsó de nuevo con furia contenida; «por fin». Esperó.

—Soy el subcomisario Lizarralde. Acabo de recibir una llamada de este número.

Heriberto y Eloisa abrieron los ojos asustados. La declaración, el grado policial, les retrotrajo a desagradables desencuentros con la policía local del lugar del que habían huido, más que emigrado.

—Es un policía importante, papá. Tiene mucha responsabilidad. Acaba de resolver un caso criminal muy difícil. —Silveria miró a su compañero arrobada.

—Ejem. Bueno, quizá usted se acuerde de mí... soy Indalecio González. Fui el



abogado defensor de Enrique Villar en el caso en que usted fue testigo de cargo... hace de eso tres años aproximadamente. —insistió ante el silencio de su interlocutor.

Una sacudida de ira recorrió hasta el último rincón de su cuerpo. Apretó la mandíbula, aprisionó el móvil. Tragó la bilis que se desbocaba, respiró dos veces para calmarse. Silveria seguía entretenida con ropas de cama y las consiguientes explicaciones.

Salió de la habitación y se dirigió a la sala. —Bien, dígame, ¿qué le ocurre?

—Se trata del Manson vasco... —Lizarralde suspiró; esa era la estúpida denominación con que los periódicos habían bautizado el caso de Ormazábal y su tropa—. Mire —continuó el abogado—, sé que usted no tiene buena opinión de mí, pero es necesario que hablemos de este asunto.

—Ese asunto, como usted dice está cerrado, no hay nada de qué hablar.

—En eso se equivoca. Solo le diré un nombre. Enrique Villar. Tiene que creerme, Villar está relacionado de una manera que usted no puede siquiera imaginar. Necesito... es urgente que hablemos.

Revolver una investigación acabada, era, en términos policiales, una estupidez. Él tenía sus recelos, pero la maquinaria judicial ya había tomado velocidad, no se detendría. El juez de instrucción y la fiscal habían elaborado voluminosos informes y estaban tramitando el envío del expediente a la Audiencia Nacional. Nada haría cambiar el proceso iniciado, sin embargo, la intuición de que algo no encajaba en la actuación de Laura Sol, suscitaba en él, no tanto preocupación como curiosidad. Y el nombre de Enrique Villar... Lanzado por el abogado como una voluminosa piedra en un estanque de aguas muertas. Junto con la intervención de la doctora Madariaga a la que Uralde había contratado como asesora del departamento le devolvían a las malditas convivencias de tres años antes. Convivencias que no terminaban de desaparecer de su vida y mucho menos de sus recuerdos.

—Dígame hora y lugar —contestó en un tono desabrido.

—Esta misma tarde si le parece. A las cinco en el club Frontera.

—De acuerdo, allí estaré.

La comida trascurrió de forma agradable. Los suegros estaban tomando confianza y él se limitaba a sonreír y asentir.

—Es que no es muy hablador, —informó Silveria, y él estuvo de acuerdo—, pero le gusta que le hablen. —También sonrió, pero aquella suposición le resultó demasiado atrevida, sin embargo, estaba empezando a apreciar la compañía de aquellas personas. Le recordaban a Dolores y Juan Pedro. En realidad se acercaba bastante a lo que él había imaginado y tenía la ventaja de que Silveria estaría más entretenida con su madre. Solo una frase, una pregunta inesperada le produjo un atasco del postre que estaba comiendo y un ataque de tos escandaloso.

—¿Cuándo será la boda?

—Mamá, por Dios, ya te dije que no había prisa.

—Es que vivir así... es, bueno, ya sé que ahora las cosas han cambiado, pero hija mía, la Iglesia...

—Ya lo sé —interrumpió exasperada Silveria.

—¿Porque usted es católico?

Insistió la mujer dirigiéndose a Lizarralde que trataba de recuperar el resuello.

—Bueno. Me tengo que ir... la llamada de antes, parece importante; volveré como todos los días.

Se acercó a Silveria y le dio el beso acostumbrado. Luego saludó.

—Hasta luego —y se dirigió a la puerta de salida. Se volvió y observó la expresión torva de Silveria que reclamaba el beso a la nueva madre política. Abandonó la casa con la seguridad de que la noche se anunciaba complicada.

Lizarralde hubiera apreciado un buen puro acompañando el café y la copa de coñac. Recuerdo de juventud, cuando uno de los mejores momentos del día se consumía en la barra de un bar, en la charla con algún que otro amigo y en lo que en el pueblo habían bautizado como el «triduo pascual», o triduo de la felicidad, café, copa y «farias». Interpretación que los parroquianos hacían de las homilías de los domingos.

Los nuevos tiempos aborrecían las misas, pero tenían sus propios mandamientos y prohibiciones. Allí, en el interior del Club Frontera, no se podía fumar.

—¿Estará enterado de lo que le ha ocurrido a don Matías Almagro?

—Algo he leído en los periódicos. No he prestado demasiada atención.

Indalecio despegó el corpachón del respaldo del sillón. Oteó el salón. No había nadie más a aquellas horas, excepto el conserje. No obstante, bajó la voz.

—Nos detuvieron la semana pasada. A Matías, a mí, y a otros cinco consejeros del Desarrollo. Era una orden de la Audiencia. A Matías, la Guardia Civil vistiéndolo llamativas y refractantes pecheras en las que se leía «Policía Judicial», le asaltó en su propia casa, delante de los hijos, de los nietos. Fue algo terrible para él. Luego el furgón, como un autobús nos fue recogiendo uno por uno, finalmente, nos trasladaron a Madrid, a la Audiencia.

—Y allí a los calabozos —interrumpió Lizarralde.

—Sí. Como llegamos tarde y el señor juez tenía que comer, los interrogatorios se retrasaron hasta las cinco de la tarde. Una vez que nos habían filmado con las esposas, la chaqueta en el brazo, sin cinturones y sosteniendo como podíamos nuestros propios pantalones, lo demás no tenía objeto. Los interrogatorios fueron rapidísimos, para las siete de la tarde todo había acabado y así el señor juez pudo acudir al gimnasio y dedicar la hora de costumbre a cincelar su esbelta silueta.

El abogado reclinó la cabeza y se perdió en la observación del entramado de madera que recubría el suelo. Permaneció en silencio unos segundos.

—Matías y yo decidimos alojarnos en un hotel de la capital. No había mucho turista por lo que pudimos escoger dos habitaciones contiguas. Cenamos, o al menos, intentamos comer algo y pasamos la noche hablando de nuestra situación. Finalmente, me hizo partícipe de una extraña historia referida a Enrique Villar.

Lizarralde sorbió un poco de licor y el abogado continuó hablando.

—Todos se conocen, unas cuantas familias... los Almagro, los Laskurain, del Valle, Bedia, eran, son y probablemente seguirán siendo eso que se denomina las

élites, se casan entre ellos y procuran no descender, no perder ni un peldaño de la posición que ocupan en la pirámide del poder... Matías, siempre hablaba de la pirámide del poder, de lo difícil que es llegar arriba y de lo fácil que es caer, sobre todo para los nuevos, los arribistas que no respetan las normas seculares que sin estar escritas, son bien conocidas por los que se mueven en las alturas del edificio. Por eso, ahora, tantos van a la cárcel. Han aprovechado un momento, un espacio de tiempo favorable durante el que el mundo parecía estar empeñado en premiar la ambición infinita de quienes estaban dispuestos a no tener escrúpulos. Los Villar encajan en ese grupo, son unos arribistas. El padre, Eustaquio lo era, y el hijo Enrique también. Eustaquio hizo una cierta carrera militar en la guerra civil. Duro como el pedernal, criado en las tierras yermas y pedregosas de la meseta, ocupado en el cuidado de cabras. El ejército, el servicio obligatorio que todo el mundo quiere evitar, para él se convirtió en unas alegres vacaciones. La guerra civil hizo el resto. Cayó en un bando como podía haber caído en el otro. Era un tipo de esos que llaman «echaopalante». Fue voluntario en la División Azul. Se cuentan cosas de él, algunas serán verdad, otras, pura leyenda. Llegó a ser comandante divisionario. Después, a fuerza de amistades, de amenazas y de lo que hiciera falta, pasó a formar parte del funcionariado al servicio del Estado. Un empleado peculiar, sin funciones conocidas, pero del que cobraba todos los meses. Seguramente pertenecía a algún cuerpo policial dedicado a labores de espionaje o control político, aunque eso nunca ha estado claro. Lo sorprendente del personaje es que tuvo un hijo, Enrique. Reconocido y etiquetado en el Registro Civil a nombre de una mujer que nunca nadie ha visto ni conocido. Y aún más sorprendente, el amor, la entrega de Eustaquio hacia ese hijo. Enrique, es, como ya se sabe, un psicópata, un tipo inteligente que de vez en cuando se deja llevar por ese otro ser que vive en su interior, Matías lo sabía, conocía la exacta naturaleza de Enrique, después del juicio en el que yo fui el abogado defensor, el viejo Eustaquio, lo confesó. Se lo confesó a Matías Almagro con el que le unía, de eso presumía Eustaquio, una gran amistad, desconocedor de que la gente como Matías solo otorga la condición de amigos a los que habitan las

mismas alturas de la pirámide. Matías no vio peligro ninguno en hacerle partícipe de ciertas confidencias, de chascarrillos de niñez y juventud. El viejo Eustaquio, a raíz de algunas tertulias que organizó después del susto que estuvo a punto de enviar a Enrique a la cárcel, tuvo conocimiento de la singular personalidad de Laura Sol del Valle. Sabía que no le quedaba mucho tiempo. Había conseguido situar gracias a la influencia de Matías a su hijo en el Desarrollo, pero en cuanto él faltara temía que Enrique, sin apoyos y repudiado por todo el país, perdiera cualquier posibilidad de sobrevivir dignamente. La muerte de Bedia, dos años después del juicio puso en marcha el plan que el viejo había urdido. Matías se enteró por casualidad, cuando estalló la tormenta dentro del banco por los problemas con la Clínica Contreras. Previa y sorprendentemente, Eustaquio le había nombrado coheredero, junto a Enrique.

Más por curiosidad que por otra cosa Matías acudió al notario. A su muy querido hijo le legaba todo el patrimonio que había acumulado a lo largo de los años. Tampoco era gran cosa: una vivienda en la zona residencial y una cantidad de dinero suficiente para atender los gastos de la funeraria y las obligaciones con hacienda. A Matías le dejó una carta, un abultado sobre cerrado a su nombre en cuyo interior había una docena de folios escritos con una caligrafía apenas legible. El encabezamiento hablaba del honor, del privilegio que para él había supuesto contar con la amistad de un hombre tan importante, tan destacado en el mundo de la empresa y en la sociedad de la provincia. Como a medida que leía no encontraba nada interesante más allá del relato emocionado del momento en que se habían conocido y lo que luego habían vivido juntos, Matías acabó por ser presa de un sopor irresistible que le hizo bostezar como un león aburrido para acabar encerrando de nuevo los folios en el interior del sobre y abandonarlo en la mesilla de noche. Cuando Enrique renunció al Consejo del Desarrollo, se sintió intrigado. Sabía que el hombre no disponía de ingresos alternativos que pudieran sostener el nivel de vida que acostumbraba. Los hombres como Matías no pierden de vista a aquellos que en algún momento se han cruzado en sus vidas, el ejercicio del poder requiere atención, control y seguimiento. Algo no encajaba

en la decisión del anterior protegido. De inmediato comenzaron los problemas con la clínica Contreras. Matías era consciente de que el Desarrollo había asumido un riesgo excesivo con la clínica, pero siempre esperó, como hasta entonces había ocurrido, la discreta intervención de la administración cuando alguna entidad financiera de cierto tamaño se tambaleaba. Sin embargo, la fuga de su protegido comenzó a preocuparle. Por una mera intuición retomó la pesada lectura de la herencia que había recibido del amigo difunto. Lo que, entre las toneladas de prosa empalagosa y laudatoria, acabó emergiendo le puso los pelos de punta.

Y entonces decidió hacer una visita a Enrique Villar, me convenció para que le acompañara y en el domicilio de Villar se enzarzó en una conversación y en amenazas incomprensibles para mí. Solo ahora, después de que se sincerara conmigo en el hotel, he sido capaz de adivinar por qué Matías había solicitado mi compañía para que le acompañara. Se trataba simplemente de una maniobra de distracción.

Lizarralde escuchaba con atención creciente el relato. Sorbió un trago de licor y buscó al conserje girándose sobre sí mismo, el hombre acudió solícito y el policía le pidió un café doble.

—En la carta, Eustaquio Villar, hacía una extraordinaria confesión, «prueba de la confianza y amistad que siempre les había unido, al que él consideraba la mejor persona con la que podría haberse encontrado a lo largo de su vida, en la confianza de que ayudaría a su hijo si finalmente este no conseguía sus objetivos». Eustaquio, a través de los contactos que había tenido con algunas personas de la sociedad más destacada de la provincia, había tenido conocimiento de que la viuda Bedia, en su juventud, había quedado embarazada. En aquellos años, todavía conciliares, y en la familia del Valle el asunto era, simplemente inaceptable. Alguien la ayudó. Se inventaron unas vacaciones en la costa mediterránea con dos amigas de confianza, las mismas que ahora habían cotorreado con Eustaquio, y la mujer abortó. Desde ese momento, Laura Sol ya no fue la misma, quizá la educación ultra católica, el sentido de culpa, la

trastornó definitivamente. No tuvo más relaciones que las que su padre decidió que tuviera. Atendiendo a los intereses familiares, Nicolás Bedia, fue el elegido. Pero Bedia no era tonto, ya en la noche de bodas se dio cuenta de que Laura Sol no era virgen y eso destrozó el matrimonio. La muerte de Bedia alumbró una mala idea en la mente de Eustaquio de la que hizo partícipe a Enrique. Por aquellos años comenzaban a desenterrarse tumbas vacías e historias de hijos robados a los padres legítimos.

Lizarralde dio un respingo en el asiento. Ahora todo comenzaba a tener algún sentido. Animó a su acompañante a que continuara.

—Enrique Villar puede ser encantador cuando se lo propone. A los pocos días de la muerte de Bedia concertó una cita con la mujer. Parece que consiguió, sin demasiado esfuerzo, convencerla. Le mostró un falso certificado de nacimiento que según él había conseguido rescatar de la clínica en la que la mujer fue intervenida. En aquel momento se practicó el aborto con las garantías que la posición de Laura Sol requería y por supuesto con la discreción con que entonces se hacían esas cosas. La experiencia fue traumática para la mujer y parece que en su subconsciente siempre se negó a aceptar que algo como aquello hubiera ocurrido.

—Tengo que hablar con Matías —interrumpió Lizarralde.

—Eso es imposible, Matías ha muerto, —el abogado le miró con infinita tristeza—. Esta misma mañana. Por eso le he llamado. Ha muerto de vergüenza. Destruído por las imágenes de televisión que le mostraban, que nos han mostrado como maleantes peligrosos, ha muerto imaginando a sus hijos y nietos abochornados al ver las fotografías que aparecen en los periódicos y que retratan al abuelo en semejante situación.

—Entonces no tenemos nada, no hay forma de relacionar a Villar con lo que ha ocurrido.

Indalecio extrajo un pequeño lápiz de memoria del bolsillo de la chaqueta.

—Yo, la verdad, no entiendo de estos artilugios modernos. Por lo visto aquí están grabadas algunas conversaciones entre Villar y un par de personas más.

Según Matías prueban una conspiración en dos niveles, no sé si sabe a qué me refiero. Un atentado terrorista, por ejemplo el que destruyó las torres gemelas que se atribuye a un grupo islámico radical, pero de inmediato surgen las teorías de los «conspiranoicos» que estudian las imágenes de los aviones impactando contra las fachadas o de los destrozos que se producen en el Pentágono y llegan a la conclusión de que se trata de un atentado de falsa bandera. Suponen que hay alguien más oculto detrás de los ejecutores.

—Un momento, dijo Lizarralde. —Se levantó y se dirigió al ropero en el que había colgado su parka. Extrajo una bolsa de papel marrón y escribió unas notas entre los renglones del formulario impreso en una de las caras. Luego hizo que Indalecio firmara e introdujo el «lápiz USB» en el interior de la bolsa de pruebas.

—Dos niveles, dice usted, y varias personas. ¿Usted las conoce?

Indalecio negó.

—Ni siquiera he escuchado las grabaciones. Matías me hizo esta confidencia en Madrid, en el hotel. Un acuerdo cliente, abogado. En caso de que a él le pasara algo debía buscar un policía de confianza a quien entregarle la grabación, contarle todo lo que él sabía acerca del caso y también solicitarle, en la medida de lo posible, la mayor discreción para salvaguardar su nombre y la dignidad de la familia.

—¿Cómo consiguió Matías Almagro estas grabaciones?

—Con ayuda de un profesional, un detective privado. Fue cuando estuvimos en casa de Villar. Yo hasta ahora no he conocido el papel que se me reservó en aquella visita, como he dicho antes solo fui una distracción. Almagro aprovechó para dejar dos micrófonos diminutos en el interior de la casa, el detective grabó unas dos horas de conversaciones a lo largo de una semana.

—No acabo de entender el papel de Almagro en este asunto. ¿Qué tenía contra Enrique Villar?

—Matías era el padre del hijo que Laura Sol abortó. Como le he dicho estas familias procuran relacionarse entre ellas y Matías estaba enamorado de la chica.



Él, cuando ella le confesó el embarazo, habló con sus padres suponiendo que ante los hechos consumados autorizarían el matrimonio, pero por aquel entonces ya se sabía que la familia del Valle era poco más que una historia arruinada, apenas les quedaba algún patrimonio. Matías se vio obligado a organizar el aborto. Intervinieron un par de amigas de Laura Sol, familia de los Laskurain que acabaron contándole la historia al viejo Villar. Cuando leyó la carta que Eustaquio le había dejado en herencia corrió a entrevistarse con Laura Sol, pero para entonces Enrique ya la había sugestionado. Estaba totalmente desquiciada. Enrique era, en su mente, el hijo de ambos que milagrosamente había sobrevivido. Ni siquiera intentó convencerla, hubiera sido inútil.

## AMIGOS HASTA LA MUERTE

— Este es el sentido último de la amistad. Siempre juntos unidos, en los malos y en los buenos momentos.

Enrique Villar se levantó de la silla y elevó la copa en cuyo interior burbujeara un líquido ambarino. Adolfo Fontela y Damián Contreras le flanqueaban. Imitaron el gesto. Brindaron y bebieron lentamente. Dejaron las copas y se apartaron de la mesa, luego se fundieron en un fuerte abrazo.

—Todo ha terminado, ahora estamos seguros —dijo Villar mientras volvían a sus asientos.

Fontela y Contreras giraron la cabeza. En el otro extremo, enfrente de Enrique, Laura Sol del Valle observaba la escena con turbada expresión de inmensa felicidad.

—Nada nos relaciona con Ormazábal y sus acólitos, excepto tu madre —Dijo Contreras mientras observaba con atención la delgadísima figura de la mujer, cuyo rostro parecía diluirse entre los vapores de la sopa que humeaba en el plato.

Enrique sonrió. Se levantó y rodeó la mesa, Laura Sol también se levantó, unas lágrimas emocionadas surcaban sus mejillas, se abrazaron.

—Mamá

—Hijo mío.

El equipo de Lizarralde junto con Uralde, el juez y la fiscal ocupaban la sala de reuniones. Habían escuchado atentamente los archivos de audio que los policías habían filtrado previamente.

—Son dos horas de grabaciones comprimidas de las que hemos extraído las más comprometedoras, solo para que se hagan una idea. —Behobide, se había encargado de seleccionar y extraer al audio que habían escuchado los momentos en que las conversaciones entre los tres hombres parecían más clarificadoras.

Uralde frunció el ceño. Los periódicos ya habían informado de todos los detalles de la operación, los culpables estaban detenidos y el caso cerrado. Lanzó una mirada de reproche a Lizarralde.

—Son referencias muy inconcretas. «Sesma ha sido un daño colateral, fue casualidad que tu mujer le entregara el diario. Había que hacerlo», ¿hacer qué? No lo dicen ¿Dónde está Sesma, o el cadáver? «Laura Sol del Valle, heredará toda la fortuna de su marido y yo, el hijo, a quien reconocerá y adoptará legalmente la controlaré. Todos saldremos beneficiados. Crearemos sociedades de inversión a nuestro nombre», no niego que es sospechoso, pero no hay nada que nos permita relacionar a estos hombres con Ormazábal y sus secuaces.

El juez Vibante se encogió de hombros.

—No sé, la verdad, ¿usted qué opina? —Se dirigió a la fiscal.

—Es absolutamente insuficiente para proceder a una acusación, desde luego. Pero creo que no debemos precipitarnos. Tal vez sea cierto lo que ha dicho el subcomisario. Una conspiración en dos niveles en la que el nivel superior apenas tiene contacto con los ejecutores que a su vez desconocen la existencia de esa, digamos, inteligencia externa a ellos mismos que es, en definitiva, quien les gobierna, no niego que esa posibilidad es sugerente.

La fiscal Samaniego jugueteó con el bolígrafo mientras se sumía en sus propios pensamientos.

—La relación solo puede establecerse a través de Laura Sol —intervino Mikaela Urtasun, respondiendo al juez Vibante.

—Ella era el nexo entre esos hombres, cuyo cabecilla es un conocido criminal impune, y Ormazábal. Ella trasmitía las órdenes, establecía los objetivos justificándose en las exigencias de un difunto que retornaba del más allá. El futuro marido, ambicioso y con pocos escrúpulos, la creyó y nosotros también la hemos creído cuando nos ha dicho que Ormazábal se había apoderado de ella.

—Laura Sol del Valle no hablará, el subcomisario y yo la interrogamos personalmente. Repetía como un loro bien entrenado que Ormazábal le había sonsacado la historia de las chicas y la había obligado a desplazarse a Palencia

en busca de los archivos. Ella no tenía ni idea de para qué los quería —López reflexionó unos momentos—, la verdad es que no la creímos del todo, había algo raro en esa historia y en la forma de contarla. Nunca se desviaba ni una sílaba en lo que declaraba una y otra vez, como si la hubiera aprendido de memoria.

—Entonces, ¿por qué hemos admitido su declaración? —Uralde preguntó enfadado.

—Porque usted se empeñó en interrogarla también y en que interviniera la psicóloga Madariaga que tiene una profunda tendencia en sus profesionales informes, a dejarse influir por su conocido feminismo militante. Ella y solo ella fue la que afirmó que Laura Sol era absolutamente inocente —Lizarralde lanzó una mirada furibunda al comisario y Uralde se encogió de hombros con aire ofendido.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Eudora Samaniego.

—Según nuestro testigo, Indalecio González, uno de ellos es, sin duda, Enrique Villar, el otro es Damián Contreras a quién el subcomisario ha entrevistado recientemente, el tercero debe ser Adolfo Fontela. Hemos revisado a fondo los archivos de Ormazábal e interrogado a la anterior secretaria del gabinete, se trata un importante directivo de una empresa de máquina herramienta en la cuenca del Urola. Hace unos años fue sustituido en la gerencia por un brillante economista lo que le causó una crisis personal y acudió a la consulta de nuestro Manson particular y parece que este dio con la tecla precisa para que Fontela retornara al cargo del que le habían relevado. Según la secretaria, a partir de ese momento entablaron algo parecido a una profunda amistad y Fontela tuvo conocimiento de las actividades que Ormazábal se traía con los vagabundos a los que pretendía reinsertar, —contestó Lizarralde.

—¿Y la relación que les une? —El juez Vibante interrogó al subcomisario.

—Cuando me reuní con Damián Contreras vi por casualidad una fotografía enmarcada en su despacho. Un recuerdo escolar. Unos veinte alumnos posaban en unas amplias escaleras de acceso a alguna de las estancias de un colegio, eran alumnos muy jóvenes, de unos quince años. Detrás de todos ellos posaban los

que parecían ser tres responsables del grupo. Debajo de la fotografía un folio escrito en letra gótica en el que se listaban los participantes en unas convivencias que se celebraron en el año 1984 en la sierra de Urbasa. Y el nombre de los tres responsables, no los recuerdo con precisión, tuve muy poco tiempo para fijarme, pero estoy seguro de que si inspeccionamos el domicilio de Contreras, esos responsables serán los hombres de los que estamos hablando.

A los postres los tres se retiraron al salón contiguo. Laura Sol lo había limpiado con esmero. La instalación eléctrica era antigua y había necesitado la ayuda de un electricista que la había recompuesto en una reparación de emergencia. Horas de plumero y aspirador habían obrado el milagro, tres sofás de cuero ajado por el tiempo, bordeaban la sala. En el centro una mesilla alargada sobre la que los tres amigos colocaron tazas de café a medio consumir y copas que portaron al tiempo que sostenían los cigarros puros que habían encendido unos momentos antes. Laura Sol les seguía. Sonreía. Esperó a que se sentaran en uno de los sofás. Al fondo la antigua chimenea que hacía decenios no se usaba, Nicolás Bedia era extremadamente avaro. La carga de leña que compró hacía tanto que ella ni se acordaba, estaba todavía guardada en la leñera de uno de los garajes, reseca y veteada por el tiempo.

Los tres amigos charlaban y ella apenas entendía algo de lo que decían. Hablaban acerca de un pacto, habían hecho un pacto de amistad inspirado en la novela de Dumas, uno para todos y todos para uno, hacía de eso tantos años que según decían parecía más un sueño que algo real. Hablaban de una noche de tormenta, de un grupo de jóvenes a su cargo y de una repentina iluminación. El futuro que les aguardaba era incierto todavía eran estudiantes, pero no brillantes, inteligentes sí, pero no geniales, los tiempos estaban cambiando a velocidad creciente. El futuro que preveían parecía encaminarse al ejercicio de alguna profesión de clase media, unos ingresos de subsistencia respecto a lo que ellos esperaban para sí mismos.

—Quizá fue el alcohol —Laura Sol escuchó la voz pastosa de Enrique—, a algunos les embota la mente. A mí me produce otro efecto. Lo que antes era

oscuro, difícil de comprender, de pronto se transforma en algo diáfano, sencillo. Entonces, allí, en la sierra brumosa, mientras la lluvia golpeaba el exterior de la casa lo intuí. El mundo es del mal. No hay otra explicación, no existe otro camino. El poder requiere crueldad, mentira, determinación y absoluta falta de escrúpulo.

—Eso es, —ahora Contreras resucitaba del pequeño letargo que la bebida le producía—, no había otro remedio, teníamos que hacerlo, demostrarnos a nosotros mismos nuestra capacidad, nuestra determinación de superar los pequeños obstáculos que limitan a la mayoría de los seres humanos. Qué importan dos vidas. A diario mueren miles de personas por los motivos más estúpidos, ramas de árbol que caen, accidentes en el mar, resbalones en la bañera, errores médicos... —Fontela sonreía estúpidamente mientras miraba a Contreras.

Enrique Villar continuó hablando.

—El mundo es muerte, la vida un corto intervalo de tiempo entre dos inexistencias. Aquella noche, mientras observaba el sueño de los adolescentes que pronto nos sustituirían. Que inevitablemente ocuparían nuestros puestos de trabajo y nos relegarían de nuestra posición social. Me pregunté cuál podría ser la diferencia, la pequeña ventaja que podríamos obtener para que nuestro futuro no dependiese solo de nuestra fuerza física, de nuestra capacidad intelectual, forzosamente en decadencia y que lógicamente serían superadas por las nuevas generaciones. Y entonces lo comprendí, teníamos que hacerlo, los tres, algo único, diferente, algo que nos permitiera sellar un pacto sagrado. Un sacrificio de sangre. —Enrique sonrió y Laura Sol, arrobada, se sentó a su lado, mientras envolvía la mano del hombre entre las suyas.

—Las convivencias que organizaste hace tres años.

—Sí. El plan era perfecto. Si la cosa hubiera salido bien, habría acabado en el Ministerio, estoy seguro, sin embargo, fue un fracaso absoluto. No debí enviar a la psicóloga, pero el feminismo avanzaba con fuerza creciente y me convenía establecer alguna relación con esa mujer, todo un referente intelectual, decían, en

la nueva ideología que arrasaba. Fue un error, desde luego, aunque ella perjura que el causante del desastre fue únicamente el policía vasco, un perturbado asocial capaz de arruinar cualquier reunión de más de dos personas. No sé, el caso es que todo se derrumbaba en aquella montaña y mi futuro nombramiento de ministro se despeñaba por la ladera de aquel monte atestado de vacas negras y excrementos malolientes.

—Y otra vez el alcohol —dijo Fontela.

—¿Qué iba a hacer? La magia de Urbasa se había acabado, el combustible se había consumido. Necesitaba inspiración. Me precipité, es cierto. Durante el juicio, cuando declaraban esos dos policías, dos perdedores genéticos, lo percibí con claridad. La muerte de la chica solo me daba un pequeño margen de tiempo. El pacto debía renovarse, los tres, como hicimos en Urbasa, los tres habíamos tenido problemas. Tú Damián, con la clínica a punto de quebrar, Adolfo relegado en su empresa y yo mismo casi en la cárcel. Eran avisos, créditos de tiempo y vida que debíamos devolver y luego renovar, había que hacer algo, si os fijáis todo parecía haberse previsto por alguna sutil inteligencia. Adolfo acaba en la consulta de ese imbécil con pretensiones de líder espiritual y nos pone en bandeja un puñado de asesinos sin conciencia. Yo, por sugerencia de mi padre, conozco a esta extraordinaria mujer que se encarga de transmitir a su novio nuestras órdenes que cumple sin que sospeche por un solo momento de dónde proceden. —Enrique sonrió a Laura Sol. La abrazó con fuerza y la besó en la mejilla—, mujer que resulta ser mi madre, que a su vez había pasado por la clínica de Damián, el cual aparece providencialmente por esta casa y le informa que mi herencia podía ser disputada. Pequeños inconvenientes, como el hecho de que “mamá” asustada y sin decirme nada acuda a la inmobiliaria de Sesma para vender el caserón porque supone que todo será para las chicas y para su pobre hijo no quedará nada. La envió a buscar los archivos, en los cuales a fin de cuentas no aparece nada preocupante, pero desgraciadamente eso hace que intervenga la abogada, intervención que podía ser peligrosísima porque ella sí estaba en el camino correcto y sabía pleitear, aunque es dudoso que pudiera

probar alguna cosa perjudicial para nosotros. Inconvenientes que finalmente se han solventado sin demasiados problemas. Y la casualidad de Sesma. Que Úrsula le entregue el diario. No tenía mucha importancia, desde luego. Qué más daba, una vez muertas las chicas, pero era mejor quitarle de en medio, por eso le pusimos la carpeta a la vista. Luego lanzaríamos a Monzón sobre él, pero de manera providencial se le ocurre aparecer por la casona. Además, coincidió con la reunión. Un golpe de suerte.

—Y según tú, ¿cuál es esa sutil inteligencia que ha urdido toda esta cadena de acontecimientos? —Adolfo Fontela interrogaba a su amigo con expresión curiosa.

—Nosotros mismos, sin duda. Nuestro inconsciente. No lo sabíamos, pero necesitábamos nuestra antigua amistad, solos estábamos perdidos, cada uno de nosotros lo supo de inmediato en cuanto comenzaron las dificultades, pero no fuimos conscientes. Sin embargo, en nuestro más profundo ser comenzamos a trabajar sin darnos cuenta para comunicarnos, para reanudar el contacto perdido, para poner en común lo que cada uno podía aportar a esta empresa. Como he dicho antes, no somos lo bastante inteligentes para caminar solos, sin ayuda. Nos necesitamos. Ese era y sigue siendo nuestro secreto. —dijo Villar—, hizo una pausa y continuó.

—Y Adolfo, que conoce por casualidad a ese terapeuta medio loco y sus proyectos y que se relaciona además con el comisario Uralde que nos va informando, sin que él lo sepa de los pasos que se están dando en la investigación. Era imposible que no tuviéramos éxito, pero debemos estar unidos, continuar como hasta ahora, no volver a separarnos, o todo se irá al traste de nuevo. —Villar, sonrió satisfecho cuando acabó de hablar.

Los tres hombres se recostaron en el sillón. Acercaron los cigarros puros a sus labios, sorbieron el humo y luego lo dejaron flotar en el aire frío de la habitación. Fontela repasó el lugar en el que se encontraban.

—Y sin embargo hay algo... algo raro, aquí, lo presiento.

—Todos lo percibimos, es cierto, —confirmó Contreras—, será el recuerdo de



Bedia, el muy cabrón no debe sentirse muy satisfecho de que estemos a punto de echar mano a su fortuna, tan costosamente robada a otros. No debemos preocuparnos..., él y nosotros pertenecemos a la misma especie.

Se dejaron llevar por el sueño. Laura Sol recogió los puros humeantes y los apagó en el cenicero. Abandonó el salón en busca de tres mantas con las que arropó amorosamente a los hombres derrumbados sobre el sofá. Les observó satisfecha durante unos momentos, a pesar de todo hacía frío.

—Son deducciones brillantes, ustedes han hecho un buen trabajo, sin duda, pero con estos argumentos no podemos iniciar una acusación formal. Deben tener en cuenta que la verdad judicial, la verdad del Derecho es únicamente la que puede probarse, muy distinta de la verdad absoluta.

La fiscal Samaniego se dirigió a los policías que se sumían por momentos en la tristeza, en el convencimiento de que la fiscal tenía razón. No había nexo. Que Laura Sol hubiera sido seducida por el falso recuerdo de un hijo no era suficiente, lo que ellos estaban pensando, arguyendo era solo un mero relato que sin más pruebas se volvía fantasioso, sin sustancia.

Uralde sonrió estúpidamente mientras se arrepentía de las charlas que había mantenido con Adolfo Fontela, acerca de las cuales era mejor que nadie se enterara. Luego dijo.

—Es un hecho. No hay justicia en este mundo. Enrique Villar y sus amigos acabarán consiguiendo todo lo que se han propuesto.

—Así es —sentenció el juez Vibante—. El hombre, en sus deseos de perfección se ve limitado, constreñido por la propia naturaleza humana. No debemos desesperar. Haremos únicamente aquello que nuestras fuerzas nos permiten, la justicia, imperfecta, seguro, pero al menos justicia en algún grado, que podemos hacer. Los que han matado a esas chicas y también probablemente a Lasislao Sesma, si la fiscal está de acuerdo, irán a la cárcel, retiraremos nuestras objeciones acerca de la influencia de Ormazábal sobre sus secuaces, todos son hombres mayores de edad y han tomado sus propias decisiones.

La fiscal asintió y todos agacharon la cabeza.

Laura Sol llevaba un buen rato trajinando los troncos resacos de la leñera. Se había puesto un grueso abrigo de cuero. En el exterior hacía frío, un frío húmedo que penetraba hasta lo más profundo de los huesos. Encendió la pastilla de combustible en la chimenea y acercó un manojo de astillas secas que comenzaron a arder con fuerza. Recargó el hogar con dos troncos más. Luego miró a los tres hombres, casi tres hijos, ¿qué otra cosa podían ser los amigos íntimos de Enrique, sino sus propios hijos? Dejaría que durmieran plácidamente, al calor del fuego bajo. Abandonó la habitación y se acercó al lugar donde el retrato de Bedia colgaba oscuro y apenas visible. Se encaró con el recuerdo del marido difunto.

—Pronto te echaré al fuego, te convertiré en nada. —Amenazó con un furioso gesto de rabia. Luego escupió sobre la tela.

El humo de la hoguera ascendía con lentitud a través del oscuro pasadizo que formaba el vano de obra de la chimenea, no quedaban sino unos metros para que pudiera salir al exterior y allí se dispersara propagando el agradable olor de la madera quemada. Chocó con el viejo nido casi fosilizado de algún pájaro que había sido construido en la formidable atalaya que proporcionaba la techumbre de la casona. Con el tiempo el nido había ido creciendo hasta casi taponar completamente el conducto, ahora el humo se apelotonaba junto al pequeño respiradero de forma que el exceso retornaba hacia abajo. Los leños ardían a duras penas, habían consumido todo el oxígeno que necesitaban las llamas, los vapores venenosos del monóxido de carbono se expandían por la habitación.

Enrique Villar sintió algo parecido de una bomba que estallaba en el interior del cráneo. Un dolor intensísimo. Quiso gritar, lanzar un alarido, pero no pudo mover ni un solo músculo. El dolor le aprisionaba como si una gigantesca zarpa mecánica se estuviera cerrando sobre su cuerpo. El tiempo pareció detenerse mientras sentía que la masa gelatinosa del cerebro se expandía hasta chocar con los huesos del cráneo. Se mantuvo así, salvajemente quebrantado por un tiempo indeterminado, luego el dolor fue cediendo y se sintió llevar suavemente por alguna fuerza desconocida. Caía, caía en un abismo negro, un embudo sin fin.

Sintió miedo, pánico, abrió los ojos con desesperación, pero alrededor todo era oscuridad, una infinita, insondable, oscuridad. Acabó, sin que supiera cómo había ocurrido, en algún lugar desconocido. Al menos había algo de luz, una luz grisácea hecha de materia semisólida, pegajosa, áspera. Al lado Damián y Adolfo observaban lo que la luz les permitía ver de aquel extraño lugar, sumidos como él mismo en la confusión. Se miraron asustados, sin pronunciar palabra. Entonces las vieron, se acercaban cabalgando sobre lo que parecían poderosos corceles. Adelaida, Inmaculada, María Elena. Supieron de inmediato quiénes eran, a pesar de que hasta entonces no las habían visto. Estaban vivas y cabalgaban hacia ellos. Figuras gigantescas sobre caballos de guerra, vestidos blancos, vaporosos que ondeaban al viento de la carrera. Se acercaban y pudieron ver los rostros, los ojos rojizos, como de fuego, fuego de furia que reclamaba venganza y presas del pánico comenzaron a correr. Era poco el espacio que se abría ante ellos, la luz grisácea solo mostraba un terreno limitado. Volvieron la vista atrás, las mujeres les seguían a distancia, les guiaban como a un rebaño de vacas, intentaron desviarse hacia una escarpadura que se abría en las estribaciones de la montaña que emergía de la niebla unos metros más adelante, buscaron el pequeño desfiladero que se sugería.

Ladislao Sesma, con los mismos ojos encendidos, vestido con una túnica blanca caminaba desfiladero abajo, les cerró el paso, tuvieron que volver a terreno abierto, continuaron la carrera perseguidos por las tres chicas. Ahora a su derecha otro corcel se unió a la persecución. Mónica Zulueta cabalgaba también y les obstruía otra posible escapatoria. Siguieron corriendo.

Detrás, las mujeres les perseguían al trote, a la velocidad mecánica, determinada, suficiente para solo... empujarles. La luz se hizo paulatinamente más oscura, volvieron la vista atrás, desesperados, quisieron parar, retroceder y de improviso sintieron cada uno de ellos el choque salvaje con los poderosos caballos al trote. Salieron despedidos, como balones de fútbol sin vida propia, enviados a un espacio desconocido y comenzaron a caer de nuevo en el abismo oscuro sin fin, sin retorno, sin perdón.